



Krystyna Ciapciak

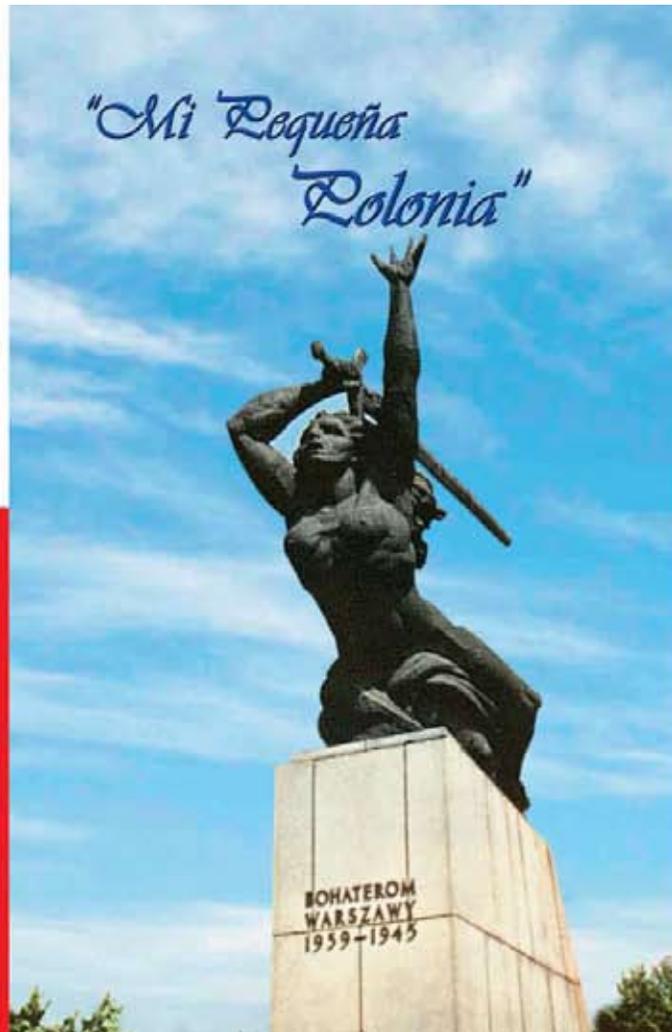
La autora, llegó a Lima a los 14 años, en compañía de su señora madre. De inmediato se integraron a la Colonia Polaca para celebrar las Grandes Fechas Nacionales; eran un grupo pequeño. La apertura de la Embajada y, la suscripción del Convenio pesquero, incrementaron notablemente la presencia de los polacos en el Perú. Fundada la Asociación de Familias Peruano-Polacas, "Dom Polski" tuvo amplio campo de actividades con sus compatriotas; enseñando a los niños y a los jóvenes, lo que ella aprendió en la "Pequeña Polonia". Para las visitas de Su Santidad Juan Pablo II, colaboró con "El Coro de las 2000 voces", con las populares canciones polacas: "Sto Lat" y "Goralu". También con el coro de Aéreo Perú que cantó al pie de la escalinata: "Czarna Madonna" y "Sto Lat". Las hostes peruanas a bordo, saludaban y despedían al Santo Padre en idioma polaco. El Papa puso en las manos de una de ellas un rosario, diciendo: "entregaselo a la señora que les enseña polaco" En 1984, recibió de su Patria, la Cruz de Plata. Entre 1986-92 conducía un programa dominical en Stereo Lima 100, "Historia y Música Polacas". En 1991 su Patria le otorgó la muy preciada Medalla al Mérito, del Ministerio de Cultura y Artes Polacas. En 1994 como varsovia y sobreviviente, puso especial empeño para organizar junto con "Dom Polski", el homenaje al 50 Aniversario del Levantamiento de Varsovia. En 1998, su Patria le otorgó la cruz al Mérito de la República de Polonia en grado de Oficial.

Hoy entrega los recuerdos de su difícil niñez, en medio de la Segunda Guerra Mundial, para sus descendientes y para los que deseen leerlos.



Los niños varsovianos de HOY, en homenaje a los niños, que hace SESENTICINCO años, ofrendaron sus cortas vidas en defensa de Varsovia.

MI PEQUEÑA POLONIA



¿ Por qué mi "Pequeña Polonia" ?

Cuando en el 1945 nos encontramos reunidos cientos de compatriotas, ex-prisioneros del nazismo, creamos nuestra "Pequeña Polonia" en tierra enemiga: Izábamos nuestro pabellón nacional, cantábamos el himno nacional con orgullo y verdadera unión. Participábamos en la organización Scout marchando por los caminos alemanes cantando a todo pulmón nuestras canciones patrióticas y de los Scout polacos. Ibamos al colegio para aprender el correcto idioma polaco, conocer a los antiguos gobernantes de nuestras tierras, la pasada grandeza de Polonia, sus luchas, los triunfos, las caídas, siempre dejándonos lecciones de heroísmo y de grandes mártires; nuestros científicos, escritores, poetas, músicos, que hicieron conocer a su Patria en todo el mundo. En la iglesia cantábamos el himno religioso pidiendo a Dios protección para Polonia "Boze cos Polske" y alabábamos a la Madre de Dios de Czestochowa, nuestra Reina. Teníamos nuestro teatro escolar, nuestro coro, uniformes. Por fin comíamos tres veces al día, teníamos ropa, zapatos y sobre todo éramos LIBRES.

Después de pasar la niñez llena de prohibiciones en nuestra propia ciudad, vivir en esta "Pequeña Polonia", ya sea en Ludwigsburg, Pforzheim o Altenstadt; grabó para siempre en mi corazón, el orgullo de ser Hija de esta Gran Nación - Polonia.

MI “PEQUEÑA POLONIA”

**La Segunda Guerra Mundial
En los recuerdos de una niña**

**1998
Krystyna Ciapciak Riedel**

Dedico este libro a

“Mila”

*Mi Madre, mi Amiga y mi Patria, como la llamé
en vida.*

*Ella fue testigo y protagonista de todo lo que aquí
relato.*

Hoy estamos en el 2009, mucho ha cambiado en mi vida, ahora soy viuda y mi verdadera alegría y felicidad son mis nietos.

A

Jorge Luis, Ariana Valeria, Alejandro Alberto, Jorge Enrique y a Richard Joseph Walter, el más pequeño (por ahora). Para él será muy difícil entender por qué los seres humanos infligimos sufrimientos unos a otros, porque él es alemán, y alemanes fueron los nazis que desataron la barbarie de la Segunda Guerra Mundial. Él, es hijo de “mi niña” mi única hija mujer Halina y de Rüdiger Walter; a través de él, Dios quiso que me reconciliara con mis ancestros alemanes Riedel junto a los polacos Ciapciak.

AGRADEZCO

*A mi esposo JORGE
Y a mis hijos JUREK, KAROL, MIKI Y HALINA
Porque comprendieron y admiraron en todo momento mi
amor a POLONIA*

*Y mientras vivieron a mi lado, respetaron y
participaron de nuestras costumbres familiares, que
son las tradiciones nacionales de mi Patria.*

Introducción

Aquí inicio mis memorias. No es una historia especial, es solamente una parte de mi vida hasta los catorce años y desde el momento que puedo recordar. Lo que aquí narro, no pretendo que sea una biografía, son tan solo las vivencias de una niña durante la nefasta Segunda Guerra Mundial y los años inmediatamente posteriores a ésta. Podrían ser las de cualquier niño varsoviano. Con seguridad que hubo experiencias mucho más dolorosas; además, no todos percibíamos con la misma intensidad la realidad que nos tocó vivir. La diferencia entre mi relato y el de cualquier otro niño varsoviano es que yo no nací en mi amada Varsovia; la otra es que yo termino esta historia con la llegada al Perú, mientras mis compañeros del infortunio, unos regresaron a Polonia y otros están en cualquier lugar del planeta. La vida de cualquiera de ellos, incluso la mía, será siempre diferente a la historia que enseñan los libros.



***Familia Ciapciak Riedel
1929***

Un día ya lejano me preguntó mi hijo mayor, bordeando la adolescencia: “mamá, ¿cuántos tanques Tigre tenían los alemanes? Contesté: “no sé”. Su ingenuidad le hizo insistir: “pero tú estabas allí”. Sonreí, pero no de alegría, sino casi con desilusión. Qué diferente se ve la guerra de lejos, cuántos números deben manejar los historiadores. Tan solo le contesté:

“hijo, esto lo puedes hallar en los libros, revistas y colecciones, (de hecho tiene dos colecciones completas sobre la Segunda Guerra Mundial), yo puedo contarte el dolor y las lágrimas mías y de los que me rodeaban, la brutalidad que presencié, el temor que sentí, los cadáveres que pisé y el hambre que padecí”.

Al dejarles aquí una parte de mi vida, no pretendo que aprendan a odiar a otros seres humanos. Por mi parte... ni olvido ni perdono, pero no odio. Quisiera poder decir que la humanidad aprendió la terrible lección que le dio la Segunda Guerra Mundial. No puedo. Mi generación mira impotente como hasta nuestros contemporáneos que hoy día tienen en sus manos las decisiones de algunas naciones, no han aprendido ni quieren recordar lo que han vivido. Y se tambalea nuestra fe y la esperanza de ver un mundo en paz; la paz con la que soñábamos mientras vivíamos los terribles momentos de aquella guerra que aquí trato de narrar.

Mis hijos Jurek, Karol, Miki y Halina, han escuchado mi historia; mis nietos tal vez no puedan escucharla, pero, espero fervientemente que la lean y así conozcan algo de la vida de la familia de uno de sus padres.



***Janek, Stas y la pequeña
Krysiá en Buenos Aires.***



***Janek en algún barco; en algún mar,
al inicio de la Guerra. Falleció en
Noviembre de 1942***

Capítulo I

Mi primera infancia

Soy Krystyna, hija de Juan y Emilia. Tuve dos hermanos: Jan Henryk y Stanislaw Karol. Todos los miembros de mi familia nacieron en Polonia, en Varsovia; sólo yo nací en Buenos Aires, Argentina y allí falleció mi padre. De nuestra vida en Argentina me hablan algunas viejas fotografías que recibí siendo ya una mujer adulta. Me causan mucha emoción, pero estas escenas no están en mi memoria. Tengo sólo



En Buenos Aires la familia completa

una fotografía con mis padres y hermanos en nuestra casa de Buenos Aires siendo yo una bebe de meses, otra con mis hermanos aparentemente en las afueras de la ciudad. Las otras fotografías son de Polonia. Un paseo en el campo con mamá, su cuñada, mis hermanos y mis primos; un retrato mío en el día de mi bautizo, y una foto con mis hermanos Janek y Stas parados sobre un puente; tenemos allí aparentemente las edades de 13, 7 y 2 años. Sé que es en Grudziadz, ciudad donde ellos estaban internos y donde mamá viajaba regularmente a verlos llevándome consigo. No

recuerdo ningún detalle de las fotografías, aunque recuerdo un viaje en tren. Mamá me señalaba un lejano bosque tratando de mostrarme el lugar de la casita que construyó papá en Chotomow y la que vendieron para viajar al Perú. Yo sólo vi la espigada torre blanca, seguramente de una iglesia. Pensé que aquella torrecita que yo veía sobresalir entre las copas de los árboles era de nuestra casa y sentí pena, porque ya no era nuestra. Sin embargo no sé si fue durante uno de nuestros viajes a Bydgoszcz o posteriormente.

Mis primeros recuerdos

Si me preguntase a mí misma desde qué edad puedo recordar, diría que tal vez desde los tres años y sólo lo que más me haya impresionado. Debo añadir que si no fuera por los acontecimientos que me tocó presenciar, mis recuerdos infantiles serían diluidos y mezclados entre sí, tanto que, no hubiera podido ubicarlos en el tiempo que tuvieron lugar. Aquellos sucesos vividos me permiten ordenar mis recuerdos en grupos que puedo ubicar entre fechas claves.

Así, mis recuerdos de nuestra vida en la casa de la tía Ania, sólo abarcan mi vida entre los dos y tres años de edad. Dormíamos sobre una gran cama flanqueada por cortinas corredizas con enormes almohadones, y un edredón de plumas que llamamos “pierzyna”. El cuarto era una pieza amplia, cuadrada, que servía de cocina y cuya ventana salía a la calle Danilowiczowska. El otro cuarto era más grande. Allí había mesa, sillas, un sofá y al fondo, la cama



De regreso en Varsovia viuda y con tres hijos

de los tíos como un gran diván con muchos almohadones bordados. Me gustaba sobre todo, aquél que imitaba las plumas de pavo real. En las dos ventanas de la habitación había macetas y macetitas con pequeños cactus que virtualmente me impedían acercarme y mirar la calle. Yo sentía mucha curiosidad por aquella habitación, tal vez porque me estaba prohibido entrar a ella en ausencia de los tíos. Me parecía misteriosa y a la vez tan acogedora.

Recuerdo el episodio de la visita que recibimos de una señora con su hija, más o menos de mi edad. La niña llevaba en la cabeza un lazo blanco del que tiré resueltamente ante el primer desacuerdo que tuvimos. Por cierto que la visita acabó con llanto y palmadas. Lo curioso es que no recuerdo por qué lo hice, tampoco recuerdo cualquier otro suceso parecido; lo que me hace pensar que tal vez no fui una niña pleitista.

Luego vienen los recuerdos del departamento del lado opuesto del mismo patio. Allí vivíamos con la tía Vera, una tía de cariño y sus dos hijos. Todos los recuerdos relacionados con aquella casa tienen que ser antes de 1939, porque ésta se quemó totalmente durante uno de los bombardeos nazis en el primer mes de la guerra.

Está en mi memoria la noche en que mamá salió a un baile; la única vez que la vi tan elegante con un vestido blanco, largo, adornado con pompones negros. Yo pasé la noche con pesadillas, porque tenía mucho miedo de



Janek Stas y Krysia en Bydgoszcz

estar sola; parece que todos los mayores fueron a aquel baile. Tal vez fue un baile de Año Nuevo.

Los hijos de la tía Vera eran unos señores, debían serlo, porque hasta se afeitaban. Lo digo por el episodio que voy a narrar enseguida. El hijo menor se llamaba Romek; supongo que estaba afeitándose frente al espejo de un armario del que yo quería sacar a toda costa las pajitas de heno "sianko" para el pesebre del Niño Jesús, pues estaba acomodándolo en un nacimiento o "szopka"; por ello, presumo que lo ocurrido fue cerca de la Navidad. Para que yo no siguiera molestándolo, Romek me sentó sobre un alto banco diciendo: "espera que termine". Con su actitud facilitó mi segundo paso. Sintiéndome más arriba hice una peligrosa maniobra tratando de abrir la puertita del armario donde estaba la paja y, cuya cara externa, era el espejo que Romek utilizaba. Claro que no alcancé mi objetivo, el banco se tambaleó y perdí el equilibrio pero no caí; todo fue tan rápido que sólo vi un gran laberinto a mi lado. Lo que debió suceder es que Romek logró sujetar a la traviesa que caía, pero sin soltar la navaja con la que se estaba afeitando y con ella me produjo un corte en la muñeca izquierda. No recuerdo ni dolor, ni sangre, mas bien tengo muy presente el susto de mamá y de la tía Vera. Tal vez ni siquiera recordaría lo sucedido si no



Mi Bautizo en la Catedral de San Juan en Varsovia

fuera por la cicatriz que tengo en el dorso de la mano. Hoy, es tan solo una raya de tres centímetros, pero en la pequeña mano de una niña de cuatro años debió ser impresionante.

Con el paso de los años, tan sólo parece un doblez en la piel de una persona mayor.

Otra cosa que tengo muy presente es la visita que nos hizo Janek en sus vacaciones, después de terminar un viaje alrededor del mundo. Janek estaba estudiando en la Escuela Naval. Era tan alto, tan fuerte, y tan elegante con su uniforme azul, sus manos enguantadas eran tan grandes que mi mano se hundía en la suya; cuando me llevaba paseando por la calle, yo me sentía muy orgullosa. Por eso, cuando un día fumaba recostado sobre la cama y mamá lo reprendió, estuve completamente de acuerdo con los demás, que mi hermano ya era todo un hombre y podía fumar.



Mi hermano trajo dos enormes conchas que parecían tener torrecillas sobre torrecillas y, el interior rosado de donde salía un ruido de fuerte viento cuando lo acercaba a mi oído, Janek dijo que así sonaba el mar.

Sólo esto recuerdo de mi hermano mayor, pero en cambio, cuántas cosas me cuentan las viejas fotografías y los amarillentos papeles que nos enviaron de Inglaterra, una vez terminada la guerra y establecido el contacto con nosotros a través de mi tía Stacha que estaba en el Perú.

Me cuentan su corta vida por los lejanos mares, en diferentes buques en medio de la vorágine de la guerra.

De la misma época debió ser mi asistencia a una escuelita de educación

inicial o “przedszkole” en la calle Miodowa. De esta calle me queda el único recuerdo de mi madre, mi hermano Janek y yo juntos. Una pequeña y vieja fotografía tomada tal vez por algún fotógrafo callejero. Janek luce el uniforme de cadete de la Escuela Naval de Gdynia; se ve tan alto, tan fornido, mamá con sombrero no le alcanza ni al hombro y yo voy muy seriecita, cogida de su enguantada mano y tengo puesto el coqueto gorrito que recibí de obsequio en aquella escuelita. Recuerdo que no me gustó el color del primero que recibí e hice una cuestión de estado, porque quería uno celeste. Felizmente la maestra me lo cambió. Quién iba a pensar que me encontraría con ella en el Perú.

Tuvieron que pasar tantas cosas... toda una Guerra Mundial, la travesía del Atlántico, diez años de nuestras vidas, para que yo conozca a la Srta. Stefania Bukowska, quien emigró de Polonia poco antes del inicio de la guerra. En verdad, la Srta. Bukowska no aparece en mi memoria donde sí aparece el gorrito y su historia, y también la ceremonia diaria de aceite de hígado de bacalao con pan salado. Todos los enanos formábamos una ordenada cola y recibíamos una cucharada de aceite de hígado de bacalao y un trozo de pan negro con sal. Debe haber sido una combinación muy acertada, porque no desarrollé la aversión al aceite de bacalao tan frecuente entre los chicos.

Por aquella misma época debe ser mi recuerdo de: “¿A este de rojo?” “Temu czerwonemu?”. Sucedió en el escenario de un auditorio grande lleno de personas mayores.

La maestra nos indicó que ya era hora de salir adelante, y con un empujoncito me dirigió a mí y a mi pareja al medio del iluminado escenario. El chiquillo debe haber cumplido muy bien su papel, aunque no tengo idea si fueron tan solo unas palabras o todo un verso.

Cuando él terminó, miré de reojo a la maestra y vi que me indicaba con la boca, los ojos y las manos que me adelantara. Yo llevaba un enorme ramo de flores que debía entregar a una personalidad sentada en primera fila. Avancé unos pasos, apunté con el dedo índice al personaje y volteando

la cabeza hacia la maestra le pregunté a voz en cuello: “¿A éste de rojo?” “Temu czerwonemu?”. Seguramente la profesora no tuvo la precaución de adelantarme que el personaje estaría vestido de rojo y esto me desconcertó. Mi pregunta a gritos en medio del escenario, suscitó una simpática reacción del personaje de rojo. El cardenal, presumo que lo era, se levantó del asiento, se acercó al escenario y no sólo llevó las flores que eran para él, sino a mí también, entre risas y aplausos del público. Creo que el resto de la velada lo pasé sentada cómodamente sobre las rodillas del personaje de rojo. ¿Cuántos años pude haber tenido? tal vez cuatro.

Siempre antes de 1939 debe ser el recuerdo de la obra que presencié en “Teatr Wielki” o el Gran teatro de Varsovia. Estaba sentada con mamá en la primera fila del balcón y miraba las grandes cajas con muñecas que había en el escenario, igual que en el escaparate de una tienda de muñecas, solo que mucho más grande. Otra diferencia era que las muñecas tenían vida, salían de las cajas y danzaban en el iluminado escenario. Esta es la única escena que recuerdo de aquella obra, ni siquiera sabía cómo se llamaba. Unos años más tarde o tal vez solo al año siguiente cuando pasábamos por Plac Teatralny o la Plaza del Teatro – lo hacíamos muchas veces para ir al “Bank Polski”, Banco Nacional de Polonia, o para visitar a la tía Ania, a tía Vera, o a Lena – mamá me señaló lo que quedaba del Gran Teatro diciendo: ¿Te acuerdas Krysiu lo que vimos aquí, en este teatro? Era “Wieszczka Lalek”. ¿Cómo iba yo a olvidar ante tal espectáculo? Muros renegridos sin techo en sepulcral silencio. Yo recordaba el teatro lleno de bullicio, atestado de gente, iluminado. Recordaba lo divertido que era observar desde el balcón el movimiento de abajo en la platea. Después se apagaban las luces y empezaba la magia de las muñecas. ¿Hoy, sólo esto quedaba de tan bellos recuerdos?... Era la guerra.



La misma NIKE,
vista con el fondo
del Gran Teatro
de Varsovia,
(reconstruido)

Capítulo II

Empezó la guerra

Sé muy bien que era el mes de septiembre de 1939; esto lo sabe el mundo entero.

Una villa blanca rodeada de jardines, un prado hasta el horizonte y, en el horizonte, la oscura hilera del bosque. ¿Nombre? Algún lugar en la campiña polaca, sol, verdor y alegría de niños. Es una colonia de niños varsovianos gozando de bellas vacaciones; yo soy la más pequeña, tengo cinco años.

Mientras el sol brilla con intensidad en el azul del cielo hiriendo nuestras atrevidas pupilas, presenciamos algo insólito. Pájaros de acero peleando en el cielo; exactamente encima de nosotros. Miramos atónitos y adoloridos como un pájaro cae herido, lejos, en el bosque del horizonte, dejando atrás una columna de humo. Por mucho tiempo será mi obsesión oculta ir a cerciorarme qué pasó con el piloto de aquel pájaro; porque sé que no son pájaros los que luchan en el cielo; es una batalla a muerte entre aviones polacos y alemanes.

Pasan días o semanas, no sé. A la villa llegan oficiales desconocidos y nuestros dormitorios parecen volverse más pequeños y las camas se apiñan más. No recuerdo como reaccionan los niños mayores. A mi, todo aquello no me resta alegría, siempre hay una manzana y una sonrisa para mí en la nueva cara y me habla en mi propio idioma.

Sobre la villa, día tras día “un pajarito” blanco y brillante vuela incesantemente en pequeños círculos. ¿Por qué está allí?

Supongo que por ser la más pequeña, algunas veces acompaño a mi maestra a tomar té en un bonito saloncito, atendidas amablemente por el oficial “amigo”. No recuerdo ningún acto de fuerza o incorrección, pero en poco tiempo iría a presenciar y a sufrir un trato muy diferente.

Con el correr de los días, el número de niños disminuye. Evidentemente los familiares recogen a los suyos apenas las circunstancias se lo permiten. Yo entonces no sé ni entiendo que hay una cruel guerra; que mi patria ha luchado y sucumbido en desigual lucha; que está pisoteada nuestra dignidad como nación y como personas; que en mi país ya nadie es dueño de su destino; que ni siquiera tiene la libertad de expresar su pensamiento.

Un día también yo recibo visita. No conozco a este pariente que vino trayendo comida, preocupado porque yo pudiera pasar hambre. Yo no recuerdo haber tenido hambre; aunque me contrarió mucho cuando se acabó la rica salchicha que trajo aquel “tío”.

También a mí viene a recogerme el pariente que ya conozco y viajamos en una carreta como las que se ve en las viejas películas del oeste americano. No recuerdo cómo y cuándo empieza el viaje; ni siquiera cómo y cuándo acaba, pero recuerdo que viajamos de noche y cada vez que logro dormir, me despierta el mismo grito hostil “halt” y siempre es un soldado que me levanta bruscamente y busca algo revolviendo todo a mi alrededor, a pesar de las protestas y súplicas de una mujer que me acompaña y a la que no logro recordar.

REGRESO A CASA

Por fin regresé a casa. ¿Qué casa? Ya no está allí, sólo muros renegridos y ventanas como ojos vacíos. ¿Dónde está todo lo que recuerdo? Las pieles a cuadritos blancos, negros y marrones –pieles de llamas peruanas que colgaban de las paredes – la enorme estufa de pared entera – sus mayólicas estaban tan calientitas en invierno – las grandes conchas que trajo Janek y que tenían el mar adentro, las muñecas que eran tan lindas; una era un verdadero bebe. A ésta la salvó un bombero arriesgando la vida pensando

que era un niño, así nos contaron las vecinas. Sólo ella nos queda de todas nuestras pertenencias. Nadie estaba en casa cuando cayeron las bombas incendiarias, ni siquiera sabemos si todo lo consumió el fuego o simplemente cada uno rescataba lo que podía para sí mismo.

Felizmente para los vecinos el fuego consumió sólo un ala del cuadrado patio de nuestra vecindad. La tía Ania vive en el lado que da a la calle y mi amiga Kasia en el lado del costado; ellas no han quedado sin casa, sin ropa, sin muebles, sin juguetes, han tenido suerte. ¿Y por qué no había nadie en la casa para salvar siquiera algo de nuestras pertenencias?

Mamá me contó cómo fueron aquellos días que vivió nuestra querida Varsovia. Los bombardeos se sucedían de día y de noche, en la casa no había agua ni combustible; la comida también escaseaba. El Banco Nacional, “Bank Polski”, donde trabajaba mamá ofreció albergue a sus trabajadores incluyendo comida caliente. Los sótanos del banco eran muy seguros y familias enteras se cobijaron en ellos, mamá con Stas también, mas la angustia no le dejaba un momento de paz. No sabía nada de su hijo mayor quien acababa de retornar a Gdynia donde era cadete en el “Dar Pomorza”, el buque escuela, ni de la pequeña de apenas cinco años que envió a veranear sin sospechar lo que iba a acontecer. Todos los días corría a casa, por si había alguna noticia a pesar de comprender que era inútil, pero era tan cerca, apenas unas cuadras. Sin embargo, la muerte acechaba en todo momento.

Aquel fatídico día sintió más que nunca la necesidad de ver la casa. Apenas salió a la calle comenzó a sonar la alarma de un nuevo bombardeo. A pesar de indicarle lo contrario a Stas, éste le seguía porfiadamente. Le gritó repetidas veces que regresara, le rogó, trató de asustarlo con la muerte, pero al chico de diez años, más le asustaba pensar que su madre podría no volver, que su propia muerte.

Las bombas caían muy cerca, silbaban las esquirlas; tropezando con los

escombros que cubrían la calle, mamá cayó de rodillas lastimándose, Stas ya estaba junto a ella. En aquel momento resolvió regresar. No podía soportar la idea de ver morir al hijo, alcanzado tal vez por una de las esquirlas o morir ella aplastada por una de aquellas paredes, a las que iba pegándose en busca de protección y las que temblaban y crujían en cada nueva explosión. Stas la veía morir y quedaría sólo en medio de esta vorágine. “No importa lo que pase con la casa, regresarán los dos al refugio”. Y regresaron. Todavía volvió la cabeza en dirección a la casa y le pareció que precisamente de allí se levantaban columnas de humo. Pero el humo y las llamas estarían sobre Varsovia de día y de noche por mucho tiempo.

Yo había regresado a casa, no importaba que fuese otra. Estábamos mamá, Stas y yo. Vivíamos en un cuarto de un departamento amplio y bonito en el interior de “Bank Polski”. Creo que había tres o cuatro cuartos, y todos salían a un hall que desembocaba en la cocina, grande y cuadrada. Pienso que en las familias que ocupaban los otros cuartos no había niños, porque yo bajaba la escalera para salir al patio en busca de amiguitos.

Recuerdo como sentada en las escaleras de la entrada durante las largas tardes de aquel verano, con los pies recogidos para que no me los cogieran los fantasmas, escuchaba los relatos sobre aparecidos que hacían los chicos mayores. Hasta que mamá salía a llamarme y, por supuesto, siempre se producía un gran conflicto, porque yo quería quedarme, ya que Stas podía quedarse hasta más tarde y luego Stas protestaba, porque finalmente, por mi culpa tenía que regresar más temprano de lo que tenía programado previo permiso de mamá.

A pesar que las edificaciones de “Bank Polski” no habían sufrido daño directo durante los bombardeos; en el segundo patio había dos cráteres, no sé si a causa de bombas aéreas o de disparos de artillería. Precisamente allí, los trabajadores habían echado la gran cantidad de vidrios, que antes cubrían el patio y que habían caído de las ventanas donde sólo quedaban los marcos.

Vaya a saber qué nos llevó a los chicos a aquel patio. Sólo sé que mientras yo hablaba con alguno, porque sé que hablaba mucho y muy rápido, iba caminando distraídamente para atrás sin presentir el peligro.

Puede ser que discutía con otro niño, tal vez hasta peleaba, pero sé muy bien que nadie me empujó. Perdí el equilibrio y caí de espaldas en el enorme hueco lleno de lunas rotas. Hasta ahora no comprendo cómo no resulté con heridas múltiples; sólo sé que me ayudaron a salir los mismos chiquillos ya que ninguna persona mayor se encontraba en los alrededores, pues las oficinas permanecían vacías destruidas por las ondas expansivas de las bombas. Así, acompañada de un nutrido séquito de chiquillos atravesé el patio vacío y volví al primero para dirigirme a casa. Traía la ropa hecha pedazos, manchada con sangre y llorando tan ruidosamente que más bien parecía risa.

Mi bulliciosa manera de ser, más el vestido floreado, fueron motivo para que pasara un buen rato hasta que alguien mayor se percatara de lo que sucedía. De aquella aventura sólo recuerdo un buen susto, pero dolor no, y por supuesto las largas sesiones del remojo de mi codo herido en agua caliente y jabonosa, a las que me obligaba mamá.

Parece que de todos los consejos de las buenas vecinas, mamá escogió el de agua caliente, que me resultaba tan aburrido. La cicatriz que conservo sobre mi codo derecho no me deja olvidar aquel accidente que hoy puedo llamar feliz, porque pudo haber sido mucho peor.

Todo aquel invierno que entraba con el año 1940 lo pasamos en el confortable “albergue” que nos proporcionaba “Bank Polski”. Teníamos luz eléctrica, había calefacción central y la cocina era muy linda y acogedora. Lo que recuerdo aquí debe haber sido en aquel otoño: Metida en un barril de madera me divertía pisando descalza la col que mi madre y otra señora iban cortando finamente y echando en capas sucesivas que yo volvía a pisar.

También creo que echaban sal y algunas yerbas. Una vez casi lleno,

taparon el barril con una tapa también de madera, poniendo encima una piedra bien grande. ¡Cuánto me divertí! Después hubo col agria para todo el invierno y mamá preparaba unos deliciosos “kapusniaki” y no sólo me gustaban los platos salados preparados con la col agria que fermentaba en su propio jugo; me gustaba entonces, y me gusta hoy la “kapusta kiszona” con azúcar.

Hoy sé que nuestros deliciosos “kapusniaki” de aquellos días eran más bien de “abstinencia”, porque ni en sueños se parecían al tradicional “bigos” que debe llevar varios tipos de carne, tocino, hongos, guindones, y exige una laboriosa preparación. Yo era muy pequeña para recordar y añorar tiempos mejores. Era feliz con lo que tenía.

Durante nuestra estancia en “Bank Polski”, Stas sufrió un ataque de apendicitis. Lo vi retorcerse de dolor y no le aliviaban las infusiones y, menos aún la bolsa de agua caliente; más tarde oí que más bien ésta podía hacerle daño. Stas fue operado y en pocos días estuvo de vuelta en casa. Pero Stas era el “terrible Stas” que pronto se sintió tan bien, que fue a jugar football con sus amigos y terminó otra vez en el hospital, mientras mamá pasaba mucha angustia y yo un gran miedo, pensando que mi hermano iba a morir.

Capítulo III

Nuestro nuevo barrio y mis “profesiones”

Algún comité metropolitano asignaba viviendas para los que habían quedado sin techo a causa de los bombardeos; también nos tocó a nosotros. Nos mudamos a la calle Kozia, una callecita angosta como escondida, a espaldas de “Krakowskie Przedmiescie” que es amplio, con bonitos edificios, parque e iglesias. “Krakowskie Przedmiescie” podríamos traducirlo como Camino Real, puesto que es una hermosa avenida que desemboca en la plaza de “Stare Miasto” donde reina majestuosa la columna del rey Segismundo, y la plaza se llama “Plac Zamkowy”, Plaza del Palacio. Todo un costado de esta Plaza al lado del Vístula lo ocupa el Palacio Real de Varsovia.

Saliendo del portón de nuestro vecindario hay un paso directo a Krakowskie Przedmiescie, debajo del edificio de enfrente. Cruzando la pista se halla el parquecito donde pasábamos tantas tardes ociosas de verano, donde corríamos a mirar los primeros brotes de los árboles en busca de la primavera y, donde vi agonizar al joven, quien enfrentó solitaria y desesperadamente a un camión militar nazi. Contradictorios recuerdos del mismo lugar y en la misma época de mi vida.

Vivíamos en una sola habitación sin luz eléctrica, sin calefacción y sin agua – y decían que esta vecindad había sido antes un hotel. De aquí recuerdo cada detalle, una ventana grande, una cama grande, un ropero de tres cuerpos, mesa, sillas, una cocina de fierro a carbón, un armario, una cama pequeña que se doblaba, y donde dormía Stas, cuando estaba en casa y, por consiguiente, muy poco espacio para moverse. Todos estos

muebles nos han proporcionado las compañeras del trabajo de mamá y las antiguas vecinas de la calle Danilowiczowska, porque de nuestras pertenencias sólo nos entregaron la muñeca-bebé salvada del fuego.

En una oportunidad, mamá vio a una antigua vecina con un vestido suyo que había traído de Buenos Aires. Sólo razonó para sí misma; a mí me lo contó mucho tiempo después: “Ella estaba allí cuando el fuego iba a consumirlo todo, yo no”, ni siquiera le dio a entender que lo reconocía. “¿Y para qué? No me lo iba a devolver y más bien dejaría de ser mi amiga, desde el momento en que yo se lo dijera”. Mi madre cuidó siempre su conducta hasta la exageración para no ofender a nadie.

Aquella muñeca-bebé salvada del fuego como Moisés de las aguas, no tuvo un buen trato de mi parte, no fui una buena “madre” para ella.

La vestía, la sentaba en la cama, y me iba a jugar al patio. Antes de salir le advertía que si se portaba mal en mi ausencia, recibiría unas buenas nalgadas.

Vaya lo que sufrió la pobre por mi afán de ser dentista. Como conté antes, ella tenía el tamaño y la apariencia de un bebé con la boquita ligeramente abierta, donde aparecían dos dientecitos. Esto facilitaba mis prácticas para ser dentista. Había que ver cuántos huequitos tenía su boquita que yo tapaba como si fueran las caries dentales. Por cierto, que las caries se las fabricaba yo, las que en cada nueva curación se agrandaban más.

Mamá se quejaba a menudo de cómo era posible que en los dientes de leche yo tuviese caries. Creo que era comprensible; mi alimentación a pesar del esfuerzo y las privaciones de mi madre, con toda seguridad no era la óptima para mi edad. El desayuno me lo preparaba mamá en casa antes de salir a trabajar, pero los almuerzos... vaya que recuerdo los sucesivos lugares en los que yo almorzaba, pero nunca le pregunté dónde almorzaba ella. ¿Lo hacía?

Me contó Mamá que durante mis primeros años en Polonia, yo pasaba

muy mal los inviernos. Año tras año nuestro médico de cabecera llamado por mamá, me auscultaba, ordenaba guardar cama y salía diciendo: “en seguida envío al (felczer) enfermero para que le ponga las ventosas a la niña, pues aquí se perfila una pleuresía”. Yo no recuerdo aquellas enfermedades; en verdad no recuerdo que haya sido enfermiza, lo que debo haber oído con frecuencia, porque hasta hoy recuerdo, es que era una niña anémica. Antes bien, tengo muy presente las ventosas que me colocaba mamá en la espalda y el pecho; seguramente cuando estaba con resfrío y tos cuando yo ya era mayorcita, pero creo que solamente por el dolor que me producía cuando las desprendía y el dolor que me duraba varios días al menor roce. Tampoco olvido las sesiones que preparaba mamá, por lo que llamaba “constipación de la vejiga”. Me sentaba sobre un balde con agua donde al echar el ladrillo que antes calentaba sobre nuestra cocina se producía un vapor muy caliente. No recuerdo las molestias que yo sentía para toda esta ceremonia bastante molesta, pero seguramente era muy efectiva, y debe haberla practicado varias veces.

Sé que mamá guardaba “la preciada” cocoa, que seguramente conseguía con dificultad, para la más pequeña de sus hijos pensando que era la que más lo necesitaba, y esto producía fuertes protestas de mi hermano Stas. Pienso que recuerdo el hecho precisamente por el escándalo que hacía mi hermano, no porque apreciara la cocoa de la “discordia”.

Vuelvo al problema de mis dientes. Las continuas visitas al dentista me despertaron la pasión de ser dentista. Por ello, trataba de imitar en mi pobre muñeca lo que me hacía la doctora. Hasta tenía mi propio instrumental. La doctora me obsequió un espejito rajado y éste era la estrella de mi consultorio particular. No sé qué sería de mi muñeca si mi vocación no cambiara de pronto.

Esto sucedió cuando fui al colegio. La maestra sabía tantas cosas, me sentía fascinada sobre todo con las matemáticas; era mi juego preferido. Sin embargo para poder jugar a la maestra, necesitaba alumnos y necesitaba

pizarra. Me las arreglé muy bien. Invitaba a mis compañeritos a casa, los sentaba en fila y usaba, de pizarra el ropero de mamá. ¡Cómo me divertía! Un día estaba tan entretenida con mis alumnos, que no reparé en lo avanzado de la hora y el inminente regreso de mamá. Yo limpiaba prolijamente el ropero todas las veces que lo usaba y parece que lo hacía muy bien, porque mamá no se había dado cuenta hasta aquel día. Esta vez mamá ya entraba al edificio, la vi por la ventana y mi apuro fue muy grande. Pensé que sería más rápido y no dejaría rastro si usaba la sal de soda para borrar mis operaciones matemáticas; así lo hice. Era cierto, no sólo borró la tiza, también quitó el charol de las brillantes puertas del ropero de mamá. Mi colegio fue clausurado y la maestra quedó adolorida doblemente; en su físico y en su amor propio.

A partir de aquella fecha me dediqué a ayudar a mis compañeras en sus tareas matemáticas en las casas de ellas. Parece que yo era maestra sólo de esta materia.

Mi compañera Jadzia vivía frente a nosotros y nuestras ventanas se miraban a través del largo y angosto patio. Su papá era “kamasznik”, creo que en castellano se dice aparador, y trabajaba en casa frente a la máquina de coser a pedido de los zapateros, quienes realizaban la confección final de los zapatos. Jadzia y yo estudiábamos en el cuarto donde trabajaba el papá, quien unas veces nos observaba y otras participaba. Parece que no me gustó un alumno tan crecídito o, tal vez me hacía competencia. No sé el motivo exacto, pero preferí dar clases a otra amiguita, Wandzia.

Wandzia vivía en el otro patio de nuestra vecindad en un departamento del segundo piso. Este era amplio, bien iluminado, hasta teníamos un cuarto sólo para nosotras, para estudiar o para jugar.

Parece que en mis prácticas de la enseñanza hasta tuve que usar métodos muy convincentes o contundentes. No con mis alumnas, sino para vencer los obstáculos que se me presentaban en el cumplimiento de mi “sacrificada labor” como dicen de los carteros: “ni el sol, ni la lluvia, ni los perros, impedirán al cartero cumplir con su misión”.

Fue así: iba yo a casa de Wandzia llevando en las manos unos libros, cuadernos, no recuerdo bien y mi porta lápices “piornik” de madera. Yo estaba muy orgullosa de mi nuevo “piornik”, porque era la primera vez que tenía uno de dos pisos.

De pronto me salió al paso un compañero que también vivía en el mismo vecindario y sabía de mi afición de maestra. Comenzó a seguirme y a molestarme con sus burlas y apodos. Ya lo había hecho en otras oportunidades; yo me quejé a mamá una y otra vez, pero mamá jamás aceptó ir a reclamar a los padres de cualquier niño o niña que hubiese tenido algún pleito conmigo, estuviese o no la razón de mi parte. Ella me contestaba que no le hiciera caso, que le contestara lo mismo, que me defendiera sola. Yo cumplí sus recomendaciones al pie de la letra. Cuando falló la estrategia de ignorarlo y de contestarle con apelativos sobre él – en este orden – decidí defenderme. ¿Acaso mi mamá no me lo había dicho así? En el momento que creí oportuno; o sea cuando se me acercó más para mortificarme mejor envalentonado con mi momentáneo rendimiento, levanté mi nuevo “piornik” o porta lapiceros, y con toda mi fuerza le propiné un golpe en la cabeza, ya que la tenía casi junto a mi oreja. Enseguida corrí lo más rápido que pude sin mirar atrás. Estaba segura que me seguía y que me jalaría de las trenzas si me alcanzaba.

Llegué jadeante a la casa de Wandzia, pues subí la escalera saltando los escalones de dos en dos, lo que mis piernas apenas alcanzaban hacer. Una vez sintiéndome segura conté a duras penas lo sucedido, recibiendo la aprobación hasta de la mamá de Wandzia por mi valentía con aquel “atrevido muchachito”. Ya totalmente tranquilizada me dediqué a nuestros deberes; tomamos la merienda que la mamá de Wandzia preparó y regresé a casa con semblante de triunfadora, segura que el fastidioso Juanito no me molestaría más. Juanito no me molestó más, pero el precio que pagué por ello fue muy caro para mí y de inmediato, apenas regresé a casa.

Mamá esperaba mi regreso mirando por la ventana y, por la expresión de su cara noté que algo malo pasaba, pero ni remotamente me sentí culpable. Incluso cuando los primeros azotes caían sobre mis piernas,

yo no entendía el por qué de aquel castigo. Mientras yo saltaba como sobre brasas calientes – saltos que no lograban librarme de la “rózga” de mamá – me iba enterando poco a poco que de víctima del ataque de mi fastidioso compañero pasé a ser el verdugo, y que mi autoridad superior estaba castigándome por ello en aquel preciso momento. El delito: la terrible Krysia, o sea yo, le había roto la cabeza al indefenso Juanito y, los papás de éste, habían venido a quejarse a mi mamá trayendo consigo a la víctima con la cara bañada en sangre. Mi madre se impresionó muchísimo y sin darme la oportunidad de levantar los cargos en mi contra, me aplicó tan buenos azotes en las piernas con la temida “rózga” – una ramita muy flexible y resistente – que pasaron varios días hasta que se borraran las rayas rojas que ésta me dejara. Yo me sentí castigada injustamente y estuve resentida con mamá varios días; total, yo tan sólo había hecho lo que ella me aconsejaba: que me defendiera sola. ¿Qué culpa tenía yo que la cabeza de Juanito fuese más débil que mi nuevo porta lapiceros?

No creo que cambié de “profesión” a causa de aquél incidente; quizá debe haber sido la influencia de los nuevos acontecimientos que se sucedían cada vez con mayor frecuencia: los bombardeos aliados sobre Varsovia. Me emocionaba desde el momento en que empezaba la sirena del primer anuncio preventivo, y mamá bajaba las negras cortinas para cubrir la ventana. Era una obligación hacerlo y, el desobedecer aquella orden, exponía al arresto y a la acusación de ser colaborador de los ingleses. Esta afirmación de los vecinos y amigos me parecía una exageración. Yo creía que una ventana en medio de toda la ciudad no podía tener tanta importancia. ¿Acaso éramos una dependencia nazi, un cuartel, una fábrica, o qué sé yo? Sin embargo, ellos sabían lo que decían.

Casi nunca íbamos a guarecernos en el sótano; unas veces la siguiente sirena cancelaba la alarma preventiva y otra anunciaba la inminente llegada de los aviones sobre la ciudad. Entonces, de inmediato sentíamos las explosiones, a veces lejanas, a veces muy cerca; hasta se oía el silbido del avión en picada y era lo que más me emocionaba. Decidí que sería aviadora.

Repito, que rara vez bajábamos al sótano, pero después de aquella noche en la que nos pareció que no sólo la bomba, sino el avión mismo caía sobre nosotros y las paredes crujían, el suelo temblaba y las lunas de la ventana parecían campanitas, empezamos a bajar al sótano desde la primera sirena, y no regresábamos hasta que sonara la tercera sirena anunciando el retiro de los aviones “enemigos”.

Aquella nuestra “casa”, a la que teníamos que oscurecer durante los bombardeos, estaba casi al final de un largo corredor con habitaciones a ambos lados; era sólo una habitación. El corredor era oscuro ya que había sólo una ventana en el fondo que lo iluminaba suficiente durante el día, pero en la noche estaba completamente oscuro. ¿Por qué un hombre silva caminando sólo? ¿Es porque así se siente acompañado, porque está alegre o porque tiene miedo? Yo no silbaba mientras caminaba por el oscuro corredor, sino cantaba. Cantaba para sentirme acompañada, tenía miedo a la oscuridad. Yo no temía a los espíritus. Mamá me enseñó que los buenos gozan de Dios y no van a dejarlo para venir a asustarnos y los malos cumplen su castigo y, con mayor razón, Dios no les permite molestar a los que aún vivimos en la Tierra.

Mi lección práctica consistía en convencerme por mí misma que lo que me asustaba era mi propia imaginación. Lo hice una noche que pasamos en casa de tío Oleg.

Desperté en medio de la noche y vi con terror una sombra que se movía en mi dirección, cada vez más cerca. A pesar del miedo me dije: ésta es la oportunidad de poner en práctica lo que mamá me enseñó. Me levanté temblando, extendí el brazo, cerré los ojos y avancé unos pasos hasta tocar al monstruo, que era mi propia ropa, la cual dejé desordenada sobre la silla. Desde la ventana, la Luna proyectaba sobre ella la sombra de la rama del árbol que crecía en el patio y, que el viento movía ligeramente, dotando de vida a mi imaginario monstruo.

Yo no sería tan valiente si no fuera por los relatos de mamá de sus propias

vivencias, cuando ella estaba con su tía Karola y tenía apenas un par de años más que yo.

Volvamos al oscuro corredor. La última puerta de aquel corredor era de los baños, sólo una vez entré a mirar allí. No me gustó después de aquel pequeño y limpiecito baño del departamento en el Bank Polski. No sabía entonces, los baños que iba a conocer y usar dentro de pocos años.

No sé qué hacían los demás, mamá traía el agua a nuestra habitación, la calentaba y me bañaba en un lavatorio grande de fierro enlozado. No tengo claro donde hacía mamá el lavado de ropa, la traía limpia y planchada del “magiel” que funcionaba en el sótano del banco. El día que dedicaba a la ropa, pasaba toda la tarde allí, y yo tenía dos patios para corretear, porque nuestro edificio era el ala central que parecía puesto allí en medio de un enorme patio cuadrado, para dividirlo en dos dejando un amplio paso en el fondo. Los edificios que rodeaban al nuestro eran más altos; el portón de fierro con el número 3 daba acceso desde Kozia al patio más angosto que era el nuestro; el del otro lado con su propio portón a la calle era mucho más amplio, con un parquecito al medio donde jugábamos a las escondidas o, a la cocinita o a molestar a otros niños, como parecía ser la especialidad de los muchachos.

Una vez, un grupo de niños mayorcitos, hablaba de hipnotismo y entusiasmaba a los menores para que se dejaran hipnotizar. Aseguraban que se sueña muy lindo, que se siente viajar por el cielo. No sé si he sido muy avispada o muy tonta para aceptar someterme al experimento; aunque claro, tomé ciertas seguridades. No quería que me hipnotizaran en medio del otro patio en el parquecito de nuestros juegos, sino en mi propio patio y bajo mi ventana. Mamá estaba en casa y me protegería si fuese necesario, también estaba el abuelo Fidler y la tía Ania que vinieron a visitarnos; tenía mucha seguridad. Así lo creía yo.

Con los hipnotizadores y la nube de curiosos nos trasladamos a mi patio. Me sentaron bajo la ventana como yo exigía, me mandaron cerrar los ojos, y uno de los muchachos comenzó la sesión. Hablaba palabras raras

mientras pasaba los dedos por mi cara para adormecerme. Como de rato en rato alguien soltaba una risita; yo preguntaba ansiosa cuánto faltaba para dormirme. Sentía casi por instinto que a mi lado se hacía vacío. ¿Era que me estaba elevando o algo así? Cuando recibí la orden de no abrir los ojos mientras oía correr a mi hipnotizador, sospeché que algo andaba mal. Abrí los ojos y vi que ya no había nadie a mi lado. Más sorprendida que asustada me levanté, volví la cabeza hacia la ventana de mi casa y, vaya lo que vi... una negra. Debo haber pegado un descomunal MAMA, porque mamá ya estaba en la ventana diciéndome con un aire entre sorprendida y preocupada: ¿qué es lo que te ha pasado hijita?

Mientras mamá me lavaba la cara, una y otra vez, yo contaba lo sucedido. El abuelo quiso salir a buscar a los facinerosos que se atrevieron a hacer la pasada a su pequeña Krysia, pero entre mamá y la tía Ania lo persuadieron que no hiciera tal cosa.

El abuelo fue a traer pasteles, mamá preparó el té, y por supuesto, los dulces me hicieron olvidar muy pronto el hipnotismo como por arte de magia.

Pienso que mamá no me engrería, porque un día al preguntarle: ¿mamá soy bonita?, ella me contestó: “no mi hijita, tú no eres bonita”. Seguramente mi pregunta fue motivada por lo que oía a otras mamás, por eso insistí: ¿pero cómo la mamá de Wandzia le dice que es bonita? Mamá replicó: “seguramente Wandzia es bonita, pero tu no lo eres. Luego a modo de consuelo al ver mi expresión de pena, añadió que para todas las mamás, sus hijas son siempre bonitas, aunque no lo sean en realidad, y me narró lo siguiente:

“Dos mamás iban camino a la escuela a entregar a sus respectivas hijas las loncheritas, que en Polonia llamamos el segundo desayuno. Como eran vecinas y conocidas, una de las señoras le dijo a la otra que como sus hijas estaban en el mismo salón le hiciera el favor de entregar la lonchera a su hija, porque ella estaba muy apurada para hacer unas compras y volver al trabajo. La vecina aceptó con gusto, solo preguntó cómo iba a reconocer cuál era la hija de su vecina, a lo que la primera contestó: muy fácil, es la

más bonita de la clase. La segunda señora siguió caminando a la escuela, mientras la primera se despedía y doblaba la esquina en otra dirección. Al llegar, se dirigió al salón donde estudiaban las dos niñas, abrió la puerta y se quedó un buen rato buscando con los ojos a la más bonita niña de aquella clase. No demoró mucho, porque para ella la más bonita era su propia hija. En consecuencia entregó las dos loncheras a su hijita.”



En el Jardín de mí vecindad; reconstruída totalmente.

1999

Capítulo IV

Nuestros colegios y mi hermano Stas

Ya hablé de mi época de “maestra” de matemáticas y de mi “colegio”, pero no dije nada aún, de los sucesivos colegios a los que asistíamos nosotros. El primero, creo que fue en la calle Karowa, muy cerca de la casa. Me gustaba mucho, era un edificio grande con numerosas aulas y muchos niños, casi todos mayores que yo. Me gustó mi clase espaciosa y bien iluminada que contrastaba enormemente con la habitación en que vivíamos.

Durante los primeros días me molestaba la actitud de mis condiscípulos. Cada vez que la maestra pasaba lista, no faltaba algún gracioso que hacía chacota con mi apellido. Lo hacían con otros niños también. Bastaba que el apellido se asemejara a alguna otra palabra u objeto para que le adaptaran un chiste hiriente. Por ejemplo, mi amiga Kasia se apellida Lakoma, lo que quiere decir exactamente: golosa. Hay que ver qué de cosas le han hecho comer nuestros compañeritos con sus chistes. En mi apellido la repetición de dos sílabas casi iguales Ciap – ciak las transformaban en cip – cip, sonido con el que se acostumbraba llamar a las gallinas para darles de comer. Yo me quejaba a mamá, pero ella siempre tan pacífica sólo me decía: no les hagas caso hijita, haz tú lo mismo, verás cómo se confunden. Esto no me parecía posible. Sin embargo, un día se presentó la ocasión propicia para poner en práctica el consejo de mamá.

Aquel día faltó la maestra del salón contiguo al nuestro y del mismo nivel,

por ello juntaron a todos los chicos en nuestra aula. Los muchachos del otro salón eran terribles, nuestra pobre maestra no lograba imponer el orden y yo ayudé para que resultara un completo jolgorio. Ella comenzó a pasar lista y... yo sabía que iban a prenderse de mi apellido, pues para ellos era una cosa nueva. Todo comenzó cuando alguien tocó la puerta y la maestra salió para atender un recado del director, recomendándonos absoluto silencio. Ni bien cerró la puerta, un chico de los "visitantes" se levantó de su asiento y apuntándome con el dedo gritó: cip-cip-cip; yo pensé en el acto: ésta es la mía. Me levanté también, apunté con el dedo a otro chico cualquiera repitiendo: cip-cip-cip. Los que estaban cerca de mí preguntaban quién es el objeto de la burla, yo señalaba ora uno, ora otro.

Los compañeros del iniciador del incidente también le preguntaban, pero él desorientado por mi actitud señalaba diferentes lugares de la clase. Se armó un buen lío; todos señalaban a todos y gritaban: cip-cip-cip sin poder ubicar al dueño del apellido, motivo del escandaloso juego colectivo del momento.

A todo esto se sumó la incontenible risa de celebración de mis compañeros de clase, quienes sabiendo lo que pasaba, ayudaban a crear más confusión y más griterío. Al volver, nuestra maestra puso fin a tan bullicioso juego, enviando afuera a varios revoltosos. Yo, la inventora de la pólvora, puse cara de inocencia y no poca satisfacción, mientras mis compañeros me describían como la víctima de tamaña agresión verbal de los facinerosos de la otra clase.

No nos duró mucho tiempo aquél primer local de nuestro colegio. El segundo era en la calle Obozna, un poco más lejos de la casa. Si al salir del colegio nos dirigíamos a la derecha llegábamos al monumento de Nicolás Copérnico y, cerquita a él, pasando la pista, íbamos a comprar las deliciosas "rurki z kremem" que eran como los quebradizos barquillos que aquí venden los ambulantes en bolsitas plásticas; los nuestros eran más gruesos, rellenos con crema por ambos lados y se vendían por unidad. Eran deliciosos, sobre todo a la hora de salir del colegio, tanto así, que

a veces comprábamos uno a medias con alguna compañera. Si al salir doblábamos a la izquierda llegábamos hasta el "Slimak" o caracol. Una sinuosa bajada, donde en invierno fabricaban un enorme tobogán de hielo para deslizarse con el trineo. Lamentablemente, nunca disfruté de él, porque era muy peligroso para los chicos como yo, así decía mi hermano Stas, y pienso que debió ser prohibido hasta cierta edad. Stas se resistía siempre, a llevarme con él cuando salía con amigos, cinco años de diferencia, además mujercita, como decía despectivamente, pero a veces no le quedaba otra salida que cargar conmigo si quería disfrutar de la nieve.

Un día me jaló en su trineo "Wicher" o "Ventarrón", mejor dicho me jalaron. Stas y un amigo suyo fabricaron el trineo con mucho trabajo y las respectivas discusiones sobre la forma, el tamaño, el color y principalmente el nombre.

Por fin le pintaron orgullosamente "Wicher", en rojo adelante y en negro atrás. Los colores fueron motivo de muchas discusiones, pues no había la posibilidad de una votación, ya que el único voto dirimente sería el mío y no me lo pidieron. Para mí fue el trineo más bello del mundo, y cuando me sentaron sobre éste yo me sentía poseedora de una calesa real. Acto seguido, nos encaminamos a un parque; no sé cual, porque; nunca llegué a él. Los dos amigos tenían que hacer honor al nombre de su trineo y se disputaban el primer puesto en cuanto a la velocidad de su "Wicher" y, como no lograban ponerse de acuerdo decidieron jalarlo los dos juntos. A qué altura del camino salí disparada del trineo no lo sé; creo que ellos tampoco, porque según me dijeron después, me encontraron enrolladita y dormida, cuando tuvieron que desandar lo andado en busca del pasajero perdido. Menos mal que yo estaba bien abrigada; mamá hizo forrar mi abrigo con el zorro plateado que le devolvió la abuela que felizmente guardaba en su ropero con naftalina, y por ello se salvó del incendio. Este abrigo era el orgullo de mamá, hasta se quedaba mirándome por la ventana cuando iba al colegio felicitándose por la buena idea que tuvo, asegurándose que yo estuviera calentita todo este invierno y el próximo

y otros más. Malo es adelantarse tanto o, alegrarse demasiado, porque mi abrigo terminó muy pronto en manos ajenas; pero esto es materia de otro relato.

Volvamos a la pequeña bien abrigadita con guantes y gorrito tejidos por la tía Ania, durmiendo en la nieve en medio de la calle, por supuesto en la vereda por donde transitaba también el trineo “Wicher”. El amplio Krakowskie Przedmiescie tenía las veredas bien anchas, y supongo que poco transitadas a pie en pleno invierno, ya que nadie se interesó por el bultito hasta la llegada de los dos muchachos. Volvieron a sentarme en el trineo y enrumbamos de regreso a casa. Después del susto que pasaron al perderme, les quedaba muy poca gana para ir al parque; además ya la noche se venía encima pues los días del invierno polaco son muy cortos. Ambos muchachos estuvieron de acuerdo que el estreno del “Wicher” fue todo un desastre. A mí me pareció fantástico, considerando que ya me habían advertido que no bajaría con ellos por el tobogán, porque era muy peligroso; mi diversión se limitaría al viaje de ida y de vuelta. Mis expectativas estaban totalmente satisfechas.

Stas, fue protagonista de un suceso que parece un mal chiste. Ya en la Varsovia sitiada en setiembre de 1939, la población polaca se alimentó con la carne de los caballos que caían en las calles de la ciudad, que se defendía desesperadamente no obstante la falta de comida, agua, luz y hasta de lo más indispensable para atender a los heridos. Mamá decía que los caballos de la famosa caballería polaca eran tan limpios y cuidados que no tomaban agua si el balde estaba sucio; ni punto de comparación con los chanchos, cuya carne comemos sin asco.

A pesar de no recordar nuestros menús diarios, no olvido uno con asado de caballo. Seguramente durante los cuatro años de ocupación que vivió Varsovia, esta carne era la alternativa a la falta de las carnes de consumo tradicional o, tal vez, a la escasez de medios económicos. En casa debe haberse tocado el tema, porque yo oí a Stas jurar y volver a jurar que él

jamás comería carne de caballo, aunque tuviera que morir de hambre. Pero un día, mamá preparó un atractivo asado mechado con “slonina” o grasa de chanco, con zanahorias, y tal vez algo más, porque las tajadas que cortaba se veían atractivas, apetitosas y jugosas. Stas comió todo y pidió repetición. Cuando acabó aquel festín, mamá cometió un tremendo error: le dijo a Stas y por supuesto a todos nosotros, que lo que acabábamos de consumir había sido carne de caballo. Parece que Lena y tía Ania no tenían ningún problema o ya sabían, e incluso la consumían en sus casas, pero la reacción de Stas fue tremenda. Parecía que iba a volverse loco; gritaba, hasta le salían las lágrimas, y por fin corrió al baño para obligarse a vomitar lo que había comido.

En otra oportunidad recuerdo el enorme susto que me tocó vivir en una de las bajadas que van al Wybrzeze Kosciuszkowskie, o sea de Krakowskie Przedmiescie hacia el río Vistula. Recuerdo claramente el lugar, pero no puedo ubicarlo como para decir el nombre de la calle; pudo ser la calle Bednarska, tal vez la Mariensztat, tal vez una más cerca de Stare Miasto. El crudo invierno polaco congelaba las pistas tras un pequeño deshielo de la nieve y, la calle inclinada formaba un perfecto tobogán para bajarlo en trineos. Había muchos jóvenes y niños, mucho bullicio; unos bajaban a toda velocidad por la pista y otros subían por las veredas jalando, sus trineos para volver a bajar por la pista y así una y otra vez. Ya oscurecía y nosotros habíamos bajado y subido repetidas veces. Los muchachos se divertían chocando el trineo de las chicas, mientras yo apretada en medio de ellos me “divertía” aterrorizada. De repente, en uno de estos choques intencionales, nuestro trineo se volteó arrojándonos a la pista y otro trineo pasó por encima de Stas, dejándolo inconsciente.

Dios mío, creí que mi hermano estaba muerto tirado allí pálido e inmóvil. Lloré tanto, que hasta creo que estorbé a los que trataban de reanimarlo por tener que ocuparse de mí. Felizmente, Stas reaccionó y nos pusimos en camino de regreso a casa. Durante todo el recorrido insistieron en recomendarme que no contase nada a mamá, pues ella no nos dejaría

volver allá nunca más. ¡Cuánto quería yo a este hermano mayor que andaba quejándose siempre, que tenía que cargar conmigo! Solía hacerme llorar cuando decía: “tú no eres hija de mi mamá, tú eres una sucia y mocosa argentina que mi mamá recogió en el muelle de Buenos Aires por lástima”. Como es fácil suponer, yo me bañaba en lágrimas y luego preguntaba a mamá si aquello era cierto. Mamá negaba, me consolaba, y hacía jurar a Stas que había dicho mentiras e inventos suyos. Él, cumplía obediente la orden de mamá pero no dejaba de volver a asegurar lo mismo apenas se molestaba conmigo y mamá no estaba presente. A Stas le molestaba mucho que mamá no le permitiese comer la cantidad de cocoa que él quisiese, porque debía durar más tiempo para la hermanita. Lo mismo sucedía si le limitaba el delicioso arroz con leche; mamá pensaba siempre en “guardar pan para mayo” pero ella lo llama “na czarna godzine” o sea “para la hora negra”. Guardaba como un tesoro una bolsa de arroz de granos grandes y casi transparentes y, sólo para ocasiones especiales lo preparaba en dulce o con la sopa de tomate. Sólo en estas dos formas yo conocía el consumo de arroz. Fue muy triste su sorpresa cuando sacó la bolsa para una de aquellas ocasiones especiales y grano tras grano, iba pulverizándosele entre los dedos. Dijo muy apenada “se lo comieron las polillas” y Stas añadió rápidamente: “claro, por no dejarnos comerlo y guardar y guardar”.

Stas jamás pegó a su hermanita, sólo renegaba mucho y hasta me hacía comprar sus favores con las pequeñas propinas que me dejaba el abuelo, y que yo guardaba celosamente cada vez en otro rincón de la casa. Hasta recuerdo cómo un día yo defendía mis ahorros subida sobre la mesa y daba vueltas con el atizador en las manos para que Stas no me alcanzara, mientras él corría alrededor. Stas renegaba por tener que andar cuidando a la hermanita, pero nunca permitió que alguien me molestara o tocara, se ponía una fiera y una vez que aceptaba hacerse cargo de mí, ni sus amigos podían protestar por tener que tolerar mi presencia entre ellos.

Sólo una vez hizo algo que nunca enmendó. Mi ilusión era aprender a

patinar sobre hielo; era muy común, todos los niños sabían hacerlo, Stas también. Aquella tarde yo le oí citarse con amigos y seguramente amigas; lo vi prepararse y empecé a rogarle insistentemente que me llevara consigo. Cuando por fin accedió a llevarme, yo no sabía que ello sería mi sentencia a jamás aprender a patinar.

Stas aceptó a llevarme con la condición que me pusiera los “lyzwy” o patines en casa y fuera caminando con ellos hasta el lugar del patinaje. Fue tan grande mi deseo que accedí a cumplirlo. No cabe duda, que era una crueldad hacer caminar a una niña por las empedradas calles sobre el delgado filo de los patines; se me torcían los pies, me caía, Stas insistía que si quería aprender a patinar tenía que aprender primero a caminar así. Cuando llegamos al lugar de patinaje, sólo pude sentarme a mirar a los demás deslizarse felices por el congelado estanque, mientras las lágrimas se congelaban sobre mis mejillas. Nunca más quise aprender a patinar, me quedé traumada y ni siquiera sé qué edad tenía yo cuando sucedió aquello. Tal vez siete u ocho años.



Stas y dos amigos trabajando en el parque de nuestra vecindad 1941

Si al recordar aquel episodio siento pena y desencanto respecto a mi querido hermano, el siguiente me causa risa cada vez que viene a mi memoria. La rabieta de Stas buscando apurado la pareja de su zapato que tenía en la mano. Renegaba, tiraba el zapato contra el suelo, mientras yo lo miraba estupefacta viendo que el otro zapato ya lo tenía puesto. Pasando un rato me atreví a decirle: “Stas, el zapato lo tienes puesto”. Él respondió: “éste es uno ¿y el otro?” Luego recogió el zapato del suelo y siguió renegando. Yo insistí: “Stas, lo tienes en la mano” y él replicó gritando lo mismo que

antes: “éste es uno ¿y el otro?” Me quedé calladita mirándolo asustada, no tardó en darse cuenta y por toda disculpa a su distracción me gritó: “¿por qué no me lo dijiste antes?” Quedé sin habla y creo que demoré mucho para llegar a reírme de aquel episodio.

Por lo que oí comentar a mamá, al abuelo y a la tía Ania, Stas era terrible. Cuánto oyen y guardan en la memoria los niños cuando parece que ni siquiera escuchan. Algunas informaciones acumuladas demoran años en procesarlas, pero allí están, como en una computadora. Como por ejemplo toda esta historia.

Mamá compró los libros del colegio para Stas a medias con Lena, para que estudiaran juntos. Lena, era la joven pariente política de tía Ania de su primer esposo. Lena quería mucho a mi madre, a Stas y a mí; venía a pasar horas enteras con nosotros ayudando a mamá, contándole sus problemas, trayéndonos para la “choinka” o árbol de Navidad, las brillantes bombas de vidrio que ella misma pintaba a mano en el taller, donde trabajaba durante la época de preparación para esas fiestas. Creo que en mamá encontraba a la confidente y la consejera que le faltaba en su casa.

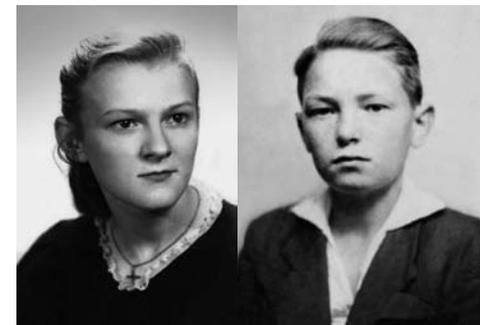
He oído de su participación en la resistencia y los riesgos que corrían ella y su familia, tanto que la organización tuvo que sacarla de Varsovia, pero esto sucedió bastante después de los días del presente relato.

Empezado el nuevo año escolar, íbamos los tres juntos al nuevo colegio. Éste ya era el tercero, pues las autoridades alemanas, creo, nos cambiaban de ubicación cada año. Nos sacaban de un edificio para pasarnos a otro en peores condiciones y, para nosotros siempre era más alejado de la casa.

Aquel día salimos de la casa juntos, Lena, Stas y yo, pero ya cerca del colegio, nuestro Stas tuvo una inesperada urgencia, nos mandó adelantarnos mientras él arreglaba un “asuntito” y nos alcanzaría después. Pero Stas no apareció. Lena me dejó en mi aula y se fue a la suya. A la salida regresé a casa con Lena y encontramos a Stas muy tranquilo, leyendo uno de los

libros recién comprados. Supe después que mientras Lena iba a estudiar regularmente, Stas aparecía cuando quería; molestaba constantemente al maestro, interrumpiendo y adelantándose en el curso, ya que él ya había leído el libro entero y sostenía que ir todos los días al colegio era una

pérdida de tiempo. Algunos maestros lo aguantaban, otros lo mandaban al director, luego enviaban por mamá y ella tenía que suplicar para que le permitieran rendir los exámenes de cada curso, hasta sé que lo llevó al psiquiatra. ¿Existían entonces los psiquiatras como hoy? Entendí que mamá se



Lena **y** **Stas**

quejaba de los resultados diciendo: “Qué vale que me digan que mi hijo es un genio con 150 de coeficiente, si no lo aguantan en ningún colegio”.

El terrible Stas le daba muchos dolores de cabeza a mamá, pero tenía una gran debilidad; increíble. Si hacía algo que le pesaba en la conciencia, en la noche se lo contaba a mamá dormido y contestaba cada pregunta que ella le hacía. Ciertamente que una vez despierto negaba rotundamente lo que había confesado dormido, pero ya estaba atrapado.

Este terrible hermano mío, me enseñó a dibujar. Por supuesto que lo hizo en la forma más fácil para él, pero también la más efectiva para mí. Un día yo le seguía los pasos pidiendo que me dibujara; si mal no recuerdo, creo que se trataba de un paisaje del campo con animales domésticos y de crianza. Debe haberme ayudado en otras oportunidades, si nó, yo no sería tan insistente. Él se corría de mí, como de una molesta mosca, y por fin me dijo: “dibuja sola como puedas; sólo así aprenderás”. Su negativa me parecía monstruosa; sin embargo, resultó milagrosa. Aprendí a dibujar. Estoy plenamente convencida que así, Stas me enseñó a dibujar.



Años más tarde, ya en el Perú, durante mi vida de estudiante he dibujado todo lo que necesitaba, fuesen animales, hombres, paisajes o batallas, y mis compañeras del internado hacían cola para que yo les dibujara lo que necesitaban, cuando no tenían figuritas recortables para ilustrar sus trabajos. Debo reconocer que yo no supe ser tan buena profesora de dibujo como mi hermano, porque a mis hijos yo les dibujaba todo lo que me pedían, pero hasta cierto momento. Más tarde, descubrí que también ellos han sabido resolver este problema solos. Parece que en la familia hay algo de talento en esta disciplina del arte. Me contó mamá que mi hermano Janek podía retratar de memoria a una persona con sólo haberla visto en la calle. Seguramente su talento era el mejor de nosotros tres, pero sólo tenemos una pequeñísima muestra de ello en el álbum fotográfico de Janek, que después de la guerra nos enviaron de Londres: la miniatura de un velero, la pasión de su corta vida, dibujado con tinta blanca en la negra cartulina del álbum, y también una firma igualita a la de mi padre. Para aquel velero de sus sueños ahorran junto con un amigo; hasta habían constituido una sociedad formal y lo comprarían cuando terminase la guerra. Para Janek, terminó casi tres años antes, cuando apenas tenía diecinueve años. Lo supimos mucho más tarde, cuando terminada ya la guerra, los años pasaban y la esperanza de volver a verlo se debilitaba día a día.



Mientras tanto, todavía estábamos los tres juntos, mamá, Stas y yo, estábamos cerca de la tía Ania, de los abuelos, del tío Oleg y las primas de mamá y, estábamos en nuestra querida Varsovia.

La Varsovia por la que supe desplazarme sola, abarcaba un sector muy pequeño que es Srodmiescie, o sea el centro de la ciudad; algo así como la Lima Cuadrada.

Por un lado sabía llegar hasta el final de Krakowskie Przedmiescie a los pies de Copérnico donde empieza "Nowy Swiat" o Nuevo Mundo. Por el extremo opuesto "mi ciudad" terminaba en el "Plac Zamkowy" o Plaza

del Castillo Real en Stare Miasto, donde se eleva imponente la columna del rey Segismundo. Por los costados me orientaba muy bien por las angostas calles empedradas que bajan en pendiente, hasta Wyrbrzeze Kosciuzzkowskie en la orilla del Vístula; pero allí iba siempre acompañada. En la calle Mariensztat había un pequeño restaurante donde los días jueves preparaban la tradicional sopa de mondongo: "flaki z pulpetami". A mamá y a Stas les gustaban mucho; ella lo preparaba a veces en casa también, pero su preparación es muy laboriosa para tan pocos comensales, ya que a mí me disgustaba; no se justificaba tanto trabajo. En el restaurante solía probarla del plato de mamá sólo como un acto de obediencia.

Lo que llamó mi atención desde el primer momento fue la entrada a aquel pequeño y casi familiar restaurante; tenía un peldaño para abajo y no para arriba como otros restaurantes o tiendas que yo ya conocía; me sentí casi una tonta cuando pregunté: "¿por qué esta casa está más abajo que la calle?" Cualquiera cosa captaba mi atención más que la comida, nunca tenía hambre como otros niños.

Mamá me llevaba al médico, en las vacaciones me enviaba al campo, invitaba a mis amiguitas para ver si teniendo compañía, yo comería más; desde luego, por consejo del médico, pero nada surtía el efecto deseado. Yo prefería hablar mientras mi invitada a veces comía lo suyo y lo mío. La conocida "grochowka" o sopa de frijoles, era mi mayor tormento; mamá la calentaba una y otra vez, mientras yo seguía llorando delante del plato. Ella solía decirme: "no llores Krysia, mas bien come rápido, porque las lágrimas aumentan la sopa, así tendrás cada vez más" Ni esto me convencía; algunas veces vencía mamá y otras ganaba



Mi Parroquia en Krakowskie Przedmiescie

yo, pero generalmente mamá terminaba dándome la sopa en la boca, cucharada tras cucharada sin dejarme protestar, ni siquiera respirar.

Paralela a la calle Mariensztat está la calle Bednarska, era y es muy importante en mis recuerdos. Por lo que allí sucedía yo me sentía parte de un “gran secreto” al que muy pocos teníamos acceso. Allí vivía mi maestra de la escuela, la que se jugaba la vida enseñándonos la prohibida historia de Polonia.

Cerrando a “mi Varsovia cuadrada” por el lado opuesto, yo sabía llegar hasta el Bank Polski, donde trabajaba mamá. Saliendo de nuestra angosta Kozia en su encuentro con Krakowskie Przedmiescie doblaba a la derecha por la calle Trebacka; otra vez a la derecha y ya estaba frente a Plac Teatralny o la Plaza del Teatro, donde sólo sobrevivían los muros y las columnas del teatro que recuerdo de mi infancia.

Luego cruzaba Senatorska y por la calle Danilowiczowska llegaba al banco, pasando delante de la casa de tía Ania y, donde antes de los bombardeos de 1939 estaba el departamento de tantos lindos recuerdos infantiles; tantas muñecas, tantos vestidos con los que obsequiaron a la pequeña Krysia los amigos de papá y mamá en la despedida de Buenos Aires, cuando ya sin él regresábamos a la patria.

Casi todos mis recuerdos infantiles se ubican en este cuadrado que acabo de describir; tal vez trazado imperfectamente en mi memoria, pero éste era “mi mundo”. Cuántas cosas vi y viví en este pequeño mundo, cuando mi mundo debió haber sido lleno de alegría, cariño, seguridad, estudio; era una niña, tenía derecho a todo aquello. Sin embargo, yo estudiaba la historia de mi patria como si fuese un delito hacerlo, a escondidas.

Nunca supe por qué la maestra me había escogido para formar parte de este pequeño grupo de niños, a los que enseñaba el curso vedado, a escondidas en su propia casa. Fue allí en la calle Bednarska, donde me enteré que el Wawel estaba en Krakow o Cracovia, que había sido la residencia de los reyes polacos y guardaba sus restos y muchas reliquias de siglos pasados.

Esta había sido la capital del reino en la época más gloriosa de nuestra historia. No sólo aprendí un poco de nuestra historia, también conocí las bellas leyendas como la relacionada con el bautizo de Polonia hace más de mil años, y la de las minas de sal de Wieliczka que según la leyenda fueron el obsequio del rey de Hungría a su hija Jadwiga, cuando vino para ser coronada reina de Polonia. Ella era la sobrina del rey de Polonia, quien moría sin dejar descendencia. También la leyenda de la formación de nuestro río Vístula, con la cinta del pelo de la princesa Kinga y los Cárpatos con su corona, cuando iba tirándolos para atrás, dificultando así el camino a las hordas tártaras que la perseguían a ella y a su corte.

Muchos años después, cuando yo relataba estas mismas leyendas a mi hijita, ella decía con admiración que la historia de Polonia era muy amena y muy fácil de estudiar.

No es ni amena ni fácil nuestra historia. Lo que yo le narraba eran sólo leyendas como tantas otras que conocí posteriormente, cuando ya tuvimos la libertad de estudiar nuestra historia, nuestra geografía y rendir homenajes a nuestros héroes y mártires. Ella estudiará y conocerá la historia de Polonia y cambiará su infantil opinión por la madura de: interesante y excitante, pero esta opinión es de un extranjero, la de un polaco que vivió parte de ella en su propia carne merece otro calificativo.

Mientras tanto, era muy particular la forma como estudiábamos nuestra historia; no teníamos libros y de nuestros cuadernos sólo quedaba el esqueleto.

Cuando cumplíamos alguna asignación, la profesora la leía, luego recortaba las páginas escritas y ponía la calificación en el margen que quedaba; era todo lo que conservábamos del trabajo presentado.

Qué feliz regresé a casa el día que traje un cinco, que equivale a veinte, y una felicitación escrita en mi mutilado cuaderno. El tema había sido: “nuestro Wawel”.



Syrenka, histórico emblema de Varsovia.

También me enteré que en Varsovia había palacios de nuestros reyes como el de Wilanow, el del Parque Lazienki y el que podía ver semidestruido en la Plaza Real de Stare Miasto; pero a ninguno podíamos visitar; para nosotros, los polacos, estaba prohibido como tantas otras cosas dentro de nuestra propia ciudad, en nuestro país, nuestra Patria.



*El reconstruido Castillo
Real de Varsovia.
- Stare Miasto -*

Capítulo V

Nuestros familiares

Los primeros meses de la ocupación fueron extremadamente duros; hay una vieja fotografía tomada en el parque Mickiewicz cerca de la casa, que es un elocuente testigo de aquellos días. Estamos sentados en un banco de piedra, aparentemente en una fría tarde de otoño. A mamá se le ve con los ojos y las mejillas hundidas, encogida en su raído abrigo, el del otoño y del invierno y, el que le servía fielmente varios otoños y varios inviernos sin duda. Stas, está sentado en el otro extremo enfundado en su gorro hasta las orejas, y yo estoy en medio de ellos calentita con el abrigo de piel y la popular mowka que llevan las niñas colgada al cuello y que es una especie de carterita, donde guardan el pañuelito, alguna chuchería y donde esconden las manos del frío. También suelen llevarla las señoras; mamá también lleva una en esta foto, pero las señoras no la tienen colgada del cuello. He visto algunas muy lindas, grandes y de piel suave, y a veces cuelgan de la mowka patitas o colitas del mismo animalito, de cuya piel está confeccionada la elegante mowka-cartera. El calentito conjunto del abriguito y la mowka fue un regalo de la esposa del director del banco. Había sido de su hija que ya creció y le quedaba muy chico para seguir usándolo.

También recibí una hermosa muñeca dormilona con carita de porcelana. Mamá decía que era muy fina, muy cara y muy delicada para que yo la usara en mis juegos; con el ejemplo del trato que yo le daba a mi pobre muñeca-bebé, su precaución era comprensible. Era linda y delicada, yo también lo notaba, y que era cara me convencí cuando mamá la vendió para costearme los zapatitos blancos y la confección del vestido

para mi primera comunión. La compra de los zapatos debe haber sido un acontecimiento muy importante para mí, porque hasta ahora recuerdo que eran número 32; recuerdo también el modelo de aquellos zapatitos blancos.

.....&.....

Vuelvo a mirar la pequeña fotografía y compruebo una vez más la tristeza en el semblante de mi madre. Cuántas causas tenía ella para estar triste. Dónde estaría su hijo mayor, ¿vivo? ¿Podrán sobrevivir los dos hijos que están a su lado con las cartillas de racionamiento que impuso el ocupante nazi para toda la población polaca?

.....&.....

Mamá se sentía muy sola y muy débil, cuánta falta nos hacía papá al que yo ni siquiera recordaba. Ella no ganaba un buen sueldo, todo lo contrario, apenas nos alcanzaba para vivir, y mal. Si bien yo no recuerdo haber sentido hambre en aquella difícil época de nuestras vidas, mamá

debió pasarlo a menudo. Un día sí sentí hambre, pero gracias a la insensibilidad de una “buena” vecina. Aquella tarde mamá se quedó en el banco hasta más tarde que de costumbre, encargando a Stas que llegara temprano a casa a recibir a su hermanita, porque yo no portaba la llave de la casa por ser muy pequeña todavía.

Como ya oscurecía, y Stas no llegaba, la amable vecina me invitó esperar a mamá en su casa. Su esposo y ella se sentaron a merendar con humeantes tazas de



**Mamá Krysia y Stas.
Parque Mickiewicz 1941**

té o café; no sé, mientras yo miraba sentada en un rinconcito. Creo que nunca antes sentí tanta hambre, hasta me dolía la barriguita. Cuando por fin llegó mamá, sólo atiné a preguntarle entre sollozos “¿por qué tardaste tanto mamá?” Mientras ella agradecía una y otra vez a la buena vecina por haber cobijado a su pequeña. Con seguridad que era grande el favor que nos hizo, pero yo esperaba más de la vecina, quien frecuentemente solicitaba a mamá consejos y pequeños servicios.

Los abuelos no lo eran en realidad. El abuelo Fidler se casó con mi abuela Josefa, viuda con cuatro hijos, la que en poco tiempo moría abatida por el cáncer, muy joven aún. Tenía tan sólo 36 años. Fidler volvió a casarse y tenía dos hijos; por ello, yo tenía abuelo, abuela y tíos postizos, aunque sólo recuerdo a la tía que era bastante mayor que mi hermano Stas.

Yo quería mucho a este abuelo y estoy segura que él también nos quería y se preocupaba por nosotros. Cuando llegaba a visitarnos traía pastelitos y esto era una gran fiesta. No sé si era muy a menudo, pero sé que eran la principal atracción en el día de mi cumpleaños y de mi santo. En este orden, porque el 27 de febrero yo cumpla años y el 13 de marzo es el día de santa Cristina, mi santa. En Polonia no se acostumbra celebrar el aniversario del día de nacimiento, sino el día del santo patrono de nuestro nombre. Varias veces oí decir a mamá que le parecía más apropiado celebrar el cumpleaños y que así se celebra en el Perú y en Argentina donde ella estuvo. A mí me parecía que mamá tenía razón y, que también la tenían, los que sostienen que es más importante celebrar al santo patrono. En resumen a mí me convenía así.

Dentro de las limitaciones que nos abrumaban, yo me sentía feliz y bien agasajada con la visita de la tía Ania, Lena y del abuelo con los ricos pasteles, y algún regalo como tacitas de Lena o guantes tejidos de la tía Ania.

.....&.....

Hoy me pregunto: ¿acaso son más felices los niños a los que sus padres celebran el santo con muchos invitados, regalos, dulces, globos, torta,

piñata, payasos, etc.? Y me contesto: no, no son más felices de lo que yo me sentía en aquellos días. Tal vez, desearon más o mejor de lo que recibían, yo en cambio no conocía nada mejor; era feliz con lo que recibía.



El abuelo era ferroviario. Conducía un tren, a veces por días enteros, yo me sentía orgullosa de tener un abuelo como él, alto, fornido, con largos mostachos que me hacían cosquillas. Él nos conseguía el preciado carbón de piedra para cocinar y para calentarnos en el invierno, pues también estaba racionado, o sea no alcanzaba, como la comida tampoco. A veces él mismo traía el saquito con el carbón y otras veces Stas iba a recogerlo donde el abuelo indicaba. Sé que a veces nos prestaba algo de dinero, pero pienso que debe haber sido para grandes apuros solamente, porque mamá detestaba pedir prestado, ni dinero, ni cosa alguna. Era tal su rechazo a pedir prestado, que relataré un hecho sin mayor importancia, pero que la pinta de cuerpo entero. En las noches nos alumbrábamos con un lamparín a kerosene. Éste estaba siempre listo para ser prendido, lleno de kerosene con el tubo de vidrio limpio y con la caja de fósforos al costado para que lo halle “hasta un ciego” decía mamá. Una noche entramos a la habitación a oscuras. Stas se adelantó muy solícito para encender el lamparín y, tal vez por el apuro, hizo un movimiento brusco tirando la caja de fósforos al suelo. Él y mamá pasaron largo rato gateando en la oscuridad mientras a mí me mandaron permanecer quieta “sin mover ni un dedo”. Después de un buen rato de infructuosa búsqueda, Stas propuso pedir los fósforos prestados a la vecina, pero mamá lo prohibió terminantemente y siguieron buscando hasta encontrarlos. Por fin se hizo la luz: la tenue llanita de un lamparín a kerosene.

Yo no podía imaginarme siquiera un abuelo mejor que el mío, él se llamaba Sylwester, el último santo del año. En Polonia de antes y en la de hoy, la fiesta del Año Nuevo toma el nombre de Sylwester, y el abuelo gustaba celebrarlo doblemente; tenía todo el derecho; era su santo y era la tradicional fiesta de Sylwester. Sé que nos invitaba siempre, pero no

siempre mamá tenía suficiente fuerza y ánimo para en la helada noche invernal viajar con nosotros en el tranvía hasta otro lado de Varsovia.

Los abuelos vivían en el barrio de Wola. Después de bajarnos del tranvía, caminábamos un buen trecho por las calles, apenas iluminadas y con mucha nieve y entrábamos a un patio casi redondo con construcciones de madera en rededor. La casa de los abuelos estaba casi frente al portón de la entrada, al fondo del patio. Al traspasar la puerta de entrada estábamos en “sien”, una especie de recibo, aunque esta denominación suena muy sofisticada para el recibo que yo recuerdo. Allí sacudíamos la nieve de los zapatos, dejábamos los abrigos, también allí estaban las sombrillas para la lluvia, el bastón del abuelo que nunca lo vi usar y los zapatos de goma o “kalosze” para los días de barro o deshielo. Al abrir la otra puerta nos dábamos con una amplia y calentita habitación como un salón. La larga mesa a la que nos sentábamos siempre con toda su familia estaba en la otra habitación. Qué sonriente y alegre recuerdo al abuelo sentado a la cabecera de la mesa y a la gordita abuela trayendo más y más comida.

Yo le decía abuela, porque así lo ordenaba el abuelo, pero en realidad creo que ni a ella le gustaba mucho que yo la llamara así; me parecía que hasta estaba celosa del cariño que el abuelo nos tenía.

En esta habitación estaba siempre un gran árbol de Navidad, fresco y oloroso, lleno de golosinas, mas le faltaba algo indispensable en mi concepto: las tradicionales velitas. Me parecía algo terrible que, porque a la abuela, no le gustaba el olor de las velas, todos nosotros nos viéramos privados del bello espectáculo que es un árbol navideño con las velas encendidas cada una de otro color, mientras el resto de la habitación permanece a oscuras y la familia reunida entona villancicos.

Creo que por este hecho yo no le tenía cariño a esta abuela y no comprendía cómo el abuelo que se veía tan grande y tan dominante, podía permitirle privarnos de la bella tradición navideña.

Como dije antes, no siempre mamá se sentía con fuerzas para asistir a esta tradicional cena familiar; algunas veces era el terrible Stas, quien

la arruinaba. Lo esperábamos listas para salir y él no aparecía. Mamá se angustiaba mucho, podían pasarle tantas cosas en la calle, vivíamos tiempos de una cruel e inhumana ocupación nazi de nuestro país; la vida de un polaco no significaba nada y más aún si se acercaba la hora del toque de queda. Cuando Stas aparecía, mamá suspiraba aliviada y a veces lloraba, le recriminaba por su irresponsabilidad y nos quedábamos en casa, porque ya era tarde para llegar a la casa de los abuelos antes del toque de queda. No sé si nuestras excursiones a Wola fueron siempre en Sylwester o también en Navidad, porque siempre recuerdo la presencia del árbol navideño y mi desencanto, porque en él no había velitas. Mamá me explicaba que la abuela se desmayaba con el olor de las velas, mas yo no podía entenderlo. Ahora comprendo que debió ser una alergia porque yo soy alérgica al polvo, a la humedad y a algunos olores; solo que no me desmayo, simplemente estornudo sin parar. Pienso que tal vez íbamos a visitar a los abuelos en otras ocasiones también, pero yo sólo recuerdo las de la larga mesa y el árbol de Navidad.

En casa también teníamos siempre el árbol navideño, el solo hecho de ir a comprarlo ya era un acontecimiento muy feliz. Íbamos a una plaza grande donde habían cientos de arbolitos en venta; unos estaban en el suelo cubiertos por la nieve que caía copiosamente, y otros recién llegaban en “furmanki” o carros de madera jalados por un caballo. Caminábamos entre esta feria de arbolitos, preguntando, escuchando, hasta que mamá decidía, pagaba y Stas lo traía a casa apoyando el tronco en su hombro, mientras la punta iba escribiendo un sendero en la nieve y yo estaba sumamente preocupada que no se lastimara; era la parte más importante del árbol de Navidad; allí colocábamos la brillante estrella de Belén. Por mis ruegos terminábamos ayudándole mamá y yo, y así el árbol “choinka”, llegaba a casa sin mayores daños. Era tan emocionante, era lo único que no podía, que no debía faltar a pesar de todo... el árbol y el “oplatek”.

.....&.....

De tantos platos y dulces tradicionales que hoy conozco, los que más

recuerdo de aquellas lejanas Navidades durante la guerra son la sopa de hongos y los tallarines con un preparado a base de la semilla de amapola, “kluski z makiem” ¿Sería que no podíamos tener otros? En casa del abuelo sí había mucho más, había pescados, compotas, panecillos y sobre todo “pierniki”. Galletitas blandas, dulces de especias que tenían formas de estrellas, arbolitos, animalitos, etc. y una dulce cobertura de colores. No recuerdo regalos, mas sí el solemne acto de partir el “oplatek”.

El “oplatek” es una oblea de igual elaboración que la hostia, pero de forma rectangular con escenas de la Navidad en alto relieve. En la cena de vigilia que celebramos en Polonia, el momento más importante es cuando con un trozo de oplatek en la mano, cada uno de los presentes va compartiéndolo con todos, expresando los mejores deseos entre abrazos y besos. ¿Y a qué hora cenamos en “Wigilia”? Cuando comienza a tintinear la primera estrellita en el limpio cielo del gélido invierno polaco.

Generalmente son los niños quienes la descubren primero y la anuncian con gran algarabía. Esto sucede aproximadamente entre las cuatro y seis de la tarde, porque los días de invierno en Polonia son muy cortos, y la noche de vigilia de la Navidad suele caer muy pronto.

Las calles comienzan a quedar vacías, los pocos transeúntes apuran el paso, mientras en las ventanas ya parpadean las luces de colores del árbol navideño y empiezan a oírse los villancicos que suelen entonar los familiares a coro, junto a la “choinka”.

La tradición dice, que debe servirse por lo menos doce platos diferentes. Muy fácil se llega a esta cantidad en tiempos de paz y bonanza; por ejemplo tenemos los potajes a base de pescado: en gelatina, “faszerowana” que es molido y moldeado después, “po grecku” que es algo parecido al escabeche peruano y los arenques como: los “marynowane” que son los conocidos enrollados en vinagre, en crema de leche, ahumados y otras formas según las costumbres regionales. Tenemos platos preparados con hongos secos, como: la tradicional “zupa grzybowa” o sopa de hongos, los hongos arrebozados o mezclados con la col, rellenando pequeñas empanadas sancochadas. Otras delicias son los platos preparados con el

“mak” o semilla de amapola, tallarines con la masa de amapola, pasas y miel son los “kluski z makiem”, el popular “makowiec” puede ser como un pie relleno de esa misma masa o enrollado elaborado con la levadura y relleno con el preparado de amapola como un pionono. El “sernik” que es un pastel de requesón, dulce y se prepara de diferentes formas y combinaciones en cada región del país; el “piernik” que es un keke con almendras, miel y fuertes especias y que suele prepararse con anticipación para que “madure”. Horneados en pequeñas formas de estrellas, lunas y animales; y bañados con glasé de colores se cuelgan después en el árbol navideño entre las rojas manzanitas, caramelos y las nueces envueltos en brillantes platinas.

No puede faltar el “kompot”, compota de guindones e higos secos, con bastante canela, clavo de olor y cascaritas de naranja, la “bakalia” que es una fuente llena de frutas secas y toda clase de nueces; siempre con un cascanueces al lado, y seguramente algunos otros potajes que yo no conozco, porque lo que acabo de describir es lo que aprendí posteriormente a la época que abarcan estas “memorias” y fuera de Polonia; porque vi prepararlos a mi madre y a amigas polacas que vivían temporalmente en el Perú.

Hay emotivas tradiciones como: dejar un lugar vacío en la mesa navideña para un familiar ausente o a un caminante sin hogar; divertidas, como colocar pajitas de heno bajo el blanco mantel de lino para terminada la cena jalar una y descubrir si nuestra vida será larga o corta, derecha o quebrada y sinuosa como la pajita que nos tocó en suerte; o pararse bajo un muérdago colgado en el dintel de la puerta y besar a las chicas que “sin saberlo” pasen por allí.

Tal vez, ya no se practiquen algunas antiguas tradiciones como la “pasterka” o misa de gallo, tan solemne por el entorno y el misterio de la noche o la de los “przebierancy”, comparsas de jóvenes disfrazados de animales, que portando la estrella de Belén, van cantando y visitando las casas vecinas donde reciben las delicias que cada ama de casa prepara.

Puede ser que en los pueblos pequeños o en algunas vecindades aún practiquen esas costumbres; no podría afirmarlo con certeza. Lo que sí me consta es que las iglesias de pueblos y ciudades rivalizan en la presentación de bellos nacimientos. Algunas, con figuras de tamaño natural, otras con figuras en movimiento, otras son como historias contadas, donde desfilan personajes del pasado y del presente y, en todas, hay árboles de Navidad de todos los tamaños, materiales y colores.

En las plazas públicas siguen vistiendo enormes árboles navideños, llenos de luces y colores como lo hacían en tiempos lejanos.

El árbol de Navidad en muchas casas es el tradicional abeto que llena el ambiente con su especial aroma a bosque, vestido con adornos de manufactura casera confeccionados por los niños, con los dulces y galletas y, con las velitas de antaño. Pero abundan las casas donde lo artificial ya desplazó a la tradición, y los árboles de Navidad son de brillantes colores, con parpadeantes luces eléctricas y con adornos comprados en las tiendas que cada día ofrecen mayor variedad y para todos los bolsillos. El nacimiento casero es más bien pequeño, armado debajo del árbol o simplemente no existe.

Como las fiestas de Navidad tienen dos días feriados, los polacos los dedican para visitar iglesias, visitar y recibir a los familiares más alejados que no estuvieron juntos en la noche de “vigilia”, a los amigos, o simplemente pasean si el clima lo permite.



Aquellas Navidades eran más o menos pobres en los hogares polacos. En muchos hasta fríos y solitarios; en otros faltaba alguien, tal vez un hijo o el padre de familia, sin que nadie supiera su paradero ni la situación en que se hallaba, en la más grande fiesta de familia.

Hoy, me es fácil comprender los sentimientos que embargaban los corazones de los mayores en la noche de paz en medio de la guerra, pero en aquellos días para mí la Navidad era alegría; yo no recordaba otras Navidades mejores; esto era una gran ventaja para mí, no sufría

decepciones. No añoraba lo que no conocía. Y no conocía muchas cosas, porque era prohibido enseñarlas, mas la vida me enseñaría con dolor.

Un año sentí gran tristeza mientras llevábamos el arbolito a casa; estábamos solas mamá y yo, ella cargaba el tronco y yo ayudaba con la punta. Comenzaba a tener recuerdo de otro momento así, pero más feliz. Esta vez mi hermano Stas, no estaba con nosotros, yo sabía por qué... lo había presenciado.

Si antes dije que mamá se sentía sola era porque realmente estaba sola. El abuelo no era su padre y tenía su propia familia; hoy, pienso que el cariño y la preocupación que nos demostraba era parte de lo que pudo y tal vez debió haber dado a los hijos de su primera esposa, mi abuela, cuando ella falleció. Pero Sylwester Fidler, entonces un hombre joven, tal vez llevado por el dolor de su pérdida se enroló en el ejército y se fue a la guerra; era el año 1914. El destino de sus hijastros siguió un camino muy lejano al suyo. Mi abuela Josefa, a la que sólo conozco por los relatos de mamá tenía dos hermanas: Karola, muerta por una esquirla durante los bombardeos aliados sobre Varsovia, y Anna, la tía Ania quien en realidad era mi tía abuela y además era mi madrina. Siempre por relatos de mamá sé que Karola era una mujer de gran fortaleza física y espiritual, trabajó mucho toda su vida, mi madre muy joven aún, trabajó en su taller de bordados en pedrería, en Praga, como se llama Varsovia en la otra orilla del Vístula. Conocí en el fondo de un jardín con árboles frutales, flores y hortalizas, la casita de madera que fue el taller del relato de mamá. En la parte frontal de aquel lindo jardín, había el esqueleto negruzco de un edificio de tres pisos, víctima de las primeras bombas nazis que cayeron sobre Varsovia en 1939; era el fruto de toda una vida de trabajo y sacrificio de la tía Karola. Supe los detalles de su muerte y lo recuerdo, porque como dije antes, la mente de un niño almacena información para toda la vida. La tía-abuela Karola fue herida en el vientre por una esquirla, mientras caminaba en la calle durante un bombardeo aliado. Sosteniendo las vísceras con sus manos regresó a casa; a gritos ordenó que

la vendaran fuertemente con sábanas y luego pidió una botella de vodka, la tomó toda y esperó la llegada del médico. La muerte llegó primero. Tía Karola tenía un solo hijo, lo recuerdo como un hombre delgado, y a su esposa como una mujer gordita; tenían dos hijos. Hemos estado una sola vez en su casa también en Praga, y a veces coincidíamos en casa de la tía. Él era el único primo-hermano de mi mamá, (de la familia de su madre), porque la tía Ania no tenía hijos.

Mi madre tuvo tres hermanos, conocí a dos de ellos: Edek y Oleg, o sea Eduardo y Alejandro. Joziek o José, el que la seguía, pues mamá era la mayor, murió en un accidente de trabajo, cayó con el ascensor que él mismo instaló y en el cual minutos antes subió con el director de la empresa para demostrar el trabajo terminado. Mamá me contó que cuando papá construía la casita de Chomotow en el bosque de abedules cerca de Jablonno donde vivirían antes de salir para el Perú, Joziek le ayudaba colocando las manijas en las puertas y lo hacía con muy buena voluntad, comentó mamá; pero cuando anunció la terminación de su tarea, papá fue a probarlas, más de una le quedó en las manos. Joziek ayudaba en todo, era muy servicial, pero vivía muy apurado como queriendo ganarle al destino; le faltaba tiempo para completar lo que empezaba.

Recordando los relatos de mamá, debo hablar algo de la historia que sé sobre la familia Riedel Ryl. Los Riedel eran evangélicos y los Ryl católicos; no sé la forma correcta de escribir este apellido; sólo oí a mamá cómo lo pronunciaba, nunca lo vi escrito. El Riedel me lo enseñó a escribir mamá; aunque ella lo escribía antojadizamente en sus diferentes documentos. La pronunciación correcta es "Ridel" por su origen alemán y a veces lo he visto escrito así; otras veces mamá le quitaba la "i" para que sonara "más polaco", como decía, quedando como Redel. Parece que a mamá esto no le creaba problemas, pero a mí sí; aquí donde cada letra debe ser igual al primer documento, hasta mi nombre es un problema. En polaco se escribe Krystyna y los empleados peruanos lo escribieron cada uno a su antojo en las partidas de nacimiento de mis hijos y hasta en mi título de peruana.

Al casarse los padres de mamá, José Riedel y Josefa Ryl, han hecho un convenio: los hijos varones serían evangélicos como el padre y las hijas mujeres católicas como la madre. Ambos padres trabajaban y, los hijos que llegaron muy seguidos, estaban al cuidado de la abuela materna Perchenkiewicz, un apellido auténticamente polaco.

Mamá hablaba siempre con mucho cariño de su abuelita, pero creo que yo nunca supe su nombre de pila.

Siempre por los recuerdos de mamá sé que sus padres, mis abuelos, llevaban una inquieta vida socio política, pues los tiempos lo ameritaban, entraban al siglo veinte y toda Europa vivía la agitación social, más aún Polonia dividida entre sus vecinos desde hacía más de cien años.

Como resultado de sus actividades el padre fue deportado a la Siberia a Mesen, junto a la orilla del Mar del Norte y tras un año de separación le siguió toda la familia.

Permanecieron allí tres años, con tan sólo unos días de sol en todo el año y el resto tan abrigados, que solo la punta de la nariz asomaba de las capuchas. Cuando recibieron el indulto del Zar emprendieron el regreso, primero en barco que llegaba tan solo cada seis meses para desembarcar provisiones y, para dejar un nuevo desterrado o recoger a un indultado, como en este caso toda una familia. Para llegar al barco había que hacerlo remando en pequeños botes, pues ése anclaba en alta mar frente a Mesen.

El padre hizo repetidos viajes de tierra al barco y viceversa, transportando la familia y sus pocos enseres. La agitación y el helado viento del Mar del Norte afectaron seriamente su salud. Enfermó con altas fiebres y el trasbordo del barco al tren en la localidad de Arkangel tuvo que afrontarlo la madre sola; mientras Mila, como la llamaban a mi madre, de apenas once años, cuidaba a los tres hermanitos menores. Cuando después de varios días de viaje llegaron a Varsovia, ya la ambulancia esperaba en la estación para trasladar al padre directamente a un hospital, pues padecía de pulmonía fulminante. Su viaje y su vida terminaron el mismo día, sin él saber siquiera, que ya estaba de vuelta en Varsovia.

Pasaron unos años y la abuela Josefa se casó con Sylwester Fidler, el abuelo que yo conocí, pero en muy poco tiempo ella fallecía de cáncer y Fidler, abandonándolo todo se iba a la guerra, la Primera Guerra Mundial.

Solo en esta parte de los recuerdos de mamá, aparece su abuela paterna Riedel, de la que tampoco conocí el nombre de pila. Ella se llevó a los tres varones: Joziek, Edek y Oleg y los colocó en un internado evangélico, de donde no saldrían hasta tener un oficio para poder velarse por sí mismos, mientras mi madre afrontaba la vida sola. Tenía dieciséis años.

Sus hermanos se independizaban, trabajaban en sus respectivos oficios y los cuatro hermanos compartían muchos momentos juntos. Cuando mis padres, Juan y Mila se conocieron, ella estaba en compañía de sus hermanos. Parecía la hermana menor, bajita, menuda, escoltada por tres hombrones con los que había que tener mucho respeto. Una vez casados mis padres, seguían compartiendo con los hermanos las alegrías y las penas y, hasta la casa, cuando uno de ellos quiso casarse y no tenía donde vivir.

Pasaron los años, nacieron mis hermanos Janek y Stas y mis padres vendieron la casita de sus sueños en Chotomow y emigraron al Perú.

Después de residir tres años en Lima 1929-1932, viajaron a Argentina donde en Buenos Aires nací yo, y donde murió mi padre cuando estábamos a punto de regresar a Polonia. Yo tenía tan sólo un año y tres meses. Cumpliendo la voluntad de mi padre, mamá decidió regresar con todos nosotros a Varsovia a pesar de los consejos y promesas de ayuda de los amigos que dejaba en Buenos Aires.

Muchas veces he pensado cómo sería nuestra vida si mamá hubiese aceptado los consejos de los amigos, con seguridad muy diferente, pero su decisión fijó nuestro destino y ésta debe haber sido la voluntad de Dios. Mamá volvía a la ciudad donde nació, creció, donde fue feliz y donde estaban sus hermanos, sin presentir siquiera que viviría otra gran guerra, la Segunda Guerra Mundial, y su familia se dividiría, porque sus hermanos eran Riedel, y ella quería seguir siendo una Ciapciak.

Ocupada Polonia por la Alemania nazi, mis tíos Edek y Oleg (Josiek ya había fallecido en un accidente antes de la guerra) reconocieron el origen alemán de su apellido y pasaron a las filas de los “Volksdeutsch”, mientras mi hermano Janek navegaba en algún buque polaco en lejanos mares que podía ser blanco del fuego enemigo.

La relación entre hermanos no parecía afectarse con esta situación, sin embargo, con el tiempo sus destinos serían diferentes; una vez separados no volverían a verse jamás.

Del tío Edek y su familia tengo un solo recuerdo, una reunión de toda la familia Riedel con ocasión de inaugurar su casa en Zielonka, en las afueras de Varsovia. Debe haber sido en el verano de 1940 o, tal vez en 1939, porque en mi memoria sólo está el interior de la casa, amplia y bien iluminada, los comensales, la alegría y los comentarios sobre los sacrificios que les costó lograrla. Oí cómo bromeaban que tío Edek aún no se olvidó de fumar y de beber buena vodka, después de tenerlos tanto tiempo borrados de su presupuesto. Yo ni siquiera sabía cómo se llamaba la localidad donde estaba ubicada la casa y solo cuando traté de buscarlos a través del registro de alemanes residentes en Polonia, aquella organización me proporcionó su dirección del año 1940, pero no conocía su lugar de residencia posterior, ya en Alemania. También recuerdo que la casa estaba rodeada por un jardín grande, por donde correteábamos mi prima Irena y yo, entre arbustos de grosellas cargados de frutas maduras; por eso pienso que ya estábamos en pleno verano. Creo que yo era la que correteaba y ella me cuidaba, ya que yo la veía como una señorita con gruesas trenzas oscuras, muy parecida a su madre. La tía era alta, delgada, de pelo oscuro y muy seria, no la vi reír y bromear como lo hacían todos los demás en aquella reunión. Si ubico este relato en el año 40 ó 39 es porque lo veo muy frágil en mi recuerdo, ni una calle, ni las casas vecinas, ni cómo llegamos a ella; sólo la casa como una isla. Deduzco de ello que debo haber sido muy pequeña, pero necesariamente fue en el año del inicio de la guerra o en el primer año de la ocupación nazi.

No volvimos a ver al tío Edek nunca, y fue la tía Ania quien nos dio la noticia que toda la familia del tío fue trasladada a Alemania. El tío era maestro armero y trabajaba en una fábrica de armas en Varsovia; a estas alturas de mi relato, él era necesario a los alemanes en las fábricas de ellos. Nos contó la tía Ania que en Alemania recibieron una propiedad equivalente a la que dejaron en Polonia y, que en su casa de Zielonka, vivía la familia de un oficial nazi. Siempre a través de tía Ania a quien él escribía –era también su madrina-, me enteré que tenía un nuevo primo en Alemania y que se llamaba Edzio, o sea Eduardo como su padre. Jamás nos conocimos.

El tío Oleg seguía en Varsovia pero vivía en un barrio destinado para los alemanes, él tenía dos hijos varones a los que recuerdo muy vagamente y sus nombres recién me los proporcionó la misma organización que me dio los datos sobre tío Edek; son Mieczyslaw y Eugeniusz ambos mayores que yo. A la primera esposa de tío Oleg sólo conozco por las fotografías que también hace poco recibí de familiares que las tenían guardadas desde que las recibieron de mamá hace muchos años y, de esta forma, se salvaron de arder con todas nuestras pertenencias, como los álbumes confeccionados por papá y sus diarios de los viajes. Qué valiosos e interesantes serían hoy para mí. Las fotos en mención son de un paseo al campo, donde está la tía con sus hijos y mamá con nosotros tres. Mamá se ve muy triste y cabizbaja, me causa mucha pena mirarla pero no recuerdo nada respecto a la foto.

La que recuerdo muy bien es a la nueva esposa del tío Oleg; ella venía a vernos y nosotros también íbamos a visitarlos. Para ello viajábamos en tranvía que llegaba casi vacío a nuestro destino, y las pocas personas que iban quedando a bordo conversaban entre sí, lo que indicaba que se conocían. Llegábamos al barrio alemán.

Los tíos vivían en un bonito departamento de varias habitaciones en el piso alto de un edificio en el interior de un patio grande, cuadrado, siempre limpio, pero para mí, imposible de ubicarlo en algún sector de Varsovia que yo conociera. No me gustaban aquellas visitas, mi primita era una

bebé y los primos hombres nunca estaban en casa, pues a uno se lo llevó la primera esposa del tío y, el otro sólo salía y entraba sin prestarme atención. Yo pasaba el día aburrida mientras mamá y la tía conversaban preparando la comida. Mamá estimaba a su cuñada, pero creo que tampoco le gustaba trasladarse a aquel barrio, de modo que no íbamos muy a menudo, pero ella y el tío Oleg no dejaban de venir aun después del incidente que relataré en seguida.

Alguien tocó la puerta y yo abrí; delante de mí estaba un alemán uniformado ¡Qué susto!

Pronto reconocí en él, al tío Oleg. Llevaba el uniforme color lúcum con el característico brazalete con la negra cruz gamada y creo que tenía una gorra redonda como una olla, no estoy muy segura. Me quedé parada mirándolo muda, pero mamá reaccionó en forma rápida y violenta, nunca la vi así. No puedo repetir las palabras exactas que dijo casi gritando, pero entendí bien lo que dijo: que no viniera nunca más a ver a su familia disfrazado de enemigo y cerró la puerta de un tirón. Después se dejó caer sobre la silla y lloró y habló sola un largo rato sobre la infancia de ambos, y otras cosas más que yo no entendía y de mis hermanos ausentes. Yo estaba asustada pero ella muy dolida. A pesar de dividirlos la religión que profesaban y ahora hasta la nacionalidad, sobre todo, eran hermanos.

Por eso, tío Oleg vino a avisarnos cómo reconocer el día del levantamiento de Varsovia y a pedirnos que vayamos a guarecernos en su casa, porque en el barrio alemán tenían provisiones para pasar un buen tiempo sin necesidad de salir, y allí estaríamos seguras, ya que el levantamiento “será aplastado”. Mamá le agradeció y aseguró que “nosotros ganaremos” y que él podía venir a guarecerse con nosotras.

Me gustaba mucho visitar a la familia Riedel en Bielany. Ellos eran: la viuda y las hijas de un hermano de mi verdadero abuelo, José Riedel, el padre de mamá. Una de las hijas también era viuda, la otra estaba casada y tenía un hijo algo mayor que yo. El día del viaje a Bielany era una alegría extraordinaria para mí.

Viajábamos con el tranvía hasta el paradero final, y luego caminábamos entre el verdor de los árboles y flores a una casa en medio de todo este jardín agreste que tanto me gustaba. Yo vivía en medio de edificios, calles asfaltadas y parques ordenados, donde no podía pisar el césped; Mi primo Robert se portaba conmigo como un caballero protector, a veces me llevaba sentada en la barra de su bicicleta hasta el barrio comercial donde me invitaba helados. Otras veces jugábamos en los jardines que rodeaban la casa; allí todo era naturaleza agreste, podía subir a los árboles, pisar toda la hierba que quisiera y también sufrir las molestas ronchas que suele producir la “pokrzywa” u ortiga. Muy cerca de la casa había ruinas renegridas, invadidas por la maleza, pero a las que nunca entramos, a pesar de mi curiosidad. Mi primo decía que aquello era una fábrica que fue destruida durante los bombardeos en el año 1939. Yo le creí, pero ahora pienso que sólo debió ser una casa como la suya en medio de este, casi prado, casi bosque, en las afueras de la zona urbana. ¿Qué fábrica estaría en aquellos parajes? ¿O sí? Robert mismo no recordaba, tal vez era sólo un año mayor que yo, sólo vio el impresionante incendio y a la gente corriendo con baldes de agua que según lo que estábamos viendo no sirvió para nada; no habían bomberos con mangueras. Había muchos incendios a la vez por toda Varsovia; ni ellos se daban abasto ni el agua alcanzaba para todos; la mayoría de aquellos incendios sólo se apagaban después de consumirlo todo.

Algunas veces íbamos al río con unos vecinos suyos y esto era toda una excursión, al menos para mí; para ellos debió ser algo muy común. Stas no estaba con nosotros durante estas visitas, y yo las recuerdo tan bien que deben haber sido por el año 1943 o tal vez el año siguiente. Durante aquellas visitas todo era diversión y alegría para mí; yo no sabía que los mayores tenían temas de conversación muy tristes precisamente en los momentos en los que yo me divertía tanto. Lo supe después de algún tiempo, me lo contó mamá cuando ya podía comprender; aunque yo comprendía tal vez demasiado pronto las desgracias y crueldades que desata una guerra; eran las circunstancias en las que transcurría mi niñez.

Un tiempo atrás, el esposo de una de las primas de mamá, precisamente el papá de Robert, fue arrestado en la calle durante una de las frecuentes “lapanki” y lo mandaron a trabajos forzados a Alemania como a mi hermano Stas y a miles de varsovianos. El esposo de la otra hermana murió en el inicio de la guerra, y ahora con la captura del padre de Robert quedaron en casa las tres mujeres solas y el niño. En su desesperación, la mamá de Robert no encontró otra salida que reconocer el origen de su apellido alemán, y solicitar la devolución de su esposo a casa. El esposo pronto fue devuelto al seno de la familia y, la vida de todos ellos volvió a la normalidad, hasta olvidaron que ahora ya eran alemanes. Pero no por mucho tiempo. Volvió la tragedia cuando las autoridades alemanas llamaron al esposo rescatado, a las filas del ejército nazi. Qué horror, él era polaco, no quería ni oír aquella barbaridad. Recriminaba a su esposa por el paso que había dado sin siquiera consultarlo; pero, qué podía hacer ella ahora, si la pobre creía salvarlo y en cambio lo expuso a algo peor todavía.

El papá de Robert huyó de la casa, pernoctaba en casa de familiares, de amigos y sólo algunas veces venía a ver a su familia, a escondidas, de noche. Los nazis vinieron a buscarlo en varias oportunidades y a la esposa no le quedó otra salida que fingir la ruptura del matrimonio.

Sus vidas resultaron más difíciles que antes, y en constante peligro. Luego nos envolvió a todos la vorágine del levantamiento armado de Varsovia y nunca más supimos de ellos.

De la familia Ciapciak yo no conocía a nadie, mamá me contó que una vez, antes de viajar al Perú, papá la llevó a conocer a sus familiares fuera de Varsovia. Ellos vivían en el campo y trabajaban sus tierras; mamá dijo que los fue a visitar conmigo cuando regresamos de Buenos Aires, lo cual no está en mi memoria. Nuestros familiares Ciapciak nunca vinieron a vernos a Varsovia en los cinco años de la ocupación que son los que yo más recuerdo. Mamá olvidó el nombre de la localidad en que vivían y, sólo por los amigos polacos aquí en el Perú, supe que el apellido es popular en el sur de Polonia. Es una región cercana a los Cárpatos, bella y fértil tierra de

suaves lomas que conocí recién en mi viaje a Polonia después de 37 años de lo que aquí narro, llevando de la mano a mi hija Halina quien quedó prendada de los paisajes de la región Podhale donde hasta las casas tienen una arquitectura muy particular y la gente es alegre y servicial.

En el momento en que se ubica este relato, yo no sabía nada de la familia Ciapciak; me enteré de lo que conté arriba, después de la visita de un señor que yo creí la aparición de mi papá en pleno día. Estaba sola en la casa, alguien tocó la puerta y yo abrí. Delante de mí estaba “mi papá” tal como yo me lo imaginaba por la descripción que mamá me había hecho de él muchas veces. El visitante era un señor elegante, vestía un terno plomo claro, camisa blanca, corbata, abrigo doblado sobre el brazo y un sombrero que se quitó con la mano desocupada mientras me preguntaba: ¿Vive aquí la señora Ciapciak? Balbuceé que mamá no se encontraba en casa y atiné a preguntarle: “¿Quién es usted?” Contestó: “soy el señor Ciapciak”, quedé petrificada, pero todavía oí cuando añadió: “volveré otro día y se retiró”. Para mí no cabía la menor duda: se me apareció mi papá. Se lo conté a mamá apenas llegó y fue muy grande mi desilusión, cuando después de pensar largo rato, recordó que papá le había presentado un primo suyo que había venido a estudiar a Varsovia. Era la “oveja negra” para los Ciapciak que quedaban en la región; no quería ser campesino e hizo lo mismo que mi abuelo Ciapciak un tiempo atrás, quien dejó el terruño e invirtió su patrimonio, en una tienda de relojería en Varsovia. Allí nacieron y crecieron sus hijos Stanislaw y Jan, mi padre.

Mamá no conoció a sus suegros y tampoco aquella tienda, solo sabía por papá que a la muerte del abuelo que ya era viudo, su hermana Stanislaw, mi tía que yo aún no conocía, se hizo cargo de esa tienda que, cuando mis padres se casaban, ya no existía.

A la tía que conocí y quise mucho desde mi más tierna infancia era mi tía Vera, ella fue el apoyo moral y material de mamá en los momentos más difíciles de nuestras vidas según refiere mamá, y no sólo mientras

compartíamos con ella el departamento que la guerra se llevó en el 39. Tía Vera cuidaba de mí mientras mamá trabajaba y también preparaba los alimentos para todos nosotros, porque ella trabajaba en casa, cosía y muy bonito. Lo digo por mi vestido para la primera comunión que hasta tiene su propia historia. Quise hacer la primera comunión con un vestido largo; mi amiga Kasia me enseñó el suyo que había usado el año anterior y quedé fascinada. La larga falda del vestido era toda de bobitos, muy linda, ella ofreció prestármelo. Sólo faltaba un detalle, mamá tenía que pedirselo al papá de Kasia. El papá de Kasia era sastre y tenía el taller en su propia casa, estaba siempre bien ordenado, tanto que más parecía una tienda de exhibición que un lugar de trabajo y era bien amplio. Lo que llamaríamos dormitorios era el altillo que formaba el techo de madera del taller. Allí tenía Kasia su mundo de muñecas y juguetes; era hija única; no sé si no recuerdo o si nunca conocí a su mamá, casi increíble, porque éramos muy amigas. Sé que me puse bien terca insistiendo a mamá que aceptara pedir prestado el vestido, ella se mostró inflexible; no hubo modo de convencerla, me dijo una y otra vez “irás con el vestido; que mi situación me permita darte; será tuyo, no prestado” Trataba de hacerme comprender que un vestido largo es muy delicado, puede mancharse, rasgarse y, ¿Con qué pagaría ella el vestido si así sucediese?

Definitivamente mi madre era una persona que quería solucionar sus problemas sola, jamás pedir prestado. Fue precisamente en esta ocasión que mamá vendió la muñeca con carita de porcelana y yo tuve mi vestido y los zapatos blancos propios. Mamá solía decir: “si te prestan algo, devuélvelo en mejor estado de lo que estaba cuando te lo prestaron y, como esto es muy difícil, mejor no pidas prestado”.

Fue la tía Vera quien ayudó a mamá a conseguir nuestra casa; ella se mudó a una en la misma calle Danilowiczowska, unos metros más cerca del Bank Polski, allí íbamos a las pruebas de mi vestido blanco. Si nuestra “casa” era tan pequeña fue porque mamá no quiso tomar una más grande, temía no poder pagarla, contaba sólo consigo misma y por eso siempre

extremaba las precauciones, aunque luego tuviese que arrepentirse por ello. También fue la tía Vera quien redactó la solicitud con la que Janek consiguió ingresar a la Escuela Naval y recibió todo el guardarropa correspondiente gratuitamente. Y aquel año que su hijo mayor trabajaba de guardabosques me llevó a veranear con ella. Yo adoraba el campo, el bosque, el verdor del que podía gozar a mis anchas; puedo describir aquel paraíso en kilómetros a la redonda, hasta podría dibujarlo; mas no sé en qué localidad ubicarlo. Contaré todo lo lindo de aquel verano en “mis veranos fuera de Varsovia”.



*Mamá y su
cuñada 1935*



*La querida tía
Ania después
de la Guerra
Krynica 1949*



Una Placa más, honrando a los caídos en la defensa de Varsovia. Todos, de la Tropa Scout “WIGRY”.

Capítulo VI

Las lecciones mas dolorosas

Un día me pidió el agregado cultural de la embajada de Polonia que escribiera mi biografía en cuatro páginas para el libro “Los Polacos en el Perú”. Cuando traté de cumplir con el pedido yo llenaba las páginas y las rompía para reducir mi relato una y otra vez, y una tercera. Me era sumamente difícil resumir todas mis vivencias en cuatro páginas, y no era que yo pensara que eran más importantes ni más interesantes que las de tantos otros polacos durante la Segunda Guerra Mundial, pero ¿sólo en cuatro páginas?

Fue en aquella ocasión que por primera vez ante tantos recuerdos que descubrí latentes en mi memoria, pensé muy en serio escribir todo lo que yo recordaba de mi vida en Polonia y en Alemania. Y en cumplimiento de este deseo, es que estoy escribiendo todas mis vivencias que creí olvidadas, pero solo estaban dormidas.

Llegué al punto que puedo llamar, las impresiones más dolorosas que sufrí en aquellos cinco años de nuestra vida en la Varsovia ocupada. Puedo separarlas en dos grupos: las que oí y las que presencié.

LO QUE OÍ

Las oí en conversaciones entre personas mayores, familiares, vecinos o amigos que no se percataban de mi presencia, o no le daban importancia. Ya en aquellos días del año 1940 ó 41, con mis pocos años no pude, no quise creer que fuese verdad lo que con toda claridad vuelve a mis oídos: “¿Cómo no van a ganar los alemanes, si el mismo Papa bendijo sus

aviones cuando venían a bombardear Polonia?” Cómo podía ser posible si Polonia es católica y el Papa es el jefe de los católicos – martillaba en mi cabecita.

Antes de esto, tal vez en el 39 ó 40 oí decir que Francia e Inglaterra, nuestros aliados, pronto vencerán a Hitler, “solo que llegue la primavera”. Para los polacos, la primavera fue y es la estación de la esperanza.

Cuando pasó la primavera y el verano, y Hitler avasallaba Europa, la desesperación les hacía repetir y tal vez creer aquella dolorosa afirmación que yo acabo de recordar, que el Papa bendecía a los nazis.

Yo había olvidado completamente aquel comentario que escuché en mi niñez, recién afloró a mi conciencia cuando leí en El Comercio que el Papa polaco Juan Pablo II reivindicó la memoria del Papa Pío XII acusado por la opinión pública de haber sido demasiado blando con los crímenes nazis del demoníaco Hitler, a quien más le importó salvar los tesoros de Roma, que intentar siquiera salvar seres humanos de tantas naciones; que debió hacer un enérgico llamado al sanguinario dictador y hasta excomulgarlo por los genocidios. El Papa polaco, hijo de la nación que tanto ha sufrido, reivindicaba la memoria de Pío XII y a mí me recordaba los comentarios de simples ciudadanos polacos, en los mismos días que sufrían la barbarie nazi. ¿Quién sabía eso, quién se lo contó?

Hablaban mucho sobre las actividades de la Resistencia Polaca: que se reunían en los bosques para prepararse para la lucha por la liberación de la Patria; que eran ellos los que pintaban en las paredes de las calles varsovianas la P y la W unidas que significaba “Polska Walczy” o sea “Polonia Lucha”; que eran ellos los que descarrilaban los trenes de transporte de carga que los alemanes sacaban de Polonia con abastecimientos para su frente oriental; o con nuestros tesoros históricos saqueados; o transportaban sus tropas y pertrechos. Cada nueva acción era noticia que corría de boca en boca por toda Varsovia como reguero de pólvora, nos mantenía alertos, expectantes y esperanzados. Los nazis perseguían y torturaban cruelmente

a los miembros de la Resistencia, a los colaboradores y a los encubridores, mas, a pesar de ello, la Resistencia crecía en fuerza y en número de participantes y, si de colaboradores o encubridores se tratara, seríamos todos, si tuviéramos la ocasión o la posibilidad de hacerlo. Claro está, que había los “Judas” también; si hasta Dios tuvo uno entre los doce que Él mismo escogió.

Los miembros de la Resistencia también organizaban los ataques suicidas contra los cuarteles y transportes nazis para rescatar a sus compañeros cautivos; aunque sea para que muriesen entre los suyos, a causa de las terribles torturas que habían sufrido a manos de la gestapo. Unas veces perdían vidas inútilmente y otras obtenían el éxito. Eran ellos los que cumplían los veredictos emitidos por el tribunal de justicia de la Resistencia contra altos personajes nazis que se destacaban por su extrema crueldad. Todos oímos sobre el atentado con bomba casera en el club de oficiales nazis en Krakowskie Przedmiescie: estaba cerca del monumento a Nicolás Copérnico, el sabio polaco mundialmente conocido por: “parar el sol y poner en movimiento a la Tierra”. Los alemanes querían cambiarle la nacionalidad y colocaron una nueva placa a los pies del monumento donde lo proclamaban alemán. Esto les costó un buen dolor de cabeza. Repetidas veces, los scout polacos cambiaban las placas durante las noches por otras donde constaba que Copérnico era polaco.

.....&.....

Hace unos años, aquí en el Perú conocí a la señora que siendo una joven varsoviana llevó en su bolso de mano y dejó en el casino alemán, la bomba que alborotó a toda Varsovia. El esposo de la señora fue el ingeniero que reparaba y hasta fabricaba armas para la Resistencia.

.....&.....

La verdadera identidad del Guardabosques y su muerte.

Lo que relataré a continuación me lo contó mamá, y me impresionó mucho, yo conocía y quería a las personas que habían sufrido tamaña desgracia.

Se trataba del hijo mayor de la tía Vera; yo había pasado lindas vacaciones en su casa de guardabosques, había participado en una parte de su vida, hasta conocía su proyecto mediato para el futuro. Lo que yo no sabía era que este trabajo era su escondite para las actividades que desarrollaba dentro de la Resistencia. Al escuchar a mamá me parecía que me estaba contando un triste cuento; no podía tratarse de las personas que me eran tan cercanas. Pero era la realidad; podría decir la realidad cotidiana dentro de Varsovia, dentro de Polonia que sufría la crueldad del yugo que nos imponía la Alemania nazi. Mamá me contó que cerca de la media noche llegó delante de la casa del guardabosques y se detuvo bruscamente un carro con soldados alemanes fuertemente armados. Los soldados saltaban ya del carro y llegaban a la glorieta cuando Rysiek alarmado por la bulla salió a la puerta. Los dos que ya estaban en la “altanka” se abrazaron a él gritando: “jestes Rysiek” o sea “estás Ricardo” y seguía: “Gracias a Dios, sube rápido, creíamos que tendríamos que rescatarte”. Él no preguntó nada, subió sin voltear siquiera y partieron tan veloces como habían llegado. Tan solo unos minutos después llegó un carro similar con soldados parecidos a los anteriores; era la verdadera gestapo. Rodearon la casita y disparaban a la puerta y las ventanas sin contemplaciones. Siguieron disparando mientras tumbaban la puerta y entraban en busca de Rysiek; esta vez no encontraron a su víctima.

A Rysiek le asignaron otra misión y otro escondite; hasta diría otra personalidad, trabajaba de ferroviario. Una tarde al final de la jornada, cuando montando bicicleta en compañía de otro camarada atravesaba los rieles fue reconocido, al parecer por la patrulla alemana que avanzaba en dirección contraria. A la voz de “halt” ellos viraron a toda velocidad tratando de huir; los soldados dispararon a matar. Rysiek cayó abatido por las balas mientras su amigo siguió pedaleando y logró ponerse a salvo. El cadáver permaneció tirado al costado de la vía férrea custodiado por dos soldados alemanes. Avanzada la noche, en un operativo que ya les era familiar a los miembros de la Resistencia, “robaron” el cuerpo del compañero y aquella misma noche lo enterraron en el cementerio de un pueblo cercano en una tumba sin nombre.

Su madre, mi tía Vera, sólo de noche podía visitar la sepultura de su idolatrado hijo, sin poder llevarle siquiera una flor para no delatar que alguien la visitaba. Al decir aquí “su idolatrado hijo” no estoy usando una frase poética; para tía Vera Rysiek era el hijo bueno, su orgullo, su esperanza; ella era viuda como mamá y Romek el hijo menor era el hijo problema, el causante de muchos sinsabores para su madre.

Vivíamos muy cerca, pero al estallar el levantamiento de Varsovia nos separamos para siempre.

La suerte de don Juan

El siguiente relato podría parecer un cuento de verdad, pues tuvo un final feliz para el que lo contaba. Lo escuché cuando un vecino vino a charlar con el abuelo sabiendo que éste estaba de visita en casa. Era sabido por todos, que para un polaco encontrarse en la calle después de las diez de la noche, era sinónimo de arresto y hasta de muerte, según el humor de la patrulla que lo detenía.

El vecino había estado en casa de un amigo con varios más. Jugaban a las cartas, tomaban vodka, charlaban y así les ganó la hora. El señor Juan, lo llamaré así, porque no recuerdo su nombre, envalentonado con el alcohol insistió que alcanzaría llegar a su casa antes del toque de queda. Los demás amigos decidieron pasar la noche en casa de su anfitrión; aunque sabían muy bien que en las casas de cada uno de ellos estarían rezando o, tal vez llorando creyéndolo muerto. El señor Juan no encontró movilidad alguna, de modo que emprendió el camino a pie. Iba pegándose a las paredes de las casas para ser menos visible, pues las calles vacías lo volvieron en parte a la realidad que estaba viviendo. Al voltear la esquina de la calle Trebacka, cerca ya de nuestra vecindad, se dio cara a cara con la patrulla alemana. Lo paralizó el consabido “halt” y la siguiente orden de enseñar los documentos personales. Don Juan sacó la billetera y con torpes movimientos ya completamente aterrorizado buscó su identificación. No era nada extraño que en la billetera de un polaco estuviese la estampa de la Madona Negra de Czestochowa puesta allí por una madre, esposa o hija. Cada día que pasaba era suficiente motivo para agradecer a Dios

de seguir con vida, y pedir protección para el día siguiente a la Madre de Dios de la que el pueblo polaco es muy devoto, especialmente bajo la advocación de “Matka Boska Czestochowska”, “Madre de Dios de Czestochowa”. El cuadro llegado a nosotros hace más de seis siglos desde Constantinopla es el más milagroso de toda Polonia. Invocaban su ayuda los reyes y príncipes, nobles y plebeyos, y la coronaron Reina de Polonia. Como Reina defendió a su pueblo en las guerras y desgracias nacionales y, como prueba de ello, lleva las cicatrices de dos tajos en la mejilla derecha que según cuenta la tradición, no se dejó borrarlos cuando intentaron restaurarla. Hoy como antaño llegan a sus pies millares de peregrinos diariamente, y el Sumo Pontífice Juan Pablo II no deja de postrarse ante ella cada vez que visita su tierra natal.

Don Juan, no era una excepción, buscó en la cartera y equivocadamente alargó hacia sus captosres una estampa de la Madona Negra. El soldado soltó una carcajada; don Juan sintió que se le helaba la sangre en las venas y en un instante se le evaporó todo el alcohol. Comprendió cuál era su situación y se preparó a morir. Los soldados se pasaban la estampa de mano en mano riéndose, y el que parecía jefe de patrulla le preguntó en perfecto polaco qué tan lejos vivía de allí. Ya completamente sobrio, don Juan recitó de memoria con gran rapidez su dirección completa sin respirar siquiera. “Entonces, corre rápido a casa que detrás de nosotros viene la verdadera patrulla alemana” le dijo, y le propinó unas palmaditas en la espalda para darle valor, ya que don Juan parecía estar a punto de desmayarse. Le oí decir que tenía unas enormes ganas de besar a estos muchachos uno por uno, “pero el tiempo era vida” y no oro, en aquellos instantes. Solo atinó correr a su casa con todas las fuerzas de sus piernas. Esta vez don Juan tuvo mucha suerte, pero la suerte de los hombres de nuestra vecindad iba a ser muy diferente dentro de poco tiempo; probablemente la de don Juan también.

Asesinadas con las botas nazi.

También oí el escalofriante relato sobre una mujer muerta a patadas por un

nazi en plena calle a la luz del día y revólver en mano, para mantener a raya a quien osara intentar ayudarla. Las botas de los nazis resonaban con un eco aterrador, no sólo en nuestras calles, herían los oídos y quedaban resonando en nuestros corazones llenándolos de odio. Sí, allí donde como cantan los poetas “nace el amor”.

Los que lo presenciaban no podían comprender por qué la mujer se abrazaba a las botas que la estaban matando, ni sabían quién era. Era un sangriento hecho más, de tantos que sucedían en las calles varsovianas.

Así vivíamos durante cinco años, con toque de queda, perseguidos en las calles y atrapados como perros, prohibidos del uso de determinadas calles, locales, casas, vehículos, pagando con la muerte el uso de un radioreceptor, pasando hambre, sufriendo despojos y diezmados, cuándo, dónde y porque el invasor lo quería así.

Muchos años después, ya en el Perú, oí un relato muy parecido. Me lo contó la esposa del que fue embajador de Polonia aquí, el señor Tadeusz Mulicki. La señora Elzbieta no vivía en Varsovia, pero no recuerdo en qué ciudad. Ella presenció siendo unos años mayor que yo entonces, un caso similar y lo recordaba con todo detalle. Me refirió que delante de una dependencia nazi, los polacos sólo podían cruzar por la acera opuesta, pues estaba prohibido pasar delante del edificio.. Un día, una joven señora embarazada, tal vez no lo sabía, o estaba muy apurada, o pensó que por su estado sería respetada y pasarían por alto su osadía. Intentó pasar por la acera frente al edificio y fue muerta a golpes por las botas de una bestia. La señora Elzbieta quiso contarme el espeluznante cuadro, pero yo le pedí que no lo hiciera. No pude escucharlo por segunda vez en mi vida. Posiblemente, cuando yo era una niña, esto me parecía como un cuento de la bruja mala y me producía miedo; ahora siendo adulta, la percepción es mucho más real y con sólo recordarlo me produce un sentimiento muy diferente.

.....&.....

La religión nos enseña que Dios perdona al criminal arrepentido... la justicia humana, no. Además ¿Se habrán arrepentido?

Hace más de veinte años durante mi visita en Buenos Aires, me preguntó un peletero judío si era verdad que los polacos ayudaban a los alemanes a matar judíos. Los libros de historia cuentan diferentes sucesos al respecto, pero a mí me sorprendió su pregunta. Mi única información eran mis propios recuerdos. Yo vivía en Varsovia durante el levantamiento del getto, oía disparos y explosiones, sabía que allí luchaban a muerte los judíos polacos contra los alemanes nazis. A mi alrededor escuchaba diariamente comentarios como: “los judíos lanzan pedido de ayuda” y, “no podemos tomar las armas ahora; los nazis están fuertes en toda Europa, aplastarían a Varsovia entera” y, “la Resistencia pasa al getto armas, municiones y alimentos a través de túneles” y, “su lucha es sólo para morir con dignidad.



Un relato muy macabro.

Oía sobre la ayuda de la resistencia polaca a los judíos encerrados en el getto de Varsovia, pero un día oí sobre los que hacían negocio con los soldados nazis que robaban las joyas de los judíos o simplemente despojaban de ellas a los ejecutados. Aquel relato me erizó los pelos: un amigo se quejaba a otro sobre lo mal que estaba pasando toda su familia por el poco sueldo que ganaba. Lo hacía ante el amigo quien aparentemente estaba en buena situación, a pesar de las adversas circunstancias para todos los varsovianos. Conmovido por las quejas del amigo le confesó que él hacía negocio con los soldados nazis del getto. Es fácil y nada peligroso, le decía, solo que es algo cuya ganancia no siempre es muy ventajosa, porque compras a ojos cerrados, pero si tú quieres yo te contacto; solo tienes que reunir un poco de dinero. El amigo accedió, quedaron en el día y la hora y se presentó en el lugar convenido. Salió el soldado, le entregó un paquete bastante voluminoso, recibió el dinero y desapareció rápidamente tras el muro del getto. El hombre corrió a su casa pensando que recibió una buena cantidad de joyas por relativamente poco dinero; estaba muy contento. Apenas llegó a su casa, con gran sigilo y acompañado solo de su esposa, puso el paquete en la mesa de la cocina y procedió a abrirlo.

Todo el cuidado del secreto quedó roto por el grito desesperado de su esposa. Al desenvolver el paquete quedó al descubierto la cabeza de una mujer con los ojos desorbitados y la boca abierta llena de dientes de oro. Evidentemente, el soldado no se tomó el trabajo de sacar los dientes de oro a su víctima y negoció toda la cabeza. No escuché qué hicieron con la cabeza ni los dientes; solo el comentario que al novel comerciante de despojos no le quedó ganas para otro “pase”.

La crueldad con un niño judío.

No sé cómo se llamaba mi compañera con la que fui a estudiar después de las clases, tampoco me oriento muy bien dónde estaba su casa porque me llevó la amiga y me recogió mamá, pero lo poco que recuerdo me lleva a pensar que avanzamos por la calle Miodowa que me era ya conocida y luego pasamos por una plaza grande. En la calle que seguía estaba el edificio, donde las ventanas del departamento miraban al getto. Creo recordar que aquellas ventanas estaban con las cortinas bajas (de las que parecen de pergamino y se enrollan arriba) porque yo no vi ni oí nada extraño; nada que llamara mi atención, ni siquiera escuché lo que la mamá de mi compañera contó a mi madre; de lo que estoy segura es que nunca más volví a aquella casa.

Tal vez la señora le contó a mamá varias escenas semejantes a la que mamá me contó y que seguramente observó a hurtadillas, porque yo recién hoy me pregunto: ¿las cortinas bajas estaban así por orden de los nazis ó porque la señora y los suyos no podían soportar lo que veían a diario?

El relato fue sobre un niño y me impresionó muchísimo; yo también era una niña y vivía en la misma ciudad. La señora vio cómo los nazis sacaban de una casa a la familia entera. Los padres llevaban mandiles blancos, debían ser médicos, él cargaba una maleta y ella llevaba de la mano a un niño de pocos años. La señora no podía escuchar lo que hablaban, pero vio que había conversación entre los soldados y los dos padres, luego los papás sentaron al pequeño sobre la maleta, hablaron algo al niño y se despidieron cariñosamente. Los nazis se llevaron a los padres y el niño se quedó sentado sobre la maleta. La señora pasó todo el día mirando por la

ventana y lo veía solito y sin moverse para nada; el niño esperaba. Entrada la tarde presencié el desenlace final de aquel drama. Llegó un grupo de soldados, otros o los mismos que llevaron a los padres, imposible saberlo. Uno de ellos levantó al niño y le disparó a quemarropa. Dejaron el cadáver allí, pero se llevaron la maleta.

Era muy frecuente y comprensible por la situación que vivíamos, que los mayores hablasen de diferentes sucesos cuando se reunían entre personas de confianza. Lo hacían en voz baja, pero no tanto como para que nosotros los chicos no pudiéramos escucharlo. En cada reunión de cualquier índole, las conversaciones terminaban con un tema de actualidad del momento que vivíamos, y éste lo era: el estado de guerra que nos envolvía. Siempre había alguien quien contaba lo que había visto o escuchado. A mí, tal vez, por ser una niña, lo que más me impresionaba eran los relatos referentes a niños.

Asesinato de un niño polaco.

En una de estas reuniones escuché sobre un zapatero que recibió a un niño judío y lo criaba junto con su propio hijo. Parece que era muy frecuente que polacos cristianos estuvieran escondiendo en sus casas, ya sea a escondidas o aparentando llegada de familiares, a miembros de familias judías que sospechando el terrible fin del getto, trataban de salvar a sus seres queridos a toda costa.

Unos proporcionaban este albergue sólo por dinero, otros por compasión y algo de dinero y algunos realmente por humanidad y solidaridad, pues nadie sabía qué fin íbamos a tener todos nosotros.

Así, el zapatero de mi relato recibió a un niño que vino a formar parte de su familia y compartía todo con el hijo de él. Lamentablemente sabemos, que en todas partes existen personas dominadas por los sentimientos de envidia, odio, o tal vez venganza. Posiblemente algún vecino de malos sentimientos denunció al zapatero ante la gestapo. Esta llegó un día a la casa del zapatero indagando por el niño judío, él negó rotundamente tal

cosa. Le ordenaron traer a los dos niños y como generalmente era fácil distinguir a un niño judío cogieron al recogido para llevárselo con ellos.

El buen hombre comenzó a rogar que no lo llevaran, que era su hijo, era su sangre. En un acto de inimaginable crueldad los soldados dejaron al niño judío al lado del zapatero y delante de él mataron a su propio hijo diciendo: “¿Amas tanto a los judíos? Quédate con él”.

Qué terrible debe haber sido la desesperación de aquel padre. Hoy, que soy madre pienso: ¿Y la madre? No escuché nada sobre la madre, debe haber estado al borde de la locura.

No me gustaba enterarme de esas tragedias, los mayores debieron tener más cuidado para hablar delante de los chicos. Nos privaban de los sueños infantiles y llenaban nuestras cabezas de pesadillas, ya sería suficientemente duro lo que nos tocaría a cada uno de nosotros presenciar y vivir inevitablemente.

Una vez dije públicamente que yo no quería sentir ni odio ni venganza, pero que nada me podría hacer olvidar el dolor de una niñez que pudo ser feliz y que aquella guerra me quitó. Me dejó sin familia, me arrancó de mi casa, mi ciudad, mi país y cambió totalmente mi futuro.

¿Qué podía contestar yo, a aquel peletero de Buenos Aires? Su pregunta me sorprendió, me dolió, hasta me ofendió; yo no vi ni oí que los católicos polacos se aprovecharan de la desgracia de los judíos o contribuyesen a ella. Hoy, ya sé de otros relatos... sólo puedo decir que la bondad o la maldad no son atributos de un pueblo determinado; ambos existen entre los seres humanos inevitablemente. En la Varsovia ocupada me tocó ver la maldad y la crueldad muy de cerca desde temprana edad.

No crean que me es fácil relatarla; al hacerlo vuelvo a vivir las dolorosas sensaciones que experimentaba allí, y hoy tal vez lo siento con mayor intensidad, porque razono como persona adulta que soy, como esposa y como madre.

LO QUE PRESENCIÉ

Las atrocidades que relataré a continuación me tocó presenciar en mi quehacer diario dentro de mi pequeño mundo, que era el perímetro de Varsovia que yo conocía, sólo unas cuantas calles dentro de Srodmiescie que podemos comparar con Lima Cuadrada.

No sólo los mejores barrios estaban destinados para los alemanes, también en los tranvías la parte delantera estaba reservada para ellos. Esto lo he visto yo misma, pero oía que hay restaurantes y otros locales donde estaba prohibida la entrada para los polacos. Nosotros ya no éramos dueños de nuestra ciudad, de nuestras calles, de nuestras propiedades ni de nuestras vidas. Lo aprendí presenciando la cruda realidad de cada día.

Asesinado camino al trabajo.

Un día iba a buscar a mamá a su trabajo como me lo había indicado y mientras atravesaba Plac Teatralny o la Plaza del Teatro me detuve, esperando que pase un tranvía atestado de pasajeros. Vi correr a un hombre joven y subirse al tranvía en movimiento quedando en el estribo donde ya había otros colgados como él. Yo había seguido sus movimientos y me sentí aliviada al ver que había logrado su objetivo, mas en el mismo instante sentí un estampido seco y vi caer al joven de espaldas al pavimento. Estaba allí casi frente a mí incorporándose con los brazos y balbuceando algo tan doloroso como: “¿Dlaczego mnie zabijasz? – Chcialem zdazyc do pracy”. “Por qué me matas? – Quería alcanzar a mi trabajo”. Vi al hombre uniformado con la pistola en la mano mirando a su alrededor con indiferencia y desdén. Yo también repetía en mi cabeza “Por qué” ¿Por qué en mi ciudad, el que salía de su casa no sabía si volvería a ella?.

Perseguidos por la “perrera”

Más de una vez en mi camino de ida o de vuelta del colegio presencié cómo los soldados perseguían a los transeúntes. Sabía que sólo atrapaban a las personas adultas, jóvenes y fuertes. La “lapanka” sucedía de repente en cualquier calle y a cualquier hora. Llegaban camiones que bloqueaban

varias calles, los soldados saltaban de los vehículos y corrían en todas direcciones persiguiendo a los transeúntes. Al grito de “lapanka”, los polacos corrían desesperados, correteados por los soldados como en un macabro juego a “la pega”. Él o la atrapada era subida al camión y el soldado corría por otra víctima. Ni más ni menos, como “la perrera” que hace muchos años vi operar en las calles de Lima. No creo que sea difícil imaginarse la desesperación, los gritos y la brutalidad que yo presenciaba en aquellos momentos; pero lo peor fue vivir el terror y la desesperación en mi propia carne, cuando vi a mi hermano Stas de tan solo catorce años, arrastrado y subido a uno de estos camiones. Ni siquiera hoy, sé explicar qué pensé cuando corrí y corrí en busca de mi madre; tal vez creí en mi ingenuidad de niña de ocho años que ella podía rescatarlo. Ya vi hacerlo anteriormente:

Aquella vez llegaron dos amigos de Stas que nosotras no conocíamos, para avisarnos que los soldados alemanes lo habían arrestado hace sólo unos instantes. Un tren de transporte de los nazis había sufrido un accidente o, tal vez, un atentado de los que constantemente les infligía la Resistencia Polaca. Se descarrilaron varios vagones regando por el suelo pertrechos militares, y ellos estaban tan sólo mirando todas estas cosas, cuando aparecieron los agentes nazis de civil y capturaron a Stas y a otro joven, mientras ellos dos lograron escapar corriendo”.

Ni siquiera podíamos estar seguras si no fueron estos mismos jóvenes los causantes del “accidente” y Stas entre ellos. No sería nada extraño, las actividades de la Resistencia eran secretas hasta para los mismos familiares. Los jóvenes nos indicaron a qué dependencia habían llevado a Stas y, que había que actuar de inmediato, y desaparecieron tan de repente conforme habían llegado.

Mamá sacó todo el dinero que tenía ahorrado para la “hora negra”, “czarna godzina” como ella decía; me cogió de la mano y corrimos a la dirección indicada. No recuerdo haberla visto tan locuaz y tan convincente como en aquella ocasión. Mamá suplicaba, lloraba, ofrecía dinero; por fin nos

dejaron verlos. Estaban encerrados en un cuarto del segundo piso en una casa con oficinas llenas de alemanes uniformados y de civil. El agente que hablaba con nosotras dijo, que fueron sorprendidos con un radioreceptor en las manos, y esto sólo era un delito merecedor de graves castigos y torturas por sospecha de pertenecer a la Resistencia y, solía pagarse con la vida. Mamá decía que Stas era un chico idiota, tarado y no sé cuántas cosas más, que él no sabe lo que hace, que hasta tiene que llevarlo al baño para que haga sus necesidades. No sé si el alemán le creyó o se compadeció, pero aceptó el dinero que mamá le ofrecía y le dijo que se lo llevara rápido antes de que regresase el agente que lo capturó. Pero por qué mamá no recurrió a pedir ayuda a su hermano “alemán”? La respuesta a esta pregunta estará más adelante.

Nunca olvidé la mirada del chico que quedó sólo en la habitación mirándonos partir; todavía hoy cuando pienso en ello, se me hace un nudo en la garganta. ¿Qué habrá sido de él?

El terrible Stas ni siquiera se sintió agradecido mientras en el camino de regreso a casa, mamá le recriminaba su imprudencia; él alardeaba que ya habían planeado un escape en la noche. Iban a descolgarse por la cañería del rebalse del techo que pasaba cerca de la ventana y, que además, se iban a llevar los fusiles que estaban depositados en aquel cuarto, lo que yo también había observado con mucha curiosidad, pues nunca antes vi uno tan de cerca. ¿Como si no hubiera centinelas! Ni yo lo creía posible; pagarían con la vida su osadía. ¿Habrá llevado a cabo tan loco plan el muchacho que quedó sólo... ha salido con vida?

No era entonces tan descabellada mi esperanza que mamá rescataría a Stas del camión, como lo había hecho de aquella dependencia nazi llena de alemanes.

Esta vez, no supimos nada de Stas por mucho tiempo. Mamá recorrió todas las direcciones que le sugerían los familiares y amigos, se expuso a humillaciones y burlas, y no consiguió nada. ¿Para qué lo busca? “Polnische Banditen kaputt”. Esto le dolía más, que si fuesen balas. Los

días empezaron a pasar más lentos que nunca, parecía una eternidad que no sabíamos nada de Stas.

El producto de las “lapanki” no siempre tenía el mismo destino. Unas veces eran llevados a trabajos forzados a Alemania, y otras, encarcelados en espera de ser usados como rehenes, pero no para canjearlos, sino para ejecutarlos públicamente en un sistema de “cien por uno”. En muchas esquinas de nuestra ciudad había redondos torreones de dos o, tal vez tres metros de altura. Era un lugar destinado a pegar publicaciones, propaganda, etc. Allí las autoridades alemanas colocaban las listas con los nombres y apellidos de los cien o más rehenes “zakladnicy” que iban a ser ejecutados, porque en un sitio X de Varsovia ha sido encontrado muerto un soldado, alemán. Ni siquiera estábamos seguros que esto fuese cierto. La gente decía: ¿Para qué los nuestros matan a un simple soldado si saben que por ello pagarán con su vida cientos de polacos; si fuera una autoridad importante se comprendería – claro que lo hacían – pero ¿un simple soldado? No puede ser cierto.

Mamá recorría las listas con los ojos llenos de lágrimas una y otra vez y día tras día. Gracias a Dios nunca lo encontró. Por fin llegó una carta de Stas, estaba en Alemania, trabajaba en una granja, describía las humillaciones y castigos que soportaba y rogaba a mamá que reconociera el origen alemán de su familia como sus hermanos, para que lo devuelvan a Varsovia, como hicieron con el esposo de la tía de Bielany. La respuesta de mamá fue estremecedora, deploraba y sufría terriblemente por la situación del único hijo varón que le quedaba (de Janek no sabía nada) pero: “NI POR LA VIDA DE MI PROPIO HIJO SERÉ ALEMANA”. Stas contestó la carta de mamá y prometía solemnemente que de todas maneras estará pronto en casa; se fugará.

Ejecuciones en las calles de mi ciudad.

Las ejecuciones de los rehenes tomados en las calles varsovianas eran muy frecuentes en los últimos años de la ocupación. Yo estuve muy cerca de

una de estas ejecuciones. Fue dentro de mi pequeño mundo en la calle Senatorska. No sé quién trajo la noticia. Cuando con algunos chicos de mi vecindad llegamos al lugar, la ejecución ya había sido consumada y los cadáveres retirados en el mismo camión que los trajo aquí, vivos. Sólo quedaban las evidencias del asesinato masivo que se llevó a cabo en este lugar. Las paredes estaban llenas de agujeros y salpicadas de grumos oscuros y claros; eran trozos de los cerebros destrozados de las víctimas, así decían. Ya había flores en la vereda y algunas velas encendidas, los hombres que pasaban por el lugar se quitaban el sombrero y las mujeres se tapaban los rostros y parecían encogerse de dolor; así me parecía.

Alguien puso un sombrero en el suelo y los transeúntes dejaban caer allí el dinero. En esta misma cuadra había una florería; cada vez que se reunía una apreciable cantidad, los chicos corríamos a la florería a comprar flores rojas y blancas, y también cintas bicolors.

En el rato que pasé allí acomodando flores y encendiendo velas que ya cubrían casi toda la vereda, pasaron dos cosas que me impactaron profundamente, dos extremos opuestos del sentimiento humano. Primero llegó una señora vestida de negro con velo en la cara y los brazos llenos de flores. Se arrodilló y puso las flores en la vereda, luego lloró con un llanto horrible; parecían aullidos, se echó de bruces sobre el pavimento abrazándolo, hablando y llorando sin parar. Después de un largo rato, varias personas – seguramente parientes – la levantaron del suelo y se la estaban llevando casi arrastrando, cuando el velo que cubría su cara cayó al suelo y vi todas las emociones que hoy diría: dolor, desesperación, impotencia, odio y muerte. ¿Quién era, a qué ser querido perdió en la ejecución, resistiría su corazón tanto dolor?

Al poco rato pasaron por la vereda tres oficiales alemanes. Los vimos acercarse golpeando fuertemente el pavimento como era su característica. Venían con las gorras puestas, vestían largos abrigos, anchos cinturones negros como las botas y pistolas sujetas a los cinturones. Caminaban

alineados ocupando todo el ancho de la vereda. En esta formación no podían pasar sin pisar todo el camposanto ardiente que habíamos armado allí. Nos pegamos a las paredes del edificio reteniendo la respiración en espera de la imprevisible reacción que pudiera partir de cualquiera de ellos. Antes de llegar a nosotros los tres oficiales se acomodaron en fila india – sentimos un poco de alivio – los dos primeros pasaron sin mirarnos, sin mostrar reacción alguna, pero el tercero, sobrepasó y movió el brazo derecho en dirección nuestra; pensé: ahora saca el revólver y nos mata; total, para él tan solo éramos mocosos polacos alineados voluntariamente sobre la misma pared, donde hace unos minutos se llevó a cabo el anterior asesinato. A Dios gracias no fue así y hoy puedo escribir este testimonio. El oficial nazi estiró la mano derecha hacia la corona de flores colgada sobre la pared, y adornada con un gran lazo de nuestros colores nacionales, blanco y rojo. Cogió el lazo y tiró de él arrancándolo y lo dejó caer al suelo. Lo hizo sin perder el paso de su “triumfal” marcha y, sin embargo, el movimiento de su brazo me parecía eterno, como cuando ahora pasan en la película un movimiento en cámara lenta, muy lenta.

No tardó en llegar mamá. Alguien en el banco le avisó que me había visto en el lugar de la ejecución arreglando flores y encendiendo velas. Estaba muy asustada, me abrazaba y me regañaba a la vez, a ratos estaba furiosa y a ratos lloraba. Mi pobre madre temía llegar tarde y encontrarme muerta. No sería nada extraño si el oficial nazi que arrancó la cinta roji-blanca hubiese sacado el arma y asesinado a los niños polacos, que se atrevían hacer tal ostentación de solidaridad con los ejecutados allí, que tenían el atrevimiento de exhibir públicamente sus símbolos patrios.

Bofetada en el rostro.

En las calles varsovianas nos encontrábamos frecuentemente con jovencitos alemanes, uniformados como réplica de sus mayores; eran los Hitlerjugen. Siempre iban en grupos, acompañados de uno o dos oficiales. Caminaban con mucho ruido ocupando toda la vereda, obligando con esta actitud a cederle el paso a cualquiera que estuviese caminando por allí. Yo les tenía más miedo que a los alemanes mayores; caminaban con las narices

levantadas, lanzando miradas despectivas, provocadoras, con un aire de auto suficiencia y soberbia que helaba la sangre, sólo faltaba que gritasen: “¡mírennos, somos los dueños del mundo, los hombres superiores!”. Qué bajos eran aquellos “hombres superiores”, lo vi con mis propios ojos.

Aquel día iban tres de ellos, dos chicos casi como yo, uno mayorcito. En la esquina de Krakowskie Przedmiescie con Kozia había un kiosko y también estaba una señora con pierna de palo que vendía cigarrillos al menudeo. Los superniños avanzaban rápidamente, golpeando rítmicamente el pavimento como siempre. La señora con la pierna de palo no pudo quitarse a tiempo de su camino; con sus torpes movimientos más el susto, no pudo ganar la pared del edificio y dejar toda la vereda libre para los hitlerjugen, como lo hicimos todos los demás. ¿Y qué paso? ¡Horror! Uno de esos niños, empinándose estampó una sonora bofetada en la cara de la señora quien al tambalearse regó por tierra los cigarrillos de la caja que llevaba colgada al cuello, fue un milagro que no rodara por el suelo ella también.

También mi mamá vendía cigarrillos al menudeo, por eso yo estaba allí cerca de ella. Mamá era una vendedora ambulante; pero muy pobre, sin carretilla ni otro implemento; sólo una caja colgada al cuello como la señora con la pierna de palo. Y pensar que gracias a este trabajito extra, que por fin mamá se decidió a acometer, comíamos mejor. Antes de esto en casa no había tocino, ni frutas, ni carne; sólo la mermelada de remolacha para el pan negro. Le costó mucho decidirse; primero fue Stas el entusiasta; le pidió plata para comprar cajas de cigarrillos con la finalidad de venderlos por unidad, quería “ayudar a la familia”. No vimos ni la plata ni los cigarrillos.

¿Se podía confiar en todos?

Con mis ocho o nueve años yo creía que todos los polacos éramos honrados y solidarios; que sólo los alemanes nos hacían sufrir. Ingenuidad de niña, en todos los lugares, en todos los tiempos, hubo y habrá gente buena y mala. Esta vez la gran pena le causaron a mamá las personas que ella creía buenas aun sin conocerlas.

Un día, al regresar del colegio encontré a mamá desesperada, casi enloquecida de pena. Al preguntarle por qué no había ido a trabajar (seguía trabajado en Bank Polski) me dijo por toda respuesta: “ayuda a buscar hijita tal vez tú las encuentres, tal vez todavía están aquí”. Tardé un buen rato en comprender lo que había pasado y lo que debía buscar. Mamá lloraba y hablaba a la vez, era difícil entenderla.

Entendí al fin, sentí pena y desconsuelo, porque ella lo sentía, pero la verdadera tragedia de lo que había sucedido la comprendí mucho más tarde.

En la Varsovia ocupada, prácticamente nada tenía valor, ni las casas, ni los muebles finos, ni los objetos de arte. Los bombardeos eran cada día más frecuentes; el fuego podía consumirlo todo en cualquier momento.

Nosotros ya no teníamos cosas de valor; lo perdimos todo en el bombardeo del año 39. Mamá conservaba tan solo las joyas que fueron regalos de papá, porque las que heredó de su madre desaparecieron cuando estuvo en el Perú junto con el cofrecito donde las guardaba, robadas probablemente por una de las empleadas. Mamá ni siquiera sabía cuál de ellas ni habían sido, sólo se percató de ellos cuando quiso usarlas después de mucho tiempo. Por su innata delicadeza no acusó a la empleada que tenía por aquellos días; prefirió pensar que fue alguna de las anteriores. Yo no sabía nada de estos tesoros ni de los movimientos que mamá hacía con ellos; me estaba enterando cuando ya no los teníamos.

Las joyas que conservaba mamá eran: una sortija con brillante, un reloj con brillantitos alrededor de la esfera, medallas y cadenas de oro de todos nosotros, libras de oro peruanas, los aros de matrimonio, un prendedor de corbata con brillantes de papá, un pendiente de mamá y una figurita de plata de San Antonio, a quien ella creía protector contra los robos; son todos los que recuerdo del relato de mamá. Nunca volvimos a hablar de ello. Eran valores fáciles de transportar y fáciles de vender en caso de suma necesidad. Todas estas joyas las guardaba juntas en una bolsita, la que colgaba al cuello cuando salía de la casa y, de noche, la ponía bajo

la almohada para en caso de alarma de un nuevo bombardeo ponérsela al cuello y correr conmigo a guarecerse en el sótano.

Aquél día, mamá se despertó más tarde que de costumbre, y por la preocupación de llegar tarde al trabajo, no se acordó de la bolsita sino hasta el momento de salir. No quiso perder más tiempo y, acomodándosela al cuello la metió en la cartera saliendo presurosa a abordar el tranvía. Ni bien el tranvía emprendió la marcha se produjo una nueva “lapanka”. El tranvía paró y los pasajeros aprovecharon en correr en todas direcciones tratando de no dejarse atrapar y salvarse consiguientemente de un destino incierto y cruel; sobre todo los jóvenes. En los tranvías que yo recuerdo, los asientos eran dobles y estaban ubicados de tal manera que se miraban de dos en dos y los respaldos estaban unidos. Frente a mamá estaban sentadas dos mujeres jóvenes que no hicieron ningún intento de escapar; mas bien entretenían a mamá comentando cómo los soldados iban persiguiendo tal o cual persona. Cuando terminó el macabro juego de la “lapanka” y el tranvía reanudó su marcha, una de las mujeres bajó en el siguiente paradero y la otra permaneció conversando tranquilamente con mamá. Al acercarse a su destino, mamá se levantó del asiento y notó inmediatamente que su cartera estaba más liviana que antes. Ya en la puerta esperando que el tranvía parara totalmente, abrió la cartera y no vio la bolsita con las joyas. Volvió al interior del tranvía con la intención de encarar a la ladrona que seguía sentada, pero se arrepintió; por su exagerada delicadeza se dijo: “¿y si la dejé en casa? No puedo ofender a una persona inocente”. Así perdió la única oportunidad de retener a la cómplice de la que seguramente bajó con el botín. “¡Dios mío, Dios mío!” Decía mamá meciéndose de los cabellos. “¿Cómo pude ser tan tonta? Si hubiera resultado que realmente la había dejado en casa, bastaba ofrecer disculpas y hasta recompensar por la molestia; en cambio perdí lo único de valor que tenía para mis hijos”. No le faltaba razón. He visto que las joyas compraban la libertad en Pruszkow donde fuimos arrastrados durante el levantamiento de Varsovia y posiblemente la vida también.

Tras este nuevo golpe, mamá se sentía aún más desprotegida, sólo le queda

trabajar doblemente en su “negocito de cigarrillos” para poder ahorrar algo para la “hora negra”. Sin embargo, estos ahorros han tenido un final inútil, a pesar de haberle costado muchos sacrificios.

Yo también ayudaba a mi mamá. Recuerdo cómo un día iba ofreciendo a los transeúntes de Krakowskie Przedmiescie ramitos de mimosa, pequeñas flores amarillas muy aromáticas. Caminé desde la Iglesia de la Visitación al lado del parque Mickiewicz hasta la iglesia siguiente antes de la Plaza del Castillo. Me parecía un trecho muy largo, sin embargo, hoy sé que no son más de doscientos metros y no recuerdo el nombre de la iglesia. No puedo precisar si lo hice sólo una vez, pero sé que me gustó, me parecía un juego divertido; sin embargo a mamá le costó una discusión con el abuelo y el triste comentario que papá hubiera tenido a su hijita como una reina y que ella, mi madre, no podía siquiera hacerme feliz. ¡Sí, me hacía feliz! Yo no conocía a mi padre, no podía recordarlo, no sentía su falta.

Otra pena, y otra vez por los nuestros.

Mamá se dedicaba con ahínco a su informal negocio y cada vez lo surtía con más productos. Por ello aceptó la ayuda de una señora mayor que vivía en un asilo cerca de la casa, administrado por religiosas. La viejita estaba contenta, porque pasaba el día con una familia y porque comía mejor. Venía todos los días temprano, me despachaba al colegio y supongo que hacía algo más, porque recién en la tarde volvía al asilo. Esta pobre mujer fue la causante de que mi lindo abriguito con el forro de zorro, el orgullo de mamá, terminase en manos ajenas. Apareció un día con dos mujeres no muy jóvenes, pensé que eran sus amigas, porque conversaban animadamente. Ambas llevaban grandes bolsos y algo sacaban y le enseñaban mientras hablaban sin parar. Una de ellas comenzó a hacerme preguntas sobre el “negocio de mamá”, lo que yo le explicaba con mucho entusiasmo y la otra seguía entreteniendo a la viejita. De pronto, tan de repente como vinieron se fueron en medio de mucho bla, bla, bla, sin que nada pasara, aparentemente. Descubrimos el robo en el momento en que debía ponerme el abriguito para ir al colegio; ambas no podíamos creerlo; no hemos visto en qué momento lo sacaron del ropero.

Al llegar mamá del trabajo, se sorprendió viéndome en casa. ¿Qué pasó? preguntó asustada. La viejita le contó lo ocurrido llorando y pidiendo perdón.

Resultó que ella no conocía a las dos mujeres que trajo a casa, la envolvieron con su labia ofreciéndole finos jabones y diferentes trapos baratos. Ella quería escoger algo en la comodidad de la casa y no en la calle. Sólo después de muchos años trabajando con mamá ganaba un pequeño sueldo y podía ahorrar algún dinero. Todo esto lo ofreció llorando para pagar un nuevo abrigo para mí. El forro de mi abrigo era parte de lo que habíamos tenido en nuestra muy diferente situación económica, anterior a la muerte de papá y a la destrucción por la guerra. A mamá le era imposible costear uno parecido siquiera en la situación que vivíamos, pero los ahorros de la viejita tampoco lo lograrían. Ella era más pobre que nosotros, sólo quedaba resignarse y volver a usar el abrigo viejo al que yo no quería ponerme aquella tarde, y me quedé en casa perdiendo un día de colegio.

Sin embargo, al día siguiente y todos los días que siguieron tuve que volver a mi viejo abrigo que no abrigaba como el nuevo forrado con piel de zorro, y que se fue de la casa sin darnos cuenta cómo. Era azul, era mullido y calentito, no olvido ni el modelito, recto muy sencillo. Mi viejo abrigo era rojo, casi betarraga, acampanado a partir de la cintura; creo que era de paño, pero sin el calentito forro de un zorro plateado.

Una gran alegría.

Después de aquella pena tuvimos una gran alegría. El regreso de Stas, pocos días antes del Levantamiento de Varsovia. Al mismo tiempo nos trajo zozobra y temor también, porque podían buscarlo y atraparlo de nuevo y esta vez sería duramente castigado. Él, sencillamente “zwial”, o sea se “esfumó”, como llamábamos al hecho de escaparse de una persecución o de un cautiverio como aquellos trabajos forzados.

Una tarde de regreso a casa, abrimos la puerta y en la penumbra que a

estas horas proyectaba la luz de un ya desfalleciente verano, vimos parado en medio de la habitación a un muchacho sucio y andrajoso. Mamá lo reconoció primero y se echó sobre él, abrazándolo mientras yo miraba incrédula lo que estaba viendo.

Stas se quitó la ropa, mientras mamá preparaba algo para saciar su hambre de muchos días. Se lavó, mamá le cortó el desgreñado cabello (con piojos) y siguieron horas de preguntas y respuestas a media voz, sobre los últimos meses de su vida y su entrada a la casa por el “lufcik”, una pequeña ventanita en la parte alta de la ventana grande que daba directamente al patio de la vecindad, y que generalmente permanecía abierta aun en el invierno, como punto de ventilación de la habitación.

Stas contó que no era la primera vez que intentaba escaparse. Anteriormente lo había hecho en compañía de otro muchacho, pero los detuvieron por el camino, les raparon las cabezas y los devolvieron a sus respectivos trabajos. De todo su relato lo que más recuerdo es que cuando después de su primer fracasado intento de fuga, alguien le dijo socarronamente “¡ahora ya no escaparás!” Él contestó: “lo haré apenas me crezca el pelo”, y así lo hizo. ¡Éste era mi hermano Stas! Me sentí muy orgullosa de él.

Stas, pernoctaba muy pocas veces en casa. Algunas noches lo hacía en casa del abuelo, otras en casa de la tía Ania o en casa de algún amigo. Sólo una vez llegaron los investigadores alemanes a buscarlo en casa. Hoy comprendo que cercano ya el “Levantamiento” y echada la suerte de nuestra ciudad, ellos se preparaban para la gran destrucción que tenían planeada con anticipación y para ellos ya no valía la pena buscar a un muchacho fugitivo y darse el trabajo de devolverlo a Alemania. Si esto hubiera sucedido unos años atrás, seguramente él y los que lo cobijásemos, pagaríamos muy caro la ayuda a un fugitivo.

Un acto suicida, desesperado.

En aquel verano de 1944 tuvimos otros sucesos más, que se grabaron hondamente en mis recuerdos. Empezó con una gran balacera en

Krakowskie Przedmiescie frente al parquecito de Mickiewicz. Muchas personas entraron corriendo a nuestro patio, las mujeres gritaban y lloraban, nadie sabía lo que sucedía, parecía que las balas rebotaban contra las paredes del edificio de nuestro patio que daba frente a la calle Kozia. Oíamos caer vidrios y ladrillos y voces roncas y feroces, voces enemigas. ¿Qué había pasado?

Desde algunos días atrás pasaban por Krakowskie Przedmiescie camiones con soldados alemanes, artillería ligera, autos blindados y más y más camiones llenos de soldados. Parecía que todo el frente alemán se retiraba del otro lado del Vístula; así pensábamos con alegría, porque sentíamos ya muy cercana nuestra liberación.

Cuando todo quedó en silencio, los vecinos y los que entraron a guarecerse en nuestro patio comenzaron a salir tímidamente a Krakowskie Przedmiescie. Yo también. Primero llamó mi atención el gran arremolimiento de personas en medio del parque, luego miré la vereda por donde tenía que atravesar y estaba cubierta de pedazos de ladrillos y vidrios rotos. Al levantar la vista observé las fachadas de los edificios con las paredes llenas de agujeros, grandes, chicos y muchas ventanas destruidas con pedazos de marcos y cortinas colgando; nadie asomaba por aquellas ventanas. ¿Estarían aterrorizados, habría heridos? Oí comentarios como: “¡Qué locura, qué terrible error hacerlo en pleno día y en medio de la calle; él sólo contra cientos de ellos armados hasta los dientes, qué inútil forma de inmolarsé, quién será, tan joven y tan desesperado ahora que los alemanes retroceden derrotados!” Yo no entendía nada de estas exclamaciones, iba avanzando hacia el parque y cuando me fue imposible seguir adelante entre la compacta aglomeración de curiosos, me agaché y comencé a avanzar entre las piernas de las personas. Siempre por entre las piernas de los allí reunidos, vi el cuerpo ensangrentado de un hombre y volví a escuchar más comentarios con voces de pena y sollozos: ¡Está destrozado, pero su corazón se niega a morir! Junto al cuerpo del joven vi arrodillarse a un hombre y se escuchó un murmullo: “es su padre”, siguió un sepulcral silencio. Después de todo el barullo de los anteriores

minutos, este silencio sobrecogía. Todos seguíamos los movimientos del hombre arrodillado, éste cogió las ensangrentadas manos del muchacho y las colocó cruzadas sobre el pecho del moribundo sin despegar las suyas. No vi más. Sentí que alguien trataba de hacerme retroceder, yo me resistía, hasta que sentí un firme y constante jalón en mis trenzas y comencé a caminar lentamente siguiendo las trenzas que parecían irse sin mí. Cuando por fin pude salir del grupo de curiosos, reconocí al autor del “atropello” del que fui objeto, era mi hermano Stas.

Mientras me llevaba casi arrastrando, iba explicándome airado que al no encontrarme en casa se alarmó mucho, y arriesgándose, salió a buscarme para que mamá no sufriera al llegar a casa, pues al enterarse de lo ocurrido y no verme pensaría que algo malo me había sucedido. Para Stas, era un riesgo andar en la calle, pues él era un “zbieg” o sea un “fugitivo” y podía ser reconocido por alguien de la gestapo que a menudo andaban de civil entre nosotros husmeando como canes de presa.

Después, ya en casa, oí comentar a los vecinos con mamá, cómo habían sucedido aquellos hechos. Contaban que un joven se arrodilló en medio de la pista con una pistola automática y comenzó a disparar a los camiones llenos de soldados alemanes que pasaban por Krakowskie Przedmiescie desde el puente Kierbedzia.

En los primeros segundos, las ametralladoras montadas sobre los camiones comenzaron a disparar rabiosamente contra las ventanas de las casas de la acera derecha de la calle, ya que a la izquierda estaba el parque desde donde nadie en su sano juicio se atrevería a atacar al convoy exponiendo inevitablemente la vida. El joven estaba más cerca aún, en la pista. Pronto salieron de su error y acribillaron al “suicida” patriota polaco. Recién comprendí los comentarios que oí en la calle, los destrozos de las fachadas y ventanas de los edificios y el destrozado cuerpo del joven que vi aquella tarde. También alguien comentó la entereza del padre y aseguró haberle oído decir: “a fuego vivió y a fuego murió”.

Arrojados de nuestras casas.

Otro suceso en los días muy cercanos al Levantamiento de Varsovia que nos llenó de temor e incertidumbre fue la orden de abandonar la vecindad. No sólo la nuestra; todas las casas de los alrededores del triste acontecimiento que narré arriba recibieron la misma orden. La desesperación se apoderó de todos, salíamos con unas cuantas cosas recogidas rápidamente y nos encontrábamos con muchas personas en las mismas condiciones, avanzando por las calles sin rumbo, cargadas de bultos, maletas y niños pequeños llorando. Nadie sabía si la expulsión de nuestras casas era por horas, por días o para siempre y todas estas casas serían quemadas y destruidas en venganza del ataque suicida de unos días atrás, o tal vez iban a registrar a todas las vecindades en busca de armas. Nosotros nos dirigimos a casa de la tía Ania, sin saber por cuánto tiempo y, si una vez más nos quedaríamos sin casa, aunque lo que dejábamos atrás no tenía más valor que el hecho de guarecernos del frío y de las lluvias, ser un lugar para el descanso y de la satisfacción de necesidades primarias, pero de ningún modo podía llamarse “Hogar, dulce hogar”. Mi hogar eran mi madre y mi hermano Stas; dondequiera que estuviéramos juntos, allí estaba mi hogar.

No puedo orientarme si estuvimos fuera de casa una noche o dos, o tan sólo unas horas; tampoco sé cómo recibimos la orden de salir y luego de regresar; lo único que supe es el por qué. Según el relato de alguien “muy enterado”, nuestra temporal expulsión fue porque un alto personaje alemán iba a pasar por la misma ruta que los convoyes militares de días anteriores, y no podían exponerlo a un posible atentado. Después del último suceso en Krakowskie Przedmiescie, los nazis se convencían una vez más que los polacos eran capaces de todo, hasta de las acciones suicidas más absurdas con tal de hacerlos sentir que ellos eran los odiados invasores y torturadores de nuestra Patria. Los más fantasiosos decían que fue el mismísimo “führer” quien pasó por Krakowskie Przedmiescie; claro que ni yo lo creía.

Para conseguir armas.

Lo siguiente debe haber ocurrido tan solo unos días antes del Levantamiento de Varsovia. Mamá llegó a la casa temblando y llorando y hablaba tan entrecortado, que demoramos un buen rato para poder reconstruir el episodio completo de lo que ella acababa de presenciar en la misma entrada de nuestra vecindad.

La entrada a la vecindad pasaba por debajo del edificio cuyo frente daba a la calle, de modo que debía tener unos cinco metros de largo por tres de ancho y no era muy iluminado. Mamá entró apurada como siempre, pero no tanto como para no ver lo que sucedía. En la semi-oscuridad vio a tres jóvenes luchando con un soldado alemán. Tal vez él se defendía, porque ella vio que le estaban pegando y se horrorizó por la violencia que presenciaba. Comenzó a rogar a los jóvenes que no lo golpearan; ella lo veía tan joven como sus atacantes y aterrorizado, (no sé cómo distinguía su terror en la oscura “brama” de un patio varsoviano). Los jóvenes respondieron: “Señora, necesitamos armas”, mamá insistía pidiendo que no lo mataran y recibió por única respuesta un grito con impaciencia: “es el enemigo”, oyó un disparo y ya los jóvenes salían corriendo a la calle.

Stas estaba en casa y creo que ella se lo contaba a él y, ni siquiera reparaba que yo también estaba escuchando. Mamá repetía una y otra vez: “Dios, qué pasará ahora”.

Sabíamos muy bien cuantos polacos pagaban con su vida la de un soldado alemán; sacarían a todos nosotros al paredón; era muy posible; casi seguro.

¿Por qué, entonces, ese ataque por un arma? Nosotros no lo sabíamos, pero la Resistencia ya tenía la fecha del Levantamiento armado y sus miembros necesitaban armas. Los nazis también se preparaban y no iban a perder el tiempo con una pequeña ejecución cuando sus planes eran acabar con cientos de miles de varsovianos y destruir a toda la ciudad.

Mamá mandó a Stas a casa de tía Ania y allí, creo, pasó dos días y dos

noches, mientras en la vecindad todo seguía tranquilo, por el momento; pero no había tranquilidad en nuestras mentes, hasta nos despertábamos en las noches creyendo oír las voces enemigas. Conocíamos los procedimientos de la gestapo, podría ocurrir también en nuestra vecindad que nos obligaran a salir a media noche y acribillarnos allí mismo, en nuestro patio, como sucedía en tantos otros patios y en las calles varsovianas.

Así en constante zozobra de perder la vida propia y la de nuestros parientes en cualquier momento, vivíamos los cinco años de la ocupación nazi en nuestra ciudad, en nuestro país.



*El Patio de mi casa reconstruido de las cenizas 1999.
En el portón de este patio, mamá presencié la lucha por conseguir armas para el Levantamiento de Varsovia 1944.*

Capítulo VII

Los recuerdos felices

Si bien no olvido aquellos acontecimientos tristes y trágicos que me tocó presenciar en mi niñez, también tengo recuerdos felices. Por ello llamo así a este capítulo.

Al separar mis recuerdos por grupos, no quiero que piensen que así estaba ordenada nuestra vida también; no, los sucesos que narro se intercalaban y nosotros debíamos seguir una vida “normal”. Los niños asistir al colegio, los padres a trabajar, las tiendas, los restaurantes, las farmacias, los bancos, las fábricas, las diferentes instituciones y organizaciones seguían funcionando con una “normalidad” aparente, bajo las reglas y la vigilancia de las autoridades alemanas y bajo el terror de cada día, como han leído y leerán más adelante en estas páginas.

Mis veranos fuera de Varsovia

Siempre me ha gustado la naturaleza, vagando por el bosque o por un prado florido, mirando los campos violáceos con los sembríos de la papa o los dorados del trigo y la cebada mecidas por el viento como las olas del mar que yo aún no conocía, recogiendo frutas silvestres u hongos en el bosque, cortando las amapolas y los azules “chabry” (azulejos) deslizándome entre el trigo, me sentía muy feliz. Yo vivía en medio de la ciudad, me rodeaba cemento por todas partes, no me bastaban el pequeño parqucito de nuestra vecindad o el parque Mickiewicz en Krakowskie Przedmiescie o el Ogród Saski (Jardín Sajón) donde íbamos con mamá a veces. No podía pisar el césped y menos aún recoger flores; allí tenía que

observar reglas que protegían las áreas verdes de la ciudad. Las hermosas Lazienki, el parque más bello de Varsovia no visité nunca, pienso que no estaba prohibido; allí está una parte de nuestra historia nacional; creo que no nos dejaban visitarlo como tantos otros lugares de nuestra ciudad.

Tal vez, sin darme cuenta, allí en los campos donde no había los “verboten” ni la hostilidad que se vivía a diario en nuestra Varsovia, yo gozaba de la verdadera libertad.

No puedo establecer el orden cronológico de aquellas vacaciones en las afueras de Varsovia, en la mayoría de las veces ni siquiera sé el nombre de la localidad; tampoco si duraban días o semanas. Lo haré pensando que del que menos recuerdo, debió ser el primero.

En la casa del guardabosques

El nombre del lugar de mi veraneo en la casa del guardabosques que era el hijo mayor de la tía Vera, no lo recuerdo o tal vez no lo supe nunca, pero puedo describir el lugar y los alrededores como si lo viera hoy mismo; tal vez porque estuve allí dos veces. La primera vez con la tía Vera y la segunda con la familia del campesino. Llegábamos por tren y luego seguíamos por un ancho camino en medio del bosque, no debió ser lejos de la estación, porque lo hacíamos a pie. La casa era de un piso, mucho más larga que ancha, porque eran en realidad dos casas pegadas. La mitad de la construcción que pertenecía al guardabosques tenía en el extremo una bella “altanka” o glorieta, con techo de madera y los costados cerrados hasta la mitad, con un menudo entramado también de madera por donde subía hasta el techo la linda enredadera con flores como campanitas de color violeta. En las tardes, las campanitas cerraban sus corolas y en las mañanas las abrían nuevamente. Yo vigilaba atentamente este infalible proceso con el secreto temor que un día fallara, pero no lo hizo. Amanecían abiertas, lozanas, con pequeñas gotas de rocío temblando sobre ellas por el ligero frío mañanero a pesar del radiante sol. Era mi gran secreto vigilarlas, pues me parecía algo así como que morían al anochecer y resucitaban cada mañana.

La puerta principal de esta casita daba frente a una amplia casa blanca, muy bonita y yo sabía que pertenecía a los dueños de esta propiedad y a la que nunca vi habitada. La otra casa, pegada a la del guardabosques la ocupaba la familia que trabajaba los campos o mejor dicho administraba toda esta propiedad. La puerta de su casa estaba al lado opuesto, frente a “obora” que era mitad establo y mitad granero. Esta parte la conoceré muy bien durante mi segunda estadía en aquel bello lugar.

Cerrando los ojos puedo recorrer sus alrededores. Al lado izquierdo de la casa había un extenso sembrío de trigo y otro de papa con un enorme árbol de “ulegalki”, pequeñas peritas que maduras en “sloma” o paja, resultaba muy sabroso. Al final de los campos sembrados corría un riachuelo rodeado de árboles, formando un angosto bosque de robles. Allí prendíamos fogatas para asar papas; aunque lo de “prendíamos” es mucho decir. Yo veía que primero enterraban las papas y después armaban y prendían la fogata encima de ellas. Por cierto que yo sólo comía las deliciosas papas asadas, porque las alegres reuniones alrededor de la fogata, las papas y las canciones, las organizaban los amigos de Rysiek (el guardabosques) que llegaban de Varsovia. A quien más recuerdo es a su novia con un vestido azul de lunares blancos; era muy linda y hablaban de casarse. Mas allá del riachuelo rodeado del bosque empezaban otros campos de trigo pero nunca traspasé sus linderos; era otra propiedad y estaba cercada con alambre de púas.

Saliendo de la casa por la glorieta, o sea a la derecha de la puerta principal, me encontraba con un bosquecito de árboles de lilas. Los recuerdo cargados de flores que impregnaban el aire de deliciosa fragancia. Al pensar en las lilas, aunque no fueran aquellas, me invade una gran nostalgia. Sé que Polonia no es el único lugar en el mundo donde florecen las lilas, pero para mí, son inseparables de Ella. Después de atravesar el florido huerto de lilas, cruzábamos el camino que conducía hacia la estación y ya estábamos en el bosque.

Abundaban allí las nueces silvestres o avellanas que yo sacaba de los

árboles y cascaba entre los dientes como las ardillas; también había hongos y muchas coníferas que disminuían a medida que nos acercábamos a las “wydmy”, ondulaciones de arena blanca o dunas, en castellano. Después de atravesarlas estábamos otra vez en un bosque y al terminar éste llegábamos a un río. Era un río ancho y profundo, jamás pasé a la otra orilla. Nos bañábamos siempre en el mismo sitio donde el río formaba un recodo. En sus orillas no había pinos; todos los árboles y arbustos eran de hojas anchas como robles, abedules y otros. No sé el nombre del río, tal vez ni siquiera era tan grande como yo lo recuerdo; en cambio estoy segura que la bucólica belleza que reinaba allí está verídica en mi memoria. Su lecho era de arena blanca, su agua transparente, sus orillas verdes y llenas de flores, de árboles y de arbustos tan cerca de la orilla que algunos inclinaban las ramas bañando sus hojas en las aguas del río. La excursión por este lado era mucho más larga y nunca podía hacerla sola, de modo que yo esperaba ansiosamente las visitas de Rysiek para gozar del paseo.

Aquel verano yo no conocía aún a los hijos del campesino y sólo podía correr por el campo del lado izquierdo de la casa hasta el pequeño riachuelo. Por el lado derecho no debía cruzar más allá del primer bosque, antes de las dunas de arena. Por eso, yo esperaba con impaciencia los fines de semana para participar de las fogatas al lado del sombreado riachuelo o el “picknic” con baño en el ancho río al final del bosque grande.

Los demás días de la semana yo vagaba por los límites permitidos un tanto aburrida. Creo que por este motivo inventé una diversión muy particular. Cuando la tía Vera tenía listo el almuerzo, Rysiek era el encargado de llamarme. Pues bien, cuando calculaba que ya se acercaba la hora, yo me escondía tras el grueso tronco del árbol de “ulegalki” (peritas) o me acostaba entre los surcos del campo de papas. No lo hacía entre el trigo, porque sabía que podría quebrar sus tallos y esto dificultaba después la siega, así me lo explicó Rysiek apoyado con el asentimiento de la tía Vera y esto era una ley para mí. Él empezaba llamándome por mi nombre en diminutivo: ¡Krysiu, Krysenko!, mientras yo seguía escondida conteniendo

la risa, porque sabía el ritual de todos los días. Después le escuchaba gritar: ¡Krystyna, Krystyna!, para finalmente terminar con: ¡Kryska!, lo que es más o menos como: ¡Juanita, Juanitita!, seguía con: ¡Juana, Juana!, para terminar gritando: ¡Juanota!. Yo me divertía creyendo que lo sacaba de las casillas, mas como la situación se repetía diariamente, hoy creo que él sólo seguía mi jueguito para dejarme divertirme un poco, pues lo recuerdo sonriendo bajo el bigote., cuando yo salía del escondite y corría hacia la casa saltando de alegría feliz por mi hazaña.

Con la familia campesina.

Supongo que ya fue el siguiente verano o, tal vez, el final del mismo cuando volví a aquel bello lugar, pero a la casa de la familia de campesinos. Rysiek ya no estaba allí; lo que yo sabía, pero no indagaba el por qué, tenía amiguitos y muchas diversiones. Los dueños de casa me trataban muy bien, casi con preferencia a sus propios hijos, yo me sentía uno de ellos. Aprendí a correr por el campo recién segado y que en verdad era un arte poder hacerlo.

Al principio me era imposible seguir a los chicos campesinos, las puntas secas de los tallos cortados, apenas a unos centímetros del suelo, pinchaban mis pies como clavos y el dolor me hacía sentarme en el camino llorando mitad de dolor, mitad de rabia, y eso que yo caminaba con “drewniaki”, sandalias con suela de madera, mientras que los hijos del campesino corrían a pie desnudo. Por fin aprendí el truco. Era muy sencillo, tenía que deslizar el pie hacia delante antes de asentarlo en el suelo, así pisaba las puntas ya dobladas. Me costó más dolores, pero aprendí y podía correr con ellos y como ellos; esto era muy importante para mí.

Íbamos a la vieja pera en medio del campo de papas a recoger sus frutos que luego escondíamos en la paja de nuestras camas. La mía tenía tanta paja (por darme preferencia) que no sólo me era difícil subir a acostarme sobre ella; también me dificultaba encontrar todas las peritas que allí escondía para que maduraran.

Cuando la madre de esta familia iba a ordeñar las vacas yo le seguía como uno más de sus hijos con un jarrito en la mano. Mientras ella ordeñaba

la leche en el balde, la superficie se llenaba con abundante espuma, que nosotros cogíamos con nuestros jarritos y la tomábamos calentita una y otra vez. Nunca más volví a sentir en leche o crema alguna, el delicioso sabor de aquella espumita de la leche recién ordeñada a una “laciasta”, (blanca y negra) vaca polaca, por aquella campesina, en algún lugar de Polonia. Sus nombres no los sabré nunca.

Algunas veces, después del festín con la deliciosa espuma, nos quedábamos dormidos sobre la enorme ruma de heno, que ya iban reuniendo en el granero, como forraje de invierno para el ganado, pues en el crudo invierno polaco ya no habrá el verde campo donde soltarlo a pastar. Era suave y oloroso como el prado mismo. Sé que los peones que traían cada nueva carga de carretas jaladas por un caballito regordete, se quejaban que nosotros desordenábamos su trabajo. Mi anfitrión, que era su jefe inmediato, les daba la razón muy inteligentemente, pero a nosotros nunca nos prohibió seguir disfrutando de nuestros juegos. Era muy divertido tirarse sentados desde la cumbre de aquel oloroso cerro llevando en cada bajada montones de heno. Dije, caballito regordete, porque así yo lo recuerdo, no era alto, brioso, como los caballos de carrera, pero tampoco era una jaca flaca y huesuda como he visto algunos en los campos por aquí y que dan pena. Aquel caballito era fornido y hasta me parecía que se sentía feliz haciendo su trabajo. Tal vez, porque la carga era liviana y también porque tenía la comida al alcance de su hocico.

La única vez que recuerdo haber comido pan con azúcar fue en aquella casa. El campesino, padre de familia que me hospedaba, debe haber estado celebrando algo en alguna parte, porque llegó a su casa muy alegre y seguramente con algunas copitas de más. Insistía a su mujer que me diera de comer, porque me veía muy flaquita y qué iba a decir mi madre cuando llegase y me viese así. Yo ya había comido y no tenía la más mínima sensación de hambre, pero por más que la mujer insistía que no había más comida, él no se daba por vencido y le ordenó que me diera pan con azúcar. Debo haberlo comido con mucho desagrado pues me parecía

horrible el crujir del azúcar entre mis dientes como si fuese arena. Nunca cambié aquella opinión sobre el pan con azúcar no obstante que hubo oportunidades en mi vida en la que sentí el hambre de un pan, aunque fuese seco, pero nunca con azúcar.

Creo que después de aquel veraneo supe la terrible tragedia que enlutó a la tía Vera y a la linda novia de Rysiek. Pensé mucho en ella al enterarme por las conversaciones de mamá con la tía Ania y el abuelo. Esta fue una de las tragedias que relaté en el capítulo: Las lecciones más dolorosas, y a la que sentí muy mía.

En Rabka

Un verano diferente y también muy lindo pasé en la localidad de Rabka. No sé cómo consiguió mamá mi inclusión en aquel grupo de niñas donde yo no conocía a nadie. Me sentí extraña entre todas ellas, pero creo que todas nos sentíamos igual, éramos un grupo muy heterogéneo.

Estábamos en un hall grande, cada una con su maletita o bultito y rodeada por su familia, mirando desconfiadas a nuestro alrededor. Llegó la hora de despedirse y la mayoría moqueábamos; así íbamos avanzando hacia la salida al andén, pasando una por una al ser llamada en estricto orden de lista. Era la primera vez que iba de vacaciones, más asustada que contenta.

Ya en el tren, nuestras caras iban cambiando poco a poco. Confraternizamos, compartimos nuestras meriendas y cantamos. El paisaje a lo largo de la ruta del tren a cada momento era más lindo. Llegamos a un lugar de suaves elevaciones, verdor, bosques de pinos y cariñosas monjitas que nos distribuyeron en cuartos de cuatro y de seis camas. Los cuartos eran chicos y acogedores, todos en el segundo piso, de la casa. En el primer piso estaba el comedor que debía ser grande, porque comíamos todas a la vez; para mí, siempre a satisfacción.

Un día nos asustó mucho el cambio de la hermana superiora. Nos

presentaron a la nueva en el comedor, y de inmediato dio nuevas órdenes: las encargadas van a servir sólo un cucharón de sopa a cada niña y, la que al terminar quiera más, levantará la mano. El comentario general durante el recreo era, que ahora sí, vamos a pasar hambre, y que esta monjita debía ser muy mala. Qué equivocadas estábamos, resultó que cuando volvió la anterior hermana superiora y se marchaba la “nueva”, puedo decir sin temor a equivocarme que a todas nos dio mucha pena su partida.

Los días pasaban entre lecciones de religión, juegos y largas caminatas por los bosques, siempre con las monjitas.

Yo nunca antes estuve en las montañas; estaba fascinada. Subíamos y bajábamos lomas y cerros siempre verdes, con árboles y con el suelo cubierto de suave musgo para echarse en él cuando estábamos cansadas. También trabajábamos en el jardín sacando las verduras para la cocina que la hermana indicaba, arreglando surcos y recogiendo hojas muertas del suelo.

Para mi, todo esto era alegría, fue mayor la alegría aún cuando llegó mi hermano Stas, y se quedó a trabajar de jardinero, pero en serio, no como nosotras.

Mi ingenioso hermanito se arregló también unas buenas vacaciones en Rabka. A veces yo iba en su búsqueda y siempre lo encontraba ocupado con las plantitas,; parece que le gustaba esta ocupación; para él también era algo nuevo, y a Stas le gustaba sobre todo el cambio de actividad; era muy inquieto, como viviendo apurado, como si supiera que le iba a faltar tiempo para vivir.

Fue en Rabka que por primera vez sentí miedo de los truenos y los rayos. A veces la tormenta venía de noche y yo me envolvía en la frazada, me tapaba la cabeza con la almohada y trataba de no oír y no ver los relámpagos que iluminaban el cielo y la habitación. Pero no tardé mucho en acostumbrarme a la tormenta como algo natural y hasta bonito. Cuando la tormenta venía de día, que generalmente era en la tarde, mirábamos por

la ventana cómo los relámpagos cruzaban el cielo y contábamos despacio: uno, dos, tres,... al oír el ruido del trueno en el número tres quería decir que el rayo cayó a tres kilómetros de nosotras, si era ya en el número cinco entonces era a una distancia de cinco kilómetros, pero cuando se producía inmediatamente después del rayo, creíamos que caía sobre nosotras y nos abrazábamos unas a otras. Era un juego que nosotras creíamos muy real.

En las tardes grises que amenazaban con la lluvia o cuando los jardines y el bosque estaban mojados, hacíamos tertulia con las monjitas y, también conversábamos entre nosotras. Cada una contaba de donde venía, quiénes eran sus padres y sus hermanos y, si no me equivoco nuestro común denominador era ser huérfanas de padre. Cuando me tocó el turno, conté que nací en Argentina y que allí murió mi papá y yo ni siquiera lo recordaba. Me sorprendió mucho cuando una de las “mayorcitas” reaccionó recriminándome y diciendo que los niños no nacían, sino que los traía la cigüeña; otras sabiondas, más comenzaron explicar cómo lo hacía la cigüeña, mientras yo totalmente desorientada trataba de entender qué dije de malo. Hay que recordar que era el año 1943 y a los nueve años yo no tenía la más mínima idea de la diferencia entre la palabra “nacer”, o ser traída por la “cigüeña”; si precisamente yo creía que así nacían todos los niños del mundo, ya sea en Polonia o en Argentina. Hoy me hace sonreír el celo de las “mayorcitas” que seguramente sabían muy bien cómo nace un niño y con su exagerada “protección” de nuestra inocencia me crearon una tremenda confusión. No sé qué pensarían las otras chicas al respecto, pero a mí me quedó la sensación que lo malo era que yo nací en Argentina. Entonces ¿qué pájaro pudo traerme a Buenos Aires si las “mayorcitas” aseguraban que en Polonia lo hacían las cigüeñas?

Ciertamente, en el verano anterior, yo he visto un nido de ellas en el techo de la casa del campesino junto a la chimenea, incluso recuerdo qué contentos estaban todos, cuando vieron llegar a las cigüeñas a su tejado de paja. A pesar de mis dudas no pregunté, seguramente ellas no sabían nada sobre los pájaros de Argentina; nunca estuvieron allí - pensé.

Las monjitas nos preparaban para la Primera Comuni3n y todas estábamos

ansiosas de hacerla; sin embargo la mamá de una de nosotras se negó rotundamente a darle el permiso para ello. Hasta le mandó la foto recortada de una revista para convencerla cómo estará de linda y elegante cuando haga la Primera Comuni3n en Varsovia, junto a su madre.

Las madrecitas nos motivaron muy bien para comprender que lo más importante era el interior de nosotras que ofrecíamos a Jesús y no la apariencia externa. La niña lloraba mucho y por fin la mamá accedió. Lo que me intrigaba era ¿cómo se comunicaba con la mamá?. Yo no vi ni oí a mamá hasta mi regreso a Varsovia.

El día anterior a la Comuni3n hicimos un riguroso retiro, no hablábamos entre nosotras, sólo paseábamos en pequeños grupos por los caminitos de los jardines que rodeaban la villa. Cada grupo estaba acompañado por una monjita, que nos hablaba de la importancia de lo que íbamos a hacer al día siguiente, y de la suerte que nos esperaba al abrir nuestros corazones y recibir en ellos la visita del mismo Dios. Luego nos dispersamos para que cada una meditara a solas.

El paisaje que nos rodeaba. invitaba a la contemplaci3n de todo lo bello que Dios ha creado para nosotros, y sentir precisamente lo que para aquél gran día debían sentir nuestros corazones. Mientras caminaba solita mirando el suelo, encontré un “poziomek” al borde mismo del caminito que ya habíamos recorrido en grupos. Lo recogí y lo comí inmediatamente. Aquel “poziomek” que es una pequeña fresa silvestre muy aromática y que abunda en los bosques de Polonia, la sentí tan deliciosa y especial, que hasta hoy día me parece que jamás probé otra tan sabrosa y olorosa como de Rabka, en vísperas de mi Primera Comuni3n.

Ninguna de nosotras trajo vestido de fiesta, y menos para la ocasi3n, de modo que las monjitas se las ingeniaron prestando los vestidos blancos de las niñas del pueblo que ya han hecho la Primera Comuni3n en años anteriores. Algunos eran largos, otros cortos y nos asignaban el que correspondiera a nuestra talla y peso. Recuerdo que me gustó mucho uno largo que le tocó a otra niña, pero tuve que contentarme con uno corto y

en verdad muy bonito; además yo había asimilado muy bien la enseñaanza de las monjitas que lo más importante de aquél día era nuestro interior y no el vestido que lleváramos por fuera.

Todo el día fue de fiesta, el desayuno estaba muy especial, con las monjitas acompañándonos, el almuerzo más sabroso que nunca y nosotras todas estábamos muy alegres y felices.

Si en nuestra primera reuni3n allá en Varsovia éramos extrañas entre sí y estábamos asustadas pensando cómo nos tratarían nuestras anfitrionas, ahora ya nos sentíamos hermanadas, y cuando llegó el día de la partida nos despedíamos con abrazos y con lágrimas como si no fuéramos a vernos nunca más, y fue así realmente, nunca más nos volvimos a ver.

.....&.....

Un día volví al lugar de mi veraneo en Rabka. Volví muchos años después, pasaron exactamente treinta y ocho años desde mi primera estadía entre las buenas monjitas y la visita que les hice acompañada de mi hija Halina viajando desde el Perú donde me llevó el destino y donde formé mi hogar.

Qué pequeño me pareció el lugar, en comparaci3n con lo que de él tenía en mi memoria; hasta la casa grande de entonces, me pareció pequeña para albergar todo lo que yo recordaba. A las monjitas que encontré en esta mi segunda estadía, conté que allí, con ellas, hice mi Primera Comuni3n y, que guardaba muy tiernos recuerdos de aquellos días, que desde muchísimos años residía en el Perú y les presenté a mi pequeña. También los jardines no eran tan grandes ni toda la propiedad, como lo fueron a los ojos de una niña de nueve años. La monjita me dijo que efectivamente la propiedad se ha reducido sin explicar cómo y por qué, yo tampoco pregunté. Vi que el nombre de la casa era “Loreto”, lo que no supe antes; hasta me pareció premonitorio, pues mi esposo es de Loreto, en el Perú.

Mi Primera Comunión en Varsovia

Sí, volví a hacer otra “Primera Comunión” en Varsovia. Mi mamá no se opuso a mi comunión en Rabka, pero ella tenía sus planes para mí en Varsovia. Quería estar presente cuando yo comulgara de blanco, acompañarme y participar de todo aquel ajeteo antes, durante y después. Si bien las pruebas del vestido y la compra de los zapatitos blancos recuerdo claramente, no así la preparación como aquella en Rabka tan especial, tan emocionante, tan espiritual. Tal vez el entorno, o las monjitas, o ambos fueron un motivo poderoso de recogimiento y misticismo imborrables. No recuerdo ni la preparación ni a mis compañeras de aquel solemne día en Varsovia. Mi preocupación era qué decir al padre en la confesión, lo que resolvió mamá al indicarme que le dijera: me confieso padre, en vez de: me confieso padre por primera vez. Tampoco puedo ubicar la fecha en la que se llevó a cabo, pero sí todos los acontecimientos. La iglesia estaba muy cerca de la casa, pero como llovía copiosamente viajamos en “ryksza” que era un vehículo parecido a las mototaxis limeñas, solo que allí se movían a puro músculo. La gasolina no estaba disponible para los polacos y, las “dorozki”, coches amplios jalados por un caballo, eran muy caros para nosotras.

Sé que había una tercera persona con nosotras, pero no recuerdo si era la tía Vera o la tía Ania o hasta pudo ser Lena. Después de la misa y la comunión, todas las niñas fuimos a desayunar al convento de las monjitas junto a la iglesia. Había allí un amplio jardín, y al fondo del mismo el comedor donde tomamos chocolate y comimos bizcochos, y por supuesto sucedió lo que dijo mamá que sucedería con el vestido que yo quise pedir prestado a mi amiga Kasia, pues lo manché de chocolate, pero este vestido era mío, no necesitaba preocuparme.

Ya en casa almorzamos con el abuelo, las tías Vera, Ania y Lena. Es curioso, no recuerdo a Stas entre nosotros, ¿seguiría en Rabka? ¿Habría alguien más? No sé, pero nuestro cuarto lucía atestado de gente. Nada recuerdo sobre qué comimos; seguramente por mi eterna inapetencia; lo

que sí recuerdo son mis pastelitos preferidos, he sido y sigo siendo dulcera. Fue un día de gran fiesta.

Lesna Podkowa

Otro de mis veranos fuera de Varsovia, transcurrió en Lesna Podkowa. Debe haber sido el último, porque de allí recuerdo los nombres y todo lo ocurrido hasta el más pequeño detalle. Llegábamos de Varsovia en tren y de la estación en Lesna Podkowa, doblábamos a la izquierda y tras corta caminata entrábamos a una hermosa villa con extenso jardín, frente a un bosque y alejada de cualquier otra construcción.

Para hacer compras caminábamos un buen trecho, como volviendo a la estación del tren y un poco más, hasta llegar al pueblo con calles, casas y tiendas.

Aquella linda villa la alquiló la hija de la señora Sofía, una amiga de mamá. Jadzia estaba casada con un señor gordo, bajito y viejo, así lo tengo en mi memoria. Sabía por las conversaciones de los mayores que era un rico comerciante de algo secreto y peligroso. Jadzia era joven, linda y esbelta, escuché que se casó con este señor, porque tuvo un gran desengaño amoroso. No crean que cuando los niños parecen ocupados en sus juegos no oyen lo que hablan los mayores. Yo oí: Jadzia encontró a su novio acostado en la cama con la señora Sofía. Debe ser que por esto, ella trataba tan fríamente a su madre, prácticamente como a una persona a su servicio, nada más. Juró en aquel momento que jamás se volvería a enamorar y se casaría sólo por el dinero que el esposo podría darle. Nadie le creyó, pero ella lo hizo así. El primer regalo que recibió del nuevo pretendiente fue un millón de zloty y por lo que contaban que compró por este dinero, calculo que sería el equivalente a unos cien mil dólares actuales.

Durante la semana quedábamos en la villa solamente la señora Sofía, el bebé de Jadzia, una empleada pariente lejana de ellas, un hermoso setter dorado llamado Fido, y yo.

Los señores H, que es la primera letra de su apellido, llegaban los fines de

semana siempre con invitados y supongo, un mayordomo. Jadzia venía también en la semana y a veces me llevaba con ella a Varsovia a realizar compras, siempre de ropa y volvíamos a Lesna Podkowa en la tarde. Lo hacía para distraerme, porque la verdad yo me aburría sola y vagaba entre la casa, el jardín lleno de flores y el cercano bosque, pero sin otros niños con quien jugar. Al bebé no lo podía tocar, sólo la señora Sofía cuidaba de él, y la empleada estaba siempre ocupada. Me quedaba Fido dispuesto a acompañarme siempre que fuese fuera del jardín de la villa. Pasábamos horas en el bosque buscándonos mutuamente. Yo recogía zarzamoras y los dos regresábamos con las bocas negras, o mejor dicho, yo con las manos y la boca negras y Fido con su enorme lengua negra colgándole cuán larga era. Claro que él muy fresco sólo comía mientras yo recogía las frutillas llenándome de arañazos los brazos y las piernas por las espinas de las zarzas.

Un día, Jadzia me vio jugando en el jardín haciendo un cementerio, debió ser que yo me sentía muy deprimida después que ella me reprendió por tratar de sentar al bebé para jugar con él. Como dije antes, sólo la señora Sofía atendía al bebé y se dedicaba exclusivamente a él. Debo haber escogido este juego por mi estado de ánimo, así lo comprendió Jadzia y pensando tal vez que fue dura conmigo, me invitó a acompañarle a Varsovia. Cuando regresamos a Lesna Podkowa, Jadzia ya tenía en la mente la forma de mantenerme ocupada y distraída a la vez. Mi tarea era llenar un saco con “zoledzie”, o bellotas que caían de los árboles en el cercano bosque, lugar de mis juegos con Fido. Me prometió un lindo regalo para el día en que llenara el saco hasta el borde. Me puse a trabajar a tiempo completo.

El pobre Fido creyendo que yo recogía algo tan sabroso como las zarzamoras intentó mascar las bellotas que muy pronto escupía y me observaba con una mirada entre aburrido y compasivo, discurriendo, seguramente, para qué yo trabajaba tanto, recogiendo algo que no servía para comer.

Me faltaba muy poquito para llenar el saco y le aseguré a Jadzia que lo

tendría completo para el fin de semana siguiente. Ella prometió venir con mi regalo que yo esperaba con mucha ilusión, pero antes ocurrió algo que cambió los planes de todos nosotros.

Aquel domingo iban a llegar importantes invitados a pasar el día. Los señores H. trajeron algunos paquetes de Varsovia con anticipación, incluso mamá llegó el sábado más temprano que de costumbre para ayudar, y también hicimos compras en la localidad. Sin embargo siempre sucede que falta algo a última hora, y esta vez ocurrió lo mismo. Mientras mamá y la señora Sofía seguían con los preparativos, nos enviaron al pueblo, a Juana, a mí y al inseparable Fido, para comprar lo que faltaba. Regresamos pronto con el encargo y tocamos la puerta de la entrada principal; no sé por qué no usamos la puerta de la cocina. Recibimos la gran sorpresa. Nos abrió un hombre con revólver en la mano, nos empujó bruscamente dentro de la casa y cerró rápidamente la puerta. Nuestro “fiel” y “valiente” Fido hizo “pies para que te quiero” y se fue corriendo con rumbo desconocido.

Este hombre y otros más, nos empujaron al cuarto del bebé donde ya estaba la señora Sofía y mamá con las manos apoyadas en la pared y de espaldas a nosotros. ¡Pónganse allí! gritó uno, dándonos un fuerte empujón y luego se ocupó igual que los otros en revolverlo todo como buscando algo muy especial. Yo volteaba la cabeza para mirar qué hacían y uno me gritó: “no se voltee, no nos mire”. Mamá enseguida comenzó a suplicarme que no me moviese ni un centímetro; yo seguía pensando: ¿Quiénes son, qué quieren? Luego me enteré como comenzó todo.

Mamá y su amiga estaban en el cuarto de ella, que también era el cuarto del bebé, preparando el baño nocturno para el pequeño. Alguien tocó la puerta y la señora Sofía mirando por la ventana dijo: “abre Mila, es el hijo de la dueña”. Vaya equivocación; mamá abrió y fue encañonada. A pesar de esto preguntó valiente: “¿Quiénes son, qué desean?” No le respondieron, la metieron al cuarto del bebé y enseguida llegamos nosotros.

Mientras permanecíamos las cuatro contra la pared llegaron otros dos diciendo: “No hay nadie más”. El que parecía el jefe ordenó que nos llevaran al sótano y sólo a la señora Sofía y al bebé dejaron en el cuarto,

porque ella suplicaba por el pequeño y también por su reloj y sus aros, (dos porque era viuda), los que se quitó para bañar al nietecito y por supuesto los hombres ya los habían tomado como parte de su botín. Le oí decir: “Señores, esto es todo lo que tengo; en la casa de mi hija sólo soy una sirvienta más”. De nada le valió, ellos se llevaron sus joyas a pesar que recitaban como un estribillo que no eran ladrones, que eran partisanos y que el señor H era un colaborador de los nazis y merecía ser castigado. Cerraron el cuarto de la señora Sofía con llave, y nosotras tres terminamos sentadas en el fondo del sótano.

Al sótano se entraba desde el interior de la cocina, bajando por una escalera de madera. Oíamos los movimientos de los hombres arriba de nuestras cabezas, y la verdad, hacían mucho ruido, arrastraban cosas, golpeaban, volteaban muebles, rompían, qué se yo. Al poco rato sentíamos la llegada del coche con el carbón como todos los sábados, oímos gritos e inmediatamente alguien abrió la puerta del sótano y empujó por la escalera al pobre carbonero. Al llegar abajo, el hombre nos miró y sin preguntar nada se sentó humildemente a un lado como si ya supiera todo o no quisiera saber nada.

Pasó un rato y otra vez se armó barullo arriba; mayor aún que el anterior. Se abrió la puerta y esta vez cayó por la escalera chillando a todo pulmón la hija del carbonero. El hombre que la empujó gritaba molesto: “No somos bandidos, qué se ha creído esta mocosa, somos partisanos”. La chica más locuaz que el padre, nos explicó que apenas vio que unos hombres comenzaron a arrastrar a su padre ella se escapó de la villa e iba corriendo hacia el pueblo gritando: “Socorro bandidos, socorro bandidos”. Uno de los hombres la persiguió y la trajo de vuelta, aumentando con ella el número de los “presos” en el sótano.

Por las pequeñas ventanitas vimos que iba oscureciendo e iban cesando los ruidos en la casa. Uno de los hombres se asomó por la ventanita y gritó: “hey, ¿Quién es la empleada aquí?” Juana contestó tímidamente: “yo señor”; él siguió: “abre una botella de vino y dale al hombre”. El sótano era

una bodega, allí se almacenaban víveres y bebidas, y seguramente había bebidas muy finas para los invitados de los señores H. Juana cogió una botella y se quejó que no tenía con qué abrirla. ¡Tráela acá! gritó el hombre, y cogiendo la botella golpeó el cuello de ésta contra el fierro de seguridad de la ventanita y se la devolvió a Juana diciendo: “dalo al hombre”, y al carbonero: “tómalo a nuestra salud”. El vino chorreaba por los costados de la botella, Juana la entregó al carbonero que temblaba como una hoja, pero trataba de cumplir la orden. Tenía que echar el vino en su boca desde una considerable distancia, porque el cuello de ésta tenía picos filudos a causa de la forma como fue abierta. Con la mano temblorosa la maniobra le resultaba difícil y el vino le bañaba la cara y la ropa, pero él tomaba el vino obedientemente, porque el hombre le observaba por la ventanilla. Por la puerta asomó otro de los hombres diciendo con firmeza: “no vayan a subir antes de dos horas después de nuestra partida” y cerró la puerta; pero esta vez sin dar vuelta a la llave.

El carbonero pasó el vino a Juana diciendo: “¿no quiere tomar un poco?”. Ella rechazó la propuesta como si tuviese miedo de tomar el vino de los patrones, pero mamá aceptó comentando que sentía mucho frío. El vino desató la lengua de mamá, del carbonero y por fin ya hablábamos todos.

Pasó un buen rato que ya no oíamos ningún ruido arriba, pero ¿quién iba a cerciorarse que los “visitantes” ya se habían marchado? Como siempre mi madre fue la valiente. La vi subir escalón por escalón gritando: “¿señores están allí, señores podemos salir?”. Y lo repetía hasta subir el último escalón y entrar a la cocina. Enseguida volvió llamándonos: “suban todos, no hay nadie”. Mientras nosotros subíamos todavía asustados y temerosos, mamá corrió al cuarto de su amiga que permanecía cerrado. Nos indicó que no nos moviéramos mientras ella buscaba la llave en el suelo cerca de la puerta. Pronto la encontró y las dos amigas se abrazaron llorando; felizmente el bebé ya dormía plácidamente. La señora Sofía repetía nerviosa que hay que correr a la estación a esperar a los señores H, y avisarles lo ocurrido; que ni siquiera bajen del tren.

El carbonero y la hija se fueron a su casa más rápido que volando y, mamá con la señora Sofía, salieron apresuradamente hacia la estación a esperar a los señores H. No había otra forma de prevenirles y por todo lo que hablaron los asaltantes creían que tal vez los podían emboscar en el camino a la villa.

Juana y yo quedamos solas en la casa con el encargo de velar el sueño del bebé. Afuera ya estaba completamente oscuro, felizmente había luz en la casa y la cocina no acusaba destrozos; no dimos un paso fuera de ésta, ni por curiosidad.

Sentí hambre y busqué algo para comer. Juana me siguió, pero no sé si comió o si solo me atendió a mí. Mientras comía, repuesta ya del susto, sentimos unos golpes en la puerta, nos miramos asustadas, podría decir que se me pararon los pelos de punta; mas esto no era posible con mis largas trenzas, pero en cambio el corazón comenzó a latirme fuerte y casi pierdo el apetito si no fuera porque enseguida oímos los conocidos sonidos que solía emitir el “valiente” Fido cuando encontraba la puerta cerrada. Juana soltó un sonoro suspiro y a mí me volvió el apetito como por encanto. Fido lucía tan fresco como si quisiera decir que él fue a pedir ayuda, pero al muy mentiroso lo vio el carbonero cuando venía a traernos carbón. Contó que Fido pasó corriendo junto a su coche en sentido contrario del camino a casa, y “no le avisó el peligro”. Lo hizo a tal velocidad que el buen hombre pensó que trataba de alcanzar a alguno de nosotros que le llevaba una gran ventaja. Esto nos contó mientras charlábamos durante nuestra obligada estadía en el sótano, animados con el vino.

Mamá y su amiga ya habían regresado y revisando el desorden comentaban a gritos: “¡Vaya partisanos éstos; bandidos, ladrones!” Saqué en claro que se habían llevado toda la ropa del señor H y de Jadzia y si voltearon y hasta destrozaron los confortables del salón, era porque probablemente buscaban las pieles de Jadzia.

En los primeros días del verano apenas llegados a la villa, ella trajo toda su peletería y la colgó al aire libre para ventilarla. Alguien le aconsejó que

no debería tener aquí estos valores; la casa estaba alejada del pueblo y no tenía seguridad alguna; era peligroso. Nos convencimos de ello, no nos cabía la menor duda.

En las investigaciones posteriores han descubierto que los “partisanos” habían traído un vehículo pesado y lo estacionaron en el otro lado del bosque que estaba frente a la villa, pues allí encontraron huellas de los neumáticos. Otra pista inequívoca fueron los objetos encontrados por el camino que siguieron a través del bosque, transportando el producto de su pillaje, como un zapato de Jadzia, un cinturón del señor H y otras menudencias. ¿Para qué se llevaban los “partisanos” la ropa de Jadzia? Ella era muy elegante, parecía un figurín, cada vez que yo la veía partir a Varsovia llevaba puestos otro traje sastre, otros zapatos y otra cartera; todo siempre en juego y de acuerdo con el color de su ropa. Cuando volvía, ya estaba con otro traje y otros accesorios.

Al día siguiente regresé con mamá a Varsovia, y mis vacaciones en Lesna Podkowa terminaron, no así los recuerdos sobre Jadzia, y aquí uno anterior a los que conté arriba.

Un matrimonio en Varsovia y otro en el campo.

Al hablar de la elegancia de Jadzia, recuerdo el día de su matrimonio, en una iglesia grande, pero con pocos invitados. Ella llevaba un traje sastre azul, sombrero, zapatos y guantes blancos, y en la mano sólo una flor.

Me pareció muy diferente a la Jadzia soltera, sencilla y alegre que yo conocía, pues con mamá íbamos a veces a su casa. Si bien su ubicación era en un sótano, la decoración era de un salón muy bonito. Siempre me llamaba la atención la elegante cortina hasta el suelo, en una ventana pequeña por la que se veían sólo las piernas de las personas que pasaban por la calle frente a ésta. Este tipo de habitación se llama “suterina”, mientras las que se ubican arriba bajo el tejado y cuyas ventanas salen a éste, la denominan “facjata” o buhardilla. Yo no conocí nunca una facjata pero mamá decía que eran más saludables que la suterina de Jadzia, pues tenían más luz y más aire, solo que en invierno se sentía mucho frío. Tanto

una suterina como la facjata, podían lucir por dentro como un palacete si el buen gusto y el bolsillo del propietario se lo permitían.

A partir de aquel matrimonio, Jadzia se transformó en una dama elegante y sería como si de repente se volviera mayor, muy responsable y menos alegre.

A un matrimonio en el campo me llevó la tía Ania, mucho antes del matrimonio de Jadzia, tanto que no recuerdo el lugar, ni qué parentesco o amistad unían a mi tía con los novios.

Lo que no olvidé son los detalles que más me han impresionado. No sé cómo llegamos a nuestro destino, pero al participar en las fiestas viajábamos en “furmanki” que eran carretas de madera tiradas por caballos.

La carreta de los novios iba adelante, el velo de la novia volaba tan alto que parecía querer irse al cielo, y a mí me preocupaba muchísimo que el viento se lo arrancara de la cabeza. ¿Qué pasaría, tendríamos que correr todos para atraparlo?

Detrás de los novios iba el coche de los “druzby” o sea los pajes y las damas haciendo un gran escándalo y el tercer coche era el nuestro, seguramente con los familiares de la novia. Nos seguían más coches tratando de ganar unos a otros y sus ocupantes gritaban y gesticulaban todo el tiempo. Yo sentía miedo pensando que los coches podrían chocar o salirse del camino, y volcarse en esta loca carrera, sin embargo mi preocupación por el velo de la novia era más grande que los otros temores.

Seguramente regresábamos de la iglesia, porque lo que recuerdo a continuación de aquella bulliciosa carrera de carretas, es la gran comilona. Todos estábamos sentados sobre largas bancas al lado de grandes y largas mesas donde había mucha comida y una fuerte y alegre música animaba el baile de las parejas que saltaban tanto que con sólo mirarlos me sentía mareada. Como ya mencioné, no recuerdo o no supe nunca el lugar de aquel matrimonio, no conocía a las personas ni guardo en la memoria cosas como la iglesia, la casa, los alrededores, nada, sólo lo que describí: el camino, los campos que cruzábamos, las carretas, la fiesta y el hecho que estuve allí sólo con la tía Ania, pero tampoco sé si fue sólo un día o mas.

Pero veo que supe notar mas tarde, la gran diferencia entre la sobriedad que observaban los habitantes de Varsovia y el jolgorio que significaba una boda en el campo a pesar que podríamos decir que eran años de luto. Nuestra Patria estaba herida, a diario morían hijos suyos dentro y fuera de sus fronteras.

Mis almuerzos

Dije antes que yo recordaba los diferentes sitios en los que almorzaba, pero que no sé a ciencia cierta dónde almorzaba mamá. Pues bien, cuando tuvimos la ayuda de la viejita del hospicio, ella cocinaba y entonces, almorzábamos en casa junto con mamá, pero hubo un tiempo en que yo iba a almorzar a la casa de unas amigas de mi tía Stacha. La tía Stacha ya estaba en el Perú, yo la conocía sólo por los relatos de mamá, hasta sabía que ella también era mi madrina “w drugiej parze”, como segunda pareja con mi tío Oleg, el hermano de mamá.

Lo vi en mi partida de bautizo de la Catedral de San Juan de Varsovia en Stare Miasto ya en el Perú, al poco tiempo de casarme. Me la consiguieron los padres salesianos polacos aquí en Lima. No pude dar crédito a mis ojos; si de Stare Miasto y de la Catedral quedaron sólo escombros, cómo pudieron conseguir la copia verídica del documento con la firma de todos sus protagonistas. Me convencí una vez más que los polacos somos capaces de realizar cosas casi imposibles.

No sé cómo las amigas de la tía Stacha supieron de nosotras, pero un día vinieron a casa a conocernos y terminé yendo a almorzar con ellas. Eran dos señoras o señoritas solas, muy amables y vivían, cerca de mi primer colegio. Por ello, pienso que yo almorzaba con ellas durante el tiempo que estudiaba allí.

No sé cuántas habitaciones tenía el departamento del segundo piso donde vivían, la habitación que yo recuerdo era amplia, bien iluminada con dos ventanas a la calle y hasta tenía balcón. Dentro de este salón, recuerdo una mesa grande, sillas, una alta credencia y un piano siempre tapado con un tapete claro con largos flecos; nunca lo vi abierto y menos oí tocarlo. Un día, las tres pintamos huevos de Pascua; eran tan bonitos que los que

traje a casa, me negué a comerlos por un largo tiempo y terminaron en la basura. Me dio mucha pena, los tiempos no eran como para desperdiciar comida, pero peor sería enfermarse.

La costumbre de pintar los huevos para la Pascua de Resurrección es una de muchas que tenemos en las tradiciones polacas para esta fiesta. El Jueves y Viernes Santo seguimos las tradiciones de la Iglesia Católica Universal, y los fieles visitamos los monumentos de las iglesias, que suelen representar diferentes escenas de la Semana Santa. El Sepulcro que yo recuerdo – lo llamamos “Groby”, lo que precisamente quiere decir Sepulcros – tenía en la parte alta la vista del Gólgota, en medio la custodia con el Santísimo y abajo a Cristo Yacente. Además recuerdo que le hacían guardia de honor día y noche, los policías, los bomberos, los scout, hasta los chicos de la escuela. Esto acontecía en lo que llamaré “Mi pequeña Polonia”, en medio del territorio hostil como nos era Alemania. Allí, la “bella y brillante” custodia fue confeccionada con las latas vacías de los alimentos envasados que nos proporcionaba el ejército americano para nuestra alimentación diaria. Además, recuerdo muchas flores y velas, y cánticos especiales de tristeza y dolor. Nunca más oí cánticos así.

El Domingo de Resurrección es recién el día de verdadera fiesta para los polacos y se preparan con varios días de anticipación para celebrarla. Las amas de casa hornean las tradicionales “baby” que son parecidas a los panetones, pues se trabajan con la masa de levadura; hasta la forma es bastante parecida; también preparan los vistosos y sabrosos “mazurki” que tienen la masa delgada como las pizzas, pero en su composición suelen entrar muchos huevos, unas veces con almendras molidas, otras con cocoa, otras con harina y llevan encima una decoración de nueces, almendras, pasas, diferentes frutas y dulces coberturas, según las costumbres de la región o la fantasía del ama de casa. La forma de los “mazurki” también varía desde el redondo al cuadrado o rectangular.

Una linda tradición es la preparación de la “swieconka”. En una canasta, sobre el blanco mantel de lino, se colocan porciones de todos los alimentos que se saborearán en el desayuno del Domingo: la “babka”, las salchichas, el jamón, el pan, los huevos pintados o “pisanki”, el Baranek, la sal, el vino, etc. y se lleva a la parroquia para ser bendecida, el solemne desayuno reúne a toda la familia. Preside la mesa el “Baranek” o el Cordero Pascual, que puede ser de azúcar, yeso, lana, etc. pero siempre en postura triunfante y con el gallardete, que simboliza a Cristo Resucitado que se inmoló por nosotros como un cordero.

Otra tradición es el momento de compartir el huevo. El huevo duro partido en pequeñas porciones se va compartiendo con todos los presentes, deseándose mutuamente salud y felicidad, igual como en Navidad se hace con el “Oplatek”. Y sigue el desayuno que es una verdadera fiesta y se prolonga hasta tarde. Aquí se sirven todos los potajes y todas las delicias imaginables; ésta no es la cena de vigilia de Navidad, que aunque abundante es de abstinencia, según la antigua tradición cristiana. Compartir el huevo tiene diferentes simbolismos como: principio de vida, signo de unión y el de Cristo Resucitado, que salió del Sepulcro por su propia fuerza como el polluelo del cascarón.

También como en Navidad, las festividades de la Pascua de Resurrección tienen dos días feriados. El Lunes tiene su propia tradición que se llama “Dingus” y consiste en el alegre juego con agua como si fuera carnaval. No siempre el clima permite tal diversión y, practicarla, no pocos terminan pagando con un resfrío o gripe, pero como en todo, los que disfrutaban de este juego suelen ser los niños y los jóvenes.

Para estas fiestas, los polacos acostumbran enviar postales a sus familiares y amigos ausentes, tal como lo hacen en Navidad, pero estas son especiales con “pisanki” o sea los huevos pintados de diferentes tamaños, dibujos y colores, con animalitos como pollitos y conejitos o con los “palemki”, que son las ramitas de sauce con los primeros brotes que asemejan diminutos gatitos y que llamamos “baski”. Estas son nuestras palmas “palemki” para

el Domingo de Ramos. Todos estos elementos en distintas combinaciones, son los que llevan los buenos deseos y el tradicional saludo de “Smaczne go jajka” entre los seres queridos que se encuentran alejados.

.....&.....

Durante nuestro último año en Varsovia después del verano en Lesna Podkowa, yo almorzaba en casa de los señores H. Ellos vivían en la calle Miodowa y por este motivo yo amplí “mi mundo” hasta esta calle que no estaba muy lejos de Kozia. Al terminar Kozia yo doblaba a la izquierda antes de llegar a Stare Miasto que ya conocía muy bien y avanzaba por la amplia calle Miodowa, donde sospecho que se hallaba mi primera escuela; aquella del gorrito, de la cucharada de aceite de bacalao, de la señorita Bukowska, y también la calle de la única foto mía con mamá y mi hermano Janek con el uniforme de la Escuela Naval de Gdynia – todo estos antes de que empezara la Segunda Guerra Mundial.

Al departamento de los señores H se entraba por el patio, después de atravesar el portón desde la calle Miodowa. Todas las ventanas de aquel departamento salían a Miodowa, menos la de la cocina y la del cuarto de Juana, que daban a un patio interior. Allí era más notorio aún que la señora Sofía no contaba con el respeto y menos con el cariño de su hija. Ella comía conmigo en la cocina mientras en el comedor se oían con frecuencia conversaciones y risas de los invitados. Fido también comía allí y no podía entrar a las otras habitaciones. Yo podía caminar por todo el departamento, pero solo una vez entré al dormitorio de los señores H, detrás de Juana. Parecía un sueño, no era muy grande pero que hermoso; yo nunca había visto uno así. Estaba deslumbrada y me preguntaba ¿cómo podían dormir entre las brillantes sábanas de seda que eran tan resbaladizas?. También admiraba el brillo de los cristales guardados en los altos aparadores, sobre las credenzas, mesitas y que lanzaban destellos multicolores entre copas, vasos y relucientes cubiertos cuando la mesa del comedor ya estaba lista para los invitados. No cabía la menor duda que Jazdia había cumplido aquel juramento que hizo en el monumento en que vio rotas sus ilusiones de mujer enamorada. ¿Y qué valor tendría todo esto

tan sólo dentro de unos pocos días? ¿Dónde irían y dónde están los dueños de todo aquello, ahora que escribo estas líneas?

¿Quién iba a pensar que por causa de los falsos partisanos que nos asaltaron en Lesna Podkowa, el señor H tendría la oportunidad de salvar la vida de verdaderos patriotas?.

La señora Sofía contó a mamá que el señor H, por haber presentado la denuncia del asalto que había sufrido toda la familia, fue llamado en dos oportunidades a reconocer a los facinerosos entre los recién detenidos. Él sabía el procedimiento de los nazis. Ellos soltaban a los ladrones y criminales corrientes, pero torturaban y mataban a los verdaderos partisanos.

El señor H conocía a algunas personas comprometidas con la Resistencia y en una de las dos veces reconoció y salvó la vida de dos de ellos. Al verse frente al grupo que le presentaron reconoció a dos jóvenes de la Resistencia y, sin pensar mucho, señaló a ambos como los asaltantes de su casa. La reacción de la gestapo fue la de costumbre, los soltaron. Una vez libres, los jóvenes le hicieron llegar su agradecimiento y le confiaron un secreto, pero la amiga de mamá no sabía cuál era aquel gran secreto.

¿No sería el aviso de ponerse a salvo para la fecha del Levantamiento de Varsovia?. Esto nunca lo sabremos, no volvimos a vernos jamás.



Ogrod Saski, (Jardin Sajón) al fondo Tumba del Soldado Desconocido (reconstruido) 1999.

Aquí pasamos mujeres y niños en 1944 bajo el fuego Nazi.



Plaza del Mercado de
Stare Miasto 1999.
Reconstruida tras una
destrucción TOTAL.

Capítulo VIII

Homenaje a mi madre

● Perdí a mi Madre! ¡Sólo faltaban dos meses para que cumpliera noventa y ocho años! Seis años antes se rompió la cadera en una desafortunada caída en casa. Solamente dos años antes de morir tuvo que someterse a la amputación de la pierna izquierda por un engangrenamiento en el dedo gordo del pie. ¡Nunca se quejó!

Su muerte fue para mí un golpe mucho mas fuerte de lo que podía suponer, mientras la tenía a mi lado. Recuerdo que una vez comenté a alguien, hace mucho tiempo, que mi madre era mi amiga, mi hermana, que era mi Patria. Sin embargo no supe el verdadero significado de mis propias palabras hasta ahora que la perdí. Ella era el único testimonio vivo de todos mis recuerdos; me bastaba mirarla para saber quién soy yo, de dónde vengo, todo lo que hemos vivido juntas, siempre juntas. Aunque hoy mismo recorriese los lugares en que transcurrieron los acontecimientos que aquí relato, no encontraría a nadie que pudiera corroborarlos. Las pruebas físicas cambiaron o desaparecieron, las personas que recuerdo de mi niñez y de mi adolescencia fallecieron o están en alguna parte del mundo que desconozco. ¿Dónde están los compañeros de mis juegos y del infortunio que pasamos juntos? ¿Dónde están mis familiares, dónde están mis raíces? Hay un enorme vacío que no puedo llenar y me pregunto: ¿Es verdad todo aquello que recuerdo; es este mi pasado, quién soy realmente? Espero que con el tiempo logre superarlo. Hoy siento la necesidad de hablar de mi madre, buscar mis raíces o, tal vez con ello, rendir un homenaje a la mujer sencilla y humilde que fue mi madre, pero grande, enorme en amor y sacrificio

por los suyos, en consideración y respeto por los demás, en austeridad y exigencia consigo misma.



Cuando Mila, mi madre, conoce a Juan, mi padre, él ya tiene un trabajo estable y es un hombre independiente a pesar de su juventud. Su apariencia está más de acuerdo con su experiencia que le dio la lucha por la vida, que con su edad. Por ello, solo camino a la iglesia, es cuando Mila se entera de sus diecinueve años. ¡Dios, qué horror, yo soy cinco años mayor – exclamará – ¡no me caso!

Entre Juan y Stacha, la hermana mayor de mi padre, tratarán de convencerla caminando durante tres horas por los alrededores de la iglesia, hasta que Mila se rendirá. Está enamorada. ¿Qué más se necesita para dejarse convencer?

Contándome mi madre aquel acontecimiento, también me contó la siguiente anécdota: unas horas antes de la ceremonia, mi padre fue a la iglesia a dar un dato que faltaba. Al entrar se encontró con el sacristán que desenrollaba la alfombra roja a lo largo de la nave central. Expresando disculpas por la interrupción, trató de hablarle del asunto que lo traía, pero éste muy atareado, le contestó: "no ve que estoy ocupado, dentro de una hora se casa aquí un contador y debo tener todo listo con anticipación, vuelva mañana." A lo que mi padre contestó: "regresaré en una hora" y se retiró.

A partir de aquel día las vidas de Juan y Mila serán una sola, la vida de la familia Ciapciak-Riedel.

Mi madre, Emilia Riedel Riel fue la hija mayor de Juan Eduardo Riedel y de Josefa Riel. Ella nació en Varsovia el 20 de enero de 1898. El matrimonio Riedel-Riel tenía cuatro hijos: Mila, Eduardo (Edek), José (Jusiek) y Alejandro (Oleg). Los abuelos paternos de Mila eran tratados como alemanes, pero ella nunca supo de donde procedían; tenían tres hijos varones quienes

crecieron y formaron sus hogares en Varsovia, pero yo sé tan solo el nombre de uno de ellos, el de mi abuelo. La familia Riedel era evangélica y el hogar de los padres de Mila tenía la división religiosa. Mi madre adoraba a su abuela materna Perchenkiewicz, ella era católica y Mila también, porque Eduardo y Josefa acordaron con anticipación que los hijos varones serían evangélicos y las mujeres católicas. Parece que Mila entendió que evangélico era alemán y, católico era polaco; por ello solía cantar y recitar versos que exaltaban el espíritu nacional y rechazaban vehementemente la histórica amenaza del país vecino, y lo hacía escondida bajo la mesa por miedo a su padre "alemán."

Recordando aquellos tiempos Mila llegará a decir: "pensé que mi padre no me quería; hasta dudé si realmente era mi padre, pero esto no pudo ser cierto, mi abuelita me contó que él deseaba mucho que su primer hijo fuese varón y se sintió muy decepcionado con mi nacimiento, y al parecer yo no hacía nada para captarme su cariño."

Más tarde, los hermanos de Mila frecuentarán un colegio evangélico y su formación será muy diferente a la de la hermana y se pondrá de manifiesto durante la ocupación de Polonia por la Alemania nazi, en la Segunda Guerra Mundial.

Lo que estoy relatando ahora, sucede antes de la Primera Guerra Mundial, en la Polonia repartida, en Varsovia, ocupada por la Rusia zarista. Hay movimientos socialistas y los padres de Mila no son ajenos a ellos, sobre todo su madre, Josefa. Ella trabaja en una fábrica de blondas y visillos, es de carácter extrovertido, amiguera, con aptitudes de líder. No tarda en reunir en casa el movimiento obrero del lugar donde labora. En el taller de carpintería del padre de Mila ubicado en una de las piezas de su casa en la calle Ogrodowa se habla mucho del prometedor socialismo. Esto le cuesta la deportación a Siberia, a Mezen, en el Mar Artico, donde el padre permanecerá un año sólo, luego le seguirá la familia entera.

Respecto a este suceso Mila recuerda: "Llegaban a casa hombres y mujeres

desconocidos para mí, mamá cerraba las hojas de madera de las ventanas y a través de la puerta también cerrada, yo les oía hablar y discutir hasta altas horas de la noche. Mis padres ponían mucho cuidado en la seguridad de la familia, no dejaban nada comprometedor en la casa, incluso durante las reuniones colocaban sobre la mesa una botella de vodka y copas, pero en verdad, yo no escuchaba las alegres “na zdrowie” (salud) que se sucedían normalmente en las reuniones familiares y, hasta me parece, que siempre era la misma media botella de wodka. Seguramente ella sería el razonable pretexto de la reunión, en caso de una incursión de la policía zarista. Toda precaución fue vana. Un día se mudó a nuestro patio un nuevo vecino; después supimos que éste era el espía encargado de vigilar nuestra casa, que ya era sospechosa. Así, una tarde llegó la policía secreta a revolverlo todo. Yo vi claramente cuando un papel caía de la manga de uno de estos hombres mientras revisaba el baúl de mi madre. Se lo dije a mamá a gritos, pero de nada sirvió, se llevaron a mi padre con ellos. Mi madre corrió desesperada a la estación de policía, conmigo de la mano, para que yo misma contara lo que había visto. No sirvió para nada mi testimonio, ellos sabían muy bien lo que habían hecho, no iban a reconocer que prepararon la trampa. Mi padre estuvo incomunicado en las mazmorras de Cytadela, la cárcel más lúgubre y famosa de Varsovia. Transcurrido un año fue deportado a Siberia, un año más tarde lo seguimos todos nosotros. Mezen era un lugar siempre frío, creo que allí no existía más verano que unos días soleados. Andábamos siempre con largas botas y abrigos con capuchas de donde asomábamos solo la punta de la nariz. Nuestros compañeros del infortunio eran en su mayoría jóvenes estudiantes universitarios que por motivos parecidos a los nuestros habían sido también deportados a Siberia. Aquello parecía un lugar olvidado. Formábamos una comunidad muy unida, casi una gran familia. Mi padre hacía trabajos de carpintería y los jóvenes nos enseñaban a leer y escribir. Nos contaban historias pasadas y futuras muy interesantes. Creo que estuvimos allí tres años. Mi padre pidió indulto al Zar varias veces, hasta que al fin lo consiguió. Quiso el destino que el barco que llegaba a Mezen tan solo cada seis meses, estuviese en la rada cuando llegó el perdón del Zar.

Tuvimos que embarcarnos al día siguiente de recibida la noticia, pues de lo contrario tendríamos que esperar medio año más, hasta la vuelta del barco.

Vi a mi padre correr sudoroso, una y otra vez, de la casa al bote y luego remar hacia el barco, transportando a nosotros y a nuestras pertenencias. Recuerdo su blanca camisa inflada por el viento preguntándome por qué no sentía frío. Si, lo sentí. Apenas embarcamos le sobrevinieron altas fiebres y el trasbordo del barco al tren en Arcángel tuvo que organizarlo mi madre sola, porque papá estaba muy enfermo y nosotros eramos muy pequeños, aunque yo hacía todo lo que podía para ayudar a mi padre y a mis hermanos menores, lo sentía una obligación, tenía ya once años. Fue tan agobiante el trabajo de mi madre que después de embarcarnos a nosotros, a mi padre y a nuestros baúles, el tren partió con nosotros dejándola en la estación. Desembarcamos en la siguiente estación para esperar otro tren, y esta vez partimos todos juntos. Mi padre empeoraba cada día y solo el deseo de volver a casa lo mantenía con vida.

Apenas llegamos a Varsovia fue trasladado directamente a un hospital donde falleció al día siguiente sin enterarse siquiera que ya estaba de vuelta en casa.”

Así me contó mamá sus recuerdos de los cinco últimos años, antes de la muerte del abuelo. Años de destierro, tristezas y sufrimientos de una niña entre los seis y los once años, pero lo más triste de su vida todavía estaba por llegar.

La muerte del padre hace más difícil la vida para toda la familia Riedel. Mila va a vivir con una tía, hermana de su madre, dueña del taller de bordados en pedrería, muy de moda en aquella época de charleston. Los bordados se realizaban a mano colocando la tela sobre unos bastidores, se la templaba y se seguía el dibujo trazado, lentejuela por lentejuela. Aquí, su infancia deja de ser como tal, tiene que realizar tareas caseras, aprender la técnica del bordado y entregar a domicilio los trabajos del

taller. A veces, por la premura de la entrega tiene que hacerlo en avanzadas horas de la tarde, que en el invierno es casi de noche. Una de aquellas tardes grises sucede algo que Mila contará mas tarde a sus hijos. Yo lo recuerdo así, mamá contó:

“Una tarde de otoño, yo tenía que entregar urgentemente un hermoso traje bordado con lentejuelas y mostacillas. Vi cómo las operarias lo bordaban lentejuela por lentejuela, bajo la estricta mirada de la tía, y por fin la enorme y multicolor mariposa brillaba con destellos de luces, como en el cuento de las mil y una noche. Yo ni siquiera me atrevía soñar con un traje así. Casi con unción cogí el paquete y salí presurosa a entregarlo. Para ganar tiempo enrumbé a campo traviesa, donde había una regular loma ya oscura por el anochecer pero ¿cómo hacerlo si en medio está parada una figura blanca y alta susurrando en un idioma desconocido y gimiendo a ratos? Me temblaban las piernas, el miedo me nubló el pensamiento, pero más fuerte era mi miedo a la tía quien reaccionaría terriblemente, si yo no cumpliera con la entrega. Tras un momento de vacilación me sobrepuse y decidí avanzar dispuesta a caer en manos de la blanca aparición, antes que retroceder y caer en manos de mi propia tía. Cerrando los ojos para no presenciar mi propia destrucción y estirando un brazo adelante mientras con el otro apretaba contra mi pecho el precioso paquete, avancé resuelta hasta chocar con la dama de blanco. Simultáneamente con el golpe, abrí los ojos y, ¡vaya sorpresa! Era el árbol solitario cuya existencia olvidé por el terror que me dominaba hace unos instantes, y en cuyo tronco estaba extendido y aprisionado por el viento un enorme trozo de papel. Los bordes de éste estaban rotos y agitados por el viento dotaban a la blanca figura de un ligero movimiento y un ruido que gracias a mi miedo y a mi exaltada imaginación, me pareció un raro lenguaje. Ves Krysiu – me dirá mi madre – nunca tengas miedo a los muertos, ellos no vienen a asustarnos, cuídate de los vivos.”

Sacando enseñanza práctica de la experiencia de mi madre, nunca me dejé dominar por el miedo a las sombras, más bien, si alguna vez

despertándome en medio de la noche veía sombras extrañas y a fuerza de mirarlas y mirar parecían tener vida, me levantaba y con los ojos cerrados y los brazos extendidos avanzaba hasta tocarlas. Por supuesto, me convencía que era mi propia ropa que dejé tirada sobre una silla o algo colgado sobre la percha, o la sombra proyectada desde la calle en una noche de luna.

Mila, mi madre, permanecerá con la tía Karola varios años y pasará días muy tristes. Su carácter introvertido, su disposición a la sumisión y a la obediencia hace que no se queje nunca, ni siquiera a su propia madre cuando ésta viene a las celebraciones de su hermana Karola y su risa alegre, contagia a todos. Solo Mila se sienta en un rinconcito y llora quedamente, porque le supura el oído, tiene dolores de cabeza, le falta cariño y comprensión, le hace falta su madre, porque Mila es solo una niña y extraña mucho a su abuela. Con las propinas que recibe en los mandados Mila se compra un lápiz y un cuaderno para repasar lo poco que aprendió en la escuela, pero la tía se lo arrebató de las manos y lo arroja a la chimenea; porque si ella sin saber leer ni escribir tiene un taller, operarias, una casa de dos pisos y un huerto, para qué necesita su sobrina aprender a escribir; acaso pretende ser más que ella?

La abuelita Perchenkiewicz logra inscribir a Mila, en varias oportunidades, en los campamentos de verano que las instituciones de bien social organizan para los niños de familias de pocos recursos. Inscribirla resulta fácil, pero luchar para que la tía Karola permita que Mila tome parte en el campamento, es muy difícil. La pobre abuela recibirá por ello palabras muy duras y trato descortés de su propia hija Karola, pero siempre será el único apoyo de Mila y su gran amor. También yo siento un tierno afecto hacia la abuelita Perchenkiewicz, aunque no la conocí, me contagió el cariño con que mi madre la recordaba.

La madre de Mila volvió a casarse con un hombre menor que ella. Él es ferroviario, Silvestre Fidler. Los tres hijos varones viven con ellos, pero

Mila sigue con la tía Karola. Los domingos vienen a recogerla para llevarla al cine, al circo, o simplemente para pasar el día con ellos.

Hoy han ido todos juntos al cine y Fidler lleva a Mila de regreso un poco más tarde que otras veces, se despide de Karola y de Mila, pero se queda unos segundos tras la puerta cerrada, mientras enciende la cerilla una y otra vez para prender su pipa. Es así cómo escucha los gritos de la tía Karola quien reprende a Mila por haber llegado tan tarde. El padrastro se marcha sin decir nada, pero al día siguiente llega la madre de Mila a llevársela a vivir con ellos. Ahora están todos juntos, Mila tiene de nuevo un hogar, los dos padres trabajan y ella ayuda a la abuelita Perchenkiewicz en los quehaceres de la casa, y en la atención de los hermanos menores, y va a la escuela otra vez!

No pasa mucho tiempo y la madre de Mila, tan alegre, tan amante de diversiones empieza a sentirse enferma. Se somete a una operación, experimenta algo de mejoría, pero pronto empieza a apagarse. Tiene tan solo treinta y seis años y el cáncer la está matando. Mila cuida ahora de la madre enferma, adolorida, quejumbrosa. Dónde está aquella risa alegre que Mila vio y escuchó muchas veces, de lejos, porque su madre siempre parecía estar lejos de ella. Le dio tan poco cariño y dedicación, que a Mila le parece mentira, que ahora sus ojos parecen buscar su afecto y necesita de ella, de sus cuidados, de sus desvelos de hija.

El padrastro es un hombre noble, Mila recuerda que la única vez que le puso la mano, ella lo merecía. Me dice: "Traté bruscamente a mi madre mientras le ayudaba a sentarse y ella emitió un gemido. Fidler estaba cerca, lo vio y recibí una cachetada, pero los ojos de mi madre parecían desaprobarlo. Esta mirada hizo que sintiera más dolor en mi propia conciencia que en la cara."

En el año 1914 muere la madre de Mila y el padrastro se alista en el ejército siendo enviado a Rusia; es la Primera Gran Guerra. Mila la recuerda perfectamente, la movilización, el cierrapuertas, la escasez de alimentos

en la ciudad, los cosacos a caballo y sable en mano, galopando sobre las veredas y la muerte de su querida abuelita Perchenkiewicz a causa del cólera que azotó a Europa por aquellos tristes días. La abuela Riedel se ocupó en ubicar a los tres muchachos, Eduardo, José y Alejandro (Edek, Józiek y Oleg) en un internado evangélico donde recibirán un oficio. Mila está otra vez sola; esta vez más sola que nunca, tiene dieciséis años, un físico menudo, un metro cincuenta de estatura y un peso pluma, pelo rubio, ojos celestes, nariz pequeña y respingada. Es una muchacha muy linda; sin embargo, ella se considera fea, no es alta y exuberante como su madre y su carácter es tranquilo; la vida la hizo sencilla y humilde. Ella recuerda un hecho del que dirá: "Creo que hasta era tonta. Caminé un día por la calle Danilowiczowska y vi en el suelo un billete, me agaché, lo recogí y lo estaba mirando detenidamente cuando oí a mis espaldas la voz de un hombre: señorita, señorita. Esto es mío! Suyo señor – contesté – tómelo señor. Qué ingenuidad, el hombre se metió el billete en el bolsillo y tranquilamente siguió para adelante. Cómo el billete pudo ser suyo si venía detrás de mi, e igualmente como yo calle arriba."

Mila trabaja y vive sola, alquila una pieza en la casa de una amiga de la tía Karola. En las mañanas antes de salir a trabajar prepara "zacierki", una especie de pastinas hechas a mano. Se prepara la masa con harina y agua y un poquito de sal, debe quedar una bola uniforme a la que se pellizca entre los dedos pulgar e índice y se va echando los zacierki sobre agua, leche o sopa hirviendo. Mila lo prepara sobre la leche; consume la mitad y la otra mitad guarda para cuando regrese en la noche. Así se alimentará día tras día, su único lujo es un pastelito al paso y no muy a menudo, en la pastelería cercana a su domicilio.

Los hermanos ya terminaron sus estudios, uno es técnico electricista, otro maestro armero y el tercero mecánico. Los tres son altos y robustos, Mila parece la hermana menor. Para todos ellos la vida fue muy dura, llena de privaciones y esfuerzos y no pocas horas de soledad.

El padrastro se ha vuelto a casar, tiene dos hijos, un hombre y una mujer

y ahora ampara a los hijos de su primera esposa. Eduardo está fuera de Varsovia pero José, Alejandro y Mila van a vivir con la nueva familia de Fidler. Todos trabajan, Mila además del trabajo cuida de la alimentación de sus hermanos y tiene una magnífica escolta cuando van juntos a la academia de baile. Es allí, donde conoce a mi padre quien va con una compañera de la oficina, pero baila toda la noche con Mila. Así, una y otra y otra vez. Le acompaña a casa con el séquito de los hermanos, hasta que un día le declara su amor. A ella le agrada el joven alto, delgado, con pequeño y bien cuidado bigote y sueña como toda joven enamorada. Juan será el primero y el único amor en la vida de Mila, a pesar de la hilaridad que provocó en ella la formal presentación de Juan. Ella me lo contará así:

“Cuando conocí a tu padre jamás pensé que me enamoraría y me casaría con él. Fue un día regresando de la academia donde él se ofreció cortésmente a acompañarme a casa. Habíamos bailado algunas piezas y yo me retiraba temprano, porque había ido sola, yo solo sabía que se llamaba Juan, pero a unos metros de mi casa le agradecí su gentileza y extendí la mano para despedirme; en aquel momento me enteré de su apellido. Fue en el momento que él, tomando mi mano entre las suyas la besó ceremoniosamente y con el sombrero en la otra mano se presentó muy formal: Jan Ciapciak, a sus pies señorita. Creo que abrí los ojos y la boca y, rápidamente giré sobre los talones. Apenas avancé unos pasos estallé en risa y como una chiquilla golpeaba mis rodillas con las palmas de las manos y mientras reía, repetía: pan Ciapciak, pani Ciapciakowa y male Ciapciatka, lo que sería como decir: el señor Ciapciak, la señora Ciapciakowa y los pequeños Ciapciakcitos. Nunca supe si tu padre estaba lo suficientemente lejos para no verme ni oírme, pero tuve mucho cuidado de no preguntárselo jamás.”

En unos meses planean la boda y la llevan a cabo en una sencilla ceremonia familiar. Es el bello mes de mayo de 1922. Empiezan la vida conyugal en un departamento de una sola habitación-dormitorio, lo que llaman en

Polonia piso de soltero, con una pequeña pieza que hace de cocina y un baño. Pronto ya tienen un departamento con dos dormitorios y hasta pueden solucionar el problema de vivienda de su hermano Alejandro, quien se casa y recibe una pieza en el departamento del matrimonio Ciapciak-Riedel.

Juan, mi padre, es un hombre dinámico y emprendedor y, de profundas ideas de cambio en las estructuras sociales. Con el entusiasmo y el ardor de los jóvenes lo manifiesta sin reservas y esto le cuesta la pérdida del trabajo en la prestigiosa firma Nobel, en la que trabajaba desde muchacho. En esta oportunidad es el partido que le da la mano y lo coloca en la oficina de lo que hoy sería el Seguro Social “Kasa Chorych”.

La familia Ciapciak- Riedel ya ha crecido, hay dos niños, Jan Henryk al que llaman Janek (Yanek) y Stanislaw Karol al que llaman Stas. Janek tiene el espíritu investigador y todos los juguetes terminan desarmados; esto constituye un reto para Juan quien trata de conseguir un juguete que su hijo no pueda desarmar. Un día regresa a la casa muy contento, cree haber encontrado por fin un carrito tan macizo que Janek no podrá desarmar. Así es en efecto, pero la constancia del niño es tal, que le hace trabajar de noche y es así cómo una noche, el llanto de Janek despierta a los padres. Juan sobresaltado corre a ver qué es lo que le sucede y al indagar el porqué de aquel llanto recibe por respuesta las entrecortadas palabras del niño: “nie moge popciuc” (no puedo malogral), mientras las pequeñas manitas siguen manipulando el nuevo y resistente juguete. De la preocupación, Juan pasa a la cólera, le quita el juguete, abre la ventana y lo arroja a la calle diciendo: “si tú piensas malograrlo, mejor que lo encuentre un niño pobre para que juegue con él. Vaya la manera de frustrar el espíritu investigador del muchacho, dirían los psicólogos del futuro.

Juan no goza de buena salud, siendo muchacho compartió el cuarto con un amigo tuberculoso y él también tiene los indicios del temible flagelo. Juan y Mila asisten juntos al fallecimiento del amigo que tan solo tenía veinte

años. En aquella época no existían los remedios de los que disponemos en la actualidad; se curaba el mal solo con buena alimentación, buen clima, descanso, cosa que no pudo proporcionarle al muchacho su madre, viuda y pobre. Ante la desgarradora pregunta del hijo: "madre, por qué debo morir?" solo podrá contestar llorando: "yo no estuve enferma, yo estoy sana, fue tu padre, él murió igual. Qué triste.

Por todo ello los médicos aconsejan a Juan vivir fuera de la ciudad, en el campo. Con el dinero del traspaso del departamento Juan logra comprar un hermoso terreno en la localidad de Chotomow. Un domingo lleva a Mila a la bella parcela, donde por un lado crecen espigados abedules y por el otro robustos pinos y le dice: "aquí, querida mía, te construiré tu casa". Mila por toda respuesta se echa a llorar diciendo: "cuándo podrás construir una casa, esto es imposible para nosotros". Aquí mi padre dice la frase que Mila repetirá con frecuencia a sus hijos: "querer es poder". Lo quiso y lo pudo!!! Pronto se levantó allí entre los abedules una casita de madera. Una amplia cocina, una pieza grande y un baño con silo. Juan trabaja personalmente los días domingos y feriados y, así, entre los trabajadores y el dueño terminan el techo, luego las puertas y las ventanas.

José, el hermano de Mila también pone el hombro y pronto ya viven en el campo. Los que más gozan son Janek y Stas, el aire sano, la alimentación fresca, quietud y paz a su alrededor; hasta demasiada quietud; sobre todo en las noches oscuras, sin luna, que inspiran temor.

Añadieron una pequeña pieza donde duerme Juan con la ventana abierta, por indicación médica, un revólver bajo la almohada y la habitación completamente vacía, en previsión de algún merodeador nocturno. Juan, camina todas las mañanas dos kilómetros hasta la estación ferroviaria de Jablonno, de allí viaja en tren a Varsovia, a su trabajo, y en la tarde vuelve por el mismo camino. Él reparte su vida entre la familia, el trabajo y el partido. A veces, Mila le acompaña a las reuniones de tipo social, donde conoce y admira a raros personajes como: el dueño de una fábrica donde los ingresos se reparten por igual entre los obreros, los empleados y el

dueño, a un noble ex -terrateniente, quien no cuenta con un buen abrigo tan necesario durante las heladas noches invernales de Polonia, porque repartió sus tierras entre los campesinos, idealistas sin duda, y por ello son perseguidos.

La felicidad que reina en el hogar de Juan y Mila se ve empañada por la angustia que ella siente por el futuro de Juan. Sucede que a veces se queda en casa algún amigo perseguido, pasa unos días y se va, y viene otro. Mila cuenta sus penas a una compañera de trabajo de Juan, persona mayor y apolítica. Ésta, al oír los temores de Mila le aconseja que trate de sacarlo del país ya que está demasiado comprometido, le siguen los pasos, le apresarán, como en otros tiempos al padre de Mila, y en la cárcel su débil salud no resistirá mucho. Mila pasa las noches llorando, suplicando a Juan que siga los pasos de su hermana mayor, quien hace unos años emigró al Perú con su esposo e hija. No es fácil convencer al obstinado Juan, ruegos, lágrimas y, hasta sugerencias que en el nuevo mundo tendrá más campo de acción y más libertad para sembrar sus ideas. Le propone que se vaya solo y con el tiempo llevará al resto de la familia. Juan le promete pensar y cuando tiene lista la respuesta, es la siguiente: iremos, pero todos juntos, siempre juntos.

Venden la casita de sus sueños y los cuatro se embarcan al Perú. Stas cumple un año a bordo del trasatlántico y Janek de siete años es un muchachito juicioso que goza mucho con la travesía a bordo de aquel "mundo flotante"; es el año 1929. Para toda la familia empieza ahora una nueva vida en el nuevo mundo.

Juan, mi padre, no sabía el idioma español pero estudió y practicó tenazmente durante la travesía y así, al llegar al Callao ya puede hacerse entender. Comparten un mismo departamento con Stacha y su familia, pero convivir con la hermana de Juan, hasta para la humilde y delicada Mila no es cosa fácil. Calladamente sufre los sinsabores y como es su costumbre ni siquiera se queja a Juan. Él consigue trabajo en la fábrica de muebles Grosman, pasa apenas un mes y sus conocimientos de

contabilidad, más el dominio del idioma son motivos de ascenso al puesto de contador de la firma. Es muy estimado por el dueño y querido por los compañeros de labores. Con el permiso del primero, se queda después de las horas de trabajo para confeccionar los muebles para su casa. Estos son pacientemente tallados al igual que un alhajero para Mila, y los marcos para los cuadros de su colección de mariposas. El dicho preferido de Juan: "querer es poder" se pone de manifiesto en todos los aspectos de su vida, no se amilana ante un reto intelectual o manual. Mila se dedica a los quehaceres de la casa, la crianza de los niños pero todo lo demás siempre lo soluciona Juan.

Ellos tienen una sincera amistad con el matrimonio Woytkowski. Feliks Woytkowski, un enamorado de la naturaleza realiza viajes a la selva en busca de bellas mariposas y otros insectos desconocidos. Comparten horas muy agradables disecando diversos ejemplares y confeccionando hermosos cuadros. Sin embargo, el espíritu inquieto de Juan no cesa de buscar nuevos retos, se preocupa por la situación del trabajador, traba amistad con miembros de un partido que preconiza la lucha por la jornada de las ocho horas de trabajo; por el seguro social; el sindicato; derecho a la huelga, etc. Es el partido que se ajusta a sus propias ideas. Mila en sus relatos lo identifica como el partido aprista peruano; ella acompaña a Juan a algunas reuniones, pero su español es tan rudimentario que Juan le prohíbe hablar en público y a las personas que tratan de entablar conversación con Mila él responde: "mi señora no habla español".

Mila tiene una amiga Yugoslava de nombre Ljubica, le tiene mucho cariño, y juntas suelen ir de compras. Un día, Juan consiente en acompañarlas a la sombrerería. Las dos amigas hacen tal destrozo del idioma español, que Juan se cala el sombrero hasta las orejas y sale corriendo a la calle, y jura que nunca más volverá a salir de compras con ellas.

Ljubica es una mujer de carácter, decidida a aprender y ayudar a las demás. Un día la señora Gulowa, amiga de ambas, solicita su ayuda y llevan a cabo el siguiente diálogo: "Ljubica, cómo se dice cama" pregunta la amiga, "cama, se dice krawacie" contesta la aludida, "ah, gracias."

Bronia, que así se llama la señora Gulowa, va a comprar una cama. Entra a la mueblería donde se exhiben varias camas de su agrado y se dirige resueltamente hacia el dependiente de la tienda y pregunta: "señor, cuánto cuesta un krawacie?" "¿Cómo dice señora?" contesta amablemente el vendedor que se acerca a atenderla. "Cuánto cuesta un krawacie?" repite Bronia tercamente. "No la entiendo señora" responde el joven con una sonrisa. Bronia se impacienta y le interpela: "¿Usted ser peruano?." "Si señora". "¿Usted hablar español?" "Si señora." Entonces Bronia señala la cama con el dedo y con un aire de suficiencia casi grita: "¿Usted no saber, esto ser krawacie?!" El joven abriendo desmesuradamente los ojos y la boca, permanece así por un rato, y luego entre compasiva y burlescamente le contesta: "Señora, esto ser una cama, una cama." Bronia pierde totalmente la paciencia y el dominio de sí misma más no la confianza en las enseñanzas de su amiga, por lo que, después de decirle en polaco todo lo que piensa de él sale precipitadamente de la tienda. Ese mismo día va a ver a Mila para contarle lo mal que le ha ido en su intento de comprar la cama. Se encuentra allí con Ljubic y las tres instaladas ya cómodamente ante una atractiva mesita de té, empiezan



**Mamá y su amiga Ljubica
Lima 1931**

la tertulia. Bronia relata con cierto orgullo, que por fin se decidió a salir de compras sola, pero encontró tal incompetencia y, hasta falta de respeto que no llegó a concretar la compra. A medida que Bronia avanza en su relato, los ojos de Ljubica adquieren una expresión muy divertida; los de Mila más bien de asombro, pero los de Bronia casi echan chispas al ver que sus amigas parecen tomarla a la broma. Al final de su desordenado relato ya gritando le pregunta a Ljubica: "¿No me dijiste acaso, que la cama se llama krawacie, no me lo dijiste así?" Entre explosiones de risa la amiga también le grita: "Claro que te lo dije, la cama se llama krawacie,

pero en mi idioma” Ahora ríen las tres amigas juntas y reirán al contárselo a sus esposos y a los amigos. ¿No es acaso divertida esta confusión idiomática?

La familia Ciapciak-Riedel tiene muchos amigos, el carácter amiguelo, alegre y servicial de Juan reúne a su alrededor a la pequeña colonia polaca entre los cuales están: Feliks Woytkowski, su esposa Helena (Lenka), el hijo de ambos Jorge (Jurek) y cuya edad está acorde con la de Janek; están también los hermanos Bujalski, el matrimonio Gula, el cónsul Szyszlo, Czerwinski y otros que escapan a la memoria. Pasan días muy lindos en las playas limeñas. Con frecuencia van a La Herradura, en la enorme moto que Juan adquirió recientemente. Janek “maneja” con el padre, y Mila con Stas viajan en la “canasta”; lo testimonia una vieja fotografía.

En muchas ocasiones les acompañan los amigos, entre los que está Ljubica Sajkovic y su esposo. Aparentemente Juan goza de buena salud. La preocupación de Mila durante toda su vida será cuidar de la buena alimentación y la salud de los suyos. Se esmera mucho en la preparación de platos sabrosos y nutritivos para su familia. Los muchachitos son chicos robustos y hasta Juan dejó de ser aquel joven delgado y pálido, y se le ve más fornido. Mila ha engordado y es una mujer rollisa en comparación con la extrema delgadez que la caracterizó cuando era soltera. Janek va a la escuela y habla el español bastante bien, Mila no puede creer a sus oídos cuando escucha a sus dos muchachos hablar y gritar mientras juegan con los amigos peruanos. Ella ni los entiende, sin embargo, apenas trasponen la puerta de la casa, ambos hablan con ella en polaco como si éste fuera el único idioma que saben. Qué asombrosa facilidad tienen los niños para aprender un idioma sin proponérselo siquiera... jugando!

Al llegar el húmedo invierno limeño, Janek cae enfermo con tos convulsiva. El niño padece tanto que los padres deciden, por consejo médico, a cambiar de clima. Van a vivir a Chosica, localidad cercana a Lima pero ubicada ya en la sierra, con clima seco y sol durante todo el año.

Otra vez, comienzan para Juan los viajes en tren. En las mañanas hacia su trabajo en Lima y en la tarde de retorno a casa. Al anochecer, cuando suena el pito de la locomotora, los pequeños ya están en la verja del jardín esperando al padre. Mila se les une y, entre los tres reciben a Juan con besos, risas, abrazos, y la tertulia después de la comida sólo acaba cuando los muchachos caen rendidos por el sueño, mientras cuentan todas sus hazañas del día.

En el segundo año de su permanencia en Lima, Mila sufre un aborto. Tiene que ser internada en un hospital y su amiga Ljubica atiende a los niños y a Juan. Hay que ver cómo se acabaron los engreimientos, no hay pretextos que la sopa está fría o demasiado caliente o muy espesa; ni hay que prometer premios para que la tomen. La única promesa que surte efectos tan extraordinarios es la de ir a visitar a mamá. Todos andan derechos, ni Juan se permite criticar la comida que prepara Ljubica. Un día ésta olvida echar sal a la sopa y así se la sirve a todos, pero ella demora en la cocina y llega a la mesa cuando los demás ya acabaron sus respectivos platos. Apenas prueba una cucharada exclama: “vaya, esta sopa no tiene sal, cómo han podido tomarla así”, a lo que Janek responde: “Tía, tú cocinas tan mal, que nos pareció que así debía ser la sopa que tú preparas”. Esta vez Ljubica no se enoja por el atrevimiento del “sobrino”, antes bien se echa a reír y terminan riéndose todos.

Me contó Ljubica el siguiente episodio que sucedió en aquellos tiempos, fue así:” Mila y yo íbamos a salir a la calle con Janek y con Stas. Mila vistió a los muchachos y tras recomendarles que no se ensuciaran y esperaran tranquilos, empezó a prepararse ella también para la salida. El travieso Stas, vestido de blanco, aprovechó para subir a la azotea a corretear palomas y, cuando oyó la voz de la mamá llamándolo repetidas veces, bajó presuroso sin percatarse siquiera de su arruinada apariencia. Viéndose ya delante de la mamá y al observar la reacción en la cara de ésta, se echó a llorar. Al verlo en aquel estado Mila se encolerizó y gritó: ¿dónde has

estado, qué has hecho; quieres que te pegue incorregible muchachito?" Mientras enjugaba gruesas lágrimas que corrían por sus mejillas formando barro con el polvo de sus manitas, el incorregible muchachito respondió seriamente: "no mamita, no quiero que me pegues". ¿Creen que alguien iba a pegar a aquel "incorregible muchachito?"

En el año 1932 al producirse en el Perú acontecimientos inesperados y con grandes cambios políticos, Juan decide trasladarse con toda la familia a la república Argentina. Posiblemente hacen el viaje a través del altiplano por Bolivia, porque Mila recordará que se les partían los labios y las mejillas, también recordará una travesía en barco y un largo viaje en tren hacia Buenos Aires. No recordará los detalles del viaje como, por cuáles ciudades pasaron, dónde hicieron los trasbordos; en fin, qué dificultades vencieron, pero lo que importa es que llegaron al destino elegido.

Ya se encuentran en la bella ciudad de aspecto y espíritu europeo, Buenos Aires. Ciudad que deparará a los míos momentos felices y también acontecimientos dolorosos y trágicos, cambiará el rumbo de la vida de todos nosotros.

En Buenos Aires hay una gran colonia polaca. Juan y Mila hacen muy pronto amigos, frecuentan reuniones, Juan trabaja y cada día se entrega más y más a la colectividad. Al principio, viven en la calle Alejandro Alem, cerca al puerto, pero al poco tiempo se trasladan a una casita en las afueras de la ciudad, La Florida. El viaje desde la capital demora una hora en el tren, pero no es un viaje aburrido. La naturaleza y el hombre han tejido hermosos paisajes, con los que Juan disfruta mientras el tren va dejando el bullicio de la ciudad, y poco a poco lo acerca al hogar. Allí lo esperan los dos muchachitos ansiosos de contarle los acontecimientos del día, y Mila está lista para presentar las quejas: han peleado con el niño de la vecina, sacudieron la vieja higuera tirando tal cantidad de higos que muchos se desperdiciarán; el uno no quiere comer; mientras el otro devora todo el día, han ensuciado toneladas de ropa, etc. etc.

Un día regresando de la reunión con unos amigos polacos, Mila y Juan pasan un gran susto, los muchachos no están en casa. ¿Qué pasó? Después de buscar por todos los cuartos y rincones, encuentran a Janek y a Stas profundamente dormidos debajo de la mesa y una botella de vino vacía con ellos. ¡Qué tal borrachera! Cabe decir que Juan acostumbra acompañar el almuerzo con una copa de vino tinto, el médico se lo recomendó y a él le gusta. En verdad, es una sola copa pues aún en las reuniones no acostumbra beber abundantemente, le quita el humor y la chispa tan característica de él, le hace daño. Está claro, los muchachos quisieron "probar" un poco de lo que toma papá y...se les pasó la mano!



**Juan, Mila, Janek y Stas en Lima
1931**

Juan trabaja en el banco PKO, "Polska Kasa Oszczednosci", lo que traducido es Caja Polaca de Ahorro. Es el banco de toda la colonia polaca; a través de él envían dinero a los suyos a Polonia y hacen toda clase de transacciones comerciales. Hombre dinámico y trabajador como Juan pronto recibe el reconocimiento de los jefes y de los compañeros de trabajo. Él está presente en todas las actividades sociales, patrióticas y políticas de la colectividad polaca. Mila conservará con orgullo un viejo recorte de un periódico bonaerense donde está la fotografía de una reunión de la colonia polaca y autoridades argentinas en una plazuela con el motivo del descubrimiento del busto de un personaje polaco y Juan, parado adelante pronuncia el discurso alucivo a la ocasión.

Otro recuerdo agradable para Mila será el arribo de un vicepresidente polaco piloteando personalmente el avión. Los inmigrantes polacos se

congregan para recibirlo jubilosamente y es Juan el encargado de darle la bienvenida en nombre de todos ellos. Y aquellos alegres carnavales que Mila recordará y comentará ante una fotografía de aquella época feliz, la que ella misma envió a su amiga Ljubica quien quedó en el Perú: recorren las calles de Buenos Aires en carro descubierto engalonado con serpentinas, derrochando confetis y agua de los sifones. Otros, lo hacen sobre plataformas de camiones disparando los chorros de agua de carro a carro, arruinando muchas veces los disfraces laboriosamente confeccionados, pero el bullicio y la alegría contagiante no cesa durante tres días seguidos. Stas luce muy orgulloso un hermoso disfraz de torero y, ¿Quién confeccionó el traje de luces cumpliendo el deseo del más pequeño de los hijos? Juan! En los primeros momentos, cuando Stas pidió tan complicado disfraz, Juan propuso a Mila que él compraría todo lo necesario y ella lo confeccionaría. Ni hablar, contestó Mila, yo no sé hacerlo. Juan no iba dejar frustradas las expectativas del pequeño y, una vez más pone en práctica su lema: “querer es poder”. Y no solo cosió el traje, también lo bordó con un poco de ayuda de Mila que no iba a mirarlo con las manos cruzadas, bordar fue su profesión en una época de su vida. Juan confeccionó el complicado gorro torero, luego la capa y la muleta. Stas es un torero completo; una fotografía dedicada también a la tía Ljubica lo dice elecuentemente. Janek ya tiene once años y Stas cinco. El primero es juicioso, tranquilo y muy terco a veces,

Mi hermano Stas en Buenos Aires, con el traje de torero que confeccionó Papá.



el segundo una ardillita traviesa, “zywe srebro” como dice Mila “plata viviente”, es así como llamamos popularmente al mercurio, que puesto sobre la mano corre y se escapa, escurriéndose como vivo entre los dedos de la mano. Juan los llama cariñosamente “utrapienie” a Janek y “pocieszka” a Stas; lo que significa más o menos: aflicción o su dolor de cabeza al mayor y consuelito o su alegría al menor.

La constante actividad de Juan perjudica su salud. Se acabó la tranquilidad de Mila. Una noche, saliendo de la alegre reunión de los paisanos se encuentran con la ingrata noticia que el guardarropa ha sido desvalijado. Juan, sudoroso, se ve obligado a retornar a casa sin abrigo, Se le declara una pulmonía que lo obliga a permanecer en el hospital y le reaparece el mal pulmonar que él ya creía acabado. Por un tiempo vuelve a llevar una vida más tranquila, pasa más tiempo con los muchachos y sueña con una hija. Mila no quiere ni oír de ello, pero la hija ya se anuncia. Con cuánta ilusión Juan se prepara para su llegada; será la princesa de la familia. La cuna, el hermoso mosquitero de tules colgando desde el techo, muñecas y animalitos llenan la habitación, el ajuar completo con cintas y blondas; todo es escogido por Juan. Es Mila quien no se entusiasma, lo ve delgado, suda en las noches y tose, se siente aterrada. Cuando finalmente nace la niña todo es alegría, le escogen nombres uno tras otro, a Juan le quedan dos tras desechar varios: ¿será Krystyna como su querida sobrina, hija de Stacha, o será Carmen que le gusta mucho? Pero en Polonia tal vez Carmen será algo extraño, mejor ¡Krystyna!

En el trabajo a Juan le proponen el puesto de director de la sucursal del banco que será abierto en una provincia, incluso será provechoso para su salud, pero el fantasma de la terrible enfermedad aparece de nuevo y una hemorragia obliga su internamiento en el hospital. Ya no sueñan con ir a la provincia y empezar una nueva vida tranquila y saludable para todos. Ahora Juan sueña con volver a Polonia, lo comenta con sus hijos, hacen planes, a los muchachos les atrae mucho la idea de la blanca nieve que Stas no conoce, y a Janek le entusiasman los deportes de invierno, están

felices con el próximo viaje. Apenas mejora la salud de Juan comienzan los preparativos, hay que vender muchas cosas, empacar otras, llenar papeles, comprar boletos; todo lo arregla Juan. Mila se ocupa de la alimentación de la familia; para ella es muy importante una buena comida para todos, sobre todo para Juan. Él hasta subió de peso y todo parece marchar sin problema. El barco en el que navegarán ya está en el muelle y como la travesía demora casi dos meses todos deben pasar la revisión con el médico de abordaje. Juan va al puerto en el auto con unos amigos, pero no llegará. Un paro cardíaco trunca su vida mientras recorren la avenida Alejandro Alem. Fue su otra enfermedad, la diabetes, enemiga de la primera. Todavía no existe en el mercado argentino apenas descubierta la insulina, ni siquiera saben de ésta. El azúcar en la sangre sólo se controla con una dieta estricta. Mila la siguió por un tiempo controlando la dieta de Juan con una balanza en la mano, pero él adelgazó y perdió fuerzas lo que la asustó muchísimo, porque apareció la tos y recrudesció su enfermedad pulmonar. ¿Contra cuál luchar entonces? El médico de Juan sigue aconsejando buena alimentación, descanso y aire sano para luchar contra la tisis. La batalla la gana la diabetes.

Mila queda sola, en un país lejano al suyo, con un hijo de doce años, otro de seis y una pequeña de un año y tres meses, la niña de los ojos del padre. Es el mes de mayo de 1935.

Juan dejó muchos y muy buenos amigos, compañeros de trabajo y jefes que lo han estimado por su trabajo y su carácter jovial, servicial, siempre dispuesto cooperar y ayudar. Mila recibe muchas muestras de afecto, también ofrecimiento de trabajo y reiterados consejos para que se quede en Buenos Aires. Pero ella piensa que allá en Polonia, tiene dos hermanos, dos tías hermanas de su madre y también a los hermanos de su padre, además, la vida le enseñó a no confiar demasiado en las promesas de los amigos, tal vez en este caso muy sinceras motivadas por verdadero afecto y la compasión por su dolor y desamparo, pero ante la dura realidad de la vida nada fáciles de cumplir. Como siempre, sabe que debe confiar en

sus propias fuerzas, y ella sabe sus limitaciones, no domina bien el idioma y tiene tres hijos para atender; entre ellos una muy pequeña que requiere mucha dedicación. Se dice a sí misma lo que repetirá en otras ocasiones también; “si he de padecer hambre, que sea en mi propia patria, no en un país extraño”. La decisión está tomada, regresarán a Polonia. Aún tiene que embalar muchos obsequios que le han traído los amigos como despedida; para Krysia recibe ropa y juguetes que podrá usar por varios años, también para los muchachos, todos quieren que se lleve una muestra de su afecto. Le ayudan a embarcar y uno de los amigos se compromete a enviarle periódicamente las cuotas de la venta de todo lo que deja con la casa.



De todos los que parten solo la pequeña Krysia volverá a visitar su tierra natal. Será muchos años después. Caminará por la calle Alejandro Alem pensando: “en qué casa ha vivido mi familia, cuántas veces caminaron por esta calle, por qué todo aquí me parece tan familiar? No, ni hablar, ni siquiera me traían por aquí; además qué iba yo a recordar. Lo que pasa es que las casas, los balcones de hierro forjado, los ascensores con rejas extensibles y espejo en el fondo, la gente que pasa a mi lado; todo esto me hace recordar una ciudad europea, cualquiera, Varsovia, Augsburg, München, etc. Habrán jugado mis hermanos en el parque Palermo, se divertían en el Ital Park, visitaban el zoológico, existían estos dos últimos en aquella época y el Sub? Mamá hablaba del Sub, quiere decir que ya existía este moderno sistema de locomoción”.

Todas las preguntas quedarán sin respuesta y seguirá caminando, seguirá buscando sus huellas sin hallarlas jamás. Con ella ya vivían en una casa de “La Florida”. Irá a mirar aquella calle, hasta buscará el número que figura en el documento de defunción de Juan, tratará de identificar la casa por la fotografía que tiene, la única donde su familia está completa, papá, mamá, Janek, Stas y ella misma de pocos meses, en brazos de la mamá. Ya no estará el cerco con enredaderas ni el viejo árbol bajo el cual estaban sentados papá y mamá en sillones de mimbre y los muchachos parados.

En su lugar habrá dos casitas casi sin jardín exterior, ¿será éste el único sitio en el mundo donde estaba su familia completa? Llorará creyendo oír las bulliciosas voces de los hermanitos, el sonido de los pasos de Juan llegando a la casa y a Mila corriendo presurosa a su encuentro saliendo de la cocina con el delantal en la mano.

Aquí en Buenos Aires mi familia estaba completa y feliz, yo nunca la vi así. No conocí a mi padre, a Janek apenas, solo Stas está en mis recuerdos y una madre agobiada, sola, viviendo con los recuerdos. Qué profundo los guardaba en su corazón, no eran el pan cotidiano.

No me gustaba que mi madre bebiese vino en las pocas reuniones familiares que recuerdo, porque siempre terminaba llorando. La vez que tomó en el santo de la "tía" Nelly, en Lima, recién me di cuenta qué secuencia seguían sus "borracheras". A la primera copita se volvía muy locuaz, contaba chistes, reía, hasta cantaba las canciones de su juventud, a la segunda hablaba de sus hijos que no estaban ya a su lado, de mi padre, recordaba nuestra vida en el Perú, en Argentina y terminaba llorando.

La pequeña Krysia, ya adulta, vendrá a Buenos Aires en busca de estos recuerdos pero no encontrará ningún testigo de ellos. Lo dirá a su madre al regresar a Lima y ella le responderá ingenuamente: "hubieras ido al banco Kysiu; allá están los compañeros de trabajo de tu padre, ellos lo recuerdan muy bien". Krysia dirá con tristeza: "sí mamá, allí están trabajando aún los viejitos con más de setenta años" Mila recién se dará cuenta de su error y sonreirá con tristeza. Claro, ella vivirá siempre con los recuerdos de los pocos años felices que hubo en toda su vida.

.....&.....

Ya navegan en la inmensidad del mar. Mila sufre de la enfermedad de traslación (equilibrio), la padeció igualmente a la venida, debe ser por la otitis crónica que padeció de niña, y nunca fue bien curada. Esto le impide atender a la pequeña, pero el juicioso Janek ya es un jovencito de doce años y asume seriamente su papel de hermano mayor.

Tienen un compañero de viaje muy interesante: un profesor que regresa a Polonia con "las manos vacías", solo una maleta de humilde aspecto es su compañera, él es un intelectual que no "hizo América". Janek encuentra entretenida su compañía, no así el inquieto e ingerido Stas. Comienzan a invertirse las cariñosas calificaciones que un día Juan puso a sus hijos; ahora Janek es el consuelo y la ayuda de mamá, mientras Stas empieza ser, su preocupación y su dolor de cabeza. El padre consintió siempre al pequeño y éste con sus seis añitos no comprende aún la magnitud de la pérdida que ha sufrido la familia Ciapciak-Riedel.

Si mencionamos a uno de los compañeros de la travesía, vale la pena decir algo del otro; tal vez por el contraste que se aprecia a la vista. Este es un carpintero que regresa satisfecho, lleno de nuevos planes que hará realidad en Polonia y lleno de maletas y baules.

Mila, además del problema de los mareos y constantes dolores de cabeza tiene otro que le preocupa mucho, la inadecuada alimentación de la pequeña Krysia. La niña empieza a sufrir de escorbuto y necesita una dieta difícil de conseguir pero posible de obtenerla con el dinero. Mila tendrá que afrontar este gasto inesperado también, por la salud de la niña. Al ver disminuir su pequeño capital, crece su angustia por el mañana, mientras el barco va acercándose al continente europeo cada día más. Qué diferente fue la partida a América con el siempre dinámico y optimista Juan, al frente de la familia. Hoy, Mila se siente partida en mil pedazos, temerosa del futuro, abrumada por la responsabilidad, por la prole que depende de ella. ¿Qué ganas puede tener ella de visitar París de noche cuando llegan allí? Mientras los demás del grupo salen a pasear, ella queda en el hotel velando el sueño de sus hijos.

.....&.....

De regreso en la Patria

Hoy, yo, la pequeña Krysia de aquellos años, reconstruyo la historia de nuestra familia a partir de los fragmentos que me iba relatando mamá en diferentes oportunidades. No conozco todos los detalles de nuestra

vida en los años que siguen a la travesía; sin embargo me basta mirar las viejas fotografías - por un lado las anteriores a la muerte de mi padre y, por otro, las posteriores a ésta- para darme cuenta qué terrible fue para mamá la pérdida del compañero, parece que le cayeron veinte años encima, en apenas unos cuantos meses. No hay alegría en su rostro contraído por un rictus de angustia, hasta sus grandes y hermosos ojos azules han empequeñecido de tanto llorar. Sus carnosos labios de otros tiempos están apretados nerviosamente.

Sé que mis dos hermanos mayores fueron a un internado en Bydgoszcz y ella iba a visitarlos periódicamente conmigo aun pequeñita, les llevaba alimentos, ropa y sobre todo cariño, porque soy madre y me imagino la pena de mamá y el sufrimiento de mis hermanos consentidos y engreídos por un padre cariñoso y una madre siempre presente a su lado, sobre todo el pequeño de seis años. No recuerdo nada de estas visitas; sin embargo ya las mencioné en la primera parte de mis memorias por una vieja fotografía de nosotros tres; parados apretaditos contra la baranda de un puente y el comentario que mamá hizo sobre ella. Al preguntar por qué Janek luce un gesto adusto, mientras Stas me abraza cariñosamente, mamá me contó que, habiendo decidido regresar ya a Varsovia entregó a Janek todo el dinero que le quedaba pero, la noche anterior a nuestra partida Stas llegó corriendo a nuestro alojamiento y abrazándose a mamá pedía llorando: “no te vayas mamá, no te vayas todavía” y ella decidió que nos quedáramos otro día más y, para esto pidió a Janek parte del dinero que ya le había dado. De allí, el disgusto en la cara del muchacho, pues al quedar solos en el internado, él comprendía muy bien que solo con el dinero podían conseguir un dulce que les hiciera recordar el hogar o, podían cubrir una urgente necesidad, y él, era el hermano mayor, el responsable.

Yo no recuerdo nada de la escena que contó mamá, ni si lloraba mamá, si lloraban ellos, pero debió ser así, porque en mi subconsciente vivió siempre el temor de verme separada de mamá y me aterrorizaba la sola palabra

internado; creo que ello jugó un papel poderoso en mi entusiasmo por venir al Perú. Cuando terminada la Segunda Guerra Mundial esperábamos la repatriación a Polonia, mamá comprendía que sería muy duro empezar de cero en un país devastado por la guerra, en una ciudad en ruinas, porque ella no podía imaginarse ningún otro lugar en el mundo para vivir que no fuese su Varsovia. Ella decía que tendría que buscar trabajo, un rincón para vivir, y yo para poder seguir estudiando debería ingresar en un internado. Pienso que mamá no se imaginaba siquiera cuánto terror despertaba en mí la palabra internado, yo tampoco supe por qué. Hoy es uno de mis descubrimientos sobre el almacenamiento de la información en la computadora humana, que es el cerebro de un niño. Di un salto muy grande en esta historia al mencionar lo de mi complejo, motivado posiblemente por un recuerdo subconsciente, pero todavía contaré sobre otro que presumo, también fue fruto de una vivencia en mi primera infancia: desde que llegué al Perú hasta casi cumplir veinte años sufría de pesadillas en las que las aguas de un inmenso mar subían cada vez más, mientras yo trataba de salvarme subiendo con dificultad por un empinado cerro, mientras las aguas subían yo trepaba más y más, hasta despertarme cansada, asustada y sudorosa. Llegué a la conclusión que después de volver a cruzar el Atlántico en el año 1948 mirando por días enteros la inmensidad de las aguas, despertó en mi subconsciente el recuerdo, y tal vez el miedo que sentí a la vista de un espectáculo semejante, cuando lo miraba por primera vez durante dos largos meses en el año 1935. Este recuerdo sólo llegó al subconsciente y por ello solo afloraba en los sueños durante varios años. Precisamente en los años durante los cuales “la pesadilla” internado, ya era una realidad en mi vida.



Vuelvo a tomar el hilo de los recuerdos de nuestras vidas que solo sé por lo que me contó mamá. Yo recuerdo lejanos fragmentos de nuestra permanencia en la casa de la tía Ania, y luego algunos del departamento que compartimos con la tía Vera en el lado opuesto del mismo patio, mas nunca supe el por qué del cambio. Un día, ya adulta, supe la razón.

Mamá pagaba una módica suma a la tía pero el tío Obieslo quien gustaba mucho de las copitas, todos los sábados le pedía a mamá unas monedas como si fuese un chico pidiendo propina, solo que aquí mamá se sentía obligada por el agradecimiento de vivir en su casa. Mamá decía: "mi error fue darle la primera vez, ya que el tío hizo de ello una costumbre que recargaba mucho nuestro magro presupuesto tan necesario para ti y tus hermanos. Y sin embargo yo no quería contárselo a tía Ania, no quería que fuese nuestro enemigo, mas aún viendo que era cariñoso contigo. La tía se sorprendió mucho cuando le comuniqué mi decisión de alquilar un departamento a medias con mi amiga Vera, pero comprendió que era por nuestra comodidad. Yo lo hacía, porque no sólo nos resultaba más cómodo sino al tomar en cuenta las propinas para el tío nos salía más económico, además Vera era modista y trabajaba en casa, salía muy poco y así, tú no tendrías que andar encargada de vecina en vecina cuando la tía Ania necesitaba salir a la calle. Sucedió que habiéndome dicho que te dejaba con la "señora María", me sorprendía y mortificaba tener que buscarte en casa de la "señora Juana", porque María tuvo que salir. Algo muy triste me pasó cuando me propusieron un trabajo extra en la tarde. Antes de aceptar me pareció prudente saber si la tía Ania, podía quedarse contigo ya que no me era posible calcular cuánto tiempo me llevaría hacerlo. Pregunté a la tía, pero ella me contestó displicente: ya veremos, todavía falta mucho. Acepté el trabajo, porque necesitábamos un poco de dinero extra, pero no volví a importunar a la tía con mi pedido, te llevé conmigo. Te portaste muy bien, mas el regreso fue un vía crucis para mí. Era invierno y oscurecía temprano, cuando volvíamos a casa ya era de noche, nevaba, yo estaba terriblemente cansada y tú dormías en mis brazos. A cada paso me parecía que el pie se me hundía en lodo profundo y el siguiente paso se volvía más pesado. La distancia del banco a la casa era aproximadamente de unos trescientos metros, y a mí me parecían kilómetros; estaba agotada, hambrienta, las lágrimas se me congelaban en las mejías y yo no tenía una mano libre para limpiarlas. Te cargaba a ti dormida y un bolsón con el termo y otras cositas tuyas. Claro que necesitábamos más dinero, el trabajo extra no era fácil de conseguir y una niña pequeña necesitaba el

tiempo y las fuerzas de su madre; qué lindo sería que pudiera gozar de ambos, de la mamá y el bienestar económico."



Lo que voy a narrar enseguida me lo contó mamá – yo no lo tengo en mi recuerdo – y estoy segura que ella sufrió más que yo en aquellas ocasiones. Mamá salía conmigo en las tardes de verano, e íbamos al parque que era muy lejos para que yo caminase o, simplemente al Plac Teatralny o la Plaza del Teatro o por la calle Senatorska hacia Stare Miasto. En Senatorska había una elegante tienda en cuyo escaparate se lucían dulces, chocolates, caramelos, en atractivas presentaciones. Ante aquella vitrina se paraba la pequeña Krysia y pedía con insistencia algunas de las delicias expuestas en la vidriera. Seguramente mamá a veces me compraba alguna golosina pero otras, como aquella que me contó, no podía comprarme; no tenía dinero. Mientras hacía esfuerzos por convencerme para separarme y seguir caminando, un elegante señor salió de la tienda y después de pedir permiso a mamá, me entregó un paquetito con dulces. Era el mismo señor que unos, minutos antes entró a la tienda; pero antes, miró la vidriera y oyó la conversación entre la madre y la hija. Quién habrá sido, dónde estará, no lo sabemos, pero estoy segura que Dios le premió aquel gesto que endulzó la boquita de una niña, y puso un rayito de alegría en el corazón de la madre.

Otro momento parecido, con distinto final, también me lo contó mamá del que no hay ni rastro en mi memoria, tal vez sucedió delante de la misma tienda u otra parecida. Me lo contó así: "Yo decía que no puedo comprarte y tú insistías llorando; se me ocurrió una idea extrema. Bueno hijita –dijesi tú lo quieres tanto, yo entraré, robaré y te lo daré. Después la policía me llevará, me pegarán y me encerrarán en una celda, qué harás tu? Tu reacción fue inmediata, dejaste de llorar, te limpiaste los ojitos con una mano y con la otra me jalaste con toda tu fuerza diciendo muy asustada: vamos mamá, vámonos pronto, yo no quiero nada de aquí. Desde aquel día no recuerdo que hayas insistido algún otro día en que te comprase algo. Bastaba un simple, no puedo hijita, tal vez otro día."

Si el primer relato me enterneció, el segundo me causó mucha pena y, hasta hoy, siento los ojos húmedos cuando hablo de él. Con solo imaginarme la escena, comprendo que la pequeña de tres o cuatro años a lo sumo, sintió tan profundamente las palabras de la madre, que nunca más –como dijo mamá- volvió a pedirle nada con la insistencia propia de los niños.

Hace poco comenté con mi hija – sin tener presente este relato – que no recordaba haber sido de niña una criatura pedigüeña y exigente de juguetes o vestidos y lo asocié a la época de la guerra en la que transcurrió mi niñez y mi adolescencia. No lo relacioné con el relato que acabo de hacer, sin embargo hoy me parece muy probable que su raíz esté en los primeros años de mi vida, precisamente en lo que aquí narré.

Una vez, siendo ya adulta, pregunté a mamá por qué no volvió a casarse habiéndose quedado viuda siendo todavía joven. Me contestó que fue por dos motivos: primero, que cada vez que conocía a un posible candidato lo comparaba con papá, buscaba en él las virtudes, la capacidad y las habilidades que recordaba de mi padre. El candidato salía perdiendo y con ello toda posibilidad de una relación que pudiera terminar en el matrimonio. Otro motivo fue, la rotunda negativa de mis hermanos ante la pregunta que le hacían los familiares pensando que la aceptación de los hijos animaría a la madre, de: qué pensaban ante la posibilidad de tener un nuevo papá. “Claro que queremos tener papá - contestaba Janek, el mayor – pero el nuestro”.

Evidentemente mi madre era una mujer muy sentimental e idealizó a mi padre en sus recuerdos, a tal punto que nadie podía igualarlo ni asemejarse siquiera. También podría pensarse que era débil de carácter, al esperar que la decisión llegara de parte de los hijos, y sin embargo a lo largo de su vida dio muestras de gran entereza. Que los niños se negaran a aceptar un nuevo papá era muy natural; ellos no podían ver la parte práctica que seguramente haría menos dura la vida de mamá y de ellos, y traería algo de felicidad y alegría; pero mamá era así, todo corazón, trabajo y sufrimiento hasta el último día de su vida

Si en la primera parte de mis memorias durante los años de mi niñez que viví a su lado en medio de la vorágine de la guerra, la recuerdo siempre trabajadora, abnegada, cariñosa con nosotros, servicial, considerada y amable con los demás; muchas veces ingenua por su confianza en otros seres humanos; al relatar la parte de su vida que pude reconstruir con base en los relatos de ella misma y de sus amigas Ljubica Sajkovic y Helena Woytkowska-Tausend, solo puedo confirmar que en su vida predominó siempre el sufrimiento y fue una entrega total de su propio bienestar en favor de los que le rodeábamos. Jamás exigió nada para ella, jamás se quejó; solo los últimos días de su vida le oí pedir a Dios que se acordara de llevarla a su lado. Cuando pasó seis años postrada por la rotura de la cadera solo se recuperó parcialmente y por muy poco tiempo tras la operación y el implante, luego la amputación de una pierna por engangrenamiento de un dedo del pie y su vida se redujo a la cama y el sillón para comer y, ver la televisión y una total dependencia de la única persona que le quedó de toda su familia, su hija Krysia.

Mamá pasó del sueño terrenal al Sueño Eterno callada y humildemente como vivió. Consciente recibió los Santos Óleos y a los pocos días el trece de noviembre de mil novecientos noventa y cinco a las siete de la mañana voló su último suspiro, estando solas Ella y yo. Prendí una vela polaca en la cabecera de su cama y la cubrí de pétalos de rosas; sólo la colocamos en el ataúd para transportarla a la capilla del mortuario a la misa de cuerpo presente y en seguida sus restos fueron incinerados.

Mi primera intención fue llevar sus cenizas y esparcirlas en su querida Vístula que atraviesa Varsovia. Mamá añoraba y amaba tanto su terruño que pensé cumplir su voluntad haciéndolo; aunque ella nunca lo expresó, pero no lo hice, Recordé que papá quedó en Buenos Aires, Janek en Glasgow, Inglaterra, Stas no sé donde está y si vive, yo seguramente quedaré en el Perú para siempre, por lo que pido a mis hijos que cuando llegue mi hora, incineren mi cuerpo y uniendo las cenizas a las de mi madre nos den sepultura a las dos juntas como vivimos casi toda la vida.

Vuelvo a mis recuerdos

Ya pasó un buen tiempo, el tiempo que atenúa los dolores pero no borra los recuerdos. Decidí entonces a proseguir mi relato para que sea un homenaje a mi Madre, como lo digo en la dedicatoria de este libro.

Lo dedico también a mi nieto Jorge Luis, y al hacerlo expreso mi pena porque crece alejado de mí por la incomprensible actitud de quienes lo tienen a su cargo. Él se parece a mi Madre, a tal punto que en sus ojitos veo los ojos profundamente azules de Ella.

¡Mi fe me dice que estás muy cerca de Dios Madre mía y que algún día nos encontraremos. Amén!



Mamá y yo (Krysia), al año siguiente de nuestro arribo a Lima 1949.

Capítulo IX

Los últimos días en la patria

Llegó el momento en que los maltratados, hambreados, despojados, diezmados, humillados, pero no vencidos varsovianos se levantaron en armas para arrojar al invasor con sus propias fuerzas. No deseo y no puedo contestar a las preguntas que se han hecho a lo largo de las últimas décadas. ¿Por qué en aquel momento? ¿Por qué arriesgaron tanto cuando estaba tan cerca el final? ¿Estaban preparados? ¿Qué esperaban de los aliados? Y la gran pregunta final: ¿Qué esperaban del frente oriental que ya estaba a las puertas de Varsovia?... Sin respuesta.

Mucho se ha dicho y mucho se dirá todavía sobre los números y los porcentajes de varsovianos muertos y de la destrucción de nuestra amada capital. Yo tan solo puedo relatar lo que vi, y viví en un reducido sector de Varsovia, mi propia vecindad, durante tan sólo los diez primeros días del Levantamiento de Varsovia. Lo tomo del diario que escribí motivada por los relatos de mamá, sobre los diarios que papá escribía durante los acontecimientos más importantes de nuestras vidas, y que todos ardieron durante un bombardeo en septiembre del año 1939.

Hoy, es el 1ro de agosto de 1944, son las cinco de la tarde de un día de verano aparentemente como otro cualquiera.

Repentinamente la modorra de la tarde se rompe con el ruido de ametralladoras, luego tiros aislados y otra vez ráfagas. Al patio entran corriendo personas que pasaban cerca, para guarecerse de una balacera que creen pasajera, como la otra de hace unos días. El traqueteo es cada vez más nutrido, pocos saben lo que se inicia en este momento.



Las bombas no dejan tregua a los varsovianos

Mamá no salió a trabajar hoy en la venta ambulatoria que hacía todas las tardes. A las diez de la mañana, resonó sobre toda Varsovia una sirena antiaérea muy singular. La mayoría de los varsovianos lo creyó un aviso acostumbrado de un nuevo bombardeo. Fue un sonido largo sin interrupciones. Normalmente el primer aviso era una sirena con interrupciones a intervalos largos; la siguiente era con interrupciones muy seguidas y esto significaba que los aviones ya estaban sobre la ciudad y generalmente ya se podía oír el rugido de los motores. Cuando terminaba el ataque o el paso de los aviones que se dirigían a bombardear a otro objetivo, recién sonaba una larga sirena sin interrupciones que significaba el fin del peligro.

La de hoy era la sirena de la que habló mi tío Oleg: “Será el aviso para nosotros y nuestras familias para que no nos movilizemos aquél día y bajemos a los sótanos donde tenemos almacenados los alimentos y el agua. ¡Coge a los chicos y ven con nosotros, comenzará el levantamiento armado que no prosperará!” Estas fueron las palabras de mi tío.

Al escuchar la sirena de hoy, mamá comprendió enseguida el significado de ésta y comunicó sus sospechas a los vecinos de más confianza, pero parece que la creyeron chiflada. ¿Quién era Emilia Ciapciak para saber algo tan importante?

El traqueteo de las ametralladoras es cada momento más nutrido, permanecemos largas horas sin salir de nuestras casas, esporádicamente bajamos al sótano porque hay bombardeos; ahora ya sin ningún aviso, son los nazis que nos bombardean. Atravesar el patio también es peligroso por las esquirlas que pasan silbando y “esquivándonos”, ya que los chicos no entendemos el peligro que significan, para preocuparnos de esquivarlas nosotros y, hasta recogemos los trozos de fierro, aún calientes que encontramos en el patio. ¿Serán algún día trofeos de guerra si sobrevivimos?

Hay en la vecindad hombres y mujeres que en vano esperan una tregua en la balacera. Algunos se van por la noche y otros dicen que se quedarán hasta la madrugada con la esperanza que “esto se acabe”.

La más desesperada es una joven mujer que dice haber dejado solos a sus niños. ¿Por qué ha empezado a una hora tan temprana, cuando muchos padres de familia se encontraban aun fuera de sus hogares? Dicen que los nazis estaban enterados de todos los planes y movimientos de la Resistencia y exprofesamente paraban y revisaban a todos aquellos que caminaban en grupos o parejas o, simplemente sospechosos; así los obligaban a precipitar los acontecimientos desarticulando planes. Así lograron que muchos jóvenes no llegaran al sector que les fue asignado por el comando, así también algunos jefes vieron cortado el camino a su unidad y llegaron con retraso o no llegaron nunca.

En el sótano se habla, discute, aconseja y comparte todo entre todos, parecemos una gran familia.

Segundo día, 2 de Agosto.

La joven señora partió en la madrugada. En el sótano aseguran que los que regresaron hoy temprano a casa, la vieron sin vida a unas calles de aquí. Nuestro vecino contó que para regresar tuvo que atravesar la plaza del Teatro “Plac Teatralny”, lo cual a ratos se tornaba imposible de lograr por el fuego cruzado de los combatientes, pero había momentos de calma, los que aprovechaban muchos civiles para tratar de atravesarlo corriendo. Al volver los disparos se tiraban al suelo en espera de otra pequeña tregua y volver a correr. En una de estas caídas se vio al lado de una mujer, cuyo aspecto coincidía con la descripción que hacían los vecinos de la joven madre.

Al callarse los disparos, él la cogió de la mano diciendo: “¡Ahora, a correr!”, pero la señora no se incorporó. Soltó su mano al levantarse él y ésta cayó pesadamente sobre los escombros que cubrían la calle. Estaba muerta.

Yo conservo la esperanza de que el vecino no pudo reconocer a la señora en medio de su propia angustia y su apuro, y ella ya está con sus hijos. Frente a nosotros, en los altos, vive una familia con dos niños y la abuela. Ella se quedó al cuidado de los nietos y está desesperada, los días pasan y los padres de los niños no regresan a casa desde el día en que los dos salieron a trabajar el primer día del Levantamiento.

3 de Agosto

Pasa otro día y ahora llega un bisoño oficial, acompañado de dos muchachos; muchachos que fruncen el ceño lo más que pueden, para que parezcan muy serias sus caritas aún infantiles. Es la delegación de la base cercana a nosotros que pide voluntarios, mi hermano Stas salta enseguida. Él tiene quince años y el físico nada parecido al de un soldado. Mi madre mide un metro cincuenta y Stas es más bajo que mamá, pero su entusiasmo lo hace gigante y se va a la lucha. Mamá le da permiso con lágrimas en los ojos. Entrega a la Patria a su segundo hijo.

4 de Agosto

Un día más, Stas viene a vernos con un curioso uniforme: un casco alemán y una granada al cinto, se siente armado. Los vecinos felicitan a mamá, su hijo es un combatiente por la libertad.

Sucede algo inquietante. Del techo de uno de los edificios de nuestro patio, parten solitarios disparos a diferentes horas del día y de la noche. ¿Sería un espía alemán? Avisados los combatientes vienen a revisar los techos una y otra vez, pero sin encontrar al autor de los misteriosos disparos. Todos tratamos de averiguar de dónde parten; muchos insisten que salen detrás de la chimenea del edificio ubicado al fondo de la vecindad; también allí suben los nuestros, pero no hallan a nadie. Entre todos discurren que éstos deben ser señales preestablecidas para los alemanes, y lo peor, debe hacerlo alguien que está entre nosotros.

5 de Agosto

Ya es el quinto día que Varsovia lucha sola, Stas llega hoy con un fusil al hombro; un fusil que prácticamente le golpea los talones. Los vecinos ya lo miran con recelo; la presencia de los combatientes en la vecindad puede comprometerlos ante los alemanes si en algún momento llegan aquí. También viene a vernos la tía Ania, llegó a través de los sótanos desde la calle Danilowiczowska, para pedirnos que vayamos con ellos para estar juntos para lo que pueda suceder, mamá es la única sobrina que le queda; los tíos Edek y Oleg son alemanes, están del otro lado. Mamá titubea, si se va no podrá ver a su hijo; él es un niño aún, que



Las barricadas son la mejor defensa contra los tanques



en un momento de descanso en esta lucha corre a ver a su madre. Ella decide que nos quedaremos y esperaremos lo que nos depare el destino.

6 de Agosto

Las casas son esqueletos vacíos; no hay calles ni veredas.

Stas ya no viene a vernos. La última vez que vino mamá le dijo llorando: “Hijo querido, no vengas por ahora, los vecinos tienen miedo que los nazis puedan sorprenderte aquí, ya sabes lo que hacen cuando esto sucede. Aquí mismo, en nuestro patio, nos matarían a todos por darte acogida. Mi corazón y mis oraciones están siempre contigo. ¡Venceremos! Dentro de unos días tomarán ustedes este sector también y verás cómo todos te recibirán con los brazos abiertos“. A estas alturas ya estábamos llorando los tres juntos ¿Cómo saber si no sería la última vez que nos podíamos abrazar?

7 de Agosto

A la espalda de nuestro edificio hay sótanos donde cada inquilino tiene un lugar para guardar las provisiones para el invierno y algunas cosas que no le sirven por el momento.

El sótano está dividido por rejas y éstas se aseguran con candados. Hoy los vecinos cavan zanjas y entierran sus pertenencias ya que todos intuimos que inevitablemente nos veremos obligados a abandonar todo lo que tenemos; pero al mismo tiempo deseamos y confiamos que volveremos y encontraremos lo que en estos momentos tratamos de proteger. ¿De qué, del fuego, del pillaje? Difícil de responder.

Mi madre no puede cavar la dura tierra afirmada por años de uso constante. Entre las dos intentamos tapar unos cuantos bultos con la poca tierra que

logramos raspar del suelo. ¡Qué impotentes y desamparadas nos sentimos! Los tres hombres de nuestra familia ya no están con nosotras.

8 de Agosto

Las noticias sobre la lucha en las calles de Varsovia llegan constantemente con personas que se movilizan a través de los sótanos. Hay toda una red subterránea de comunicaciones, han tumbado las paredes de separación entre los sótanos de vecindades contiguas, se han cavado túneles donde no hubo una comunicación directa, y si las calles se hallan solitarias, en los sótanos hay un constante ir y venir en todas direcciones. Casi a diario algún vecino lee en voz alta el boletín emitido por los nuestros y distribuido por muchachas adolescentes, quienes orgullosamente ostentan el brazalete bicolor, identificándose con éste como correos de los combatientes por la libertad y el honor de todos los varsovianos, de todos los polacos.

A la entrada de la calle Kozia a pocos metros del portón de nuestro patio, un grupo de muchachos, chiquillos todavía, quemó un tanque alemán con bombas molotov, impidiendo así que avanzando escondido por nuestra angosta callecita, atacara la retaguardia de los combatientes varsovianos. Sobre el tanque ya inservible, los vecinos han arrojado toda clase de enseres formándose con todo esto una gran barricada. Suponemos que por este lado, no podrán entrar los nazis y el otro extremo de la calle controlan los nuestros; ninguna otra entrada tiene Kozia en toda su extensión; estaremos a salvo. Todo esto lo oigo en las conversaciones de los vecinos, mamá no me deja acercarme al portón que da a la calle.

9 de Agosto

Ya es el noveno día que la capital lucha sola. Ya no se oyen los lejanos disparos que antes del inicio de esta lucha oíamos desde el otro lado del Vístula cada vez más fuertes y más cercanos. Creemos que desde el momento en que Varsovia comenzó a disparar, aquellos se han callado.

Dicen que los aviones británicos tiraron cajones con pertrechos militares y alimentos; dicen que también saltaron algunos paracaidistas, pero cómo hacer que esta ayuda caiga en una calle o en un patio determinado, si en Varsovia se lucha por cada calle, cada patio, cada piso. Una acera puede ser de los alemanes y la acera de enfrente de los defensores de Varsovia.

Es cerca del mediodía, estoy en el sótano del edificio donde vive mi amiga y “alumna” Wandzia, mientras mamá ha quedado en nuestra habitación tratando de preparar algo para nuestro almuerzo. Ella no suele guarecerse en el sótano, ni los bombardeos logran obligarla a ello, confía mucho en el llamado “destino” o tal vez en la voluntad de Dios.

Sin presentirlo nosotros, llega de repente el terrible momento. Un hombre entra corriendo al sótano gritando: “¡Los alemanes!” Tras él ya bajan los soldados nazis con fusiles en las manos vociferando “¡raus!”.

Creo que soy la primera en salir corriendo, sólo quiero llegar al lado de mi madre, sólo con ella estaré segura. Corro sin voltear la cabeza, sin saber a quién gritan “¡halt!” a mis espaldas, ni a quién van dirigidas las balas que oigo silbar muy cerca; yo sólo quiero llegar donde está mamá; tengo diez años.

Dichosa edad en la que creemos que el amor maternal nos puede escudar contra cualquier peligro por grande que éste sea. Qué corta hubiera sido mi vida si una de estas balas fuera dirigida a mí, ¿o lo fue? Sería un niño polaco menos en esta horrenda guerra, ¿qué más da!

En el patio, reunidos todos los vecinos son un grupo aterrado al que los soldados empujan y golpean con los fusiles, como rondan y mordisquean los perros pastores a un asustado rebaño de ovejas para mantenerlo sumiso y ordenado. Aquí los nazis llegaron primero. Utilizaron nuestra propia red de caminos subterráneos. En medio de este “rebaño” cargado de bultos, maletas, temor y angustia, está mi madre. Se adelanta hacia mí, ya faltan sólo unos pasos, me abalanzo sobre ella y por fin creo estar segura.

Ninguno de nosotros tiene conciencia que, en este preciso instante

empieza nuestro trasterro. De ahora en adelante ninguno de nosotros podrá saber qué nos deparará el mañana, qué nos espera dentro de unos minutos. Un grupo humano que hasta hoy tenía un techo, una vecindad, trabajo, era propietario de poco o de mucho, se dispersará por el mundo, rodará por diferentes caminos, para unos será un camino largo y para otros terminará en días, o en horas.

Comienza un acto más de este drama dentro de la gran tragedia de la guerra: los nazis nos separan en dos grupos, hombres a un lado, mujeres y niños a otro. No me doy cuenta exacta del terrible alcance de esta medida. Los gritos de la mujeres, el llanto de los niños y la rabia de impotencia de los hombres es algo lejano y ajeno a mí.

El temor me tiene pegada fuertemente a mi madre, y sólo me importa saber que no me separarán de ella. Un nazi habla a gritos, destrozando el idioma polaco, que los hombres se quedarán detenidos como rehenes para que en el caso de encontrar armas en la vecindad, sean fusilados aquí mismo. Él dice textualmente: “tak czy tak, beda roztrzelani”. La traducción exacta de sus palabras sería: “así o asá, serán fusilados”. El eco de esta frase me perseguirá durante muchos años sin poder entender ni comprender si el nazi hablaba tan mal nuestra lengua, o si realmente quiso decir que encuentren o no encuentren armas, serán fusilados.

.....&.....

Y tendrán que pasar treinta y seis años, antes de que yo pueda pararme delante del reconstruido portón de mi patio con una hija de doce años a mi lado y leer entre lágrimas lo que dice la placa conmemorativa



Casi ya no hay donde guarecerse.



Apenas baja la polvareda, el afán es rescatar a los sepultados de entre los escombros.

del martirio de varias decenas de hombres culpables, ¿de qué Dios mío? Los esposos de nuestras vecinas, los padres de mis amigas, los hijos de la señora Baranska ¡¿Por qué?!

.....&.....

Acto seguido, ordenan que las mujeres y los niños entremos a los sótanos y a través de éstos nos llevan por debajo de edificios y calles hasta una vecindad en la plaza del Teatro. El cuadro que se ofrece a nuestros ojos es dantesco. Nos hallamos en medio de un patio cuadrado, alrededor del cual todos los edificios están en llamas. Por las ventanas salen enormes lenguas de fuego como si quisieran devorarnos a todos; el calor es sofocante, no se puede respirar. Tras unos instantes de vacilación, seguramente nuestra, no de los nazis, la orden de salir por el portón que da a la Plaza nos obliga a seguir caminando. Parecemos un grupo automatizado; el terror paraliza todo pensamiento individual y somos tan solo un obediente rebaño que ejecuta órdenes. Ya estamos en la calle, de pronto, de las ruinas lo que hace tan sólo unos días fue el Ratusz o la Municipalidad de Varsovia, parten tiros dirigidos hacia nuestros captores. Uno cae herido, los otros nos empujan rabiosamente hacia las columnas de lo que fue el Gran Teatro y, formando una barricada humana de todos nosotros, responden el fuego de los combatientes polacos. El corazón nos da un salto en el pecho, los nuestros quieren rescatarnos. Vemos saltar pequeñas figuras humanas entre los vacíos ventanales y restos de paredes de la Municipalidad; sin embargo, cuál sería el precio de nuestro rescate si

nosotros estamos adelante y los nazis atrás. Con dolor comprendemos que esto es imposible, y la Plaza del Teatro es tan grande, abierta; estamos en el otro extremo de ésta. Mi madre y yo susurramos casi al unísono: “allí debe estar nuestro Stas” y silenciosas lágrimas ruedan por las mejillas de mamá, mientras me aprieta más fuerte contra su pecho. Estamos a unos cien metros de Danilowiczowska, la calle donde vive tía Ania, de aquel lado están los nuestros, por qué no fuimos con ella, ¿a dónde nos llevarán los nazis?

Los soldados escogen a dos mujeres jóvenes que cargarán al herido, veo que lo llevan sobre una camilla que apareció como por arte de magia, no tengo la más mínima idea de dónde la sacaron.

Otra vez avanzamos; esta vez por calles desiertas flanqueadas por edificios en ruinas aún humeantes. No sólo las casas están quemadas, también hay carbonizadas personas y yacen en medio de la calle y en las veredas llenas de escombros. Veo en el suelo delante de mí la figura de un hombre anciano; está echado boca arriba, bien estirado cuan largo y totalmente negro, hasta el bigote como el del abuelo. Su mano aún aprieta el bastón que, carbonizado como su dueño descansa en el suelo paralelamente a él. Me paro un momento y miro como hipnotizada al negro caballero quien me ataja el camino. Sin embargo, esta contemplación no puede durar, el rebaño debe avanzar y si no lo hago, caeré y pasará sobre mí. No puedo retroceder, ni siquiera desviarme, a mis espaldas siento la presión de los que vienen atrás, mi madre me mira angustiada y... levanto el pie por encima de alguien que tal vez hace unos días o unas horas era miembro de una familia; el sostén de ella, un padre o abuelo rodeado de cariño. ¿Sabrán los suyos la suerte que ha corrido; lo llorarán, o habrán periclitado con él? Es curioso, pero sigo caminando y no pienso más en el “caballero negro”; es como tener la mente en blanco.

Llegamos a Ogrod Saski., o Jardín Sajón, pero qué distinto está el hermoso parque!

Avanzamos por el mismo centro del parque, me parece que ya estuve

aquí antes y corría por sus caminos, mientras mi madre leía sentada en un banco o simplemente miraba al cielo.

Hoy, nada tiene belleza, ni siquiera el cielo, ¿o no es el mismo parque? Por donde mire, a ambos lados del camino hay zanjas de donde asoman cascos y fusiles. Seguimos caminando con el temor, casi con certeza que en cualquier momento partirá una ráfaga de ambos lados y seremos parte de una ejecución como tantas otras. ¿Qué puede importar un grupo más de indefensas mujeres y niños dentro de esta bárbara e inhumana guerra?

El paso a través del Jardín Sajón parece no tener fin y la pregunta si llegaremos al final de éste, parece ser el único pensamiento de todos nosotros; flota en el ambiente, se mete a la cabeza, en el corazón, casi duele. De rato en rato se oyen tiros solitarios que presumimos parten de las zanjas. Nos toman por un “tiro al blanco”. Alguien cae sin ruido y el grupo avanza silenciosamente como en un entierro, sólo que el muerto queda atrás abandonado. Mi madre recita tercamente la advocación a las Santísimas Llagas de Cristo, y yo lo repito quedamente como un eco. Un disparo más, lo siento tan cerca de mí que intuitivamente miro hacia abajo donde creí oír el silbido y ver la ceniza que caía al lado de mi bolsillo, sí, es ceniza. Un paso más y veo sangre en el camino, con terror pienso: estoy herida, ¿por qué no me duele? Esto dura segundos; aunque me parecen horas, ya va cayendo al suelo la mujer que camina delante de mí con un niño en brazos. Los que caminan a su lado tratan de sostenerla, pero en vano, sólo atinan a recibir al pequeño que llora desesperadamente.

La madre queda atrás en el suelo mientras los “pastores” empujan al aterrorizado rebaño gritando: “¡avancen, avancen, ella será atendida, que nadie se quede!” Sólo queda la señora tendida en el camino ¿Qué pasará con ella, qué destino le espera al niño?.

No me oriento dónde estamos; entramos a un patio donde hay muchas personas sentadas sobre bultos y maletas, parece ser un punto de reunión

de los diferentes grupos de este sector de la ciudad. Cansadas, nos dejamos caer en cualquier parte, las familias que habitan este patio comparten con nosotros un poco de café caliente y algo de comer para los niños. Dicen que por su patio pasan constantemente nuevos grupos; el nuestro tiene la esperanza de reunirse aquí con los hombres que han quedado en la vecindad; así prometieron los nazis, si es que no hallarían armas ni municiones que nos comprometerían a todos. Y el misterioso francotirador en los techos de nuestra vecindad ¿no estaría allí para esto precisamente? Llega la noche, no siento hambre, ni frío, ni incomodidad. El cansancio de la caminata y la tensión de las emociones vividas, pronto me sumergen en un profundo sueño. Al despertar a la mañana siguiente, veo el patio más lleno que en la noche anterior y, sin embargo, nada logró turbar mi sueño en aquella noche iluminada de rojo con el resplandor de la hoguera varsovia.

Hoguera que – como aquella, la romana – fue ordenada por el extravío de un hombre que logró arrastrar en su locura a casi toda una nación y soñó con dominar el mundo entero.

Y ¿qué noche habrá pasado mi madre, qué pensamientos de incertidumbre, de temor y dolor por sus hijos habrán martirizado su mente? No probamos alimento alguno y tampoco nos aseamos, sólo a los muy pequeños veo que alcanzan algo las señoras de esta vecindad, debe ser leche.

10 de Agosto

Recién es el décimo día del comienzo del Levantamiento Armado de los varsovianos y nosotros sólo vimos destrucción por donde pasamos. La única vecindad que encontramos entera es en la que acabamos de pasar la noche y la que en este instante nos obligan a abandonar saliendo otra vez a las calles. La orden pone al borde de la locura a las mujeres de nuestra vecindad que esperaban encontrarse aquí con los varones de sus familias. Hay grupos con familias completas y algunas se escabullen entre ellos para poder seguir esperando. Todavía tienen esperanza.

Una parada más dentro de la ciudad y ya entramos caminando a una carretera. El grupo se va disgregando cada vez más; los más débiles van rezagándose, entre éstos están las mujeres con niños, mi madre y yo también. Ya no abrigamos ninguna esperanza ¿Para qué nos hacen caminar tanto, por qué no nos matan aquí mismo? De trecho en trecho alguien deja caer una maleta o un bulto que inmediatamente es recogido por un hombre o una mujer que entra al grupo corriendo, como si quisiera ganar a otro. Otras veces es para arrancar un reloj de la mano o una cadena del cuello de alguno de nosotros.

Ante mi madre se planta una robusta mujer gritando: “¿tienes reloj? Dámelo” Lo dice en ucraniano. No sé de dónde mi madre saca ánimo para contestar a la mujer “sí, tengo”, y saca pacientemente de su cartera un simple reloj despertador. Dios mío – pienso – ¡se lo estrellará en la cara! Pero no lo hace, lo tira rabiosamente contra el suelo y se va a atajar a otra víctima. Suspiro con alivio y miro el rostro de mi madre, inexpresivo como nunca. Son los ucranianos los que van despojando a las víctimas camino al cadalso; es así como nos sentimos. Mamá me dice: “Krysiu, no cargues más esta maleta. ¿Para qué? Ellos nos llevan a matar”. No me siento abrumada por la maletita que por su contenido es liviana; insisto que puedo seguir cargándola, pero mamá vuelve a decirme que la deje, y lo hago. En seguida es levantada por una de estas “aves de rapiña” que siguen acechándonos, paradas al lado del camino.

Cuánto dolor y cuánta angustia debió sentir mi madre al hablarme así, a su hija de diez años; la única que le quedaba de toda su familia.

Arrastrados por este doloroso camino sin esperanza llegamos a “Pruszkow”, una localidad que parece ser muy cercana a Varsovia. No veo más que un campamento rodeado de alambre de púas y muchos soldados alemanes con fusiles en las manos como si estuvieran listos para disparar y muchas, muchísimas personas que entran o salen de grandes pabellones, formando largas filas, custodiados por los soldados armados. En uno de estos pabellones apoyadas sobre una extraña máquina pasamos la noche acurrucadas muy juntas mamá y yo. Acomodadas en la misma forma hay



Los que no pueden combatir, ayudan a construir defensas.

mucha gente, hombres, mujeres y niños, aquí reina la angustia, el hambre, la suciedad, pero aún hay esperanza. Si dicen que el único lugar donde no hay esperanza es el infierno, entonces esto no es el infierno; aún, pero sí su antesala.

11 de Agosto

Constantemente siguen llegando nuevos grupos y cada cual se acomoda donde puede y como puede. Dicen que algunos logran comprar su libertad con dinero y joyas que entregan a los soldados que nos custodian, y éstos los sacan fuera de los linderos de este campo.

Mamá tiene consigo todo el dinero que ahorró durante años de trabajo para la “hora negra” como se dice popularmente. Hoy, en este lugar, parece ser la verdadera “hora negra” de nuestras vidas. Este fruto de muchos sacrificios, tal vez podría sacarnos de aquí; sólo tal vez, mamá no confía en estos hombres que han demostrado tanta crueldad; con el uniforme todos son iguales. Además no ayudan por el sentimiento de compasión,

lo hacen por el dinero. ¿Quién puede garantizar entonces que al recibir la paga, no nos lleven tras la cerca y luego nos maten por la espalda como a dos fugitivas?. Ella habla y razona consigo misma, pero yo puedo oír todos estos “pensamientos” de mamá, además dice que si nos han traído hasta aquí, no será para matarnos a todos en este lugar; deben tener otros planes para tanta gente.

Hemos visto salir a la señora que hace poco tiempo se mudó a nuestra vecindad y cuyas hijas cargaron al soldado nazi herido en la Plaza del Teatro. Iban acompañadas de un oficial nazi. Durante los días del Levantamiento que pasamos en nuestro patio, oí sospechas que ellas eran espías nazis, pero luego pasaron por lo mismo que todos nosotros y olvidamos aquellas sospechas; mas hoy, al verlas salir tranquilamente de este horrendo lugar, vuelve el murmullo de la acusación.

Hasta ahora, ningún hombre de nuestra vecindad fue visto por sus familiares, pero en el pabellón donde estamos hay grupos con familias completas; otros de hombres solos y otros de mujeres con niños solamente, como nosotros.

Nos ordenan salir del pabellón y avanzamos formando una larga cola. De lejos se oyen gritos de mujeres, llanto de los niños e imprecaciones de los soldados. Permanecemos cogidas fuertemente de las manos presintiendo peligro. Ya nos acercamos al lugar de donde parten los gritos, y vemos cómo varios soldados separan nuestra fila en dos, a la izquierda los hombres y, a la derecha, las mujeres y los niños.

¡Otra vez la separación de las familias! Atrás de nosotras avanza una familia con dos pequeños, la madre carga al niño y le entrega a la niña al hombre diciendo: “llévala tú; tal vez con la niña en brazos te dejen pasar con las mujeres”.

Un paso más y ya estamos frente a los temidos y odiados uniformes, que con gesto despectivo nos empujan a la derecha. Nada importa si estamos juntas. Pero detrás de nosotras empieza un drama como cientos o miles

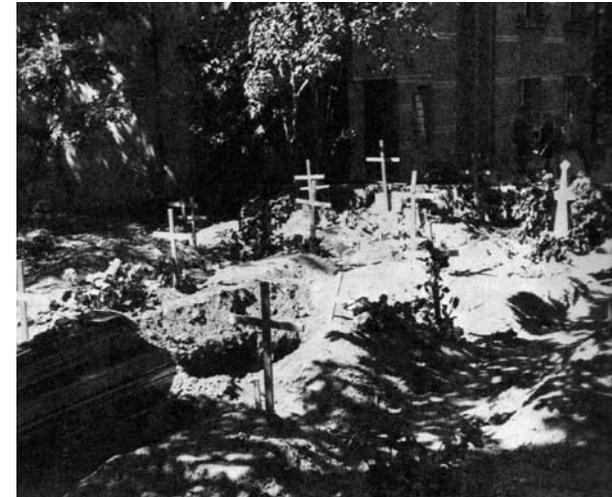
que deben haber sucedido en este campo de horror y sufrimiento. Volteo la cabeza mientras camino prendida de mi madre y veo: el nazi trata de arrancar a la pequeña de los brazos del padre; la niña grita, la madre suplica, el nazi vocifera. Todo dura segundos; jalones, golpes, sangre. Tira a la pequeña golpeada en los brazos de la madre, mientras con el fusil empuja la espalda del padre hacia la fila de hombres solos. Mi madre me obliga a voltear la cabeza y seguir caminando. Oigo gritos desesperados de la madre, se me figuran bramidos de una leona por su cachorro herido y el compañero separado. ¿Qué animales serán los que causan tanto dolor? Estos gritos sin duda subirán al Cielo y harán temblar el trono del Todopoderoso, pues tiemblan de dolor los corazones de sus hijos aquí en la Tierra. ¡Hombres o bestias, la justicia de Dios ha de alcanzarlos!.

La fila de mujeres y niños avanza hacia otro pabellón y pasamos el resto del día viendo cómo las mujeres reparten solidariamente entre los niños los mendrugos que quedaban aún en sus bultitos.

No veo que coman las madres, las oigo consolar y hasta cantar a sus pequeños; luego el sueño me vence como a todos los demás niños y no puedo decir cómo pasa la noche para las desesperadas e impotentes madres como la mía.

.....&.....

Hoy puedo imaginármelo, porque soy madre, pero tendría que haber entrado en la mente y el corazón de cada una de ellas para poder describir



Las cruces se multiplican en los parques y jardines interiores de las vecindades.

su sufrimiento. No supe hacerlo en aquellos terribles días, y ahora ya es tarde.

12 de Agosto

Cerca del medio día nos ordenan salir para recibir algún alimento. Cada uno debe tener su propio plato, olla, taza o lata; si no lo tiene no comerá. Otra vez veo la solidaridad de las mujeres, algunas comen rápidamente para ceder su recipiente a otra, pero no es fácil; hay madres que reciben la sopa caliente entre sus manos para que coman sus hijos.

Qué cierta resultaría en este lúgubre lugar, la bella composición: "Hay una mujer que tiene algo de la grandeza de Dios..."

Reparadas las fuerzas y aplacado el frío con el alimento caliente, cuyo sabor ni siquiera recuerdo, rápidamente me domina el sueño y no puedo ver nada a mi alrededor, pues reina la oscuridad y el silencio se apodera del ambiente. Los niños fatigados y las madres cansadas de tanto llanto y angustia, estamos dormidos ¿todos? No sé. ¿Qué nos deparará mañana?

Amaneció ¿Habremos comido, nos aseamos? Creo que nada de esto es posible aquí, pero no es ésta nuestra preocupación. Nos ordenan salir y otra vez avanzamos en fila cargando nuestros bultos. Las madres con los más pequeños en brazos arrastran a los mayorcitos aún soñolientos y llorosos o, tal vez hambrientos. ¿A dónde nos llevan ahora? A los vagones para transporte de ganado.

.....&.....

Muchos años después veré películas sobre acontecimientos parecidos, buscaré a mí misma entre la masa humana, empujada, cargada de bultos, con niños llorando, soldados vociferando, y me sorprenderé de no encontrar ni una cara conocida. Claro, esto será sólo lo más cercano a la realidad, pero no será la realidad que hemos vivido nosotras. No serán

aquellos rostros de angustia, temor y desesperación; no serán aquellos niños aterrorizados, sólo será como gente apurada por tomar rápidamente los mismos vagones. Será una película.

.....&.....

En el interior del vagón otra vez hay hombres, mujeres y niños, pero estos hombres no son los esposos de estas mujeres, ni padres de estos niños. ¿Por qué nos fueron separando, destrozando familias, originando tragedias, si al final iban a juntar otros hombres con otras mujeres? No puedo comprenderlo ni explicarlo en estos momentos. Se cierran las puertas y oímos que son aseguradas por fuera; dentro, reina la oscuridad, se percibe un fuerte olor a cloro que no sólo molesta el olfato, también hace llorar los ojos.

Por largo rato siguen sonando los cerrojos y voces de órdenes que no entendemos, luego el tren empieza a moverse lentamente. Igualmente lentas transcurren las horas, el débil haz de luz que entra a través de dos pequeñas ventanitas enrejadas y, ubicadas muy alto, va apagándose poco a poco.

Todos nos arrimamos hacia un extremo del vagón mientras el otro extremo es usado de letrina. En esta oscuridad, en este hedor, con el cansancio por lecho y el hambre por almohada, pasamos la larga noche.

13 de Agosto

Avanzada ya la mañana, el tren para en plena campiña y los soldados proceden a abrir las puertas. ¿Nos sacarán y nos matarán aquí para enterrarnos lejos de los poblados? Estos son los angustiosos comentarios que escucho, pero ya el tren emprende de nuevo su lenta marcha con las puertas abiertas. Esto facilita la fuga de algunos que arriesgando la vida tratan de ganar la libertad saltando del tren en marcha. Lo intentan cuando éste aminora la velocidad en las curvas y, la mayoría de los que lo hacen son hombres jóvenes, pero no faltan las mujeres arriesgadas

que saltan, caen y luego ruedan por el suelo. Los nazis disparan detrás de cada fugitivo, pero el tren sigue su marcha y estamos convencidas que la mayoría de ellos logra su propósito.

Nadie sabe la ruta que sigue este tren, ni quiénes son los que parados a lo largo de la vía férrea, de trecho en trecho y en pequeños grupos son nuestra única ayuda y consuelo. Hay hombres, mujeres y niños que tratando de hacer blanco en las abiertas puertas de los vagones, arrojan pan, fruta, hasta pequeñas botellitas con leche. En estos momentos presenciamos algo muy triste que evidencia, que el hambre es capaz de hacer olvidar a algunos seres humanos su condición como tales. Todos pugnamos por acercarnos a la puerta y atrapar algo para saciar el hambre. Las madres luchan desesperadamente por conseguir un pan para sus hijos. Una de ellas con un niño pequeño en los brazos logra coger una de esas botellitas con leche, pero – ¡Dios mío! – es un hombre que le arrebató la leche y todavía la insulta de la peor manera. ¿Dónde estará el esposo de ésta señora, en qué brutal forma los habrán separado los nazis para exponerla ahora a la humillación y al vejamen de estos hombres? La mayoría de nosotros está escandalizada; los pocos de nuestra vecindad que quedamos juntos después de tantas divisiones y mezclas que hicieron con nosotros los nazis, no conocemos a los dos hombrones que se toman la leche del niño. Cuán repugnante nos parece este hecho, cuando en estos días de verdadera prueba de Dios, hemos presenciado tanta nobleza y sacrificio en otros. Estos parecen padre e hijo, o tal vez dos hermanos.

Nuestros compañeros del infortunio razonan que ya hemos cruzado la frontera de Alemania anterior a esta guerra, pero en esta tierra que antes fue nuestra, aún habitan los descendientes de aquellos polacos que, una y otra vez, se levantaron en armas para exigir su retorno al seno de la Patria.

Lo primero inspiró la confianza de los nazis para abrir las puertas, pero lo segundo, más fuerte, más profundo, hizo que de los pueblos salga la gente a brindarnos ayuda. Con seguridad ya han pasado por aquí otros trenes similares y pasarán muchos más. A medida que el tren avanza escasea la

ayuda exterior, y llega el momento en que todo nos parece hostil, hasta el mudo paisaje.



Esta pequeña reza ante la tumba de algún ser querido ¿Quién?

Capítulo X



Castillo Real de Varsovia 1945

1ro DE AGOSTO DE 1994- LIMA, PERÚ **Quincuagésimo Aniversario del LEVANTAMIENTO DE VARSOVIA**

La fecha que tan hondamente marcó mi memoria me exigía hacer algo especial para recordarla, honrarla y hacerla conocer a nuestros compatriotas y sus descendientes en Lima.

Es así cómo la Asociación de Familias Peruano-Polacas “DOM POLSKI”, en cuya directiva participé desde su fundación, nos abocamos a organizar una velada con la participación de las personas sobrevivientes que éramos tres. Cada uno lo vivimos a diferente edad en distintos barrios, con distintas participaciones; lo que hizo que cada relato fuese diferente a otro. Con un pequeño coro interpretamos canciones que nacieron en las barricadas de la ciudad en lucha; armamos una amplia exposición de



Réplica de una pared varsovia, de agosto 1944

los diferentes barrios, calles, castillos, monumentos, iglesias, etc., todas en ruinas. Para ello tuve la inapreciable ayuda en el libro de Sylwester Braun "Kris", un reportaje completo de los 63 días que vivió heroicamente Varsovia. Contiene 574 impresionantes vistas de las 3000 que tomó "Kris" desde los techos, en las calles, en las barricadas, en las ruinas de una ciudad que luchaba, se defendía y moría por su derecho a ser libre.

En el reverso de los paneles en blanco y negro exhibimos los mismo sitios a todo color reconstruidos con el esfuerzo, la cooperación y los corazones de todos los polacos; no digo de todos los varsovianos. De toda Polonia venían cuadrillas que vivían en barracas, comían de la olla común y no percibían salario; ellos levantaron su capital bajo el lema: "Caly Naród buduje swoja Stolice", o sea "Toda la Nación construye su Capital".

También, el mural que adornaba el fondo del salón de nuestra embajada lo reproducimos del mismo libro, con la réplica del "Llamado a las Armas" del comandante en jefe de AK ARMIA KRAJOWA o sea "El Ejército Nacional", de pseudónimo "BOR"; asimismo la emblemática letra P y W unidas (imposible de reproducir) que veíamos pintadas en muchas paredes de nuestra capital durante cinco años como un desafío al ocupante y que significa: P, de Polska y W de Walczy, o sea: Polonia Lucha.

Inclusive "Warszawska Fundacja Kultury" o sea "Fundación Cultural Varsoviana" respondió muy a tiempo a nuestro pedido de notas musicales y textos completos de las canciones que cantamos durante aquella velada, como: "Serce w plecaku", (Corazón en la mochila) "Marsz Mokotowa", (La marcha de Mokotów) "Polonez Warszawski", (La Poloneza Varsoviana) "Piosenka o Mojej Warszawie" (Canción sobre mi Varsovia)... Durante los ensayos, como en la velada, nos acompañó al piano la incansable fundadora y presidenta del Círculo Musical Federico Chopin, la señora Hilda de Lawinski.

Ya debo mencionar a los sobrevivientes narrando sus propias experiencias. La señora Halina Neuzbaum, quien vivió todo el Levantamiento al lado de los combatientes Varsovianos, me alcanzó sus recuerdos escritos en el

idioma polaco, pidiendo que los traduzca al español (ya que la mayoría de los socios son descendientes de polacos y no dominan nuestra lengua materna) y con letra grande para que pueda leerlo fácilmente. Así lo hice, mas, llegado el momento de su intervención la señora Halina no pudo vencer los dolorosos recuerdos que la embargaban, pidiéndome que lo haga en su nombre. Es por eso que hoy puedo reproducirlos aquí con toda exactitud, porque tuve la precaución de guardarlos:

Cómo Recuerdo el LEVANTAMIENTO DE VARSOVIA

Por la Señora Halina Wozniak

Nací en Varsovia y siempre he amado a mi ciudad. Jamás imaginé que me esperaban tan terribles momentos y tanto sufrimiento. Fue un infierno. En Setiembre de 1939 aparecieron los primeros aviones alemanes sobre Varsovia. Empezaba la cruel guerra.

El 1°.de Agosto de 1944 Varsovia se levantó en armas para recobrar la libertad. El día anterior al levantamiento fuimos informados que cada casa sería un bastión y cada ciudadano sería soldado.

Mi madre y yo vivíamos en la calle Zurawia, en el 4° . piso, donde alquilábamos un cuarto. Las dos recibimos indicaciones sobre nuestra participación. A mi madre le tocó ubicarse en el techo y con otros vecinos ir apagando el fuego con arena acumulada allí, en caso de caer una bomba incendiaria. Yo debía controlar a los que transitaban por los sótanos, y en caso que detectara a alguien sospechoso, entregarlo al soldado del AK o AL, o sea del Ejército Nacional o al Ejército Popular que eran las Fuerzas Organizadoras del levantamiento. Los sótanos eran nuestras calles; por allí se comunicaban los edificios entre sí y podíamos circular con relativa seguridad.



Con la Señora Halina

En aquellos días me salvé dos veces de la muerte. Un día mientras atravesaba el patio, cayó una bomba muy cerca a mí pero no explotó no era mi hora. Nuestra vecindad tenía dos patios. En uno de ellos había un jardín y allí un pequeño altar. Los vecinos se reunían para rezar y también para leer el periódico que editaba la organización clandestina; así podíamos enterarnos de lo que sucedía en el mundo del que estuvimos totalmente separados. Sufríamos hambre, sed y nuestra esperanza era el frente ruso que ya estaba al otro lado del Vístula. Con el correr de los días comprendimos que esta esperanza era vana. No querían ayudarnos.

La segunda vez que estuve muy cerca de la muerte fue cuando me acerqué a un grupo de personas que escuchaban reunidos en el patio, la lectura de aquel periódico. Eran aproximadamente 40 a 50 personas. Intempestivamente hizo su aparición un avión alemán y soltó una de esas bombas especialmente preparadas para destrozarnos seres humanos. Un terrible ruido y oscuridad como a medianoche lo envolvió todo. Cuando volví a la realidad comprendí que vivía. Pero me rodeaba un cuadro de horror: piernas, brazos, trozos de cuero cabelludo, vísceras y cerebros desperdigados y pegados a los muros. Solo estábamos vivos un hombre y yo. Un milagro.

Cuando llegué al sótano, donde estaba mi madre, no me reconocían: estaba negra y mi ropa hecha pedazos, pero no estaba ni siquiera herida. A los heridos los remitían a los hospitales montados por el ejército y allí recibían no solo atención médica, también algo de comer y beber. No me tocaba aprovechar esta ocasión.

Transcurrido un mes del inicio de la lucha, los alemanes lanzaron el ultimátum. Nos daban dos horas de tranquilidad, sin bombardear, para que salgamos a las calles con un trapo blanco en las manos. Sabíamos muy bien que iríamos a los campos de concentración. Decidimos quedarnos al lado de los defensores de Varsovia y con ellos vivimos días y horas indescriptibles.

A los dos meses de iniciado el Levantamiento, sin agua, alimentos ni municiones para seguir luchando, Varsovia capituló; esta vez salimos con los trapos blancos a la calle y fuimos llevados caminando a Pruszków, de donde nos embarcaron en vagones para animales y trasladaron a diferentes campos.

En el Levantamiento de Varsovia perecieron aproximadamente 250 mil polacos.

Siguió el señor Kazmierski quien narró su participación como combatiente; esgrimió nombres, cifras, lució su brazalete rojo y blanco que presumimos original de aquellos días y, seguramente, un verdadero tesoro entre sus recuerdos.

Buscando material para este capítulo encontré más canciones y poesías, y una me impresionó muy fuerte, hasta las lágrimas. Es del joven poeta Krzysztof Kamil Baczyński quien cayó defendiendo Varsovia con escasos veintidós años. Aquí parece describir su propia vida y su propia muerte, tal vez, viendo caer a un compañero tras años de vivir, estudiar, alistarse para la lucha a escondidas, subterráneamente, atravesando las cloacas varsovianas. Queda la pregunta: ¿Quién lo llama "hijito", una madre terrena o, la Madre Patria?



Con el presidente de "Dom Polski" Sr. Tadeusz Kedzierski.

La traducción:

Te separaron hijito de tus sueños, cual mariposas temblorosas
Bordaron tus ojitos tristes, con colores de sangre negruzca,
Te pintaron panoramas con pinceladas de los incendios
Y con un mar de árboles de los ahorcados.

Te enseñaron hijito, de memoria esta tierra
Cuando marcaste sus caminitos con lágrimas de hierro
Te criaron en la oscuridad, con pan de terror te alimentaron
Atravesaste a ciegas los caminos humanamente más vergonzosos.

Saliste luminoso hijito, en la noche ,con un arma negra
Sentiste cómo en minutos, se eriza el sonido del mal,
Antes de caer, con tu mano persignaste esta Tierra,
¿Fue una bala, hijito? ¿O estalló tu corazón ?



La autora, agasajada durante el homenaje al Levantamiento de Varsovia en la Biblioteca Nacional de Lima.

Capítulo XI

Prisioneras en alemania trabajos forzados

El monstruo de hierro con su doliente carga humana se detiene en algún lugar del sur de Alemania. A la orden de los custodios, hombres y mujeres salen de sus entrañas y avanzan en columnas, arrastrando a niños llorosos y pequeños bultos con las magras pertenencias que lograron salvar, cargándolas a través de la vía dolorosa que les tocó recorrer, después de ser arrancados de sus hogares, de la ciudad en que nacieron y vivieron por años y, finalmente, llevados lejos de su Patria en vagones para transporte del ganado. ¿Qué les tienen reservado ahora?

.....&.....

No pude observar aquel lugar; estaba demasiado cansada y aturdida. Sólo sé que entramos a un ambiente grande, largo, con camas una sobre otra y muy apiñadas. El lugar no estaba vacío, había muchas personas acostadas sobre camas, otras sentadas. Nos dejamos caer en la primera cama vacía que encontramos y pasamos la noche sobre duras tablas, envueltas en nuestras ropas.

Al despertar en la mañana siguiente comencé a mirar a mi alrededor asombrada. ¡Cuánta gente desconocida, cuántas camas, todas de dos pisos! Nunca antes vi camas así, un murmullo constante se oía en el ambiente, como si los que estuvimos allí, tuviéramos miedo de hablar en voz alta. Sólo una que otra voz más elevada se dejaba oír de rato en rato.

Una de estas voces hizo en mi madre un efecto especial. La vi abrir los ojos, escuchar atentamente un rato, y luego correr en dirección de donde salía la voz, y al parecer, olvidando dónde estábamos, gritar: ¡Conozco esta voz, Ewa, Ewa! La dueña de la voz giró en dirección a mamá y avanzó extendiendo los brazos, mientras gritaba: “¡Mila, Mila, ¿Tú aquí?”

A los pocos minutos me enteré que la señora Ewa era su compañera de trabajo y que vivía en el otro extremo de Varsovia. Se encontraron aquí, en este lugar tan distante, entre tanta gente desconocida. Yo no conocía a la señora Ewa, pero me bastó ver a mamá tan contenta y reconfortada por haberla hallado, que sentí por fin que teníamos a algún familiar cerca, que no estábamos solas. Mamá me presentó a su amiga y la señora me presentó a su hija Alicia. Al verla me pareció Shirley Temple en persona. Ella era muy bonita y ya era una señorita, su cabello era rubio y enroscado en pequeños bucles iguales a los de Shirley, cuyo retrato yo tenía en la sortija que recibí en mi cumpleaños. En aquel momento, yo no sabía dónde estaba aquella sortija; sólo la recordé al mirar a Alicia; eran tan parecidas.

De nuestras vecinas, con las que hicimos gran parte de aquella vía de dolor y humillación, sólo la Sra. Baranska seguía con nosotros. Ella se cuidó mucho de no separarse del lado de mamá. Después de pasar por varias divisiones y mezclas, casi todos nuestros compañeros de esta desventura nos eran extraños; ni siquiera sabíamos dónde estábamos. Es curioso, no recuerdo nada de nuestra alimentación en aquel lugar, ni cuánto tiempo permanecimos allí, sólo recuerdo dos cosas: un baño colectivo y las ficticias familias que formamos.

Los soldados hicieron salir de la barraca a todos los hombres. Pensé que se avecinaba otra separación, y con ello otras tragedias. Al poco rato ordenaron la salida de las mujeres. No sé si nos dijeron que íbamos a bañarnos. Para mí todo fue una sorpresa; además estaba con mamá y la veía muy reconfortada con la presencia de su extrovertida amiga que no paraba

de hablar, con mucha vitalidad y contagiante optimismo a pesar de la triste realidad que estábamos viviendo. Nos hallabamos en un campamento de barracas, limpio, ordenado, lucía como nuevo, tal vez lo era, tal vez fue armado precisamente para nosotros y para todos los varsovianos que ya tenían planeado traer aquí.

Entramos a una barraca más grande que las otras. Una vez dentro de ésta, nos ordenaron quitarnos la ropa, dejarla allí y entrar en otro ambiente. El piso de este cuarto era de listones de madera con separaciones, que me hacían perder el equilibrio a cada rato; en el techo había tuberías paralelas de las cuales apenas cerrada la puerta de entrada, comenzaron a salir fuertes chorros de agua caliente. El ambiente se llenó de vapor, a tal punto que no podíamos distinguir sino a las personas que teníamos al lado, lo que en cierta forma cubría nuestra desnudez; aunque no creo que a estas mujeres en las circunstancias en que nos hallábamos, les importara verse desnudas. A pesar que los chorros de agua me bañaban la cara y me impedían mantener los ojos abiertos, llamó mi atención una señora “con cola” Se lo dije a mamá y ella me contestó que la señora tenía hemorroides, no cola. No entendí nada, pero no seguí preguntando. Mi preocupación se concentraba en una pregunta que no me atrevía a formular a nadie, porque lógicamente ni mi mamá tendría la respuesta, y era: ¿Qué nos pondremos al salir de allí, si nos quitaron toda la ropa que teníamos?

La ducha caliente duró bastante, al salir recibimos nuestra ropa también caliente. Mamá dijo que la habían desinfectado y añadió para sí misma; nos tratan como a perros sarnosos. La espera por la ropa que era sacada de grandes hornos por hombres provistos de largos palos, fue la toalla de baño, pues el agua se evaporó rápidamente por el calor de nuestros cuerpos y del ambiente caldeado por los hornos.

Me hago la pregunta: ¿Y si de las tuberías del techo, en lugar del agua hubiera salido el gas letal, como lo vi en la película “Holocausto”? Entonces, hoy no podría narrar los hechos cuyo recuerdo enloda toda una

generación, que siguió obedientemente y muchas veces con ensañamiento y placer, los planes de un demente. Porque sólo un demente, un demonio, podría inventar tanta barbarie, aniquilamiento y destrucción, tan cuidadosamente programados; pero también es obvio que no pudo hacerlo solo, necesitaba y tenía secuaces.

Felizmente para nosotros, las tuberías nos echaron agua y los hornos nos devolvieron nuestra ropa, no devoraron nuestros cuerpos como en Oswiecim o Auschwitz Dachau, y otros.

No sabría calcular cuánto tiempo pasó entre aquel baño y mi siguiente recuerdo; puede ser que sólo pasaron horas, o tal vez días. Llegaron nuestros “empleadores”.

Vi a dos hombres vestidos de civil, de aspecto agradable y con el aire de quien viene a darnos un premio, no un castigo. Puede ser que ellos lo pensaban así, que estaban dando trabajo a los “pobres polacos que en su tierra se morían de hambre”. ¡Qué ironía!

Todavía en Varsovia cuando Stas escapó de los trabajos forzados en Alemania, contó que allí pensaban que los polacos venían voluntariamente a Alemania en busca de trabajo. También oí el relato de Lena sobre la odisea que vivió una amiga suya, hija de un médico de Varsovia. La joven fue atrapada en la calle durante una “lapanka” – la palabra deriva de “lapac”, lo que significa agarrar o atrapar – los varsovianos eran atrapados en sus calles como canes por la perrera e igualmente unos eran exterminados como los canes en las ejecuciones y otros enviados a trabajos forzados en Alemania.

La amiga de Lena cayó en la redada nazi, y terminó trabajando de sirvienta en casa de un médico alemán. Se puede decir que tuvo suerte, porque otros terminaban en la finca de un “bauer” o campesino que les obligaba a distribuir el guano con las manos, porque así – según él – quedaba más uniforme y daba mejores resultados. La joven no sabía hablar alemán, pero con el paso de los meses pudo explicar a sus empleadores que ella no vino voluntariamente, que ella tenía en Varsovia una familia, padres que la

amaban y que ella estudiaba, que no le faltaba comida, y contó cómo fue atrapada y traída hacia ellos. El médico alemán no estuvo de acuerdo con el procedimiento empleado por sus compatriotas, se sorprendió e indignó mucho y como no tenía otra posibilidad de liberar a la joven, le extendió un certificado en el cual figuraba que ella estaba tísica e incapacitada para trabajar. Por este motivo las autoridades alemanas la devolvieron a Varsovia. Esta vez tuvo suerte, pudieron tomar otra decisión como simplemente eliminar a la “inservible empleada polaca”.

.....&.....

Los dos caballeros, quienes vinieron a ofrecernos trabajo, hablaron con el traductor y éste nos explicó que debemos colocarnos en columnas por familia. El jefe de la familia en primera fila y el resto de los miembros detrás de él. Parecía un chiste. Después de todo lo que hemos pasado, separaciones, divisiones, nuevas mezclas, ¿ahora nos indicaban que formáramos familias? Sin embargo, a nadie se le ocurrió reír del chiste.

Comenzaron a formarse “familias” por mutuas simpatías simplemente. La señora Ewa ya había trabado conversación con un hombre y su joven hijo, ambos lucían como buenos trabajadores. Nos colocamos detrás de los dos hombres, la señora Ewa. Alicia, yo, mamá y la señora Baranska – en este orden.

Los dos caballeros alemanes hasta nos parecían amables después de tanta brutalidad sufrida; queríamos ser escogidos por ellos. La única persona inútil de nuestro grupo era yo, una niña, pero si bien la señora Baranska me parecía una viejita, pienso que no tenía más de cincuenta años.

Los dos hombres miraban, daban vuelta alrededor de cada grupo y después señalaban al grupo escogido diciendo: éste, éste, como quien escoge caballos, sólo les faltaba mirarnos los dientes. Fuimos escogidos.

Nos embarcaron en un camión que inmediatamente se puso en marcha. El viaje me pareció maravilloso. El camino atravesaba campos sembrados de

panllevar, árboles frutales, prados floridos; por fin veía un mundo abierto, verdor, cielo azul, sol. En un momento, el camión paró y nos permitieron bajar y recoger manzanas y ciruelas que había en el suelo, entre los árboles de un inmenso huerto abierto al lado del camino. Comimos a saciedad y volvimos a embarcarnos. Pronto llegamos a pueblo Bissingen y, entramos a una fábrica. Aquí íbamos a vivir y trabajar durante nueve meses, hasta ser liberados por el avance de los aliados, en nuestro caso, franceses.

Creo que no supe el nombre de la calle mientras estuvimos allí, no obstante caminar diariamente por ella. No vi ni oí cómo se llamaba; tampoco el nombre de la fábrica que estaba escrito sobre el edificio principal me fue conocido. Tal vez, durante el tiempo que permanecimos en ella, quitaron el nombre del dueño y fue una propiedad del Reich. No lo sé. Muchos años después visité el lugar por una increíble jugada del destino y solo entonces me enteré que la calle era Bahnhofstrasse, y la fábrica llevaba el nombre “Grotz”.

Sobre el último edificio de la fábrica pegado al cerro, vivíamos todos los polacos y el acceso a esta vivienda estaba a la mitad de aquel cerro donde subíamos por una escalera de piedras. Teníamos una sola entrada a un ambiente, tan grande como el edificio que era largo y angosto, pero había una cortina por puerta que formaba un ambiente mucho más chico y era la habitación de los varones. En el grande estábamos las mujeres y los niños. A lo largo de la habitación, en la pared sin ventanas, había camas de madera de dos pisos y, la otra pared tenía un calentador debajo de cada ventana. Eran muy parecidos a los que he visto en Europa últimamente, trabajaban a vapor caliente desde una central. Sobre ellos calentábamos el agua para lavarnos en el crudo invierno y también secábamos nuestra ropa lavada, pues teníamos muy poca para cambiarnos.

Debajo de nosotros las máquinas trabajaban día y noche. El horario de trabajo era de ocho a ocho, una semana de día y otra de noche. Todas las personas mayores trabajaban aquellas agotadoras jornadas, también

la hija de la señora Ewa, pero no a todos cansaban por igual. Algunos después de una jornada nocturna reparaban las fuerzas con pocas horas de sueño, y luego tenían libre el resto del día. No así mamá; ella caía en un profundo sueño el día entero; ni siquiera acudía a almorzar con todos nosotros. Al principio yo le rogaba, hasta lloraba, pero ella logró convencerme que el sueño le era más necesario que la comida. Cuando la jornada de trabajo era diurna, lo mismo sucedía de noche. Su categórica negativa a levantarse para ir al refugio antiaéreo durante la alarma de los bombardeos aliados me llenaba de desesperación. Además era obligatorio acudir al refugio, y el oficial nazi encargado de cuidarnos empujaba y golpeaba a los rezagados.

Yo tenía mucho miedo a los bombardeos. Durante el levantamiento de Varsovia y antes aun, durante los bombardeos aliados, desarrollé un verdadero terror, pero más miedo me causaba el pensamiento que el nazi golpearía a mi madre si la encontraba en la habitación.

También en eso mi madre logró convencerme diciendo: “Vé tú hijita con los demás, así a mí sola, envuelta como un bulto en el fondo de la cama – o sea la última de tres tarimas-camarote – no me descubrirá. En cambio si te quedas conmigo, nos detectará y nos pegará a las dos”. Debo decir que las camas camarote estaban colocadas una junto a la otra; de a tres en fondo, sin dejar paso. También tenían cabeceras junto a los pies del siguiente trío de camas, y así hasta el fondo de la habitación.

El refugio era una cueva en la roca y estaba a unos cien metros de la fábrica, pero había que salir a la calle por la puerta principal de la fábrica y avanzar en dirección a las barracas, donde detrás de la alambrada de púas estaban los prisioneros franceses, belgas y holandeses, según oí decir a los mayores. Ellos no trabajaban en la fábrica, nosotros no teníamos ningún contacto con ellos; creo que ni siquiera frecuentaban el refugio, en cambio la población civil alemana se guarecía en el mismo lugar que nosotros.

El nazi que nos custodiaba era un hombre joven, vestía uniforme negro y arrastraba una pierna. Pienso que este defecto posiblemente a raíz de una herida de bala, le hacía descargar su furia contra nosotros, los prisioneros, a la menor ocasión que se le presentara.

Una noche, mientras el nazi nos llevaba al refugio le oí gritar furioso que no nos alegráramos tanto por los bombardeos aliados, porque Alemania tenía un arma decisiva que le haría ganar la guerra. Claro que nosotros nos alegrábamos con cada bombardeo aliado y lo expresábamos abiertamente, sin pensar siquiera que uno de estos bombardeos podía borrarlos del mapa también a nosotros, dentro del objetivo que venían a destruir, estábamos en Alemania.

.....&.....

No sé si estoy en lo cierto, pero hace algunos años, cuando recordaba las palabras de aquel nazi, pensé que él debió hablar de las V-1 y V-2 y que de tener más tiempo los alemanes hubieran llegado a fabricar la bomba atómica. Pero esto no es parte de mi historia; es parte de la historia mundial.

.....&.....

Generalmente, los aviones aliados pasaban de largo, seguramente iban a bombardear fábricas más grandes que ésta, ubicada en un pequeño pueblo y que no parecía tener importancia. Así pensábamos nosotros, pero no resultó cierta nuestra hipótesis, también a esta fabriquita los aliados la tenían en su lista.

Sucedió un día...

Es medio día, el cielo azul no tiene nubes, el sol brilla con intensidad, un día bellísimo. Mientras nos dirigimos a la casa-comedor suena la alarma antiaérea. No le hacemos caso y el grupo de la jornada diurna tampoco, pues siguen en la fábrica y mamá entre ellos. Al sentir el rugido de los motores sobre nuestras cabezas, nos paramos en medio de la pista mirando

la bandada de palomas blancas que seguramente pasarán de largo como siempre; además son tan lindas, brillantes y son “nuestras amigas”. De pronto, una pequeña palomita empieza a bajar malogrando la perfecta formación de sus compañeras. La seguimos mirando como hipnotizados, observando a dónde irá. Ella sigue bajando más, y de pronto suelta dos pequeñas hijitas que comienzan a bajar por su cuenta, mientras la paloma madre sube a ocupar nuevamente su lugar en la formación de la bandada, que sigue avanzando lentamente, majestuosamente, sin que nada ni nadie se interponga en su camino.

Absortos en nuestra observación de las “hijitas de la paloma”, estamos parados esperando a que las pequeñas se posen en tierra sin atinar a ponernos a salvo. Además de qué serviría correr; sólo es cuestión de segundos para ver si dan en el blanco que por supuesto somos nosotros junto con la fábrica.

Seguimos parados sobre la calle Bahnhofstrasse, que según mi apreciación es la calle principal de Bissingen. A un lado está la fábrica, el refugio, las barracas de los franceses y la casa-comedor; luego siguen las casas de los habitantes del pueblo. Al otro lado hay un prado que se extiende hasta el río, que si bien en invierno se angosta y sus orillas se congelan, en la primavera aumenta su caudal y este año inundó todo el prado. Más tarde sus aguas se retiraron y otra vez se cubrió de verdor y de flores silvestres, que con solo miraras producen un sentimiento de relax y de paz. Paz, que pronto perturbarán las “inocentes hijitas de la paloma”. En este apacible prado aterrizan las dos “hijitas” y en el mismo instante una descomunal fuerza nos tira a todos sobre la pista y nos cubre de barro. Las palomitas eran tan sólo por unos metros y, este error nos salva a todos. Caen en el prado remojado por la inundación, dejando dos enormes hoyos y disparando barro y piedras en todas direcciones. En la fábrica revientan los vidrios de las ventanas y, los patios, escaleras y la carretera están sembradas de piedras de todos los tamaños, trozos de maderas y pedazos de ladrillos, nos levantamos lentamente mirando a nuestro alrededor y tratando de quitar el barro de nuestras ropas, la cara y el cabello. ¿Qué

hubiera sucedido si las bombas caían sobre la pista? Volaríamos nosotros y todo el concreto en pedazos. ¿Y si caían en la fábrica? Dios sabe si habría quién lo cuente. El cálculo del piloto fue casi perfecto. Solo faltó unos cien metros a la derecha en línea recta, para dar en medio de la fábrica. Todos sentimos que volvimos a nacer.

Otro bombardeo que fue todo un espectáculo nocturno sucedió así: La noche está tibia y el cielo limpio y estrellado. Estamos parados en la pista camino al refugio, atónitos, hipnotizados, a tal punto que ni los gritos del nazi ni los golpes que propina a los hombres, nos hacen avanzar. Presenciamos un espectáculo maravilloso. El cielo se ilumina con miles de luces; parece un enorme árbol de Navidad. Hay tanta claridad que hasta se podría sentar a leer aquí, en medio de la calle; tal vez exagero, pero en realidad nos miramos unos a otros y nos vemos como si fuera de día. ¿Para qué tanta luz?

Enseguida nos convencemos para qué. Comienza a temblar la tierra como si miles de bombas cayeran juntas. Notamos que es muy lejano el centro de este bombardeo; pero tanto la luz como el temblor llegan hasta nosotros durante largo rato, tal vez veinte minutos o más. Ni el nazi se mueve ahora, mira atónito al cielo y a la lejanía igual que nosotros, y por supuesto también siente temblar la tierra bajo los pies. Increíble. ¿Dónde será esta dura lección para la soberbia Alemania nazi.

En poco tiempo supe dónde fue aquel terrible bombardeo, incluso posteriormente vi sus efectos. Poco quedó de la orgullosa ciudad de Pforzheim, llamada “die golden Stadt” o la ciudad de oro, famosa por sus orfebres y la película de aquel nombre.

La nota anecdótica de nuestros “paseos nocturnos” al refugio, que eran cada día más frecuentes, la ponían nuestras dos compañeras madre e hija; las llamábamos “la artillería antiaérea”. Mientras todos corríamos apurados por el nazi, madre e hija cogidas del brazo corrían con pasitos

menudos soltando alternadamente sonoros gases, lo que provocaba jocosos comentarios entre los hombres como: “escuchen, quieren derribar aviones aliados”, o “vaya, tenemos infiltrados que ayudan a los nazis”, o “en tierra amigos, nos ametrallan” y otros parecidos que ya no recuerdo. Cada comentario hacía estallar en risotadas a los hombres y a algunas mujeres; aunque la mayoría estábamos bastante asustadas como para hacer caso a las groseras bromas de los hombres. Además, sentíamos pena por las dos mujeres, objetos de la burla que no protestaban, hasta sonreían humildemente.

El comedor que ya mencioné varias veces estaba cerca a las barracas, era una casa de dos pisos. En el primero funcionaba la cocina y el segundo era una larga habitación llena de mesas donde almorzábamos todos los prisioneros por turnos.

La jovencita rusa que trabajaba en la cocina me contó que en el primer turno comían los prisioneros de las barracas, luego nosotros los polacos y al final lo que sobraba era para los rusos. En la cocina trabajaban varias jóvenes mujeres alemanas. Entre ellas había una muy simpática; seguramente yo sabía su nombre, pero no lo recuerdo, más bien tengo muy presente su imagen, joven, alta, rubia de ojos azules, con el pelo recogido hacia atrás, alegre y amigable con nosotras, las niñas. En varias oportunidades nos invitó a su casa, a la “cocinerita” y a mí, donde merendamos tales delicias como galletas y mermeladas. Su mamá era igualmente amable y cariñosa con nosotras, necesitadas y ansiosas de recibir afecto después de tanta rudeza, hostilidad y humillaciones.

.....&.....

Muchos, muchísimos años después, traté de ubicar su casa en aquel pueblo, pero no lo logré. En Bissingen, como en todas partes hay muchos cambios, creció, se modernizó; muy pocas casas antiguas quedan en pie. En el lugar de unas encontré parques; de otras terreno lleno de maleza esperando, seguramente, una nueva construcción. Qué pena, no pude ubicarla, aunque

encontré a otras personas, que si bien no están en mi historia, recuerdan los mismos sucesos que yo, como: los dos bombardeos que relaté arriba y las horas que pasamos en el refugio, que tampoco existe hoy.

.....&.....

De mi amiga rusa conservé mucho de su idioma, aunque creo que es ucraniano porque precisamente con los ucranianos me es más fácil entenderme con lo aprendido de mi amiga, cuyo nombre, muy lamentablemente, no recuerdo.

Nunca supe dónde estaban los prisioneros rusos, sólo vi y conocí a mi amiga “la cocinerita”. Otro personaje de aquella cocina que recuerdo, pero con desagrado, es una mujer de edad mediana, o tal vez solo parecía mayor, porque siempre vestía de negro y la expresión de su rostro tenía un gesto muy duro. En varias oportunidades la vi abofetear a hombres polacos sin ningún motivo; simplemente porque estaban en su camino. Decían que era viuda de un oficial o soldado alemán que murió en combate, en Polonia. Hoy comprendo su dolor pero, ¿por qué no dirigía su ira hacia quienes lo enviaron allí? Polonia no era su país y tampoco agredió a Alemania, él no debía estar, ni morir en tierra extraña.

Recuerdo los almuerzos en aquel comedor, pero ni desayunos ni cenas están en mi memoria. ¿Sería que comíamos una vez al día? Sin embargo, yo desayunaba casi todos los días. Tal vez, porque era la prisionera más pequeña, como en la colonia de niños varsovianos en los inicios de esta guerra. Un señor de terno y corbata me entregaba, en el patio principal de la fábrica, una bolsita de papel con emparedado y alguna fruta. Alguien dijo que éste era uno de los dueños de la fábrica, los mismos que nos escogieron por “familias enteras” en aquel campamento. Esto no me importaba ni me impresionaba, más bien mi madre me decía que rezara por el buen señor, que tal vez me regalaba su propio “segundo desayuno” – como suele llamarse la merienda de media mañana - que su esposa le preparaba para él. Claro que no todos los días coincidíamos mi benefactor y yo, pero con mucha frecuencia, pues yo procuraba que así fuese. Algunas veces recibía

frutas de un señor que operaba una enorme máquina en el primer piso del edificio; justo debajo de nuestro dormitorio. Cuando me veía en las proximidades, me pedía muy amablemente que le limpiara las lunas de la ventana y en retribución me entregaba una bolsita con manzanas o peras. El señor parecía un abuelito de pelo blanco, bigotes y anteojos. Ahora que lo pienso, me doy cuenta que no he visto hombres jóvenes trabajando en la fábrica, solo los viejitos y las mujeres, la mayoría eran mujeres.

Allí en Bissingen conocí los membrillos. Con mucho riesgo arranqué uno de la rama exterior del jardín de una casa próxima a la fábrica. Se veía más hermosa y más grande que las manzanitas que me regalaba el señor de la “gran máquina” de abajo. Le hiqué los dientes ávidamente y recibí una gran desilusión, era dura y agria. Se la llevé a mamá para preguntar qué fruta podía ser y ella la reconoció enseguida; era un membrillo, lo había comido en el Perú, pero cocido en compota o mermelada. Con pena mía y la de mamá tuvimos que arrojarla a la basura, pues no teníamos posibilidad de cocinarla.

Aquí viene una seria confesión: yo robaba comida.

No sabría decir de quién fue la idea; éramos tres las chicas, la mayor era Genia, luego seguía Teresa y la última era yo; tenía diez años. Era la eterna inapetente, la niña “watla” como me decían, lo que significa entre debilucha y anémica, de modo que no creo haber sido la inventora del ingenioso sistema del robo de comida que pusimos en práctica. Mis dos amigas mayores ya tenían muy bien estructurado el plan, hasta es posible que ya lo hayan practicado antes, y sólo me anexaron a “la banda”.

Antes de contarlo, debo explicar cómo era Bissingen en aquellos tiempos. El Bissingen que yo conocía era la calle Bahnhofstrasse en una extensión aproximada de diez cuadras. Mirando en dirección a Bitiegheim, la acera izquierda tenía una hilera de casas y detrás de ellas estaba el prado y el río, y del otro lado del río una regular elevación, hasta diría que era un cerro como de doscientos metros (yo lo veía así). Estaba cubierto de verde como

el prado, y solo tenía árboles de trecho en trecho, pero casi en la cumbre había varios árboles juntos como un pequeño bosquecillo, que en poco tiempo iba a concentrar la atención de todos nosotros. Exactamente frente a la fábrica había un espacio libre de casas que nos facilitaba el acceso al prado y al río. A partir de la fábrica y siempre en dirección a Bietigheim la calle iba elevándose.

En la acera derecha donde estaba la fábrica también había casas una junto a otra. La construcción siguiente a la fábrica era la cocina y el comedor de los prisioneros y al costado de ésta, al pie del rocoso cerro, estaba esculpido el refugio antiaéreo y también allí estaba la barraca de los prisioneros franceses.

Después, seguían las casas de los habitantes del pueblo y, a medida que avanzábamos hacia Bitiegheim, aparecían los ranchos de los bauer, y al fondo se veía el puente ferroviario que unía la parte elevada del pueblo con el cerro del otro lado del río; era muy alto.

La calle a partir de la fábrica en dirección contraria a Bietigheim, seguía en un muy leve descenso y tenía casas a ambos lados. Creo que un cementerio como a tres cuadras de la fábrica marcaba el final del pueblo y empezaban los ranchos de los bauer y sus campos.

Las tiendas del pueblo, que eran varias, formaban el frente de la casa y atrás se hallaba la vivienda familiar. Al abrir la puerta de la tienda sonaba una campanita y después de uno o dos minutos salía del interior una señora para atender al cliente. Evidentemente había mucha confianza entre aquellos vecinos que con seguridad todos se conocían. Aquí, como en Polonia los víveres eran racionados y los compradores acudían a la tienda con cupones que seguramente les proporcionaban las autoridades del lugar. La dueña de la tienda recortaba los cupones por el producto solicitado, e iba guardándolos en la cajita que dejaba a un costado del mostrador, detrás de la vitrina de vidrio con algunos productos en exhibición.

Nuestro sistema del robo era el siguiente: entrábamos juntas a la tienda y,

mientras una observaba la cortina que cerraba el paso entre la tienda y la vivienda, otra metía la mano detrás de la vitrina de vidrio donde estaba la cajita y extraía los que podía coger con la mano. Supongo que la tercera pasaba la voz a la que hacía “el trabajo”, pues no tendría razón que me hayan incorporado a la “banda” si se bastaban solamente dos personas. Cuando me tocaba hacer “el peligroso trabajito”, yo tenía que empinarme para alcanzar la cajita mágica que nos permitiría luego, en otra tienda, conseguir pan, mantequilla, a veces salchicha o mermelada. Cuando nos tocaba “en suerte” el azúcar o la harina, yo insistía que debíamos devolverlas, porque no nos servirían para nada, y a mí me aliviaría en algo siquiera, la desagradable sensación de haber robado, pero yo era la minoría. Creo que no lo hacíamos con frecuencia, porque seguramente nos hubieran descubierto, y muy fácil, pues los prisioneros no recibíamos cupones. Tampoco lo contábamos a nuestros padres. Guardábamos nuestros tesoros bajo una piedra, en el fondo del pequeño espacio verde que había frente a la salida de nuestro dormitorio, al pie del cerro; pues allí empezaba la abrupta subida del terreno. No lo llamo jardín porque nadie lo cuidaba como tal, lo regaba el cielo y el viento traía semillas de florcitas silvestres. Los arbustos que crecían en el cerro le daban sombra y una sensación de intimidad; era “nuestro jardín”. La llegada del invierno nos hizo una mala jugada, un día amaneció cubierto de nieve de por lo menos veinte centímetros de profundidad, es lo que calculo, porque mis pies se hundían hasta las rodillas. No podíamos llegar hasta nuestra piedra sin dejar profundas huellas, lo que nos sometería a las preguntas de nuestros padres para saber por qué teníamos que caminar por allí. Los caminos que habitualmente transitábamos estaban barridos y, atravesar la nieve por un lugar que no conducía a ninguna parte no parecía nada lógico. Además había un motivo muy grande para no hundir los pies en la nieve. Cuando fuimos sacados de nuestras casas en Varsovia, estábamos en pleno verano y nuestro calzado estaba de acuerdo con aquella estación del año; esperábamos ansiosas que la nieve se derritiera, hasta que un suceso nos hizo olvidar todas las precauciones y a sacar nuestros cupones escondidos bajo la nieve.

Sucedió mientras Teresa y yo estuvimos caminando frente a la fábrica. De pronto vimos a un grupo de hombres con trajes a rayas que avanzaban en nuestra dirección jalando una carreta, escoltados por varios soldados nazis. Mirábamos incrédulas a estos cadavéricos seres, sin saber quiénes eran y sentimos compasión e indignación ¿Desde dónde venían, a dónde iban? ¡Nosotras sabíamos que en el pueblo no había ningún campo de prisioneros uniformados así! ¿Por qué los obligaban a arrastrar aquella carreta, si ellos apenas podían caminar? Sorpresivamente sus guardianes los dejaron sentarse en la vereda delante de la misma fábrica. Nos acercamos y empezamos a preguntar quiénes eran, por qué estaban allí. ¡Dios Santo, eran polacos!!!.

Atropelladamente les dijimos que no se movieran, que nos esperaran, que les traeríamos comida. Corrimos al escondite cubierto de nieve. No pensábamos en que seríamos descubiertas por nuestros padres, sólo nos importaba dar de comer a aquellos cadáveres vivientes. Fuimos a la tienda por pan y salchichas que era lo mejor que teníamos y ya regresábamos felices para dárselos, cuando vimos con desesperación que no estaban donde los dejamos. No se los veía calle arriba ni calle abajo. Comenzamos a correr por donde creíamos que podían haber doblado, pero nada, parecía que la tierra se los había tragado. No podíamos comprender cómo podían avanzar tan lejos en tan poco tiempo, si se les veía totalmente extenuados.

Nunca más los vimos ni supimos de ellos, y el resultado de esto fue que tuvimos que explicar a nuestros padres la procedencia de la comida que quedó en nuestras manos, y recibir la reprimenda. Mamá estaba más desesperada que molesta, le faltaba poco para llorar ante la sola idea que los dueños de las tiendas afectados nos descubrieran y denunciaran a las autoridades. Prometimos solemnemente no volver a hacerlo y lo cumplimos por obediencia y por el miedo a lo que podía habernos pasado.

Ya conté que mamá se agotaba mucho durante las jornadas nocturnas

y dormía casi todo el día, pero a veces salía conmigo a caminar por el pueblo. Un día fuimos calle arriba y apenas caminamos unas cuadras sonó la alarma antiaérea. No le dimos importancia hasta que vimos aparecer a tres aviones; sólo tres, y todos ellos uno por uno comenzaron a bajar en picada sobre el puente ferroviario que estaba a nuestra izquierda, no muy lejos. En cada bajada el avión soltaba dos bombas que iban cayendo hacia el puente. Algunas explotaban sobre él y otras caían al fondo, posiblemente al río. A la derecha, al borde del camino, estaba el cobertizo de un "bauer", y mamá me jaló rápidamente escondiéndome tras un barril de madera y se acurrucó a mi lado. No se qué protección podía ofrecernos un barril de madera ante las bombas, pero nos protegería siquiera de las esquirlas y de las piedras que disparaba cada nueva explosión. Lo malo era que detrás de aquel barril no había suficiente espacio para las dos. Mamá quería que yo me escondiera bien apretada entre el barril y la pared del cobertizo, mientras yo insistía en que lo hiciera ella. Debe haber sido una situación muy semejante a la que vivió mamá con Stas durante un bombardeo en Varsovia, en los primeros días de la guerra, y que ya conté en el primer capítulo. Acurrucadas y abrazadas fuertemente, mirábamos cómo los aviones bajaban una y otra vez para bombardear el puente y luego se alejaban. Al ver que los aviones ya no regresaban salimos del escondite y con las piernas temblorosas emprendimos el regreso a la fábrica.

La calle estaba desierta, recién al llegar a la altura de la cueva antiaérea sonó la sirena que anunciaba el fin de la alerta, y vimos salir a nuestros compatriotas y otras personas mirando a todos lados. Ellos oyeron las explosiones sin saber dónde caían las bombas, pero nosotras las habíamos visto muy de cerca.

Nuestras caminatas por el pueblo no eran largas ni agotadoras, pero mi problema eran las sandalias de madera que calzaba. Aparte de ser un sinónimo de pobreza, los repetidos golpes que me propinaban en los huesitos internos de los tobillos me los hacían sangrar. Yo trataba de evitar golpearme pero ya tenía costras y bastaba un ligero roce para romperlas y

sangrar abundantemente. No puedo decir que éramos objeto de hostilidad de la gente del pueblo; ellos estaban acostumbrados a cruzarse con prisioneros de diferentes nacionalidades, sólo éramos objeto de curiosidad y a veces de burla por parte de los niños.

Nos señalaban, hablaban entre ellos, reían, Esto nos dolía y atemorizaba también, porque algunos de ellos, cuando íbamos las chicas solas, nos lanzaban barro.

Otro día que fuimos caminando por la misma calle Bahnhofstrasse, pero en sentido contrario al del “paseo con bombardeo”, llegamos también hasta las casas de los “bauer” del otro extremo del pueblo. Ibamos pasando delante de la propiedad cuando vimos a una anciana salir del cobertizo canasta en mano, en dirección a la casa, casi a nuestro encuentro. Al verla pasar junto a nosotras la saludamos e íbamos a seguir de largo cuando la anciana se paró, nos sonrió, y me indicó con la mano que me acercara. Siempre con la mano, me indicó que la esperara y entró a la casa para salir muy pronto con un envoltorio que me entregó y puso su mano sobre mi cabeza. Yo no sabía qué contenía aquel paquete, ni siquiera hoy lo recuerdo, debe haber sido comida. Mamá me dijo que le agradeciera bonito y lo hice como lo hacía un niño a su abuela, besándole la mano. La señora se enterneció mucho, hasta vi lágrimas en sus ojos; esto lo recuerdo muy bien. Mamá comentó que seguramente los niños en Alemania no solían tratar así a sus abuelas y mi actitud la emocionó. ¿Cómo podía saber la señora que nosotras teníamos hambre? Podría hacerlo evidente nuestro aspecto, pero más bien la evidencia la llevábamos escrita en el pecho: la letra “P” encerrada en un cuadrado que debíamos tener siempre pegada a nuestra ropa. Esto significaba que éramos prisioneros y al mismo tiempo el país de nuestra procedencia, POLONIA.

Fiel a su costumbre mamá jamás pedía algo para ella, ni siquiera para mí. Por ello me impresionó mucho cuando un día, entrando al baño de mujeres que también utilizaban las trabajadoras alemanas, vi a la mamá de Teresa que levantando la falda de mi amiga les enseñaba los calzones zurcidos para hacer entender a las dos alemanas que la observaban

atentamente, que su hija necesitaba que le regalasen unos nuevos. No sé qué más hizo, ni sé qué más pidió, porque salí corriendo para contárselo a mamá; tampoco supe si la mamá de Teresa consiguió su objetivo.

Mamá no se quejaba nunca, no dejaba ver que sufría, y yo no comprendía que su desmedida necesidad de sueño, más que todos los demás, debió ser por su debilidad y hasta anemia.

La “vieja lesión pulmonar” que encontraron en su necropsia, debió contraerla en aquellos tiempos de los trabajos forzados de doce horas diarias, donde se comía sólo una vez al día; comida que ella cambiaba muchas veces por horas de sueño que le hacían “más falta”, como solía decir ante mi terca insistencia. Seguramente también durante la ocupación de Varsovia y en los terribles días del Levantamiento, en la marcha forzada por una Varsovia en llamas, en los hangares de Pruzkow y el humillante viaje en vagones para transporte de ganado; eran los años y los días que mi madre dejaba de comer para que comieran sus hijos.

Yo la veía constantemente con pequeñas heridas y costras en la cara y en el cuello producidas por las virutas candentes que saltaban de la máquina que ella operaba. A veces, tenía heridas en los párpados, y pensar que si no cerraba el ojo a tiempo, aquellas virutas podrían dejarla ciega para siempre. Las trabajadoras alemanas trabajaban con una protección sobre el rostro y parte del pecho, no así las prisioneras; incluso la jornada de ellas era sólo de ocho horas. La máquina de mamá formaba la rosca del tornillo. Decían nuestros compañeros del cautiverio, que esta fábrica producía piezas para aviones y que en otras fábricas producían piezas diferentes, para finalmente en un tercer, cuarto o quinto lugar, ensamblar con todas ellas un enorme avión alemán. No sé cómo lo sabían, pero creo que ningún tornillo hecho por mi madre terminó siendo parte de un avión nazi. Estoy segura de ello; el final de la guerra ya estaba muy cerca.

Así iban pasando los días, hasta llegar a cumplirse nueve meses de nuestras vidas en la Alemania nazi, como prisioneras condenadas a trabajos

forzados. El frente de batalla iba acercándose, ya oíamos los disparos de artillería más fuertes cada nuevo día. Con júbilo pensábamos en el encuentro con nuestros libertadores, pero aún nos faltaba vivir nuevas angustias.

Una noche, varios soldados armados irrumpieron en nuestros dormitorios ordenándonos salir inmediatamente para ser trasladados a “otro lugar”. Ya los presos franceses desaparecieron de la barraca hace algunos días sin que nos diéramos cuenta; deben haberlos sacado también en la noche.

Recogimos, una vez más, los pocos trapos que eran nuestras únicas pertenencias y salimos obedientemente a cumplir la orden caminando por un camino afirmado, flanqueado de árboles frutales y campos sembrados, escoltados por los soldados y en completa oscuridad. Caminamos ya varias horas avanzando casi por inercia, hasta que alguien notó la ausencia de los soldados y comenzó a pasar la voz que nuestros guardianes habían desaparecido; desertaron, la perfecta e “indestructible” maquinaria de guerra de los nazis se estaba desmoronando. Nosotros estábamos extenuados, nos sentamos todos a los costados del camino y tras un corto descanso comenzamos a discutir nuestra situación. Unos decían: “vámonos para adelante, ya veremos qué pasará”, estos eran los más osados. Los más temerosos, que éramos la mayoría decidimos regresar; total, nuestros salvadores venían por aquel lado, iríamos a su encuentro. Aquí algunos se separaron del grupo siguiendo su propio camino y el resto de nosotros, después de descansar, emprendimos el camino de regreso a Bissingen.

Cerca ya del pueblo, un gato negro cruzó delante del grupo que avanzaba bastante disgregado, y no faltaron quienes, unos en broma y otros seriamente, presagiaban una inminente desgracia. Algunos soltaron sonoras carcajadas; mas todos callamos al instante y nos tiramos a las zanjas que había a los lados del camino, pero cuando sentimos varios potentes cañonazos que parecían reventar sobre nuestras cabezas. Permanecimos echados allí un buen rato en espera de otra andanada igual, pero en vista que no se repitió,

decidimos seguir adelante; el pueblo ya estaba a la vista, aunque lucía oscuro y parecía vacío. Nos acomodamos a pasar la noche en la barraca de los franceses, ya que estaba vacía. No sé si las puertas de la fábrica estaban cerradas o si la mayoría lo decidió así. La barraca parecía estar más segura que el interior de la fábrica donde estaban nuestros dormitorios y tal vez podría ser objeto del próximo cañoneo de los aliados. La barraca nos ofrecía más amplitud y, aunque seguía rodeada de alambrada de púas, los portones estaban abiertos. Daba sensación de libertad.

Yo no tenía ni idea que muchas casas del pueblo estaban vacías, sus habitantes habían huido ante la inminente entrada de las tropas francesas. Con razón, los nazis se llevaron de allí a los prisioneros franceses para alejarlos de los suyos que ya se acercaban.

No había autoridad alguna en el pueblo, y menos quién se ocupara de nosotros. Esto incluía nuestra alimentación, de modo que no sé qué comimos en los días siguientes, pero estoy segura que, si una de las dos pasaba hambre, ésta era mi madre.

Ya conté que la barraca estaba ubicada al pie de una elevación rocosa cortada como por un tajo. No sabíamos qué había arriba de ella, además de la artillería nazi que disparaba hacia la otra orilla del río de donde respondía la artillería de los franceses. El intercambio de disparos sucedía sobre nuestras cabezas y a menudo silbaban las esquirlas en el exterior de las barracas por lo que salíamos muy pocas veces, como aquella vez que al callar los disparos presenciamos una escena de guerra como en película.

El horizonte frente a nosotros, al otro lado del río, lo dibujaba una sinuosa línea de una regular elevación cubierta escasamente de vegetación. De pronto, en pleno medio día comenzaron aparecer por el mismo borde de la colina y dibujándose sobre el horizonte con el fondo de un cielo completamente despejado y azul, pequeñas siluetas humanas que corrían hacia un grupo de arbustos. Pasaban una a una con intervalos de minutos;

las contamos hasta ocho. Reteníamos el aliento y esperábamos qué seguiría, pues la artillería alemana también esperaba sorprendida. Pasaron largos minutos en total calma, sin que las figuras del horizonte avanzaran o retrocedieran de los arbustos. Parecía que los nazis especulaban igual que nosotros sin tomar iniciativa: ¿Sería una parte retrasada de la retaguardia alemana, o una avanzada de los franceses? La angustiada espera llegó a su fin cuando “las figuritas” comenzaron a salir de los arbustos una a una como habían entrado y correr para atrás otra vez sobre la línea del horizonte. Dios... eran franceses, ¡eran nuestros salvadores! Y la artillería nazi comenzó a vomitar sobre ellos el fuego de sus cañones, rabiosos por su propia incertidumbre de los minutos anteriores. La “película” seguía, las figuritas corrían, caían, se levantaban, ahora dos retrocedían para cargar una tercera, volvían a correr, ya desaparecieron tras el horizonte. Un suspiro colectivo se sintió en el grupo que presenciábamos la escena y un susurro de: “se salvaron, venían a observar este lado del río, seguramente pronto entrarán aquí”.

Volvió a iniciarse el duelo de los cañones y corrimos a guarecernos en la barraca. El cálculo de los franceses debe haber mejorado mucho después de observarnos desde los arbustos, porque aquella tarde fue la última batalla de la artillería.

El siguiente día amaneció en solemne silencio como esperando algo grande, definitivo, al menos, así nos parecía, así lo esperábamos. Sin embargo lo esperado no sucedió aquel día; más bien, tuvimos que pensar en nuestro sustento diario. Ya en días anteriores algunos de nuestros compañeros visitaban las casas vacías del pueblo trayendo algo de comida y ropa. Había un silencio absoluto y las calles estaban vacías, parecíamos los dueños del pueblo; más bien, de las calles del pueblo, pero con el hambre en las barrigas. Mamá y yo también nos atrevimos a salir. Caminando calle arriba, en dirección de aquel puente bombardeado, vimos salir de una casa a varios de nuestros compatriotas, todos con sendos bultos en las manos. Mamá dijo: ¿entramos? Como buscando la aprobación de algo que ella consideraba incorrecto. “Sí mamá, vamos a ver si hay algo

para comer” contesté apurada y la jalé hacia la puerta con miedo que se desanimara. En todos los cuartos reinaba un terrible desorden, era evidente que los “visitantes” ya lo revisaron todo y también que si había comida ya se la llevaron. Mamá recogió unas latas sin etiqueta que parecían contener algún alimento, mientras yo juntaba las tacitas y los platitos de porcelana. Hasta encontré una teterita, azucarero y lechera; todo para un juego con muñecas. Este juego era tan parecido al que quedó en nuestra casa en Varsovia, que me sentí con todo el derecho de ¡llevármelo! Con aquél que me vi obligada a dejar como todo lo demás, jugué apenas unas cuantas veces en casa, porque no me era permitido llevarlo al patio para jugar con mis amigas. Era un regalo del abuelo y yo debía cuidarlo mucho para que no se rompiera ni se despostillara ninguna de sus piezas. ¿Jugaría ahora alguien con mi tan cuidadito juego de té de porcelana? ¿O estaría hecho pedazos, mezclado con el polvo de la destruida Varsovia?

De pronto, vi en el suelo y levanté, una falda como para una niña, algo más grande que yo, hecha de anchas franjas horizontales de colores del arco iris; hoy diría, como la bandera del Tahuantinsuyo. Mamá me miró, sonrió y dijo: “déjala, acaso voy a vestirme con esto, ni que fueras el saltimbanquis de un circo”. Volví a mirar la falda y opiné exactamente lo mismo que mamá,. Más, cuando pasaron los meses y vi a mi amiga Teresa lucir en los días de fiesta muy orgullosa “mi falda” sentía envidia, se veía muy bonita.

Al retornar a la barraca, mamá comenzó a abrir, con mucha dificultad, una por una las latas que trajimos de aquella casa, y tirarlas a la basura una tras otra. No era leche lo que contenían las latas sin etiqueta, sino una espesa mazamorra de color marrón claro, lo que interpretamos como leche condensada malograda. ¡Qué error! Nosotras que estábamos hambrientas y desnutridas desperdiciamos un buen alimento. Que cometimos un gran error allá en Bissingen, lo comprendimos años después ya en el Perú. Aquellas latas habían sido hervidas, igual que lo hago yo ahora para preparar el riquísimo “manjar blanco”. La familia de Bissingen había

hervido y guardado en su despensa las latas de leche condensada para que duraran más, como diría mamá: “preparándose para la hora negra”. Y parecía que la “hora negra” les llegó, porque ni siquiera se llevaron las latas del manjar blanco, tan sabiamente preparadas. ¿Sería una familia seriamente comprometida con el nazismo, o temían alguna revancha de los prisioneros? En Bissingen no vimos actos de violencia contra las casas ni las personas del pueblo.

Un suceso de aquel mismo día pudo haber sido de tristes consecuencias para nosotras. Alguien pasó la voz que en la casa frente a la barraca, en la otra acera, había baúles con panes. La casa era de dos pisos, tenía la fachada de ladrillos cara vista y, lo que llegué a ver de su interior parecían oficinas; tal vez era la Municipalidad. Recuerdo que corrimos todos atropelladamente y al entrar a un amplio salón vimos en el fondo del mismo, un baúl de madera bien grande, de donde algunas personas ya estaban sacando sendos panes negros, de estos que en Europa comemos por tajadas, y un pan así puede durar varios días.

Mamá ordenó que me quedara cerca de la puerta y ella corrió hacia el baúl con todos los demás. Se formó un gran laberinto, las personas se empujaban, gritaban, de pronto oí gritar a mi madre; era un grito de dolor, comencé a gritar desesperadamente yo también. Pasados unos segundos volvió la calma y la gente comenzó a salir. Avanzando contra la corriente llegué hasta el baúl y vi a mi madre sentada en el suelo con la espalda apoyada contra el baúl, sujetando con los dos brazos un enorme pan negro, como quien abraza un gran tesoro. Estaba jadeante, despeinada y asustada. Se levantó con mi escasa ayuda y con dificultad volvimos a la barraca, le dolía el pecho hasta para respirar, pero estaba feliz por haber conseguido aquel pan.

Mamá contó que al llegar al baúl cogió dos panes y se volteó hacia la salida, pero los que venían atrás desesperados por el hambre, la empujaron de vuelta al baúl donde ellos pugnaban por llegar a como diera lugar. Yendo

para atrás llevada por la presión de la gente, cayó de espaldas aprisionada contra el baúl. Mamá luchaba desesperadamente por conservar “su tesoro” mientras varias manos trataban de despojarla de él porque el baúl pronto quedó vacío. Perdió uno de los panes en aquella lucha y al otro tuvo que defenderlo con los dientes. Mamá mordía las manos que trataban de quitarle el pan, aprovechando que ella estaba caída e indefensa. Sentada en el suelo, apoyada contra el baúl, sujetaba con la fuerza de ambos brazos el único pan que le quedaba, sin posibilidades de proteger su integridad física. “Dios sabe si no me hubieran pisoteado hasta morir si hubiese más pan y cada vez más gente”, comentaba mamá, y por un largo tiempo se quejaría del dolor en el pecho que le volvería por temporadas durante cincuenta años; o sea, por el resto de su vida.

Por fin, llegaron nuestros LIBERTADORES

Una mañana vimos a varios alemanes corriendo y gritando en la calle, cuando ya pasaron varios días que ni se los veía. Salimos a ver qué pasaba y vimos correr a uno de ellos, tal vez el rezagado, agitando los brazos y gritando como loco que ya venían los franceses. Pronto estuvimos todos al borde de la pista, esperando ansiosamente su triunfal entrada. Grande fue mi sorpresa y mi desilusión. Yo creí que ellos entrarían marchando, cantando, con tanques, con cañones, y en lugar de todo lo que yo imaginaba, llegaron desde el lado de Bietigheim sólo varios grandes ómnibus. Mayor aún fue mi sorpresa, al ver que todos eran negros. Nunca antes había visto un negro; era natural entonces, que los mirara con la boca abierta. Sólo nosotros los vitoreábamos, saltando, gritando y aplaudiendo como locos. Ellos respondían efusivamente nuestros saludos, sacando medio cuerpo por las ventanillas y agitando los brazos. Pareciera que mi sorpresa fue más grande que mi alegría, porque yo no podía entender el hecho que los franceses fuesen negros y no dejaba de preguntar el motivo. Nadie hacía caso a mis preguntas y a mi consternación; a nadie le importaba que fuesen negros, verdes o azules; eran nuestros salvadores y eran franceses, nuestros hermanos a lo largo de toda nuestra historia. Francia jamás fue

nuestra enemiga, la nombramos en nuestras canciones épicas que nacieron durante los levantamientos armados contra ocupantes de Polonia repartida entre Rusia, Prusia y Austria y, hasta en nuestro himno nacional. Francia siempre acogió a nuestros héroes, a nuestros científicos, poetas, escritores y artistas que tenían que huir de la persecución, tras cada levantamiento sofocado por los ocupantes, pues la venganza del vencedor era terrible y alcanzaba no solo a los patriotas que luchaban en cada insurrección, sino hasta a sus familiares y amigos.

Por el momento mi pregunta quedó en el aire, teníamos mucho que celebrar, comer y prepararnos para partir. Además, no volví a ver a ningún negro ya que los oficiales franceses que trataban con nosotros eran blancos, de modo que olvidé a los franceses negros.



El grupo Scout, partiendo a un campamento en los cercanos bosques.

Capítulo XII

“La Libertad”

En Ludwigsburg

¿Por qué encierro entre comillas la maravillosa palabra “libertad”? No sé. Las comillas las pongo ahora que escribo estos recuerdos, sin embargo cuando sucedía, simplemente era: ¡¡¡ Libertad !!! Tal vez el relato de los tres años siguientes entre 1945 y 1948 que aquí empieza, podrá aclararlo.

Relatando hoy estos recuerdos, vuelvo a vivirlos:

Nuestro pequeño grupo de Bissingen llega al campo Washington, en polaco lo llamamos “oboz Waszyngtona” en honor al primer presidente de los Estados Unidos de Nortamérica. Es un campo de refugiados en las afueras de la ciudad de Ludwigsburg, no muy lejos del lugar de nuestros trabajos forzados. Son las instalaciones de un cuartel del derrotado ejército nazi. Creo que son unos diez edificios de tres pisos cada uno, áreas verdes y una explanada grande, cuadrada, donde en un alto mástil hondea la bandera bicolor de Polonia. ¡Qué emoción! De los parlantes sale nuestra música, nos hablan en polaco, nos cruzamos con compatriotas nuestros, a cada paso. Es una “Pequeña Polonia”.

Aquí lejos de Polonia, empiezo a vivir la emoción de sentirme polaca. Voy al colegio donde sin temor aprendo mucho sobre mi Patria, su historia, sus leyendas, su pasada grandeza, sus caídas, el heroísmo de sus hijos... En la capilla escucho el sermón en mi lengua materna como en Varsovia.

Apenas llegados ingreso a los Lobatos del grupo Scout o "Harcerstwo". Juntos, cantamos canciones llenas de optimismo, alegría y patriotismo que nunca antes escuché; hasta tenemos uniformes, insignias, marchamos por los caminos entre campos y bosques, y asistimos a las reuniones o "zbiorki", en las que a los Lobatos mayores nos preparan para ingresar a la tropa Scout. Los domingos asistimos correctamente uniformados y en formación marcial, al izamiento del pabellón nacional cantando nuestro himno a todo pulmón. Algunas veces vienen las tropas Scout de otros campamentos de los alrededores de Ludwigsburg como del "oboz Kosciuszko" para asistir al saludo de algún personaje importante que nos visita o, a la entrega de insignias a los nuevos miembros o condecoraciones a los distinguidos. Kosciuszko es el apellido del heroico general polaco muy querido, jefe del más grande levantamiento armado de los polacos en contra de los ocupantes de nuestra Patria que sufría, dividida entre Rusia, Prusia y Austria. Tadeusz Kosciuszko fue héroe de dos continentes, porque también luchó por la libertad americana y fue distinguido con la más alta condecoración del Congreso Norteamericano, "Cinccinati" y la nación americana le erigió monumentos en varias ciudades.

Ya cumplí once años, y llega el esperado momento de mi ingreso a la tropa Scout. Es un día de fiesta; me asignan a la misma patrulla o "zastep" de mi amiga Zosia Pachola.

Ella es un año mayor que yo y pertenece a la tropa desde el principio de nuestra llegada al "oboz Washingtona". Es hija única, pero tiene una "hermana" que era huérfana y a la que sus padres acogieron en su pequeña familia. Nunca pregunté por su historia; a nuestra edad eso no interesa, las simpatías nacen espontáneamente, porque sí. Las tres somos muy buenas amigas, tengo muchas amigas; todas nos vemos constantemente en nuestras actividades de cada día.

Mamá y yo vivimos en un cuarto de seis camas, en el segundo piso del edificio que forma uno de los cuatro lados de la plaza de nuestra bandera. Cada piso es un largo corredor con cuartos como el nuestro; a ambos



La tropa Femenina Scout polaca, en Alemania. Ludwigsburg

lados y en cada extremo tiene dos cuartos bipersonales que seguramente correspondían a los oficiales. Tenemos colchones, ropa de cama, incluso nuestro ropero personal ha aumentado, hasta tengo verdaderos zapatos, no los "drewniaki" de madera que me hacían sufrir tanto el año anterior en Bissingen. En el colegio recibimos todo lo necesario para estudiar y los libros y cuadernos vienen con la emocionante leyenda: "dziatwie polskiej na obczyznie" lo que quiere decir: "a la niñez polaca, en tierra extraña" y sigue: "Korpus Andersa". Nosotros sabemos quién es; es el cuerpo del ejército polaco bajo el mando del general Anders que luchó al lado de los aliados, logrando tan difíciles victorias como la de Monte Cassino en Italia, y hoy está en Londres.

Todos los niños asistimos a un comedor con mesas y sillas más bajas de lo normal, donde nos sirven nuestras compañeras mayores. Yo, la eterna inapetente, noto que la comida me agrada, y mucho, ¿será por la alegre y numerosa compañía?. De Bissingen recuerdo una sola comida: los caracoles. Tal vez ni siquiera lo eran, pero el día que nos servían "los caracoles", los hombres hacían comentarios y bromas y se fastidiaban unos a otros señalándose mutuamente gritando: "mira, mira, el caracol sacó los



El grupo Scout polaco en Alemania. Ludwigsburg

cachitos". Otros comentaban: "qué importa si son caracoles, ¿acaso los franceses no comen ranas?". Yo no sabía si los franceses comen ranas o no, pero aquellos caracoles no estaban tan malos. Los servían en una salsa blanca, algo ácida y eran blancos y blanditos. Ante mi curiosidad sobre las ranas y los franceses, mamá me explicó que ellos comían tan sólo las ancas de las ranas y no de cualquier rana; eran ranas especialmente criadas para el consumo humano. Me aseguraba que los caracoles que comíamos nosotros también eran del criadero, y no de los que caminaban por los jardines después de la lluvia. Parece que nos servían con frecuencia los "famosos caracoles", o tal vez, los recuerdo, porque eran objeto del jolgorio colectivo nada frecuente en nuestra situación. ¡Vayamos a saber si en realidad eran caracoles!

Nuestra vida tiene ahora una diferencia abismal con la que teníamos tan solo algunos días atrás, pero yo no sé quién organiza todo esto y quién cubre los gastos; aquí no hay franceses. Los que visitan con frecuencia nuestro "oboz" y apoyan nuestras actividades juveniles, son los americanos. No nos faltan chocolates ni chicles, y mamá tiene en el cuarto comida enlatada y pan; aunque no sé si hay un comedor para los adultos.

Me absorben totalmente mis nuevas y hasta hoy desconocidas actividades. Las reuniones Scout, son todas las tardes. Las tropas, femenina y masculina se reúnen por separado, pero en las ceremonias, marchas y otras ocasiones lo hacemos juntos.

Hasta tengo un admirador que me regala ollitas y platitos, en los que mis amigas y yo "cocinamos y comemos" a la entrada de nuestro edificio. No faltan días en que vienen los muchachos a molestarnos y siempre nos desbandan con cosquillas, pero ayer no se fueron tan airosos. Yo gané la batalla, sobre mí misma. Retuve las ganas de reír, dominé completamente las cosquillas y ante la ausencia de mi acostumbrada reacción, el agresor quedó desorientado mirando cómo mis amigas se desternillaban de risa con las cosquillas de los otros muchachos. Al parecer éste era el jefe del grupito, por lo que oí que gritó a sus compañeros: "¡déjenlas, ya vámonos!"

Hoy no nos han molestado en todo el día. Creo que no solo gané la batalla, gané la guerra.

Ahora la palabra "guerra" me suena casi a juego, pero no es así. La realidad que nos rodea, sigue aún siendo parte de ella.

Hace unos días, mientras estuvimos jugando en el nada cuidado jardín detrás de nuestro edificio, vimos a varios muchachos que a un lado del mismo, encendían una fogata. Al poco rato los vimos correr en todas las direcciones mientras la fogata disparaba balas a diestra y siniestra. Una vez que la fogata terminaba de disparar volvían a acercarse para enseguida volver a correr. Nosotras sabíamos cómo era aquel juego, lo habíamos escuchado comentar. Ellos echaban balas de fusil a la fogata - las que encontraban con facilidad en cualquier parte - después se retiraban a una buena distancia y contaban los disparos que hacía la fogata. Repetían el juego una y otra vez, teniendo el cuidado de contar bien las balas.

Nosotras, seguíamos ocupadas en nuestro propio juego, sólo los mirábamos

cada vez que corrían, por el escándalo que hacían gritando. Sabíamos que era un juego peligroso, pero, ¿por qué no lo veían los mayores para impedir lo que sucedería enseguida?

Los muchachos deben haberse confundido al contar las balas y luego los disparos, porque al acercarse a la fogata para colocar una nueva ración, se oyó un disparo más y casi al mismo tiempo un grito.

Pronto nos dimos cuenta de la tragedia, todo el grupo avanzaba hacia nosotras. Uno de los chicos iba abrazándose el vientre con las dos manos, mientras la sangre corría entre sus dedos y marcaba el camino por donde pasaba él y sus aterrorizados amigos.

En nuestro cuarto viven otras cuatro personas. Un señor de apellido Kaminski, la señora Kaminska, el cuñado del señor Kaminski y nuestra inseparable señora Baranska.

El señor Kaminski tiene una bicicleta, cosa nada común, y en la plaza de nuestra bandera me enseña a montarla. Mejor dicho, me enseñaba, porque estoy con la rodilla lastimada, sin poder caminar y menos seguir las lecciones. No me resultaba nada fácil el aprendizaje; la bicicleta es grande para mis piernas y, he allí la causa del accidente. Como la plaza está cubierta de cascajo muy menudo, ahora tengo varias piedrecitas incrustadas en la rodilla, y hay que ver los gritos que pego cada vez que mamá trata de curarme.

Acabo de enterarme que tenemos un hospital; bueno, yo lo llamo hospital; aunque mamá le dice enfermería. Aquí no hay gritos que valgan. ¡Ay! me sacan las costras – dicen que para limpiar bien y retirar los trocitos del cascajo – porque de otra manera se va a infectar toda la rodilla.

Mientras paso los días en la habitación, con la pierna en alto, ¡qué de cosas me entero por las conversaciones de los mayores! La señora Ewa, la amiga del trabajo de mamá en Varsovia, vive en el edificio del lado opuesto de la plaza. Ella tiene máquina de coser, máquina de escribir y no sé cuántas cosas más. La señora Baranska la visita a menudo y se lo va contando a mamá, mientras mis oídos estiran antenas extra para escuchar.

Cuando estuvimos en Bissingen, Alicia la hija de la señora tenía un novio. Creo que nunca supe cómo se llamaba, pero lo recuerdo muy bien porque en el polo blanco que le vi puesto, tenía un agujero redondo a la altura del pecho que parecía hecho por una bala. Yo no dudé en creerle a Alicia que era de bala y que él era un combatiente del Levantamiento Varsoviano. Qué pronto se le curó la herida; pensé, y no dije nada sobre los encuentros que tenía con Alicia mientras la señora Ewa cumplía su respectiva jornada de trabajo en la fábrica. La madre y la hija trabajaban en horarios diferentes, pero aún así, la señora Ewa se enteró de los amores y lo llamó vago y ocioso y le gritó que no quería verlo cerca de Alicia.



***Con las amigas de Bissingen,
Ludwigsburg y Pforzheim***

Casi no podía creerlo, ahora la señora Ewa lo llama hijo, porque el novio de Alicia sale de noche en compañía de varios amigos y cuando regresa en la madrugada, trae de todo, como la máquina de coser y de escribir. Aunque mamá y la señora Baranska hablan muy despacito yo las oí comentar que se han formado verdaderas bandas que salen de noche para asaltar las casas de los alemanes. ¿Entonces, es así cómo algunas personas obtienen las cosas que vemos aparecer como por arte de magia? Felizmente no son muchos, ni reciben la aprobación de nuestra colectividad; esto es evidente.

También es evidente que a la mayoría no le agrada que las jóvenes polacas sean invitadas a salir de noche a “divertir a los americanos” como oigo decir. Cuando a las dos o tres de la mañana, un camión las trae de regreso, son abucheadas y hasta les arrojan agua.

Apenas mejora mi rodilla, mamá me lleva al dentista. No sé quién se la recomendó ni cómo le paga. Es una señora muy amable que vive en una casa de dos pisos cerca de una pequeña hondonada y me trata muy bien, aunque nos entendemos sólo por señas.

También hemos ido a un estudio fotográfico y ello fue todo un acontecimiento. Fuimos con mamá, mi nueva amiga Gisia, la señora que vive en el mismo piso que nosotros y tiene un hijito muy pequeñito, Genia mi amiga desde Bissingen, Basia su hermana mayor y la amiga de ella que se llama Jadzia. Jadzia tiene un hermoso pelo ondulado que es la envidia de todas nosotras y fue ella quien hizo la cita. Gisia y yo, nos vestimos con los trajes de una pareja de “krakowiak”; ella con el de varón y yo con el de mujer, tal como estuvimos vestidas para el baile en la escuela, pero sin saquito o “serdaczek” que hace muy vistoso aquel traje regional. ¡Eché de menos mi hermoso saquito bordado con lentejuelas y mostacillas que se quedó en nuestra casa, en Varsovia! Tampoco tenía el “wianek” de flores como el día de la actuación, porque ya no había flores en los prados cercanos al “oboz”. Mamá me amarró un pañuelo de colores como usan las aldeanas de otras regiones, pero no es tan vistoso como la coronita de flores de las cracovianas.

El señor fotógrafo nos tomó una foto con la figura del paso inicial de baile; otra a mí sola, con el traje que usé para el baile “de los abanicos” y que mamá cosió a mano, usando las verdes bolsas del tul de no sé qué productos que llegaban al campamento con el abastecimiento diario; y una tercera a todo el grupo. Mi mamá está sentada en un sillón, las cuatro chicas mayores están paradas alrededor de ella y, nosotras, o sea Gisia y yo, sentadas en el suelo a los pies de mamá. Esta última es la que más me gusta.

Hoy, leyendo mis propios recuerdos, veo que falta algo importante que yo no percibía en aquellos días. Seguramente yo sólo miraba con los ojos de una niña; no sabía ni podía apreciar y juzgar la vida de nuestra colectividad

como: la organización del “oboz”, las autoridades o quien afrontaba el enorme gasto que generaba la gran cantidad de seres humanos sin trabajo, sin recursos propios y que afrontaban una situación muy especial de convivencia forzada por las circunstancias, con los respectivos roces y rencillas; seres humanos que a pesar de ser de la misma nacionalidad, idioma y religión, eran tan diferentes el uno del otro en su procedencia local, cultura, problemas y aspiraciones. La perfecta maquinaria nazi, concebida no solo para destruir, sino para empequeñecer moralmente a los que quedaban, hacía su trabajo aun después de aniquilada.

Pecando de reiterativa, debo decir que mi narración distará siempre de la que hacen los libros. Puede decirse que lo escribió una niña, tal como yo lo era en aquellos días, y gozaba del esfuerzo que hacían las autoridades de nuestro “oboz”, para educar y formar a la juventud en el patriotismo y la libertad que no conocimos en la niñez.

Aprendíamos todo con avidez, a tiempo completo; no teníamos la oportunidad siquiera para el ocio, y menos de mirar y analizar la conducta de los mayores. Teníamos una gran ventaja sobre Ellos, no conocíamos cómo era antes, nos enterábamos cómo “es ahora” sin comparar ni criticar. A pesar de las carencias que sin duda teníamos, debo decir con toda sinceridad que, gozábamos con todas las actividades, nos sentíamos felices.

Algo terrible ha sucedido en estos días; un alemán mató a un polaco. Dicen que nuestro paisano entró a sacar frutas, exactamente albaricoques, en el huerto de propiedad del alemán que está cerca de nuestro “oboz”, entre éste y la autopista que atraviesa el bosque.

Es algo que no podemos entender. ¿Cómo se atrevió? Dicen que le disparó con arma de fuego, casi no podemos creerlo.

Ahora vamos al entierro. Al salir del campamento, camino a Ludwigsburg, nos encontramos con otra multitud que viene del campamento “Kosciuszko”. Me parece que somos miles. Los scout estamos uniformados

y formados correctamente, y caminamos despacio siguiendo a la multitud que avanza lentamente atravesando la ciudad. Las calles están desiertas, los alemanes asustados cierran las celosías de las ventanas, mientras la multitud dirigida por los más exaltados corea arengas y amenazas. Cuando aparece algún alemán solitario caminando por la calle es atacado sin misericordia por hombres que salen corriendo del grupo que avanza. La ira desmedida de los nuestros es comprensible. Acabamos de ser liberados de la esclavitud que nos impusieron los nazis trayéndonos a la fuerza a Alemania, y aún ahora que somos “los vencedores”, se atreven a matar a uno de los nuestros.

Llegamos al cementerio. Estamos en formación en las afueras del Campo Santo y vemos cómo varios hombres persiguen a un alemán que se atreve a pasar en la proximidad. Sucede tan cerca de nosotros que vemos claramente cómo tratan de sacarle el reloj y todo lo que tiene en los bolsillos. El jefe de la Tropa da la orden a los scout varones de romper filas y correr a liberar a aquel hombre de tal agresión y robo descarado. Me siento aliviada a pesar de todo lo que he visto y oído de la crueldad de los nazis. El bochornoso ataque de varios hombres protegidos tácitamente por una amenazante multitud, sobre un indefenso, me estremece y me confunde. Ya el féretro entró al Campo Santo y pronto se produce un silencio sepulcral; lo están bajando a la tumba.

La repatriación

Hubo una reunión con delegados llegados de Polonia, para hablar de nuestro regreso a la Patria. Mamá volvió muy preocupada; ella nos había apuntado en la lista para partir en el primer tren, pero, ahora titubea. En la reunión todos hacían preguntas, mamá también preguntó. Ya conté que ella llevaba todo el dinero que pudo ahorrar durante los últimos meses en Varsovia, y no lo usó para liberarnos en Pruszków, pues tenía dudas sobre la honestidad de aquel trato. Mamá tiene el dinero y confiaba que éste iba a ayudarnos a establecernos hasta que ella consiguiera trabajo, pero la respuesta que recibió sobre la actualidad del “dinero de ocupación” en

la nueva Polonia, la dejó muy abatida. Sólo en los primeros seis meses, el Banco Nacional cambiaba la anterior moneda por una nueva y ya pasó casi un año. Mucho demoró en alcanzarnos la repatriación en el sur de Alemania donde nos hallamos. ¿Qué hacer entonces? Mamá razona que tal vez Janek se comunicará con nosotras con más facilidad aquí, que cuando estemos en Polonia. Él está en Inglaterra y no podrá buscarnos en la Polonia comunista. Hay una fuerte propaganda contra el comunismo, sin embargo esto no es lo que afecta la decisión de mamá. Me cuenta que papá fue comunista y que por ello emigraron al Perú. Papá era un hombre maravilloso y con él conoció personas buenas, honradas, desprendidas; y deduce, que por todo esto, el comunismo no debe ser malo. Mamá decide esperar noticias de Janek aquí en Alemania y tal vez de Stas también.

En nuestra habitación todos se preparan a partir, nos sentimos muy tristes. La señora Baranska está impaciente y feliz pensando que se encontrará con sus tres hijos varones y con su esposo. Ellos quedaron en la vecindad como rehenes de los nazis. ¿Volverá a verlos?

Se presenta un grave problema para los Kaminski, la señora está con altas fiebres que no ceden y los días que faltan para la partida pasan volando. Ahora me entero que la señora Kaminska no es la esposa del señor Kaminski; es una casualidad que tienen apellidos iguales y se conocieron y enamoraron aquí, en Alemania, donde cada uno de ellos llegó por separado.

Se nota que la pareja no puede ponerse de acuerdo qué decisión tomar, y le piden a mamá que les ayude. El señor Kaminski cree que la señora debe quedarse hasta curarse y que él la esperará en Polonia. El equipaje de ambos ya está listo y todas las cosas las han embalado juntas.

Mamá decide que viajen juntos, en el caso contrario, que deshagan las maletas y separen sus pertenencias. Ellos deciden viajar juntos, aunque el cuñado del señor Kaminski dice que la esposa de éste “sacará a esta señora de su casa hasta con la puerta por la que entre”. ¿Cómo les irá;

llegará la señora sin sufrir aún más su salud; se encontrarán con la esposa del señor Kaminski?

Pforzheim

Ya sólo puedo recordar... Vivirlo de nuevo es imposible. No puedo volver cincuenta años atrás y estar con las personas que compartieron con nosotras aquellos días; mirar la vida con los ojos de una niña.

Los días, meses y años pasaban y nuestra situación se tornaba cada vez menos estable. Esto lo sé ahora, cuando vuelvo a mirar atrás, pero en los momentos que viví todo aquello, sencillamente disfrutaba de nuestra "Pequeña Polonia", vivía plenamente nuestra libertad de ser polacos.

El campamento "Washington" ya quedaba grande para el grupo que decidimos permanecer allí. La señora Janka y su pequeño se mudaron a nuestro cuarto, pero aún así quedaba espacio. Había varios cuartos vacíos en nuestro edificio y no sólo porque muchos retornaron a Polonia; también, porque algunos se mudaron al campamento "Kosciuszko". Los que quedamos fuimos trasladados a Pforzheim viajando en camiones militares. No tengo presente la duración de aquel viaje, pero no fue nada aburrido. Hicimos una parada donde recibimos frazadas, mochilas, también alimentos y creo que algo más. Sólo recuerdo las dos primeras distribuciones, porque mientras iba a recibir la mochila, el que las distribuía quiso cambiar mi frazada por una mochila extra. Yo no sabía cómo salir del paso, pues no entendía su idioma, pero sus gestos evidenciaban claramente lo que deseaba, incluso jalaba mi frazadita que era celeste con estampados y me gustaba mucho; no quería cambiarla. La frazadita de aquel impase me acompañó por muchos años y finalmente la usó mi perrito "Cygan" después que sirviera por largo tiempo como forro de la tabla de planchar. Felizmente, mamá que avanzaba delante de mí se dio cuenta de mi pelea por la posesión de la frazada y retrocedió para jalarla firmemente, poniéndola nuevamente en mis manos, luego me jaló a mí.

El campamento en Pforzheim no tenía más de seis edificios distribuidos alrededor de una plaza rectangular parecida a la del campamento "Washington" en Ludwigsburg. Esta tenía menor tamaño, pero igualmente había un mástil en el que ondeaba nuestra bandera nacional, donde todas las mañanas asistíamos al izamiento de la bandera y, en las tardes para ver cómo la arreaban con verdadera unción. Durante estas ceremonias uno de los scout mayores al que llamaban "zaba" o sea "rana" tocaba la trompeta. También era él, quien la tocaba en medio de la plaza para llamarnos a reunión cuando los jefes decidían así.

Nuestro nuevo "oboz" también había sido cuartel del ejercicio alemán, se hallaba sobre una colina cercana a la ciudad y estaba rodeado de bosques. En mi opinión era un lugar bello, mi afición a la naturaleza se veía plenamente satisfecha.

Para ir a la ciudad bajábamos por una alameda flanqueada de árboles que con su sombra hacían más agradable la caminata, y ésta, era la parte bonita de aquella excursión, ya que al llegar nos encontrábamos con tan sólo unas cuantas casas en pie. Parece que sólo quedaron suburbios después del bombardeo, que según dicen, fue precisamente el que nosotros vimos y oímos desde Bissingen en aquella noche en que el cielo se iluminó con cientos de luces como si fuera un árbol de Navidad.

Otra vez, teníamos nuestro colegio, hasta nuestra maestra era la misma que en Ludwigsburg. Teníamos una linda capilla, un comedor grande que administraba el papá de mis amigas Lakomy Marysia y Hela, y un comedor para niños pequeños que administraba mi mamá. Las actividades scout eran muy intensas, teníamos reuniones todas las tardes, y el campamento scout más lindo y con más episodios para recordar fue el que se llevó a cabo en los bosques, no muy lejos de nuestra colina.

Entre el colegio, el scoutismo y las actividades patrióticas y religiosas, los jóvenes teníamos ocupadas todas las horas del día, jamás sentí aburrimiento. En la Pascua de Resurrección cumplíamos guardia junto al

Santo Sepulcro (que ya describí) que a pesar de nuestra pobreza, para mí lucía como el mejor del mundo.

Practicábamos intensamente nuestros bailes nacionales y celebrábamos con ellos las veladas organizadas con ocasión de nuestras fechas patrióticas. Celebramos solemnemente el 3 de Mayo de aquel año que era el 1946. Desfilamos marcialmente por todo el perímetro de la plaza, los scout varones y mujeres, los bomberos, los policías y la banda, pues teníamos todo organizado como en una ciudad pequeña, pero era una ciudad.

Durante la procesión del Corpus Cristi el sacerdote llevaba la custodia bajo un dosel, mientras niñas con sus mejores galas iban echándole pétalos de flores de las pequeñas canastitas que llevaban colgadas al cuello y a las que las niñas mayores íbamos aprovisionando constantemente, además de dirigir a las pequeñas en su ir y venir, pues eran muchas y lo hacían por turnos. Para esta ocasión, nosotras estábamos vestidas con los trajes de "krakowianki", mientras el resto de nuestras amigas seguían la procesión en formación y con uniforme scout. Nuestro párroco también era el capellán de los scout; era joven, dinámico y estaba en todas las ceremonias religiosas y civiles.

Nuestro jefe de Grupo Scout era un señor mayor y serio, con anteojos, pero vestía pantalón corto como todos los demás scout. Un día llegué a la reunión con un pequeño retraso; al acercarme, sentí gritar a las Lobitas mi nombre con insistencia. Me enteré enseguida que el jefe del Grupo indicó a las Lobitas que ellas mismas podían elegir a su jefa entre las scout. Mi amiga Wacka, fue elegida en el primer intento, pero al verme las Lobitas cambiaron de parecer y comenzaron a corear mi nombre. El jefe las instó a ratificar la elección y ya no hubo cambio en su decisión. Así de simple, de miembro de una seiscena scout me convertí en la Jefa de las Lobitas. El Grupo de las Lobitas de nuestra Tropa Scout, estaba formado por niñas entre los 7 y 10 años y yo tenía tan sólo 12. Mi prueba de fuego fue el campamento scout de aquel verano. Antes de partir nos reunimos en la



Cultivábamos nuestros bailes nacionales

cancha de fútbol que había detrás de los edificios, para una vez formadas, recibir las últimas instrucciones y la bendición de nuestro capellán. Sólo 6 Lobitas iban al campamento, las mayores del grupo. Viajamos en camiones del ejército americano por un camino angosto que atravesaba bosques y campiñas. Paramos en un lugar donde se veía bosque por todos lados y desembarcamos todas con las mochilas en la espalda. Avanzando apenas unos metros dentro del bosque nos encontramos con el campamento ya armado. Un área del bosque bastante extensa estaba libre de árboles; en medio estaba la fogata lista para ser encendida y alrededor de ella acomodados en círculo había asientos hechos con los troncos de los árboles que fueron cortados. Dejando un espacio la rodeaban las carpas. La carpa de las Lobitas era la más próxima a la entrada del campamento hecha con troncos y ramas de árboles. Dentro de la carpa nos esperaban los catres de campaña y unos armazones de troncos para colocar las mochilas. Mis Lobitas estaban encantadas con nuestra temporal morada y con entusiasmo participaban en la decoración de la entrada a nuestra carpa, pues había una verdadera rivalidad entre las carpas de todo el campamento. En la nuestra, lo que más destacaba era el gallardete cosido y bordado por mí, el que hasta hoy conservo. Una cara de éste tiene la cabeza de un lobo, el nombre, el número del Grupo y el de la Tropa a que pertenecía; y en la punta el bicolor nacional. El otro lado tiene la

Procesión de Corpus Cristi



figura, también bordada, de un enanito que era el nombre de la seisena que participaba en el campamento, y en la punta tiene el color que la identificaba.

Durante el día nuestras actividades empezaban junto con todo el campamento y en las noches participábamos en las fogatas, donde las canciones scout llenaban el ambiente de alegría y optimismo que el eco repetía y multiplicaba. Si bien las Lobitas protestaban quedamente ante la orden de retirarse más temprano de la fogata, no había mucho problema para levantarlas con la diana del campamento. Lo que era muy pesado para mí, que siempre fui dormilona, fueron las levantadas en la noche para llevarlas al baño. Para el colmo, apenas yo regresaba con una, otra se levantaba a pedir la misma necesidad. El baño era una letrina de campaña, hecha por los varones scout como todo el campamento, antes de nuestra llegada a éste. El de ellos estaba bastante lejos del nuestro y yo no lo vi nunca, más bien ellos venían de visita para algunas fogatas.

A la tercera noche de mis desvelos resolví el problema, estableciendo un solo horario nocturno para ir al baño. Cuando una de las Lobitas pedía salir, yo despertaba a todas para ir juntas. Generalmente la luna iluminaba suficiente el camino cuando pasábamos junto a la fogata, pero una vez dentro de la espesura del bosque donde se encontraba nuestro baño, yo debía iluminar el camino. Una vez en el lugar, una Lobita iluminaba el grupito y yo con la otra linterna alumbraba la letrina donde iban ocupándose una por una.

Las noches de lluvia tenían su propio problema. Les asustaba el ruido del agua golpeando el techo de la carpa, pero en realidad no había nada que temer. No hubo rayos ni truenos durante aquellas lluvias nocturnas y las carpas estaban muy bien preparadas para soportarlas, pues alrededor de cada una había pequeñas zanjas donde la lluvia escurría sin entrar a la carpa: además nosotras dormíamos sobre catres de campaña, no nos afectaba la humedad del suelo. En las mañanas después de la lluvia, el bosque amanecía más fresco y oloroso de lo que había sido el día anterior.

Felizmente solo una semana duró la participación de las Lobitas en aquel campamento Scout. Cuando partieron, me reincorporé a mi seisena de la Tropa y recién gocé verdaderamente de todas las actividades y aproveché en recuperar el sueño atrasado. Mi peculiar forma de recuperar el sueño, resultó siendo una anécdota de aquel campamento.

Marchábamos por sinuosos caminos a través de bosques cantando a todo pulmón las canciones scout o, seguíamos las huellas de un grupo que salía temprano y dejaba señales scout por donde pasaba; incluso, cartas en alfabeto morse que debíamos descifrar, y todo ello resultaba siendo un examen de nuestro aprendizaje de los conocimientos que debe tener un scout. También optábamos las diferentes “aptitudes” tratando de reunir el mayor número, pues eran necesarias para la obtención del siguiente grado del scoutismo. Tejíamos guirnaldas con ramitas y flores, que era una de las “aptitudes scout”, las que servían para la decoración del edificio principal del “oboz” en Pforzheim el día 3 de Mayo.

La recuperación de mi sueño se hizo famosa una noche en que el corneta llamó a formación a las dos de la mañana. Me contaron en la mañana siguiente y no pude creerlo. ¿Hubo diana? Iba preguntando de una a otra de mis compañeras, pensando que las primeras me estaban tomando el pelo. La Jefa de mi seisena sostenía que me había sacudido varias veces y no pudo despertarme. Como los minutos pasaban, optó por dejarme y presentarse con las demás en la formación.

Según el reglamento, una formación de este tipo obligaba presentarse uniformadas y con la mochila en la espalda; lo habíamos hecho en otras oportunidades y nada salió mal, pero una noche resultó diferente. La jefa de la Tropa decidió revisar las mochilas y comprobar si el contenido estaba de acuerdo con el reglamento. Resultó un desastre, nadie tenía el equipo completo. Vaya que nos tocó un castigo bastante duro, no por lo que nos costara marchar en la madrugada cantando; lo que más nos dolió fue tener a la vista el “oboz” de Pfortzheim imaginándonos un descanso y algo rico para desayunar y, en cambio, recibimos la orden de virar en ciento ochenta grados y marchar de vuelta a nuestro campamento en el bosque.

Supongo que estuve con mi seisena unas dos semanas. Los domingos llegaba nuestro capellán para celebrar la misa de campaña y también recibíamos la visita del Jefe de todas las Tropas Scout de la región. Durante una de sus visitas anunció que las scout de otro Grupo que no conocíamos aún, vendrían al campamento a quedarse en él por un tiempo. Esta decisión del Jefe máximo, decretó el regreso al “oboz” de Pfortzheim de las scout menores y entre éstas el mío. Parece que no me dolió aquel decreto por mucho que me gustara la vida en el campamento; debo haber extrañado a mamá ya que nunca permanecí tanto tiempo sin verla.

Varias de nosotras no nos desligamos del campamento totalmente. Los domingos viajábamos con el capellán que iba allí muy temprano para celebrar la misa de campaña. Lo hacíamos en un pequeño camioncito del ejército americano manejado por un chofer polaco. Éste era un hombre joven pero debe haber gozado de la confianza del capellán. No recuerdo el nombre de nuestro capellán, a pesar que lo admiraba y respetaba como todos los scout y las personas que yo conocían. El padre viajaba en la cabina del piloto donde transportaba también los objetos que utilizaría para celebrar la misa, y nosotros que éramos alrededor de seis u ocho personas lo hacíamos en la plataforma.

Durante uno de estos viajes sufrimos un aparatoso accidente. El camino rural por el que transitábamos estaba agujereado en muchas partes, posiblemente con disparos de mortero o simplemente por viejo. Nuestro

chofer evitaba los huecos que nos podían sacudir demasiado a los que íbamos parados en la plataforma del camioncito, pero al encontrarse con uno más grande y en el centro mismo del camino, quiso pasar por el costado de éste y por ello sucedió un curioso accidente.

A ambos lados del camino había zanjas, que servían para que allí escurrieran las aguas de la lluvia o en el invierno para echar la nieve que quitaban del camino para hacerlo transitable. En las zanjas estaban las bases de los postes, que corrían a lo largo de la ruta; no sé si eran de luz o de telégrafo, los que resultaron indirectamente culpables de nuestro accidente. El chofer quiso pasar a un lado del hoyo, cayendo en la zanja con las dos ruedas del lado izquierdo del camión. Al tratar de salir nuevamente a la pista, imprimió más potencia al motor y no sólo subió, sino la atravesó cayendo con las dos ruedas derechas en la zanja del otro lado del camino. Nuevamente sacó el vehículo de la zanja a toda velocidad y se repitió lo mismo; esta vez volvió a caer en el lado izquierdo. Ya no pudo salir de allí y siguió corriendo con un costado del camión en la pista y otro en la zanja, hasta encontrarse con uno de los postes, con el que chocó violentamente, deteniéndose y lanzando toda su carga, o sea nosotros, hacia el bosque. Cuando recuperé el sentido, me encontré tirada en medio de una espesa maleza del bosque, a unos veinte metros del camino. Parecía ahogarme, no podía tomar aire; primero sentí pánico, luego traté de serenarme y comencé a respirar, en un comienzo muy superficialmente y poco a poco con más profundidad, hasta normalizar mi respiración y tratar de entender qué fue lo que había pasado. Sentí quejidos de alguien cerca de mí, y enseguida oí la voz del padre llamándome. No sé por qué no contesté, tal vez no podía, pero en cambio me incorporé lentamente y caminé hacia el camión.

Poco a poco nos reunimos los “disparados” y los “aprisionados” y empezamos a evaluar nuestra situación. El chofer se quejaba de dolor en el pecho; nuestro capellán tenía un ligero corte en la cara, hecho aparentemente con sus propios anteojos que se habían roto; yo y varios

más sentíamos dolores en diferentes partes del cuerpo, pero la que parecía más afectada era la Srta. Genia, la del hermoso pelo ondulado, lo que comenté al hablar de nuestra “foto del recuerdo” de Ludwigsburg. Ella tenía un profundo corte en la palma de la mano que le afectaba los dedos anular y el pequeño.

El Padre atendía a Genia mientras el chofer y varios jóvenes trataban de empujar el vehículo para ponerlo nuevamente en la pista. Terminado el vendaje de Genia, que no sé de dónde salió, el padre comenzó a masajearme la espalda y luego nos indicó que nos acostáramos en la hierba y él fue a ayudar a los muchachos.

Una vez subido el camión a la carretera, el chofer comenzó a revisar el motor, lo encendió y pronto lo puso en marcha. ¡Vaya suerte, podíamos seguir nuestro viaje hacia el campamento!

Asistimos a la misa, departimos con las scout, las que eran todas mayores que yo, y entre ellas, la Jefa de mi seisená; almorzamos y enseguida emprendimos viaje de regreso a Pforzheim. Esta vez Genia y yo íbamos en la caseta con el chofer y el padre subió a la plataforma del camioncito con los muchachos.

Mientras le contaba a mamá y a la señora Janka todos los pormenores del accidente, me di cuenta que tuve mucha suerte en mi vuelo desde el camión al bosque. No choqué con ningún árbol por el camino, ni caí en tierra dura o en alguna piedra, sino sobre maleza que seguramente atenuó el golpe de mi caída.

La señora Janka y su bebé vivían con nosotras desde que llegamos a Pforzheim en un cuarto del segundo piso. Nuestro dormitorio formaba la esquina del edificio y tenía dos amplias ventanas. No sé si tenía calefacción, porque el invierno ya no lo pasamos allí. La señora Janka tenía una enfermedad que la hacía muy dependiente de mamá para su propia seguridad y la de su bebé. Los ataques que sufría se iniciaban con ligeros temblores en los brazos. Si mamá la obligaba a acostarse y reposar largo rato, no llegaba a sufrir convulsiones, pero si ella proseguía con lo

que estaba haciendo, terminaba convulsionando con todo su cuerpo. Mamá y yo teníamos que cuidarla para que no se golpee ni se muerda la lengua. A veces, le comenzaba el ataque mientras preparaba el baño de su bebé y mamá tenía que terminar bañando al pequeño y a ella obligarla a acostarse. La señora Janka regresó a Polonia en la segunda repatriación que tuvo lugar mientras estuvimos en Pforzheim.

Un día llegó nuevamente, como a Ludwigsburg, una delegación de Polonia para proponernos el regreso a la patria. Mamá y la señora Janka asistieron a la reunión esta vez también. Supe que muchas personas hacían preguntas y expresaban sus temores, respecto al comunismo. Los delegados propusieron que enviáramos a un representante a Polonia, el que regresaría y nos contaría lo que había visto y comprobado. El papá de mi amiga Zosia fue el elegido para realizar aquel viaje. Cuando regresó, organizó una nueva reunión en la que contó cosas muy positivas sobre la Polonia Popular. Aquella reunión, resultó muy agitada, como contó mamá. Al escuchar la exposición del señor Pachola, muchos empezaron a gritar: “traidor, vendido” y empezaron a tirarle diferentes objetos, pero un buen número de nuestros paisanos creyó sus afirmaciones y se animó a regresar. La señora Janka y su bebé se fueron también en aquel tren y mamá quedó muy confundida, sin saber qué sería de nosotras quedándonos y, si algún día lograríamos comunicarnos con Janek y con Stas. También la vi muy preocupada por la señora Janka; tal vez porque ella misma le aconsejaba que retornara, yo las oía hablar mucho sobre ese tema. Su preocupación era comprensible, pues nunca más supimos de ellos. Yo también los extrañaba, Janka era dulce, servicial, una tierna madre, y su bebé era lindo y tranquilo. Cuando estuve en el campamento con las scout, ella fue un domingo a visitarnos para ver cómo estaba yo, mientras mamá se quedaba con su pequeño. Al partir, le obsequió a mamá la chompa que a ella le gustó mucho y que yo recuerdo muy bien. Era a rayas de diferentes colores, que por el punto formaban ondas de cada color y pequeños abanicos. A mí también me gustaba aquella chompa, tanto, que me esmeré en aprender pronto el complicado punto con el que

fue tejida. Estoy segura que para Janka, la chompa era un pequeño tesoro del que se desprendió para demostrar a mamá su gratitud y su cariño.

Tengo algunas fotografías de nuestro paso por Pforzheim: el campamento scout, Janka y su bebé, nuestros bailes “krakowiak”, una vista de nuestra faena de jardinería que hacíamos como trabajo ocupacional del colegio, los desfiles scout, mis amigas y mi maestra, la señora Fombergowa conmigo. Mi maestra me tenía mucho afecto y me llamaba su mejor alumna. También tengo y guardo como un tesoro el libro “W pustyni i w puszczy”, en el desierto y en la selva, de Henryk Sienkiewicz, el mismo autor de “Quo Vadis” y premio nobel de literatura (1905). Este libro lo recibí como premio por mi aplicación y lleva las firmas de todos los profesores de nuestro colegio, además del director y de mi maestra, la señora Fombergowa. Otro tesoro es mi cuadernillo o autógrafo, donde tengo lindas dedicatorias de mis amigas, mis maestras y algunas personas compañeras de nuestro peregrinar en Alemania. Hay máximas, dichos y trozos de poesías muy lindas y significativas.

Al repasar las dedicatorias, veo algunas firmas, cuyos autores me es imposible identificar; otras sí. Aquí están las dedicatorias de la pareja Kaminski, de su cuñado Abramczyk, de mi amiga Zosia, de Gizia, de Kasia Toparska, Danusia Wasilewska, de la jefa de mi seisena Jadzia Wichrowska, de Basia y Genia Michalewicz y de Teresa Mubarczyk, la chica que se quedó con la falda de colores del arco iris y cuya piel morena siempre llamó mi atención. Con Genia y Teresa formábamos el trío que “conseguía” los cupones de comida, en Bissingen. También están las afectuosas dedicatorias de Marysia y Hela Lakomy con las que estuvimos hasta el final de nuestra vida en Alemania; de Wacia Markiewicz quien partió a Polonia con su mamá y un “ocasional” padrastro en el último tren de repatriación, en Altenstadt. Por supuesto, también una dedicatoria de mi maestra Fombergowa en el día en que nos separamos en Stephanskirchen y de mi posterior maestra que quise mucho y con quien sostuve ininterrumpida correspondencia por muchos años; creo que hasta su fallecimiento, Zofia Kollesinska. Tengo

también presente a la señora “Wieckowska”, joven esposa del fotógrafo de nuestro Grupo Scout. Oí cómo él le llamó la atención por referirse a sí misma y hasta firmar con “señora”, pienso que la recuerdo por este detalle. Otras personas aparecen muy débilmente y algo confusas, pero a la mayoría no puedo ubicar en mi recuerdo, lo que lamento mucho. Con Marysia Lakoma mantuve correspondencia por muchos años, su hermana Hela murió muy joven, ya en EE.UU., de Wacia no supe nada; de Zosia Pachola recibí sólo una carta de Polonia, cuando todavía estuvimos en Alemania. Me contaba que mi hermano Janek permanecería en Inglaterra, lo que no resultó cierto y que Stas estaría en Polonia, en la ciudad de Lod’z. Tuve cartas por muchos años de Antoni Rebisz, desde EE.UU., del padre Stefan Leciejewski de Alemania (hasta su muerte en 1990) y de mi amiga Hania de EE.UU. tengo hasta el día de hoy. A las tres últimas personas y a mi maestra Kollesinska, conocí recién en el “oboz” de Altenstadt.

En el “oboz” de Pforzheim, detrás de nuestro edificio estaba la cancha encementada de football, el teatro, la piscina y un parque con juegos para niños. En el teatro, asistíamos a la proyección de películas, de las que recuerdo una, con James Masón y también la función del teatro que vino especialmente con una actriz que bailaba rumba; un señor que contaba chistes y un “skech” que yo armé aquí en Lima en varias oportunidades: en el colegio, en las veladas de verano en la playa y lo repitieron mis hijos. En el parque de juegos disfrutábamos jugando al gato y al ratón, a la ronda y otros, y también en el “sube y baja” que a la vez daba vueltas como carrusel.

Un día, mientras daba vueltas, resbalé del columpio y caí al suelo con un brazo levantado, recibiendo en éste un fuerte golpe con el asiento que me hacía contrapeso y que giraba rápido, impulsado precisamente por mí y por Wacka mi compañera del juego de aquel día. Me dolió muchísimo; tragándome las lágrimas regresé a nuestra habitación y le conté a mamá lo ocurrido. En este caso como en la apendicitis de Stas en Varsovia, mamá no fue acertada en aliviar el dolor de mi muñeca. Primero, quería

enderezármela mientras yo gritaba de dolor; luego la frotaba no sé con qué y yo me retorcí. No podía dormir de noche, no encontraba cómo colocar mi brazo, porque me dolía en cualquier posición en que lo pusiera. Mamá decía que no podía estar roto, porque no estaba hinchado, sin embargo yo no lograba sostener entre los dedos ni siquiera la tarjeta de nuestros almuerzos y, andaba cargando mi mano y el antebrazo como si fuera una muñeca.

Finalmente, acudimos a la enfermería y de allí nos remitieron al hospital de la ciudad, en una ambulancia. En el hospital tomaron radiografías de mi mano, y al comprobar que estaba fracturada, procedieron a enyesarla inmediatamente. Le explicaron a mamá que la fractura se había desplazado y, que para arreglarla y enyesarla bien, necesitaban aplicarme anestesia, pues el dolor sería muy fuerte. Viví una odisea, temía quedarme sola con todos estos alemanes, y al sentirme amarrada a la camilla me dominó el terror.

Cuando la enfermera me colocó la mascarilla y sentí el olor del éter traté de defenderme. El colmo lo produjo, la risa de la enfermera ante mis frustrados intentos de liberarme; me imaginé que me estaban matando con gas y empecé a gritar. Enseguida soñé que estaba a bordo de un barco y éste se columpiaba sin cesar, lo que me producía fuerte dolor de cabeza y náuseas. Yo empecé a vomitar, primero sobre la barandilla del barco, luego ya consciente, en el recipiente que sostenía la enfermera alemana. Debo haberle mirado con tal odio que ya no reía. Mi brazo estaba enyesado hasta el codo, incluso la mano; creo que le hubiera pegado con el yeso si ella volvía a reírse. Regresamos al “oboz” en la misma ambulancia y yo seguía vomitando; después dormí el resto del día.

Nuestras bajadas a la ciudad tenían siempre algún motivo, felizmente no como el de mi brazo. Varias veces fui con mamá a casa de una joven señora que se dedicaba a tejer chompas. Tenía un niño pequeño al que vi siempre sentado en una alta silla con el potito desnudo dentro del hueco del asiento, debajo del que se encontraba el bacín.

Parece que la señora tejía todo el día y lo hacía como una máquina, porque la chompa de mamá la tejió en unos días y muy bonito, aun en Lima mamá usaba aquella chompa. Era tipo saco de color marrón, pero en el delantero tenía un detalle en verde, encima del cual habían bordadas unas ramas con lana marrón, incluso estaba tejida con diferentes puntos. Mamá le pagó con latas de alimentos y chocolates, como a la dentista de Ludwigsburg; por fin nosotros teníamos algo que los alemanes no tenían y que necesitaban.

Nuestra vida en Pforzheim transcurrió en la época más linda del año en Europa. Tal vez esto, y la belleza de la naturaleza que nos rodeaba, más las múltiples actividades nuevas de las que yo gozaba, sean los motivos por los cuales ha quedado tan hondamente en mis recuerdos. También el triste viaje y el cambio radical que ocurrió en nuestras condiciones de vida, poco tiempo después, debe haber influido para que recodara a Pforzheim hasta con añoranza.

Un viaje triste

Lo llamo triste hoy, pero cuando lo viví hasta me parecía divertido, salvo por el accidente que sufrió mamá y que me asustó muchísimo.

Nos embarcamos en un tren de carga como aquel que nos trajo a Alemania. Éste tenía cierta ventaja sobre aquél, no nos encerraron y no había cloro en su interior, pero igualmente no sabíamos dónde nos llevaban; sólo sabíamos que no nos llevaban los alemanes, sino “nuestros amigos”, los americanos. También a este vagón lo dividimos en dos, pero felizmente con otra finalidad. A un lado, pusimos todo nuestro equipaje y, en el otro lado, nos ubicamos para dormir, conversar y comer. Fue un viaje largo. Viajamos todo el día y toda la noche, parábamos, retrocedíamos y volvíamos a movernos. Pasamos por un puente en reparación lleno de andamios de madera y muy alto; daba miedo mirar. ¿Sería el que vimos bombardear en Bisingen? También pasamos por una inundación; parecía que el tren navegaba sobre el agua ¿Dónde estaríamos?

Durante la noche, cuando el tren entró a un terreno lleno de vías férreas que se cruzaban y a distancia brillaban luces rojas, algunos hombres saltaron del tren, como aquella vez que nos llevaban los alemanes. Antes de hacerlo decían que estábamos llegando a la frontera y que los americanos nos iban a entregar a los comunistas.

¿Por qué duraba tanto nuestro viaje? Tal vez estaríamos dando vueltas buscando, dónde nos quieran recibir o, simplemente, buscando donde haya rieles sin averías, a consecuencia de las acciones bélicas, o no sabían qué hacer con nosotros.

Ya en el segundo día del viaje, mientras mamá descansaba en el lado del equipaje, porque en el otro había mucha bulla, el tren hizo una brusca parada y un baúl de madera cayó sobre ella rompiéndole la ceja. Mamá sangró mucho y yo lloré asustada; pero ella conservó la calma y contuvo el sangrado presionando la herida y amarrándose toda la cabeza. Impresionaba verla, parecía un herido de guerra, estaba pálida y demacrada. Estábamos sin ninguna atención; no sabíamos dónde estábamos, tampoco dónde nos llevaban, pero estábamos libres.

Rosenheim

Llegamos a un nuevo “oboz”, que esta vez no era más que las barracas de un ex-campo de prisioneros de los nazis. Era muy grande, cerca había otro que se llamaba Stephanskirchen; allí asistíamos a la escuela con la maestra Fonbergowa y, allí se despidió de mí, pero no supe a dónde iría.

Estábamos en la misma barraca con Wacia y recuerdo el episodio de su “volada”, mientras unos hombres arreglaban el enchufe para conectar la pequeña cocinita eléctrica. No sé si jugando o por precaución, varios de ellos se tomaron de las manos, y Wacia, de pura metiche se colocó al final de la fila. Cuando el primero de ellos tocó el enchufe, mi amiga salió despedida contra la pared de enfrente. Después se pusieron a explicar las propiedades y los efectos de la corriente eléctrica, lo que no recuerdo haber atendido, asustada como estaba por lo ocurrido a Wacia.

No recuerdo mucho de nuestra estadía en aquél ex-campo de concentración

nazi. Parece que mucha gente vivía allí antes de llegar nosotros, porque tenían todo muy bien organizado. Mamá entró a trabajar en una cuna o jardín infantil, y yo asistía al colegio; también, por fin, me quitaron el yeso. Mi brazo estaba muy delgado y la mano algo torpe, pero nadie mencionó la palabra rehabilitación.

En Rosenheim sufrí otro accidente, aunque sin consecuencias que lamentar. Una tarde, el fotógrafo que era esposo de la señora Wieckowska y al que mencioné al hablar de los autógrafos que guardo, nos estaba llevando en la moto a ella y a mí y, al tomar una curva, inclinó tanto la moto, que ambas caímos y rodamos por la pista. El paseíto era dentro del campamento y no había otros vehículos que pudieran arrollarnos, pero resulté con arañones a causa del cascajo que cubría el camino y con un buen susto.

Nunca visitamos la ciudad o pueblo alemán de Rosenheim; solo sé que existe, y el gran campo de las barracas existía cerca a ese pueblo.

Altenstadt

Nuestra estadía en el anterior campo parece haber sido transitoria. Orientándome siempre por mi librito de los Autógrafos, sé que estuvimos allí en Octubre de 1946; el invierno que se venía, ya lo pasamos en Altenstadt y también el invierno siguiente.

En Altenstadt, otra vez nos encontramos con un campamento de barracas. Se extendía sobre una elevación alrededor de edificios como los de Pforzheim y Ludwigsburg, o sea, de un cuartel militar nazi, ocupado por soldados americanos. No sé si todos eran negros, tal vez yo sólo recuerdo los negros, porque me llamaba la atención su color, sobre todo de las mujeres.

El cuartel militar y nuestro campamento estaban separados por una alta cerca de alambres de púas, pero aun así, se veía a menudo a mujeres jóvenes junto a ésta, conversando con los soldados. Debe ser que se citaban y se veían fuera del campamento, porque oí el comentario sobre una joven

que tuvo un hijito negro y que el soldado venía a su barraca para ver al pequeño. Nunca vi al niño y tampoco sé qué fue de ellos, pero decían que el soldado pronto sería licenciado y llevaría a su nueva familia con él. Debió ser así, porque tanto el soldado como nosotros éramos libres.

Nuestro campamento no tenía cercas y, le rodeaban bellos prados y bosques; esto era lo que para mí, hacía muy hermoso este lugar.

Los domingos asistíamos a la misa en el cuartel de los americanos. Me obsesionaban los cuellos blancos en las blusas de las señoras negras que se sentaban en la primera fila. Deben haber sido las esposas de los oficiales. Tenían la piel tan negra como el carbón, y tan brillante, que parecía untada de grasa. Yo no podía entender para qué se ponían blusas blancas, si éstas debían estar negras por dentro, y estiraba el cuello para poder atisbar dentro de las blancas blusas de las gordas y negras señoras.

No me di cuenta cuándo se fueron los soldados, y el cuartel fue ocupado por los nuestros. Tenía el tiempo ocupado otra vez entre el colegio, el scoutismo, el ensayo del teatro y la “Cruzada Eucarística” que organizó el padre Stefan Leciejewski. Él fue nuestro profesor de religión en el colegio, nuestro director espiritual y amigo para toda la vida como ya mencioné al hablar de los Autógrafos.

Nuestra Iglesia, en un principio fue una de las barracas especialmente acondicionada, y nuestro párroco un sacerdote gordo, de mediana edad y nada agradable; hasta decían que era mañoso. Cuando se desocupó el cuartel, la Iglesia se ubicó en un amplio local en uno de los edificios y el padre Leciejewski fue nuestro párroco. No sé qué fue del párroco anterior.

Aquella primera Iglesia fue el lugar donde yo recibía, al salir de misa, la cartita de un admirador que me entregaba un chico menor. No sé si esto sucedía los domingos o si yo iba a misa más a menudo. En las cartas siempre había el pedido de vernos para conversar, pero yo iba directamente a los baños, recién allí leía la carta y enseguida la rompía.

Uso el plural, porque eran varios baños o, tal vez, debiera decir que era un baño colectivo; éste era una barraca pequeña de un solo ambiente y alejada de las demás barracas que eran nuestros dormitorios. A un lado había caños con lavaderos de cemento fijos en la pared y del lado opuesto a todo lo largo de la pared, estaban las letrinas de madera como una larga mesa con varios orificios, separados con paredes laterales también de madera y, el frente, sin puerta alguna. Entre la “lavandería” y “los baños” había bastante espacio libre pero obviamente los ocasionales usuarios de ambos podían verse y hablarse sin el impedimento de puertas ni paredes.

Usar esos baños no era complicado ni peligroso, pero mirar dentro del redondo orificio, aunque fuese un instante producía miedo, asco y hasta vómito. Vivíamos en las mismas barracas y usábamos los mismos baños que los prisioneros de los nazis. La diferencia era que no estábamos rodeados de alambre de púas y no había centinelas enemigos, y éramos “libres”.

Un día mamá me pidió que trajera agua con una jarra de fierro enlozado y para cumplirlo tuve que ingresar a aquel baño-lavandería. Apenas abrí la puerta me paralizó el susto. En pleno día, en medio de la lavandería, sentada sobre sus patas traseras estaba una enorme rata. Nos miramos un rato como midiendo fuerzas. Yo fui quien se “batió en retirada” retrocediendo de espaldas, temiendo su ataque. Puedo afirmar, entonces, que mi primer encuentro con una “linda plomo/plata ratita” fijó en mi mente el recuerdo de un aspecto de nuestra vida en Altenstadt.

También recuerdo, algo a lo que en su tiempo yo no prestaba atención,



*Nuestro pequeño colegio
“Tadeusz Kosciuszko, en
Altenstadt*

cómo eran nuestras habitaciones. Cada barraca tenía dos habitaciones chicas, uni o bipersonales en cada extremo, y luego, a todo lo largo había cuartos grandes donde se ubicaban varias familias, separando sus pequeños “ambientes familiares”, colgando frazadas a modo de paredes. Primero, vivíamos en una barraca en el extremo del “obóz”, cerca de la curiosa edificación que llamábamos “Monte Casino”. Creo que aquella barraca era muy fría, pues recibía el viento de un enorme campo abierto y seguramente del norte, aunque yo nunca supe la posición de nuestro campamento respecto a los puntos cardinales. Como yo me resfriaba con frecuencia, nos cambiaron a una barraca en el extremo opuesto, donde se extendía un hermoso prado tachonado de flores silvestres y un bosque que en verano se llenaba de deliciosas zarzamoras, arándanos negros y rojos, frambuesas silvestres, y muchas variedades de hongos. Como en la barraca anterior aquí vivían también varias familias. De la anterior, sólo recuerdo a un matrimonio que me parecía extraño porque el señor era muy alto, delgado y feo y la señora era pequeña y muy simpática, pero el niño que tenían era una belleza de criatura que andaba de “ambiente en ambiente” haciendo travesuras que a mí me divertían mucho, pero hacían renegar a una solitaria señora, a la que el papá del niño llamaba solterona, por lo que la esposa del señor le pedía perdón a la ofendida y siempre de mal humor... señora “solterona”.

En la nueva barraca teníamos numerosos “vecinos” a quienes recuerdo muy bien. Una señora joven con una linda bebida y una triste historia detrás, una señora sola y algo mayor que mamá, una pareja que más tarde se casaron y mamá fue testigo de su matrimonio, una señora de pelo rojo y muy pecosa cuyo esposo era miembro de los guardias que cuidaban a los prisioneros alemanes y venía muy poco a “casa”. Después de un tiempo, la señora tuvo un hijito muy pequeñito, al que mamá amadrinó en el bautizo y el cual murió antes del año, cuando nosotras ya estuvimos en el Perú. Durante alguna de esas ocasiones vi a mamá ponerse un prendedor de plata, en forma de una flor, el cual decía era del Perú y era de filigrana, cosa que yo no conocía. Creo que ya en Lima no volví a verlo, y pienso que

mamá se lo obsequió a alguien antes de emprender nuestro viaje al Perú, Mamá y yo ocupábamos la esquina con la ventana que miraba a los floridos campos en verano, pero blancos y fríos en invierno, por lo que mamá se esmeraba lo mejor que podía en volverla hermética y rellenar con cuanto trapo pudiera juntar, el boquete que presentaba la pared al lado de mi cama, aunque no la atravesaba hacia el exterior.

De nuestra alimentación recuerdo como acontecimiento feliz a nuestro comedor de niños de Ludwigsburg, porque compartíamos alegría y sabrosa comida después de largo tiempo de “esclavitud”. En cambio no sé si teníamos un comedor en

Altenstadt o, si sólo recogíamos la comida. De Pforzheim, sé que había un comedor infantil, porque lo dirigía mi mamá y otro de adultos, porque lo administraba el papá de mis amigas Lakomy, pero ni siquiera recuerdo cómo era. Pienso que esto se debe a mi eterna falta de apetito que tanto preocupaba a mamá.

Volviendo a las cartas de mi amiguito, yo conocía al muchacho de lejos. Sabía su nombre, ya que lo leí en la firma de las cartas muchas veces. Él se llamaba Andrzej Szelag y era pelirrojo, era amigo de los chicos de Hela Lakoma y Wacka Marchewicz y siempre andaban los tres juntos. Yo era muy amiga de ambas, creo que sabía ser buena amiga de varias chicas



Padre Stefan Leciejewski, en sus bodas de plata sacerdotales.

a la vez. Ahora mismo, recuerdo las caras de algunas compañeras de la escuela y del scoutismo, pero no recuerdo sus nombres. Debe ser porque una vez separadas no nos escribíamos. Nunca llegué a hablar con Andrzej a solas y no recuerdo cómo y cuándo cesaron las cartitas, parece que tampoco las extrañé; tenía muchas actividades que me ocupaban todas las horas del día, cada día.

La escuela primaria “Tadeusz Kosciuszko” también ocupaba una barraca. Fue nuestro colegio en este mismo lugar hasta el final de nuestra estadía en Altenstadt. Cuando llegué allí yo era “la nueva” y sentía todos los ojos sobre mí. Creo que por eso mi primer examen en aquella escuela debía ser perfecto. ¡Puse todo mi empeño, y resultó!

Me gané el respeto de mis nuevos compañeros y la simpatía de la maestra que era la señorita Zofia Kollesinska a quien recordé en mis Autógrafos como Reguska, quien no olvidaría a su alumna, aunque nos separaría una gran distancia por cuanto ella emigraría a EE.UU. y nosotras al Perú. Nos escribíamos regularmente casi treinta años; pienso que hasta su muerte.

Nuestra escuela “Tadeusz Kosciuszko” debe haber tenido un magnífico plantel de maestros, con el director al frente, porque no sólo nos impartían la instrucción; también se preocupaban por nuestra cultura general con frecuentes excursiones a lugares de interés histórico y participaciones en actividades de otras comunidades polacas.

Visitamos uno por uno los palacios del rey Luis de Baviera. Tal vez por mi desconocimiento del idioma alemán, no recuerdo los nombres de los castillos; pero en cambio, puedo describir a cada uno de ellos. El primero se encontraba en una isla en el Chiemsee. Iniciamos el viaje en tren, luego seguimos en un barco pequeño por el lago y, al desembarcar en la isla, caminamos por un ancho sendero del bosque hasta llegar a los jardines del palacio. En medio había una fuente redonda, muy grande alrededor de la cual había figuras de animales que vertían agua al interior de la fuente; al medio destacaban figuras más grandes.

Jugamos por un largo rato alrededor de la fuente porque tuvimos que esperar que saliera el grupo que había ingresado anteriormente. El sol estaba fuerte, me acaloré mucho, me quité la casaca y la colgué sobre uno de los animales de la fuente. Cuando nos llamaron para ingresar al palacio, olvidé recogerla y, al salir ya no la encontré. No creo que demoráramos mucho, porque, si mal no recuerdo, este palacio era el más chico de los tres que visitamos.

El siguiente paseo similar fue al palacio de Neuschwanstein. Fuimos en tren y caminamos bastante, en medio del parque que era prácticamente un bosque. Al pasar sobre un puentecito, nos enseñaron una piedra al borde de la profunda barranca con las huellas de dos pies humanos hundidos en ella. Nos contaron que eran las de un santo (no recuerdo su nombre) que voló de un lado a otro y dejó las huellas en la piedra para perennizar su milagro. El palacio tenía varios pisos, torres, y las habitaciones estaban adornadas con pinturas murales de brillantes colores. En este palacio faltaba terminar la decoración de varias habitaciones, porque el rey murió ahogado, junto con su médico de cabecera, cuando los dos se fueron a pasear por el lago a bordo de un bote. Su muerte seguía siendo un misterio.

De un tercer palacio, lo que más quedó en mi memoria fue el gran lujo, mucho dorado, y el cuarto de los espejos donde me podía ver reflejada un sin número de veces, porque se reflejaban unos en otros, sin fin.

Un día fuimos a visitar un museo en la ciudad de Augsburg; recuerdo el momento en que distraída por mirar algo, no me fijé en qué calle dobló el grupo y me sentí perdida. ¡Vaya susto que pasé! Felizmente mi querida maestra volvió sobre sus pasos y me rescató de la desesperación que ya empezaba a dominarme.

Otra excursión inolvidable fue la que hicimos al pueblo de Oberammergau. Visitamos un teatro donde cada cierto número de años se representa la pasión de Nuestro Señor, protagonizada por los habitantes del pueblo. Un

año antes de la representación, los personajes de la obra se dejan crecer el pelo y la barba como lo exigen los papeles que van a interpretar en la obra. El escenario es rotatorio, de modo que mientras adelante se presenta una escena de la obra, atrás ya se prepara la escenografía de la siguiente. El guardarropas del teatro es impresionante; hay cientos y cientos de trajes de la época para los diferentes personajes de la historia sagrada.

¡Qué pena que nuestra visita no fue en el año de la representación! La escenificación de la pasión de Cristo por los habitantes de aquel pueblo, es en cumplimiento de una promesa colectiva, en el año que el pueblo fue diezmado por la peste, y la promesa detuvo la propagación del mal.

Nosotros, también hacíamos representaciones teatrales, pero del nacimiento del Niño Jesús. No sé quién escribía el guión que nos ensayaba mi maestra, la señorita Kollesinska, quien también dirigía la confección de los vestidos; ciertamente muy pobres, pero con mucha inventiva. Nos reuníamos en su cuarto de una barraca como todas las demás, donde vivía con su hermana mayor, una amiga de ambas y con su hermano. Mi maestra y las maestras de otros salones no sólo reunían su ropa útil para vestir a los ángeles, reyes, pastores, danzarines y a la Sagrada Familia, sino comprometían en esta colecta a todas sus amistades. Los blancos trajes de los ángeles eran en su mayoría, las batas y los camisones de las señoras más elegantes del “oboz”; las alas de los ángeles eran de cartón tachonadas de papel blanco; las aureolas eran vinchas con estrella para la frente de los ángeles y las confeccionábamos con cartulina y papel dorado. Mi amiga Hania era el arcángel y tenía una estrella más grande y más bonita, pues ella anunciaba el nacimiento del Redentor a los pastores, advertía a los reyes magos y consolaba a la huerfanita, además presidía el coro de los ángeles junto al pesebre de Jesús. La vestimenta de los reyes magos era un invento de mi maestra en base a las frazadas, poniéndoles filos de papel dorado, lo mismo que todo lo que lucía oro o bordados en todos los trajes. En mi papel de reina, (esposa de Herodes) yo vestía un brillante mantón como capa real; en el de la pobre huerfanita me cubría con un viejo chal de lana de mamá

y como danzante del baile “goral” de la región de los Cárpatos, creo que sólo la ropa interior era mía. Nos probábamos las faldas, los chalecos, los floreados pañuelos para la cabeza, los mandilitos y las zapatillas que la maestra ya tenía reunidos, y usábamos lo que nos quedaba a cada una. Luego procedíamos a aplicar los papeles de colores en los blancos pantalones de los varones, que no eran más que los calzoncillos largos de los que suelen usar los hombres en el crudo invierno europeo. Cosíamos cintas de colores a nuestras zapatillas, para enrollarlas cruzadas sobre las medias blancas hasta la rodilla. Aquí, la inventiva trabajaba al ciento por ciento, y el resultado era fabuloso; lo atestiguo con las fotos que conservo. Es una lástima que no sean a colores.

Hania era muy amiga mía a pesar que nos conocimos recién en Altentadt. Es la única amiga de aquellos días con quien mantengo correspondencia hasta ahora. Al acercarse las fiestas de Navidad o de Pascua de Resurrección, comentamos nuestras vivencias en la lejana Alemania, cuando para tener el desayuno con sabor a Pascua, las dos íbamos en busca de huevos para pintarlos y poder tener las tradicionales “pisanki” y las salchichas, que nos hicieran sentir que era fiesta. Evidentemente en el “oboz” nos daban de comer, pero para nada se preocupaban por nuestras tradiciones culinarias. Hania hablaba el alemán y se



**Zofia Roguska, mi profesora
y protectora en Altentadt**

ingeniaba muy bien para que en las pequeñas tiendas del pueblo nos cambiaran los chocolates o los chicles, por lo que nosotras necesitábamos. Otras veces, visitábamos a los “bauer” con la misma finalidad y no faltaba ocasión en que teníamos que correr de los perros, que si bien ladraban mucho, nunca nos hicieron daño. Hasta el día de hoy, jamás me mordió perro alguno.

También bajábamos al pueblo para ir al cine. No lo hacíamos muy a menudo y yo recuerdo haber ido sólo una vez con Hania. Ya en el cine, nos encontrábamos con su enamorado y un amigo de él, a quien yo conocía; ambos eran licenciados de la unidad que custodiaba a los prisioneros nazis. Tal vez el encuentro fue arreglado, nunca lo supe, porque no lo pregunté. En el camino de regreso, atravesando un campo cubierto de nieve para cortar camino, el muchacho trató de besarme, y lo rechacé violentamente; nunca más quise ir al cine con Hania. Creo que Hania se casó con aquél enamorado, pero no puedo asegurarlo; tampoco sé su nombre ni del amigo que lo acompañaba. Yo tenía tan solo catorce años y debo haber sido muy seriecita, aunque al mismo tiempo sabía ser buena amiga de mis compañeros. No me negaba a ayudarlos con las tareas, ni a participar con ellos en los bailes y representaciones teatrales que montábamos. Por ello, creo que no era huraña, más bien conservadora, como era mi madre y me enseñaba ser mi madre.

Al repasar esta etapa de mi vida me pregunto a mí misma ¿cómo pude ser tan amiga de Hela, Wacka y Hania, siendo tan diferente a ellas?. Esta diferencia solo la veo ahora que miro de lejos nuestra amistad; en los días que estuvimos juntas nunca lo pensé.

Hela era de mi edad pero parecía mayor, tenía el cuerpo de una señorita, ojos celestes, pelo rubio claro, ondulado y lo usaba suelto; era muy atractiva y algo coqueta. Igualmente Hania parecía ya una señorita, tenía la tez ligeramente capulí, grandes ojos azules y pelo castaño siempre suelto. Wacka me llevaba un año, era delgada, de pelo oscuro, ondulado y lo usaba corto; no era muy atractiva físicamente, pero sabía ser simpática y

conversadora. La que hoy veo más parecida a mí, es a Marysia, la hermana menor de Hela. Marysia era muy diferente a Hela en todo. A pesar de aparentar mas edad de la que tenía, era sencilla, alegre, tenía los ojos oscuros, el pelo rubio y usaba trenzas como yo. En el colegio iba al salón un grado más abajo que nosotras. Hania no era del agrado de las demás; no eran sus amigas, sólo conocidas, pero nunca me hicieron problema por ser amiga también de Hania, yo sabía que ella me necesitaba. Al poco tiempo de mi llegada al Perú, me escribió el padre Stefan que Hania esperaba un hijo, ella tenía sólo dieciseis años. Siempre por el padre supe algo de esta historia, pero Hania nunca me escribió cómo ocurrieron las cosas. Me envió una foto con el esposo y varias con sus dos hijitos hombres; luego calló un tiempo y volvió a escribirme desde los EE.UU.

Hania quiso ser el arcángel en la representación de la “szopka”, y la verdad, yo me ingenié para conseguirle el papel recomendándola mucho con nuestra maestra que me complació a regañadientes, pues Hania no era muy buena alumna. Marysia y Hela también emigraron a EE.UU. y Marysia me escribía por un largo tiempo; así supe la muerte de Hela- a los pocos años de casada- de una dolorosa enfermedad a la columna, creo que fue cáncer. Sus padres sufrieron terriblemente, pues no tuvieron siquiera el consuelo de un nieto, hijo de Hela. Marysia se casó con un polaco y tiene cuatro hijos, tres hombres seguidos y una mujercita, igual que yo. Hemos intercambiado fotografías que aún conservo, pero son de la época en que nuestros hijos eran pequeños, ya hace muchos años que no tenemos correspondencia, ni sé cómo se interrumpió.

En una oportunidad fuimos a ofrecer la función en el cuartel de los vigilantes polacos de los campos de prisioneros alemanes. Los jóvenes estuvieron muy contentos con la “szopka” como llamamos a la representación y nos aplaudieron con entusiasmo. Como la última escena reúne en el pesebre a todos los participantes, yo quedaba en mi papel de huerfanita que es la última en llegar, después de los pastores; parejas danzantes de “krakowiak” y de “goral”, y reyes magos. La pobre huerfanita debe haber despertado

mucha ternura y fue agasajada y obsequiada por el oficial en Jefe del Grupo, quien en poco tiempo, después de la disolución de su unidad, se casó con mi maestra y el apellido de ella cambió a Reguska.

Seguramente no había muchas chicas dispuestas a actuar en público, porque yo hacía diferentes papeles, hasta de bailarina “clásica”. Lo digo por nuestra actuación en un pueblito muy lindo, habitado sólo por polacos. Todos vivían en casas unifamiliares, y no en un campo de barracas como nosotros. Pero esto no tenía ninguna importancia y menos comentario alguno, durante nuestra visita allí ni después de ésta. Fuimos recibidos con mucho afecto y alojadas en casas de las familias que residían allí, pero no sé cómo se llamaba el pueblo.

El vestuario de “las bailarinas” merece un nuevo comentario; otra vez hubo mucha inventiva como en el caso de la Szopka. Salimos a bailar cada una con su fustancito sobre el cual llevábamos una falda hecha de tiras de papel cometa blanco, en varias capas superpuestas. Pienso que debe haber sido una larga velada en la que estábamos participando, mas no recuerdo los otros números, ni el motivo de la fiesta que celebrábamos allí.

Cuando pusimos en escena una obra contemporánea no tuvimos problemas con el vestuario; sólo era cuestión de vestirnos con la ropa de nuestros mayores. No recuerdo el nombre de esta obra, sólo recuerdo su trama. Era la vida de una familia donde la madre estaba enferma y el padre alcohólico y, los hijos pasando las de Caín; unos sufriendo el abandono y otros siguiendo mal camino, hasta que muere la madre y desde el cielo viene a rescatar al esposo del alcohol que lo dominaba y dirige a los hijos hacia su propia redención. Hice el papel de la madre de familia y mi maestra me felicitó; yo estaba muy satisfecha y hasta mamá que siempre me pedía más y más, parecía estar orgullosa de mí. Creo que fue el padre Leciejewski quien escribió este drama en tres actos que fue muy aplaudido por los asistentes, tanto que lo repetimos varias veces.

Aquella obra, la presentamos en el amplio y cómodo teatro del ex cuartel militar, en cambio la “szopka” anterior la representamos en una barraca. Pero una barraca especialmente acondicionada, convertida en un solo ambiente grande, con escenario y con las sillas colocadas como en cualquier platea. En este mismo ambiente se organizaban las reuniones sociales de nuestra colectividad, como asambleas, tómbolas y bailes.

Siempre con nuestra maestra participamos en un campamento internacional organizado por la YMCA. Se parecía mucho al campamento scout en el que participé en Pforzheim. También aquí encontramos las carpas armadas y también fue todo un desafío la decoración de las entradas y el orden dentro de las carpas. El campamento de las mujeres estaba en un extenso prado, flanqueado por bosques en ambos lados.

El de los varones se encontraba al otro lado del bosque, y ellos venían al nuestro sólo de visita. En las mañanas nos dedicábamos a ordenar las carpas y todo el campamento, teníamos charlas y un pequeño descanso con refrigerio. Mi carpa era la estrella del campamento, no en vano en ella dormía nuestra maestra. El almuerzo llegaba de afuera, y para recibirlo formábamos una ordenada cola por nacionalidades.

En las tardes nos dedicábamos a juegos de pelota y, para recordarlo mejor, tengo en la mano derecha el dedo anular torcido por un golpe de pelota al jugar “dos fuegos”. Las noches eran verdaderamente internacionales, con concursos de bailes, canciones y trajes regionales.

Nos sentábamos alrededor de la fogata en grupos por nacionalidades. Una noche en la que participamos interpretando la canción “czerwony pas” propia de las serranías de los Cárpatos polacos y muy conocida en toda Polonia, sucedió algo desagradable. Cuando terminamos de cantar, que por cierto lo hicimos muy bien, el grupo de las chicas ucranianas gritó a coro: “para otra vez no toméis melodías ucranianas”. Lo dijeron en ucraniano y, nosotras contestamos también en su idioma: “para otra vez, por favor callarse” y terminó el incidente; pero nosotras ganamos el primer premio.

En este campamento pasó algo con Hela. Aquel día se quedó en cama (catre de campaña) porque decía estar algo resfriada, mientras las demás seguíamos con nuestras actividades. A la verdad, yo no presencié el hecho de cerca, pero alguien llamó a mi maestra para avisarle que en la carpa donde estaba Hela, había un visitante varón y que no era del campamento contiguo. Sé que la señorita Kollesinska le conminó a que se retirara inmediatamente, y luego, al increpar a Hela su conducta se encontró con un ataque de histeria. Supe que el visitante era su enamorado, Rudolf; un muchacho mayor, que no era de nuestro grupo ni mucho menos participante en el campamento. Yo lo conocía de vista y por las referencias de Hela y de Wacka. Marysia, la hermana de Hela estaba indignada y sacudía a su hermana diciéndole que no fingiera más y que contaría todo esto a sus padres. No recuerdo, o tal vez no supe qué pasó después; solo que Hela abandonó el campamento por “estar enferma”. Aquel Rudolf era su enamorado clandestino ante los padres, porque el enamorado conocido era uno de los tres amigos que andaban juntos, y entre ellos estaba el chico de Wacka y el que me escribía las cartitas “de la Iglesia”. Supe por Wacka que este doble juego de nuestra amiga la llevó a otro ataque de histeria cuando un día los dos enamorados llegaron a enterarse el uno del otro y juntos enfrentaron a Hela. Ella corrió a casa de Wacka y allí hizo tal escena, que nadie podía entender qué pasaba. Al principio creyeron que fueron los señores Lakomy que se habían peleado y la hija estaba desesperada, pero cuando desenredaron la caótica narración de Hela, la mamá de Wacka le dio todo un sermón. Después la acompañó a su casa diciendo allí, que Hela se había sentido mal mientras estaba en su casa. No es pues exageración, que yo la considerara coqueta, aunque no presencié ninguno de los dos sucesos. Lo que presencié era la época de sus “desmayos”. Los primeros sucedieron en la Iglesia, durante las adoraciones del Sepulcro en la Semana Santa, y luego en una excursión scout, en plena marcha por la carretera, pero esta etapa pasó pronto y se dedicó a los enamorados. Tal vez sea cierto que los que viven muy a prisa como quemando etapas, son los que no tendrán una larga vida para disfrutarla, Hela murió muy joven, a los veintiséis años. Esto me lo comunicó su hermana Marysia desde los

Estados Unidos, donde emigró toda la familia a los pocos años de mi viaje al Perú.

Además de las actividades de la escuela yo tenía mis actividades “privadas”. Gozaba de un afecto muy especial de mi maestra, quien cada vez que salía de viaje a otra ciudad para visitar sus amistades me llevaba consigo. Los viajes eran obviamente durante los fines de semana, pero siempre teníamos lecciones para repasar, lo que yo hacía durante el viaje o antes de partir. Mi maestra no me perdonaba ningún descuido, y en la clase me trataba como a todas las demás alumnas. Durante el regreso de un viaje a München, hubo problemas, cambiamos de tren y llegamos con las justas para asistir al colegio. Yo no había repasado nada, estaba preocupada, pero no creí que la maestra me iba a tomar la lección después de todos los inconvenientes que pasamos juntas. Me equivoqué. Llamó a dos o tres alumnos antes que a mí, y desgraciadamente ellos no sabían la lección, yo fui la siguiente. Me paré, permanecí unos segundos callada. Ya se oía el murmullo: “no sabe”. Yo hacía memoria tratando de recordar sólo lo que quedó en mi mente durante la explicación de la maestra en la clase anterior, y salí airosa. Creo que hasta sudé del esfuerzo, pero nunca más corrí semejante riesgo.

Pienso que otra muestra más del afecto que me profesaba la señorita Kollesinska fue mi inclusión en el grupo de maestros que estudiaban inglés en las noches. Varias veces a la semana venía un profesor que yo no conocía, y en la dirección de nuestro colegio dictaba clase a los profesores de nuestro plantel. Pienso que eran clases voluntarias y puede ser que remuneradas, pero yo fui la invitada de mi profesora y la única alumna entre todos estos profesores. Me sentía agradecida y obligada a hacerle quedar bien a mi profesora.

En aquella época, yo era devoradora de libros; sobre todo los de Henryk Sienkiewicz. Cuando sacaba un libro de la biblioteca de la escuela, no paraba de leerlo ni de noche. Así recorrí a “Caballeros Teutones”, “El Diluvio”, “A Sangre y Fuego” y “El señor Wolodyjoski”.

De nuestro gran poeta Adam Mickiewicz leí el libro/poema “Pan Tadeusz” y los “Poemas de Krimea”. También leí algunos libros futuristas, que al recordarlos me doy cuenta que lo que cincuenta años atrás se llamaba fantasía, hoy es largamente una realidad. En la lectura, fui motivada siempre por mi maestra quien me instaba a leer un libro ordenadamente y no saltando como era mi costumbre, para recién después, leerlo de principio a fin.

No sé si mi afición a la lectura fue por herencia o por el ejemplo, pues todavía en Varsovia, al despertarme algunas noches, veía a mi madre sentada junto a la mesa leyendo con la débil llama de nuestro lamparín a kerosene. Yo le preguntaba qué era lo que leía y recuerdo uno: “Milosc przychodzi kiedy chce”, lo que textualmente es: “El amor viene cuando quiere”, pero más bien debería traducirlo como: “para el amor no hay edad”. Ante mi insistencia, mamá me contaba, a veces, y otras decía, que yo lo leeré cuando sea mayor, como en el caso de “Lucrecia Borgia”; no llegué a leerlo nunca.

También me agradaban los cuentos que relataba mamá a mí y a mis amigas. Los cuentos que a ella le contaba su abuela y de quien mamá hablaba siempre con mucho cariño. Entre aquellos cuentos, unos tenían mensaje moral y otros hasta insinuaban el futuro. Algunos que recuerdo, los conté a mis hijos en su niñez como: “La señorita Eulalia”, “Las tres hermanas” y “El buen Juanito”, pero de otros, sólo fragmentos aparecen en mi mente que no puedo hilvanar.

Mamá cantaba muy bonito, su voz era suave y tímida como su carácter. Una de las canciones de mamá la escenificamos en el colegio, hablaba del sol de la vida. Primero, sobre una mariposa luchando por sobrevivir con el ala rota, hasta el momento en que su rayito de sol desaparece detrás de los montes. Después sobre un ciervo alcanzado por el disparo del cazador que trata de vivir, hasta que su rayito de sol también se oculta en el horizonte. El tercero es un alto y hermoso abedul abatido por un rayo durante la tormenta y que, sólo sucumbe y se dobla al suelo cuando

su rayito de sol desaparece del cielo. Luego la canción habla que cada hombre tiene su propio sol y, cuando éste se apaga, ya no quiere vivir, porque sin sol la vida no puede existir.

Nuestra maestra preparó los diferentes cuadros en la escena, nosotras cantamos e interpretamos a cada uno de los personajes, al final salimos todos juntos a cantar la última parte; fue muy bonito y nuestros padres aplaudieron bastante. También aprendí de mamá otras canciones que después enseñé a mi hijita y que ella recuerda hasta hoy. Espero que también las enseñe a sus hijas.

Desde muy pequeña mamá me llevaba al teatro. Ya mencioné la obra sobre las muñecas en el Gran Teatro de Varsovia antes de empezar la guerra, pero recuerdo también fragmentos de otras como la escena en que un “príncipe” canta el “O sole mío” bajo la ventana de una princesa, por supuesto en polaco: “Znam jedno slonko co cudnie Isni...” Y esto no era en el Gran Teatro, fue en uno de Stare miasto y ni siquiera sé si ha sido antes de la guerra o durante la ocupación. Los fragmentos de las poco conocidas canciones de Chopin que recuerdo, no sé si las oí en alguna obra o las oí tararear a mamá. Bueno, no puedo afirmar si mamá tenía algún talento artístico, pero sí que amaba el arte y hablaba de ballet y de óperas con verdadero ardor.

Cuando la señorita Kollesinska estaba enferma y se quedaba sola en casa (los demás de su familia trabajaban en las oficinas administrativas

*La representación
de la Navidad,
último acto de
(cinco)*



del “oboz”) yo iba a acompañarle avanzando allí mis tareas. Su hermano venía a buscarme y a pedir el permiso de mamá. Él era un señor ya calvo, debe haber sido el mayor o tal vez su hermana Bronia; no sé, pero mi maestra era la menor de los tres. Era joven, delgadita, de pelo negro, ojos negros y piel más oscura que la mayoría de nosotros. Era muy delicada de salud, se resfriaba con frecuencia y tenía que guardar cama; es por eso que yo iba a acompañarle. Yo no recuerdo haber sido enfermiza, pero me molestaban los orzuelos, generalmente en invierno. Recuerdo que durante una excursión yo viajé con el ojo tapado como un pirata para que el orzuelo no se pasmara por el frío. Otras veces, la maestra me prestaba su sortija de oro, yo la frotaba y una vez caliente la ponía en contacto con el orzuelo; decían que esto ayudaba a “madurar”. También mamá trataba de curarme con cataplasmas calientes y lograba que el orzuelo madurase y reventase. Todo esto era bastante molesto y doloroso para mí y demoraba varios días.

El Grupo Scout de Altenstadt era mucho menos activo que el anterior, pero teníamos reuniones, marchas, optábamos grados y yo iba subiendo también en los cargos. Entre el año 1945 y 1948, pasé de ser Lobato a Scout, Guía de Lobitas, Subjefa de la Tropa y al final Tesorera del Grupo.

A un costado del “oboz” sobre una elevación se encontraba una maciza edificación. Nunca supe para qué servía, era de concreto; a primera vista parecía un fuerte. No tenía ambientes como para habitarla, más bien todo su interior era amplio y de fácil acceso. Lo llamábamos: “Monte Cassino”, porque realmente semejaba una fortificación sobre la cima de la montaña como aquella en Italia, donde lucharon soldados polacos obteniendo un sangriento triunfo y cientos de ellos quedaron para siempre en tierra italiana.

El día que recibí sorpresivamente el cargo de Subjefa de la Tropa Femenina del Grupo, la reunión de las dos Tropas, femenina y masculina, se llevaba a cabo en el amplio interior del edificio de la colina. Era la primera reunión

del Grupo completo, que funcionaba aún sin cargos, y estaba presente un delegado del Scoutismo polaco de la región. Al oír mi nombramiento me sentí asustada, miré a mis compañeras y no me gustó nada lo que vi en sus caras. Había chicas mayores que yo, y tal vez con más aptitudes para el cargo, me acobardé a la hora de salir adelante para recibir la felicitación; me quedé en mi lugar de la fila y creí que con esto expresaba mi rechazo al nombramiento.

Me equivoqué, en la primera reunión de la Tropa con nuestra flamante Jefa, recibí la ratificación del cargo, pues sin preguntarme el porqué de mi actitud anterior me llamó adelante y me felicitó efusivamente. Estaba hecho, de allí en adelante yo organizaría las reuniones semanales en las que repasábamos el cancionero scout, practicábamos los primeros auxilios, el alfabeto morse, los signos de la “búsqueda” y charlábamos. Las reuniones con el grupo completo y las excursiones fuera del “oboz” las presidía la Jefa de Tropa, también tomaba el examen de lo que practicábamos en las reuniones semanales.

En la misma época opté por el siguiente grado en el escalafón Scout y fui llamada por el Jefe del Grupo para hacerme cargo de la tesorería. No había mucho dinero que administrar, porque el que entraba ya tenía una asignación concreta; en cambio el papeleo tenía mucha importancia, pues para cualquier desembolso, la autorización debía llevar la firma del Jefe del Grupo y la mía. Sucedió no pocas veces que el portador de la autorización se veía en la necesidad de correr de un sitio a otro buscándonos. Aunque el “oboz” no era una ciudad, habían muchos sitios por los que yo me movía. Podría estar en una reunión scout, en la Iglesia con la “Cruzada Eucarística”, con la señorita Kolesinska, en un ensayo del teatro o, andando por el prado y el bosque si era verano, pues adoraba la naturaleza.

Un día dije, mirando el prado tachonado de margaritas, “zabie oczka”, las nomeolvides, violetas, etc.: “ni el rey de Persia tiene una alfombra como la nuestra”, pensando seguramente en la fama de las alfombras persas. A veces permanecía tumbada entre la hierba que me llegaba a la altura de las rodillas y me ocultaba totalmente cuando estaba acostada, hasta quedarme

dormida; lo que sucedió no pocas veces. Cuando iba al bosque con las amigas a recoger arándanos, negros o rojos, frambuesas, zarzamoras u hongos según el tiempo en que cada cual maduraba, pasábamos todo el día allí comiendo las frutas. Regresábamos con las manos negras y rojas y con los brazos y piernas con arañones de las zarzas que así cobraban por darnos sus frutos. Mi manía de echarme entre las flores del prado se repetía en el bosque sobre el suave musgo, donde miraba el azul del cielo a través de las ramas altas de los árboles. También el bosque cobraba por estos lujos, y un día me atacaron las hormigas con tal ferocidad que tuve que desvestirme para ir sacándolas de mi ropa con la ayuda de las amigas, y claro, sufrir las molestas ronchas que quemaban como fuego. Las más dolorosas picaduras nos propinaban las hormigas rojas, las negritas eran menos voraces.

El padre Stefan Leciejewski quien era nuestro profesor de religión, párroco y director espiritual, también era nuestro amigo. Durante sus clases nos daba lecciones prácticas sobre la vida, tanto, que muchas recuerdo y trato de seguir hasta el día de hoy. Tal vez, porque a lo largo de los años he visto cuán útiles resultan. También el padre Stefan tomó delantera en cosas que luego la Iglesia introdujo a nivel mundial. Todos nosotros leíamos las lecturas bíblicas en la misa, hombres y mujeres, también ayudábamos en la misa y aprendíamos a defender nuestra fe con los evangelios en la mano. Lo necesitábamos, pues la post guerra, llena de necesidades insatisfechas, se plagó de sectas religiosas, sobre todo norteamericanas, que ofrecían alimentos y ropa para captar adeptos.

Los bautistas tenían ritos algo diferentes que los católicos. Llevada por la curiosidad y porque varios conocidos se cambiaban de religión, fui a presenciar la ceremonia del bautismo en una piscina. No puedo ubicar el lugar de la piscina; solo una vez vi el bautismo, porque al contarle al padre Stefan él nos dijo que no debíamos participar en ritos de sectas. A mí, me parecía muy interesante y muy parecido a la forma cómo San Juan bautizó al mismo Jesús; pero si el padre decía que no, tendría buenas razones. Además, ellos prácticamente compraban a sus fieles con dádivas, y esto me parecía muy mal.

A veces pienso cómo teníamos tiempo para tantas actividades, porque aquí cuento una más. El padre Stefan organizó la "Cruzada Eucarística" y debe haber sido en respuesta a tantas sectas que andaban propagando sus "verdades". Como ya mencioné, los miembros de la Cruzada Eucarística leíamos las escrituras y ayudábamos en las misas. La organización tenía secciones, cargos y grados, cada uno con deberes específicos y para lo cual rendíamos exámenes. Mi libreta y el distintivo lo guardo con mucho cariño, y de allí copio los grados. Se empezaba como "el paje del señor Jesús", seguía el "aspirante", luego el "caballero" y terminaba con el "apóstol". Las secciones eran: "misioneros", "monaguillos", "del santo rosario" y "servicio social". Los pajes eran niños antes de la primera comunión y, no tenían más obligación que observar una buena conducta, saber las oraciones y asistir a las reuniones. Los otros grados exigían cada vez mayores conocimientos de los evangelios, de la historia de la Iglesia, de la Acción Católica y el manejo del misal con la misa en latín. Como yo ya no entraba en la categoría de paje, juramenté los grados siguientes en este orden: 31 de agosto de 1947, 03 de Octubre del 1947 y 16 de Mayo de 1948. No sé, si por mis conocimientos o el don de mando fui nombrada "Comandante de la Cruzada Eucarística" en la rama femenina desde el momento de su fundación. Mi compañero de clase, Antoni Rebisz era el Comandante de la rama masculina. Una vez alejados, él en EE.UU. y yo en el Perú, "Antos" me escribía durante varios años quejándose que él no podía seguir estudiando y contándome sobre su trabajo en una fábrica. Yo entonces estudiaba interna en el colegio de las madres "Canonesas de la Cruz".

El padre Stefan nos escribía a ambos y en poco tiempo se quejaba que sólo sus comandantes se acuerdan de él, porque el resto de sus queridos alumnos van dejándolo uno por uno. El padre se quedó en Alemania durante muchos años; un tiempo fue trasladado a Polonia, pero pronto recibió el nombramiento de jefe espiritual de los polacos en Alemania, y allí se quedó hasta su muerte. Años antes, el Papa Juan Pablo II lo nombró "Prelado de Honor de Su Santidad", y por esto ostentaba el título de

monseñor. Conservo sus fotografías con ocasión de sus bodas de plata sacerdotales, y también otra de los últimos años con los distintivos de monseñor.

Él y mi maestra, me ayudaban a conservar mi idioma. Nos escribíamos ininterrumpidamente y ellos corregían mis faltas de ortografía, la gramática de mis cartas y algunas palabras castellanas que yo iba usando. Mi maestra me enviaba libros en polaco y como siempre, me motivaba a leer mucho. Cuando terminé la educación secundaria me animaba a viajar a los EE.UU. para seguir estudiando a su lado, pero esto suponía alejarme de mamá. Ella y yo habíamos sufrido bastante con mi estadía en el internado, ya era tiempo que estuviéramos juntas otra vez.

A mis hijos les hablé muchas veces del padre Stefan y cuando mi hija Halina fue a estudiar a Polonia, trató de buscarlo en Alemania. Llamó por teléfono para concertar la cita y le comunicaron que el padre había fallecido unos meses antes, era el año 1990.

Nunca volví a ver al padre Stefan ni a la señora Kollesinska/Roguska, las dos personas que han tenido una gran influencia en mi formación para toda la vida.

Una noticia muy dolorosa

Mamá estaba desesperada al no tener ninguna noticia de sus hijos, se avecinaba la última oportunidad de retornar a Polonia, y esto era también su última esperanza de encontrarnos con Stas. Entre tanto cavilar, se le ocurrió la idea que tal vez su cuñada Stanislawka, en el Perú, sabría algo de Janek, pero, cómo escribirle si no recordaba el número de la casilla. Después de mucho pensar decidió enviar la carta con tan solo: Lima, Perú. Increíblemente, la carta llegó a las manos de la tía Stacha; como llega el destino, cambió el rumbo de nuestras vidas.

Cuando la tía contó cómo recibió el sobre, me pareció casi un cuento. Se encontró en la calle con una conocida suya que trabajaba en el correo; central de Lima y ésta le comunicó que entre las cartas que el correo pone

en vitrina con las direcciones incompletas o destinatarios no ubicables, había una carta para ella, de Alemania. Sin imaginarse siquiera de quién era y llevada por la curiosidad, fue a buscarla al correo; era nuestra carta.

Al recibir el aviso de su respuesta fui a recogerla e iba leyéndola por el camino de regreso ¡Dios mío! Tía Stacha nos comunicaba la muerte de Janek en medio de la guerra, en el año 1942 en Glasgow, Inglaterra. Llegué a nuestra barraca casi ciega del llanto; no podía explicar a mamá por qué lloraba; ella desesperada me arrancó la carta de las manos. Mi madre no se desmayó, no lloró, sólo se sentó con la cara escondida entre las manos y luego trató de acallarme a mí, abrazándome muy fuerte.

Tía Stacha nos informaba también, que el cónsul de Polonia en Inglaterra le pidió datos para iniciar el reclamo de una indemnización ante las autoridades norteamericanas, en nombre de mamá. Ella no pudo proporcionarlas, pero al mismo tiempo que a nosotros, escribía al consulado, comunicándole nuestra dirección actual para que se comunicara con nosotras directamente.



Jan Ciapciak en plena Segunda Guerra Mundial (foto recibida póstumamente)

Pasado un tiempo, un oficial del cuerpo jurídico americano nos buscó y se entrevistó con mamá. El resultado de aquella entrevista entristeció mucho a mamá, porque cualquier pago que le hicieran las autoridades correspondientes sería en un lugar definitivo de nuestra residencia, siempre que no fuera Polonia. Era la época de la “guerra fría” y ellos no tenían relaciones con Polonia, le proponía emigrar a los EE.UU.

Muchos de nuestros paisanos se

alegrarían con ello, mamá no. Le asustaba el desconocimiento del idioma y todo lo relacionado con aquella cultura. Su idea fija era encontrar a su hijo y regresar a Polonia. Ya la esperanza de encontrarse con su hijo mayor murió, sólo le quedaba pensar en el siguiente que era Stas, y éste debía estar en nuestro país, si vivía.

Cuando en nuestro “oboż” citaron a todos a las oficinas administrativas para empadronarnos según el país que escogiéramos para emigrar; mamá contaba que se empadronó en primer lugar a la Luna y en segundo a Honolulu. Nunca supe si sólo fue una broma de ella al contarle, ó si realmente había contestado así a las preguntas del empadronador.

Mientras tanto, las cartas iban y venían entre la tía y nosotras; la correspondencia la llevaba yo, tenía muchas ganas de conocer a mi lejana familia. Mi prima Krystyna ya estaba casada y nos enviaba fotos de ella, de su esposo, de su bebé y también las de tía Stacha y tío Franek. La tía nos animaba a viajar al Perú y ya iniciaba los trámites ante las autoridades peruanas para que nos incluyeran en la cuota de inmigrantes que el país había ofrecido para los refugiados y desplazados de la II Guerra Mundial. Me enteré posteriormente que el Perú recogía su cuota entre los refugiados ubicados en Italia, ya que el costo era menor al embarcarlos directamente de Génova o Nápoles. A nosotras, tenían que traernos primero a Italia y luego mantenernos allí hasta la partida del barco.

La propuesta del abogado americano fue concreta: “Sí Ud. pide una indemnización mayor de diez mil dólares deberá iniciar un juicio, pero si solicita sólo diez mil, le serán adjudicados automáticamente. Al llegar a su destino, usted escribe a la siguiente dirección y todo será resuelto favorablemente”, y le entregó una dirección. Saltando muy adelante en este relato, tengo que añadir que nada quedó resuelto.

Tía Stacha seguía escribiendo y notificándonos los adelantos que hacía en los trámites y también sacando cuentas de lo que se podría comprar con el dinero que íbamos a recibir. Cuando escribo estos recuerdos, la suma

de diez mil dólares parece irrisoria, pero como calculaba la tía y lo que fue real en aquellos días, con la suma prometida mamá podría comprar una casa para nosotras, otra para obtener renta, un automóvil y todavía le quedaría dinero en el banco.

Yo estaba muy entusiasmada, pero mamá no tanto. Ella conocía el Perú, había vivido en Lima tres años con papá y mis hermanos antes de que yo naciera. Había dejado amigos y muchos recuerdos felices. Mamá me propuso: si la tía arregla el viaje antes del tren de repatriación, nos embarcamos; si el tren parte primero nos iremos en él y, agregaba más para sí misma que para mí: “total, cuando recibamos el dinero en el Perú, regresaremos a Polonia cuando queramos”.

Un amigo de Janek nos escribió desde Inglaterra. Nos contó los tristes pormenores de la muerte de Janek, de los amigos que eran, casi hermanos y nos proponía viajar a Inglaterra. Él estaba casado con su novia de los años de la guerra y nos mandó la foto del matrimonio con la firma de ambos. Ya había hablado con sus suegros y ellos ofrecieron que viviríamos en su casa, ya que conocían a Janek y sabían lo amigos que eran con su yerno. Josef Grubba que así se llama el amigo de Janek, no hablaba bien de la tía Stacha. Janek, sostenía correspondencia con su tía desde Inglaterra y Josef estaba enterado de los pormenores; incluso Janek y él tenían un contrato para la compra del soñado velero y él estuvo con mi hermano hasta el último momento de su vida. Parecía que se sentía obligado con la madre y la hermanita del amigo, además era evidente que lo hacía de todo corazón.

Cuando le comunicamos nuestra decisión de aceptar el ofrecimiento de la tía Stacha, él dejó de escribirnos. Tampoco contestó nuestras cartas desde el Perú; debe haber estado muy molesto con nosotras.

El “Consulado Polaco” en Londres nos comunicó que tenía en depósito las pertenencias de Janek y preguntaba qué debía hacer con ellas. No estuve al tanto cómo mamá contactó con una señora que trabajaba en la administración de nuestro “oboż” de apellido Gaydzinska y que tenía

un hijo en Londres. Supongo que mamá le extendió una autorización, porque él nos envió dinero por algunas cosas que vendió y lo que sacó de la cuenta de ahorros. Supe que la señora le preguntó a mamá a cómo quería cambiar las libras esterlinas que enviaba su hijo, pero mamá no tenía idea del cambio a marcos en aquella época y preguntó a un vecino, que con frecuencia viajaba a Múnchen y hacía diferentes negocios. Éste muy suelto de huesos le dijo que el cambio era igual que el dólar. Hoy pienso que debió contestar: “no sé” y no ocasionar a mamá una pérdida de 50% de lo único que iba a recibir de su querido hijo fallecido en circunstancias tan tristes, y con quien contaba para ayudarle con sus menores hijos. Fuimos perjudicadas por el vecino en su ignorancia, pero la señora Gaydzinska nos perjudicó a sabiendas, valiéndose de la falta de información de mamá. ¡Y parecía comportarse tan amistosamente, y era polaca como nosotras! ¡Qué poco sabía yo entonces de los seres humanos!

Mamá generosamente me mandó hacer los zapatos iguales a los de mis amigas Lakomy, pues sabía que me gustaban muchísimo. Estuve muy contenta, pero ahora sé que este gesto de mamá tenía un valor inmenso, fue una muestra muy grande de su amor de madre. Ella era viuda y sola, tenía muchas necesidades y sin embargo me daba lo que tenían mis amigas que tenían un padre con muy buen trabajo y estaban en condición económica muy superior. Por lo que mamá me dijo pienso que había gastado mucho dinero en mí, parecía que ella calculaba recibir varias remesas parecidas.

Posteriormente recibió una vez más y también debe haberlo gastado en mí, pues me llevó mi primer reloj pulsera cuando estuve en Kempten. Luego sólo recibió una relación de gastos y el informe sobre la donación del resto de las pertenencias de Janek a un grupo scout en Londres.

Kempten

No sabría decir quién hizo posible y por qué, mi estadía en Kempten. De tantas niñas que había en nuestro “oboz” (cien o más), yo fui la única

enviada a pasar allí las vacaciones. Estoy segura que mamá sabía, pero no me lo dijo ni yo se lo pregunté; está claro que en aquellos días eso no me interesaba. El lugar existía y existe en los Alpes alemanes, debe ser el nombre de un pueblo, pero yo estaba en un lugar de tratamiento especial para los niños que, habiendo pasado los horrores de la guerra, sufrían de anemia, tuberculosis o algún otro mal adquirido en los años de maltratos y carencias. No creo que haya sido edificado especialmente con esta finalidad, pero sí para cumplir un cometido similar en años anteriores; era lo que en Polonia llamamos: “sanatorium” o sea lugar de descanso y tratamiento.

Viajamos con mamá en jeep militar con un soldado por chofer, que a la verdad, corría tanto que me hacía recordar y temer un accidente como el que sufrimos en Pforzheim, cuando con el padre capellán íbamos de visita al campamento scout. Debe haber sido en el mes de junio, porque al atravesar un pequeño pueblo, tuvimos que dar una vuelta alrededor de éste, ya que las calles principales se encontraban con las pistas cubiertas de hermosas alfombras de flores en espera de la procesión del Corpus Cristi, época de las vacaciones escolares en Europa, en pleno verano.

En nuestro “oboz” teníamos un hospital que ocupaba varias barracas, recuerdo que me ponían inyecciones de calcio a la vena y, en una oportunidad estuve internada un tiempo, pero no recuerdo por qué. Me intrigaba que me tomaran la temperatura cada mañana y tarde y, en las tardes la enfermera siempre movía su cabeza como desconcertada, pero a mí no me decía nada. Oí cuando mamá comentaba que yo hacía fiebre hasta por el leve hecho de lavarme la cabeza, pero yo no sentía molestia alguna. Tal vez la solicitud de mis vacaciones en aquel bello lugar rodeado de montañas, bosques y atendido por muy amables monjitas alemanas, la gestionó el médico húngaro que me atendía; tal vez mi querida maestra o el padre Stefan. Nunca lo sabré.

Mamá volvió a “casa” en el mismo jeep y yo ocupé mi lugar en un dormitorio de varias camas. Estaba en el lugar de evaluación, me tomaron radiografías, análisis de sangre y me pusieron unas vacunas en el pecho

que luego observaban diariamente; sé que no tuve reacción alguna a estas vacunas. Todas las tardes, después del almuerzo pasábamos a un cuarto muy largo donde habían poltronas alineadas muy juntas en toda la extensión del cuarto y mirando a las enormes ventanas, que cubrían casi toda la pared frente a nosotras. Las ventanas salían a los amplios jardines de aquellas instalaciones y el sol entraba por ellas a raudales. Allí vi a muchas chicas, unas como yo y otras mayores. La mayoría de ellas eran judías; unas leían, otras dormían y otras comían las deliciosas frutas que les traían sus familiares. Se me hacía agua la boca, sobre todo al ver las enormes cerezas rojas y negras que yo no veía ya hace varios años. Me hacían recordar los momentos que mi madre compraba las cerezas rojas, negras o amarillas en las calles varsovianas, sobre las carretillas llenas de esta jugosa fruta muy popular en Polonia.

Un día llegó a visitarme mamá trayéndome de regalo mi primer reloj. Me mandó cerrar los ojos y con mucha emoción me lo colocó en la muñeca izquierda. La vi muy feliz al poder dármele, y al ver la alegría que ello me causaba.

En la fotografía que nos tomamos en Lima cuando yo cumplía quince años, llevo el reloj que tanta satisfacción nos dio a las dos.

Al cabo de unos días de mi permanencia en el pabellón de evaluación, fui transferida al edificio principal. Este era de varios pisos, con ascensor y varios cuartos en cada piso.

Me encontré en un cuarto de seis camas y dos compañeras nuevas, también polacas, las otras tres camas permanecían vacías. Siempre con las monjitas y en pequeños grupos, realizábamos caminatas por las verdes lomas; unas veces llegábamos hasta el pueblo, otras atravesábamos el bosque y de regreso descansábamos en nuestros cuartos. Durante la caminata sentí fuertes hincadas en el costado entre el pecho y el vientre que me impedían caminar. La monjita pensó que era mi corazón lo que me fallaba y se asustó mucho, me ayudó a caminar y me acostó en cama con mucho

cuidado. Yo más bien detectaba las molestias como idénticas a las que experimentaba cuando corría mucho, y ya me había sucedido varias veces anteriormente.

No creo que este suceso fue lo que me echó otra vez en cama como en el hospital de Altenstand. Otra vez empezó la tomada de temperatura varias veces al día y las miradas misteriosas de la enfermera que lo hacía en las tardes. Sólo me levantaban para salir a tomar el sol; yo estaba sumamente aburrida.

Cada vez que venía mamá, me traía cartitas y fotos de Hela y Marysia Lakomy, de Wacka, de Hania y libros de mi maestra que yo devoraba como era mi costumbre. Cuando un día apareció, fuera del día esperado y anunció que venía a llevarme, porque viajaríamos al Perú; casi no podía creerlo.

Seguramente no permanecí mucho tiempo en Kempten porque no recuerdo los nombres de mis compañeras de cuarto; más bien tengo presente algunas travesuras que hacíamos juntas o, mejor dicho que veía hacer, porque me estaba prohibido levantarme. Sólo lo hacía cuando venía la enfermera que nos sacaba a tomar sol, mientras mis compañeras solo tenían la obligación de tomar una corta siesta después del almuerzo y el resto del día se movían donde querían. Yo pertenecía al grupo de descanso relativo y había un tercer grupo que debía permanecer en cama todo el día.

Regresábamos a Altstadt en un jeep igual al que nos transportó de ida. Mamá hablaba todo el tiempo de lo que debíamos hacer al llegar al "oboz", pues había premura en partir. Yo más bien pensaba cómo sería el Perú, cómo nos recibiría la tía, la prima hermana y mi sobrinito Wiki. Siempre la imaginación es superior a la realidad, lo aprendí en muy poco tiempo.

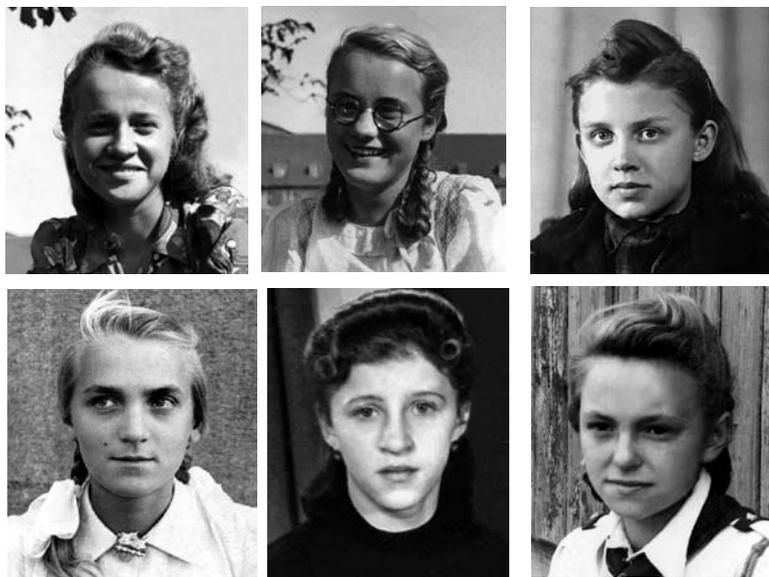
Los días que siguieron transcurrían entre recoger una asignación extra de alimentos, ropa y preparar nuestro equipaje para el viaje. Cuando vi que mamá embalaba el grueso edredón que usábamos durante el invierno y las chompas, yo le decía: ¿por qué llevamos al trópico, la ropa de invierno si allá hace calor todo el año? Mamá me contestaba, que Lima era una

excepción a lo que conocíamos como trópico, y que ya me convencería por mí misma.

No puedo imaginarme cómo se sentía mamá al emprender un viaje similar al que realizó casi veinte años atrás con papá y mis dos hermanos; ella sabía muy bien que no iba a una “tierra prometida” y conocía a la temperamental hermana de su esposo. Otra vez se dejaba dominar por el entusiasmo de una hija, igual como lo hizo en Buenos Aires, porque sus hijos saltaban de alegría a la sola mención del viaje a Polonia.

Creo que, más que para mí, se repetía para sí misma una y otra vez: “conocerás a tu tía, a tu prima, verás el Perú y cuando recibamos el dinero de la indemnización de Janek regresaremos a Polonia”. No recibió nada, nunca pudo regresar a su Patria.

Mis amigas y yo, al despedirnos en Altenstadt.



¿Dónde están ahora?

Capítulo XIII

El viaje al Perú

(Resumen tomado del “Diario del viaje hacia la América Latina al Perú”, que escribí durante el mismo)

Mi regreso de Kemtem fue el día 13 de Julio de 1948, al día siguiente iniciamos nuestro viaje al Perú. Después de recoger el permiso para circular y la gasolina para el jeep, salimos a las seis de la tarde hacia München. El viaje duró menos de una hora, recibimos boletos para seguir el viaje a Frankfurt y, de nuestro equipaje se encargó el mismo representante de la oficina de “Military” que nos atendió cuando llegamos. Viajamos toda la noche.

Cada hora que pasaba nos alejábamos más de mi “Pequeña Polonia” la que - ya sea en Ludwigsburg, en Pforzheim, o en Altenstadt y a pesar de las diversas circunstancias – me hizo conocer a mi Patria con libertad y amor, y me enseñó a sentirme orgullosa de ser polaca. También cada hora se alargaba la distancia entre nosotras y la Polonia Grande, la cuna de todos mis antepasados. ¡Cuándo volveríamos a verla?

A las seis de la mañana llegamos a nuestro destino y nos dirigimos en busca de la calle Meizerlandstrasse. Allí conocimos a la señora Daube, quien con una pequeña hija también viajará a Lima. Almorzamos juntas en la cafetería de la estación y en la tarde volvimos a las oficinas de I.R.O. para indagar sobre las visas suiza e italiana. Con la visa italiana hay problemas; allí han asesinado a un dirigente socialista y se produjo una gran huelga, no contestan los telegramas y los trenes no caminan,

hay que esperar hasta mañana, mientras, nos llevan a un “oboz” polaco y nos dan albergue en el sótano.

Empieza un día de espera bastante tenso; no tenemos comunicación con I.R.O. desde las oficinas del “oboz”, tan solo nos queda contar con que el auto prometido venga a recogerlos. A las seis de la tarde avisan que enviarán por nosotras, porque nos espera un representante de I.R.O. para embarcarnos hacia Basel. Somos seis las viajeras, que, abordamos el tren en la estación de Frankfurt. Además de la señora Daube y su hijita viajan con nosotras dos señoras Nagorski. Ellas son madre e hija y son las aristocráticas “rusas blancas”, su destino es Chile. La noche pasa entre conversaciones y dormitadas.

Tempranito llegamos a Basel en la frontera con Suiza. Después de pasar la revisión de nuestros pasaportes y de las maletas, pasamos al Basel del lado suizo donde esperamos encontrar al personal de COOC. Las oficinas de COOC han abierto con las justas para entregarnos los boletos y embarcarnos hacia Chiasso. Viajamos entre bellas montañas, a través de largos túneles y mirando verdes laderas con rebaños de ovejas, todo el entorno parece una hermosa postal. En la estación de Basel atrasamos nuestros relojes en una hora.

En Chiasso esperamos al delegado de COOC quien debe entregarnos las visas italianas, pero el director de la estación afirma que aún no recibió el telegrama del COOC de Roma. Por fin, llega una dama del lado italiano y decide que pasaremos la noche en un hotel y que, mañana se verá.

Ya amaneció el quinto día de nuestro viaje, el hotel en Chiasso es una villa muy bonita, con confort y sabrosa comida. El paisaje en los alrededores es montañoso, el aire fresco, tengo buen apetito y duermo muy bien; sobre todo después de un paseito con mamá. Es domingo pero no pudimos asistir a misa y yo perdí el pañuelo de gasa de mamá. Qué pena, era un recuerdo de Polonia.

En la noche escribí una carta a Lima y me acosté un poco tarde; por consiguiente hoy me costó un gran esfuerzo levantarme temprano. Ya había llegado la dama de COOC y todas juntas tomamos desayuno en la terraza del hotel, luego ella llevó nuestros papeles y se fue con la señora Nagórska hija, a realizar algunos trámites. Más tarde regresó la señora Nagórska pero la dama COOC fue al consulado en Lugano para la firma de las visas. A la una y media estuvimos esperándola en la estación, donde nos entregó las visas y embarcó nuestro equipaje, pero nosotras atravesamos la ciudad en ómnibus hasta Como, en el lado Italiano. Allí nos encontramos con la señora Capetzzo (la dama del COOC) y nuestros equipajes que transportó ella sola, desde Chiasso. Ahora nos embarcamos a Génova.

Sólo veo el puerto; son las doce y media de la noche, nos llevan al hotel de emigrantes, bastante triste y sucio. Como faltan cuartos, nosotras ocupamos uno junto con la señora Daube y su hija, las señoras Nagorski están en otro. Entre el agotamiento del viaje, las impresiones vividas, más el cansancio al subir muchos escalones, el sueño nos vence rápidamente. Son las dos de la mañana.

Amanece. Estamos en el quinto piso de un viejo edificio ubicado en una calle angostísima. Entre los edificios de uno y otro lado de la calle hay cordeles llenos de ropa. Cuando estamos en la calle y miramos hacia arriba, es imposible divisar el bello cielo italiano; sólo la ropa tendida.

Nos levantamos a las nueve, no tomamos desayuno, porque todo es caro y nosotras sólo tenemos lo que nos ha dado I.R.O. Eran 1500 liras que ya no son tantas, porque tuvimos que pagar por el transporte del equipaje. Enseguida mamá y las señoras Daube y Nagorska se van a las oficinas de I.R.O. Lamentablemente no tenemos visas al Perú y no podemos tomar el barco aquí en Génova; hay que viajar a Nápoles. La señora Daube hará el viaje en el tren expreso, mientras nosotras en uno común, porque es I.R.O. quien nos costea los pasajes. En la tarde ya estamos en la estación, después de recibir las instrucciones y los pasajes, la señora Capetzzo y

las señoras Nagorski nos despiden. Por poco nos equivocamos de tren, pero la señora Capetzzo quien subió al tren primero para reservarnos los asientos, iba guiándonos perdidas entre la multitud, desde la ventanilla del vagón. Por fin a las siete de la tarde ya estamos en el tren y tenemos por compañeras unas amables monjitas. Viajamos a lo largo de la costa del mar Tirreno. Veo el mar por primera vez; todo es bellissimo, el cielo azul, el mar turquesa, las palmeras, los cactus, las flores, estoy maravillada.

A las cuatro de la madrugada la locomotora del tren sufrió un desperfecto y tuvimos que esperar por una nueva. Después de dos horas y media llegó una locomotora eléctrica y proseguimos el viaje a Roma. Durante la noche, mientras esperábamos la nueva locomotora, un pasajero comentaba a mamá, que en Roma tendremos tren para Nápoles solo a la una y media del día, esto haría que llegáramos muy tarde y las oficinas estarían cerradas. Mamá estaba muy preocupada, pero felizmente un tren salía para Nápoles a las nueve de la mañana y, a Dios gracias, logramos tomarlo casi en el momento de la partida. Menos mal que mamá no se limitó a enseñar el papel que tiene escrito con la pregunta sobre el tren a Nápoles, sino preguntaba en español casi a gritos. Recibió pronta respuesta de varios lados y alcanzamos el tren antes de que parta. Mamá conocía Roma y buena parte de Italia; había estado en Venecia y en Florencia con papá, pero yo sólo conocía esta parte de Europa a través de las clases en el colegio y tenía un enorme deseo de ver la "Ciudad Eterna". En mi mente está la visión de Roma a lo largo de su agitada historia y, estar en ella, sin poder conocerla, me parece una muy mala jugada del destino, pero el destino jugó su papel en nuestras vidas muchas veces; ésta es solo una más.

Llegamos a Nápoles a la una del día. Entre el maletero y el cochero que nos llevó a Provenza mermaron nuestras reservas financieras considerablemente. El cochero parecía borracho y esto dificultaba el entendernos con él, más que nuestra ignorancia del idioma italiano.

En las oficinas I.R.O. mamá entra a cumplir algunos trámites y yo me quedo en la sala de espera. No tarda mucho, ya viajamos en un auto a Bagnoli en las afueras de Nápoles, donde está un "oboz" de los polacos. Me parece increíble; donde quiera que vayamos hay centros organizados de nuestros compatriotas. ¿Por qué somos tantos, fuera de Polonia?

Tras cumplir con algunas formalidades recibimos colchones, frazadas, cupones para la alimentación de hoy y mañana y nos alojan en un cuarto grande con camas camarotes en un edificio para mujeres solteras. No tenemos ánimo para almorzar; en la tarde vamos otra vez a las oficinas y a la revisión médica, con análisis, radiografías, etc. El cansancio físico y psíquico es tan grande que con las justas comimos unos pancitos y nos aseamos ya medio dormidas. El sueño gana a todas las demás sensaciones.

Me despiertan los sonidos de las sirenas de los barcos que entran al puerto. Miro por la ventana a la enorme bahía de Nápoles con el Vesubio, casi en medio de ella; todo es bello, el cielo, el agua de la bahía, el volcán; hasta olvido nuestra inestable situación y admiro el paisaje como un cuadro enmarcado por la ventana de la habitación. Si me dejaran dormir un poco más...! estaría completamente feliz en este bucólico lugar. Sin embargo, este calificativo es solo a lo que diviso por la ventana. Al levantarme y mirar mi cercano entorno del "oboz", cambia mi ánimo totalmente. Desayunamos en el cuarto y partimos a recabar los certificados médicos. Fuimos seis personas, pero dos de ellas quedan médicamente descalificadas. ¿Quién los curará y les dará otra oportunidad?

Vamos directamente hacia el consulado peruano por las visas. Mamá habla con el cónsul en español que yo no entiendo nada; el doctor Lupo a quien mamá ya conoció el día anterior, me obsequia un dólar, supongo que para la suerte. Todo sucede en un ritmo muy acelerado. Recogemos nuestro equipaje y regresamos a Bagnoli a entregar todo lo que habíamos recibido para pasar la noche. Ya partimos otra vez hacia Provincia, recogemos los

boletos para el barco y a la señora Daube, y por fin estamos en la cola que va entrando lentamente a un gigantesco barco. A las nueve de la noche estamos en el comedor sentadas a la mesa en simpática compañía: Edda de dieciséis años, Ennio su hermano de dieciocho y el novio de Edda. Ellos tres son italianos y viajan a Venezuela, las otras personas son mayores. Me parece un sueño; por fin estamos a bordo de “Sebastiano Caboto”, rumbo al Perú. Ya muy avanzada la noche, el barco empieza a moverse lentamente. Mañana se iniciará el décimo día de nuestro viaje.

Estamos navegando en el mar Mediterráneo. Con Edda, Ennio y Armando hacemos un simpático grupo. Edda duerme en la misma cabina colectiva de tercera clase que nosotras y los muchachos en la de los hombres. Pasé muy mal la primera noche por algo duro y molesto que había debajo de mi colchón, sin saber que la solución era muy simple; mamá la encontró. Debajo del colchón de la cama de arriba de nuestro catre camarote estaba la escalerita que debía ser colocada en los pies, para poder subir sin el esfuerzo que tuve que hacer en la noche, por ignorarlo.

El clima es agradable, la comida muy buena, con horarios y turnos establecidos, y el vino abunda hasta para derramarlo, pues enseguida el mozo sirve otra jarra.

Pasamos junto a varias islas, la última fue Cerdeña. En la noche proyectaron una película a la que asistimos los cuatro amigos juntos.

El domingo escuchamos misa celebrada por un sacerdote polaco, fue una agradable sorpresa. En la tarde, otra vez vimos islas, nos estamos acercando a la costa de España. Muy pronto entramos al Puerto de Cádiz. No bajamos a visitarlo y la familia Osowski, que bajó a tierra regresó del paseo muy decepcionada. “Viejo, feo y sucio” fue su opinión. Bueno, yo no creo que hayan ido a la ciudad y “los puertos suelen ser así”, lo dice mamá. El tío de Hela o Elena, con cuya familia viaja ella y su hermano, hasta hizo una broma al respecto: “los carros que circulan allí son viejos y destartados, casi me atropellan, pero yo ni tonto, si todavía fuese un Cadillac, pero morir aplastado por una carcocha... ni de vainas”.

En la tarde del veintiocho de julio entramos al Atlántico; el barco empieza a columpiarse y muchos pasajeros sufren mareos y pierden el equilibrio al caminar. Parece que estamos en el juego llamado “beczka smiechu” o “el barril de la risa”. Mamá debe guardar cama para no sufrir los molestos vómitos, pero la agobian fuertes dolores de cabeza. Un joven matrimonio italiano pasa el día pegado a la baranda del barco. La señora está en los primeros meses del embarazo, y sufre de vómitos y mareos más que los demás. El comedor está semi vacío, muy pocos pasajeros tienen ganas de comer.

Nuestro grupo ya ha crecido; ahora somos seis con Hela y Jan Osowski. Juntos vamos al cine o charlamos en la cubierta.

Han pasado cuatro días más; mamá y yo nos sentimos mejor, aunque lo mío no pasaba de ser un dolor de cabeza bastante soportable. El barco sigue moviéndose, pero ya nos estamos acostumbrando. Hasta aprendimos a caminar derecho con el piso del barco moviéndose a nuestros pies; también el comedor vuelve a poblarse. La gente conversa y se ríe, lo que se dejó extrañar durante los últimos días.

De algún escondite salieron varios españoles que se habían ocultado “para salir de la pobreza”, como ellos dicen. Ahora ellos están trabajando a bordo del barco, para pagarse sus pasajes y la comida.

Los días siguen con un clima agradable, sol, suave brisa y ni siquiera me doy cuenta cuando me cae una fuerte erisipela. Durante todo el día estamos en la cubierta hasta altas horas de la noche, porque abajo hace demasiado calor y muchas familias pasan aquí la noche entera. Jugamos cartas “en italiano” como nos enseñaron Ennio y Armando y, en las noches, vemos películas.

Ya hemos atrasado nuestros relojes tres horas; prácticamente una hora ínter diario.

El domingo primero de agosto asistimos a misa celebrada por un sacerdote

italiano, luego sigue el desfile "ecuatorial" y el bautismo. En la tarde hay juegos de competencias para damas, varones y niños. Todos tomamos parte con mucho entusiasmo y alegría. Además, hay una bulliciosa merienda para los niños con disfraces, también concursos, música, dulces y obsequios. En la noche asistimos a la carrera de caballos... de madera. Ante el calor reinante y el cansancio de este día de fiesta, todos tenemos ganas de dormir sobre la cubierta, pero una intempestiva lluvia nos obliga a correr a las cabinas.

En total ya son veinte días que dura nuestro viaje, diez de los cuales estamos navegando a bordo de "Sebastiano Caboto", un trasatlántico italiano de carga y pasajeros. Un monstruo cuando lo miramos anclado en un muelle; en cambio sólo una cáscara de nuez en la inmensidad del mar.

Nos cruzamos con un barco como el nuestro y en la noche veíamos las negras siluetas de algunas islas. De día, cada hora avistamos más islotes y por fin una isla muy grande que parece deshabitada. Todas las noches íbamos atrasando los relojes en veinte minutos.

Nos acercamos a las costas de Venezuela, ya están entregando los pases para bajar a tierra. Cerca de la media noche vemos las luces de la Guaira, pero no atracaremos hoy, pasaremos la noche en la rada.

Tempranito salen a la cubierta los pasajeros que bajarán aquí y esperan con todo su equipaje listos e impacientes por desembarcar. A las once de la mañana entramos al puerto. La gente saluda desde el muelle, los del barco buscan a sus parientes y gritan, ríen y, hasta lloran. Edda y Ennio bajan a encontrarse con su padre. De nuestra amistad quedan las dedicatorias de ambos en mi pequeño autógrafo, que recibí de premio en el último fin de año escolar que cursé en Altenstadt, junto con un cofrecito, un lapicero, una pulsera de plata con piedras celestes como las aguamarinas y pañuelitos.

Pasado ya el laberinto del desembarco, bajamos con mamá a caminar por el puerto. No hay nada que admirar, un puerto lleno de bullicio hace sólo

unas horas, ahora permanece vacío, silencioso y sucio. En lo de sucio, mamá trata de convencerme que este calificativo mío no es correcto. No hay basura ni desperdicios, son solamente la tierra, el aceite de los carros, las cajas grandes y chicas apiladas con cierto desorden y los almacenes con paredes y portones viejos y arañados; todo esto me hace llamarlo sucio.

El barco se columpia más que antes, mamá discurre que es consecuencia de la disminución del lastre del barco, al desembarcar mucha carga en La Guaira. Las dos estamos con dolor de cabeza, pero en la tarde, con el barco quieto, nos sentimos muy bien y bajamos a visitar Curacao. Es una isla holandesa, pero el petróleo lo explotan los norteamericanos. La ciudad no es grande pero en cambio tiene intensa vida comercial, las calles están llenas de gente, hay muchas tiendas y en ellas con frecuencia encontramos personas que hablan polaco, son judíos polacos. Esto nos sorprende, pero no a la señora Riss quien bajó con nosotras. La señora Riss también es judía polaca, muy habladora, muy simpática, hace amigos con mucha facilidad. Es una pena, pero debemos regresar a bordo cuando la ciudad se ilumina y adquiere un atractivo especial; el barco parte esta noche.

Desde Curacao, las noches las pasamos en la cubierta. Hela y toda su familia, igual que muchos pasajeros, duermen cerca de nosotras. Ellos no son polacos, son lituanos, aunque Hela y Janek se sienten polacos y su apellido lo confirma. No sé el apellido de sus tíos. Hela no está feliz con la familia, ellos dos son huérfanos. La avanzada del frente ruso se llevó a su madre y ellos con el resto de la familia fueron arrastrados con el frente alemán que retrocedía. Todos ellos desembarcarán en el Perú y enseguida viajarán a Bolivia donde los espera un hermano del tío con el que viajan. Navegamos a lo largo de la costa. Esto es fácil de deducir, pues la divisamos constantemente por el babor. El buen tiempo nos acompaña durante todo este trayecto, y hoy hay misa en la cubierta como todos los domingos. El sol quema sin misericordia, pero mamá ya le puso remedio; su viejo y negro paraguas, pero, qué útil en estos momentos.

En la tarde atracamos en el puerto Colón, en Panamá. Hubo desembarco de unos y embarque de otros. En este lado del canal la ciudad no es bonita para visitarla, tal vez sea importante para el comercio, en cambio el puerto impresiona. Pasamos la noche en este lado del canal y dormimos en la cabina a pesar del calor; mamá dijo que era mejor así, porque no sabemos quiénes han subido a bordo. Hasta las doce del día seguimos en el puerto, luego el barco empieza a moverse lentamente, pero no con su propia fuerza. Unos pequeños carritos jalan al “Sebastian Caboto” sujeto por ambos lados con cables y lo arrastran a un “escondite o trampa” y, atrás se cierran las enormes puertas de fierro, parece preso. Son las famosas esclusas del canal de Panamá. Al elevarse el nivel del agua en la esclusa, el barco se levanta con él hasta alcanzar el nivel de la siguiente esclusa. Al abrirse las puertas delante del barco los carritos vuelven a jalarlo y sucede lo mismo que en la esclusa anterior. Se repite lo mismo en una tercera esclusa y al abrirse las últimas puertas entramos en un “lago”. En algunos trechos ancho y en otros tan angosto, que parece posible alcanzar la vegetación de la orilla. Mas esto no es del todo cierto, nos separa una buena distancia. La travesía del lago dura varias horas, al final entramos otra vez en el mundo “mágico” de las esclusas; ahora para bajar de nivel, también a través de tres esclusas y el “trabajito” de los carritos. Entramos en el Océano Pacífico y estamos en el mar abierto. Nos cruzamos con varios barcos, en su mayoría de bandera noruega. En la tarde ya empieza a rodearnos una densa neblina, primero la vemos alrededor del barco, luego sube a bordo y anda en la cubierta como un pasajero indeseable. La sirena del barco suena sin descanso y otros sonidos similares le contestan unas veces a babor, otras a estribor, produciéndonos la sensación que estamos avanzando a ciegas. Hasta la media noche estamos en la cubierta en compañía de Janek, como de costumbre. Nos guarecemos escondidos bajo los toldos, aunque la lluvia empieza a pasar a través de éstos, con gruesos gotones. ¡Es tan emocionante ser parte de esta gran aventura! Pienso en mis amigas que quedaron en Altenstadt; en el padre Stefan; en mi maestra y tantos compatriotas que dejamos atrás. ¿Pasarán ellos también, algún día, por esta maravillosa experiencia? Les escribiré, les contaré, tengo que

compartirlo con todos ellos. Sólo lo que escribo quedará de recuerdo de nuestro paso por el canal de Panamá; ya antes de entrar nos advirtieron que estaba prohibido tomar fotografías mientras dure toda la operación.

Al final de este histórico día para mí, ya que mamá hace la misma travesía por segunda vez, recibo mi primer beso. ¿Emoción? Tal vez, pero más bien sorpresa. Mientras mamá va al baño dejándonos a Janek y a mí en el descanso de la escalera, el beso llega de pronto y luego el comentario: “tu mamá no puede cuidarte tanto como para que yo no consiga besarte”. Quedo muda, tampoco reacciono como en Altenstadt. Enseguida aparece mamá, y Janek se despide yendo a su alojamiento y nosotras al nuestro.

Amanece un día triste y húmedo, el barco después de cada parada se columpia más. Hasta comento que esto de Océano Pacífico no le va en absoluto, ya que el terrible Atlántico era mucho más pacífico para nosotros.

Una familia rusa tendrá los recuerdos muy diferentes a los míos de nuestra travesía por el canal. Su hijo cayó de una altura no mayor de un metro y, sin embargo, se rompió las costillas, según dicen, y quedó en un hospital de Panamá, mientras ellos prosiguen el viaje con todos nosotros.

Mamá habló con un moreno, trabajador de una cuadrilla del canal quien le contó cosas muy positivas sobre la vida en el Perú. Esto le levanta el ánimo, pues a medida que nos acercamos a nuestro destino, mamá se ve más pensativa, hasta preocupada. En cambio yo, cada día más alegre e ilusionada. Todo el día navegamos a lo largo de la costa y ya nos avisan que entraremos a un puerto colombiano. A las seis y veinte de la tarde atracamos junto al muelle de un puerto grande y ordenado. Voy a visitar la tierra colombiana - siquiera un pedazo - con Hela y su familia; ni mamá ni Janek quieren bajar.

Caminamos por el puerto y los alrededores, hay muchos yates anclados al

otro lado del muelle, la mayoría son veleros y así se lo cuento a Janek. Esto lo entusiasma, él es un fanático de los veleros e insiste en bajar a mirarlos. Vuelvo a bajar y esta vez observo los veleros de cerca, son muchos, de diferentes tamaños y formas; lástima que no tienen las velas desplegadas como aquel velero que vimos de lejos cuando nos acercábamos al puerto. Pienso cuán emocionante debe ser navegar en uno de ellos; es la pasión de Janek y ésta ha sido la pasión de mi hermano, también Janek como él.

Comienzo a mirar a mi compañero de este paseo y se me antoja muy parecido a mi hermano. Alto, rubio, ojos azules y anchas espaldas; así se veía nuestro Janek cuando tenía la misma edad, lo vi en las fotografías que recibimos de Inglaterra con otros papeles personales suyos, Janek murió a los diecinueve años. Mis pensamientos parecen incomodar a mi acompañante o, tal vez mi silencio al hacer todas estas comparaciones con los recuerdos de mi hermano. Apura el paso de regreso y, esta vez es él quien guarda silencio.

Después de la cena seguimos todos en la cubierta hasta la media noche, o sea, hasta que el barco empieza a moverse y lentamente abandona el puerto colombiano.

El día entero navegamos a lo largo de la costa mirándola con curiosidad y hasta con desconfianza. ¿Qué nos esperará cuando lleguemos a nuestros destinos? Todo el tiempo pasamos juntos la familia de Hela y Janek, y nosotras. Tal vez sea cuestión de ánimos, pero hoy no nos gustó la película que proyectaban y terminamos el día charlando sobre la cubierta y mirando cómo a cada minuto que pasa, el horizonte se pone más oscuro, hasta que la visibilidad se vuelve nula y sólo se ve el agua que las luces del barco logran iluminar. Más allá, la desconocida oscuridad.

12 de agosto de 1948.

El día treintavo de nuestro viaje amanece sombrío. Durante la mañana pasamos cerca de varias islas, y en la tarde ya estamos parados en Puñá,

en Ecuador. Según nos explican, su muelle no puede recibir a barcos del tamaño de nuestro trasatlántico; por ello estamos parados lejos, ni siquiera podemos ver cómo es esta tierra tan cercana al Perú. Sólo vemos una costa cubierta de vegetación; claro, es el trópico. ¿Qué habrá en medio de la tupida “selva” que veo relativamente cerca?

Cuando estudiamos las selvas y animales tropicales en nuestra escuela “Tadeusz Kosciuszko” en Altenstadt, la maestra nos contó sólo generalidades y refiriéndose más a las selvas de África y Asia, porque no teníamos libros con estos temas. Respecto a las selvas tropicales de América, no sé nada.

A todos los que desembarcan aquí, los lleva un barco pequeño, y dicen que todavía navegarán varias horas. Alrededor del “Sebastian Caboto” empiezan a dar vueltas pequeños botes, ofreciendo múltiples artículos en venta.

Los familiares de los Osowski compran algunas frutas y nos invitan a probar. El plátano me agrada, ya los comí en Italia, pero hay una rara fruta que se llama palta y no me gusta. Mamá dice que se la puede comer con azúcar o con sal y me la hace probar con azúcar. ¡Buaa! Horrible.

13 de agosto de 1948.

El barco se columpia mucho, porque en Puñá ha desembarcado carga y pasajeros y así aligeró aún más su lastre. Comienza a verse la línea de flotación del barco. Logramos verla cuando nos inclinamos peligrosamente por la baranda. Al mirar tanto a lo largo del barco, descubrimos que tras nosotros saltan enormes peces. Parecen jugar y a ratos se acercan por los costados. Son lindos.

Todos corremos a la popa y pasamos largo rato observando a los juguetones animalitos. Cuando logramos que mamá venga a verlos, ella dice que son buefos y que acostumbran seguir a los barcos como jugando, pero también para aprovechar la comida que puede caerles.

A medida que nos acercamos a nuestros destinos, los días se nos hacen más largos. En la tarde, a lo lejos divisamos la costa que según dicen pertenece al Perú. Janek bromea que el puerto del Callao donde vamos a desembarcar, debe ser igual al de Puñá en Ecuador, pues no le creo nada. Entre bromas y chistes tratamos no dejar traslucir nuestras inquietudes, ante un desconocido porvenir y, nuestra pena de separarnos tal vez para siempre de los nuevos amigos y compañeros de este viaje que será inolvidable en nuestros recuerdos.

Avanzada ya la noche todos bajamos a dormir a los camarotes; la sensación de humedad y el viento frío no invitan a quedarse en la cubierta.

14 de agosto de 1948.

Cada hora que pasa, la costa se dibuja más cerca de nuestros ojos. Entramos a una enorme bahía; al fondo está el puerto. Estamos en Chimbote, en el Perú. Desde el barco vemos por primera vez un puerto muy limpio, grande y ordenado, a pesar que reina un movimiento febril por todas partes. El puerto en Colombia tampoco merecía el calificativo de sucio y sus veleros le adornaban como a ninguno otro que visitamos; lo malo es que no sé el nombre de aquel puerto colombiano. En la tarde bajamos a tierra, ahora vemos el ajetreo tan de cerca que pronto nos quitamos de allí para no sufrir algún accidente; además desde la cubierta del barco lo hemos apreciado mejor. La ciudad como tal todavía no existe, sólo vemos casuchitas, pero las calles trazadas son anchas y bien ordenadas, lo que indica que algún día será importante. Al llegar al final de la bahía nos encontramos con una construcción noble, pintada de blanco y un jardín con plantas y flores. Parece un oasis en medio del desierto; es una misión, pero no sé si es católica, eso sí, se adelantó a los pobladores de esta futura ciudad.

Nuestro grupo retorna lentamente admirando, la extensa playa con bandadas de gaviotas que levantan el vuelo al aproximarnos y, describiendo un enorme círculo en el cielo se posan otra vez en la playa, detrás de nosotros. Ya se levanta el siguiente grupo de aves y hace la misma maniobra y, así

mismo el tercero, y otro, y otro más, hasta las proximidades de puerto donde el hombre ya ha cambiado el natural y salvaje paisaje de la bahía. Nunca olvidaré lo hermosa que es una playa virgen con el cielo azul que se confunde con el mar en la línea del horizonte; el agua limpia y la arena hoyada tan sólo por las pequeñas huellas de miles de gaviotas, y ahora... las nuestras. El sol añade el color dorado a la gama de los azules y forma un "camino al cielo" de grana y oro.

Ya se rompió el ensueño del salvaje panorama de la bahía de Chimbote, ya estamos de nuevo en el puerto. Enormes grúas desembarcan pesadas tuberías de fierro y cajones de todos los tamaños. Los trabajadores parecen hormiguitas en plena faena. Apoyados en la baranda de la cubierta, encerrados cada uno en sus propios pensamientos, en silencio miramos la competencia entre los hombres y las máquinas. Hasta que alguien de nosotros rompe este encantamiento con un comentario cualquiera y nos alejamos hacia un lugar más cómodo para la charla. Ahora todos hablan: del pasado, del presente, de los proyectos y esperanzas, e intercambiamos direcciones. Pronto nos separaremos.

15 de agosto de 1948.

Es la fiesta de la Asunción de la Virgen y el día treintatrés de nuestro viaje. A las cuatro de la tarde el "Sebastiano Caboto" entra en la bahía donde veo por primera vez el puerto del Callao y atrás la ciudad de Lima, la capital del Perú. Durante media hora el barco parece estar parado en alta mar, pero esto es una sensación equivocada. Nos movemos lentamente en dirección al puerto, mientras al rededor nuestro, dan vueltas pequeños botes con personas que buscan a familiares y amigos entre los pasajeros del barco.

Todo nuestro equipaje ya está en la cubierta. Desde ayer mamá y Janek iban preparándolo, él consiguió gruesas pitas y con ellas aseguró los paquetes más grandes. Hoy, subió todos nuestros bultos; estamos listas para desembarcar.

Atracamos en el muelle, se ve mucha gente en tierra frente a la proa y a estribor. Por la popa y a babor nos rodea el agua. Es difícil distinguir las caras conocidas entre el gentío que grita y agita pañuelos. Repaso los rostros, tratando de adivinar, yo no conozco a nadie entre éstas personas allá abajo, hasta que oigo gritar a mamá: “¡Stacha, Stacha, allí está Stacha!” “¿Dónde, dónde?” Grito, tratando de seguir la dirección de su brazo con la mirada. Ella prosigue: “¡mira, allí están, es Stacha y Franek. La joven debe ser Krystyna y su esposo Wiktor, él carga al bebé, allí están!” Ya los veo, están todos, tal como decía el telegrama que recibimos ayer.

Estoy impaciente por abrazar a todos ellos, pero aún faltan las últimas formalidades. A todos los inmigrantes los llevan a un hotel, y nuestra familia nos lleva a su casa; esto exige ciertas gestiones por nuestro status de inmigrantes.

Después de los abrazos y besos y más abrazos, nos damos cuenta que no nos despedimos de los amigos. Miramos a la cubierta del barco y los vemos apoyados en la baranda. Les enviamos besos y agitamos los brazos en el último adiós. ¿Último?

Pronto se solucionan los impases, sólo que la noche avanza y Krystyna con su esposo y el bebe ya partieron para la casa, porque la humedad del puerto puede hacer daño al pequeño. Ya esperé tanto, puedo esperar unas horas más.

Emprendemos el viaje a Chaclacayo, cuando ya la noche cubre totalmente la ciudad.

Chaclacayo es un lugar cercano a Lima con el clima más seco y cálido; están allí temporalmente mientras pasan los días fríos y húmedos del invierno limeño. En esta mitad del mundo, las estaciones del año son al revés de las europeas.

Durante todo el camino hablamos y hablamos sin parar. Hay muchas preguntas y comentarios. En el carro estamos la tía Stacha, tío Franek, los tíos de Wiktor, Natalia y Henryk, y nosotras. Una pregunta de la tía Stacha a la señora Nelly me asusta: “¿las llevamos a la fábrica o a Chaclacayo?”

¿Nos quiere llevar a una fábrica? En mi mente está la fábrica de Bissingen, nuestro cautiverio. Se me figura un lugar lúgubre y frío, hasta hostil, ¡como aquél! La contestación de la tía Nelly (me dice que la llame tía) me tranquiliza, y ya es otra cosa que llama mi atención.

De pronto, en el oscuro cielo sobre Lima veo brillar nítidamente una cruz. Pregunto sobresaltada: “¿Qué es esto? ¡En el cielo!” Me miran y se ríen: “¿creíste que estaba en el cielo?” “¡Está sobre el cerro San Cristóbal!” Ya salimos de la ciudad, no puedo ver el paisaje por donde pasamos; las luces del carro iluminan escasamente las cañas que bordean el camino y se me antoja que atravesamos una selva. La idea del trópico me obsesiona.

El viaje dura tal vez una hora, ya estamos en casa de nuestra familia, en el Perú. La calle tiene muy poca iluminación, veo bastante vegetación en la acera de enfrente, en la entrada a la casa, un jardín pequeño. Al entrar nos saluda el perrito de mi prima. Se llama “Góral”, salta como una pelotita y demuestra confianza y cariño a pesar de conocernos en este momento; siento que será un gran amigo mío. Estamos en un salón grande; a la derecha hay escalera para los altos, luego sigue un hall, donde a un lado está la cocina y al otro el comedor de diario. Avanzo hasta la puerta del fondo y veo un jardín con grandes árboles, pero está muy oscuro como para distinguir mejor, además estoy muy cansada.

No es que tenga hambre, pero como, porque la tía Stacha insiste. Luego vamos a dormir a un pequeño cuartito, algo separado, porque hay que salir al jardín y dar la vuelta al comedor de diario para entrar aquí. Cada minuto que pasa, sentimos más cansancio; tal vez por las emociones vividas en este, nuestro primer día en el Perú y, por el encuentro con la familia que acabo de conocer. Las dos dormimos en una sola cama, pero esto no es problema para que pronto nos quedemos dormidas. Dormidas con el primer sueño en tierra firme, después de mecernos durante veintitrés días sobre las olas del mar Mediterráneo, el océano Atlántico y el Pacífico.

F I N

DÍAS FELICES



*La Familia
Ciapiak
Viajando a
la Herradura
1931.*

*Disfrutando
el carnaval
en las calles
de Buenos
Aires 1934.*



ENCUENTRO CON EL PASADO

“ PERDONAR, NO QUIERE DECIR OLVIDAR”

En julio del 2003 fui invitada por las autoridades de la ciudad de Bietigheim-Bissingen a la reunión de sus habitantes con los antiguos prisioneros que estuvimos en aquella ciudad. La llamaron “Encuentro del perdón y fraternidad”. No resultó tan fácil. Para mí, fue un verdadero remezón en la memoria y en los sentimientos; me enteré de cosas que en mi primera estadía forzada en Bissingen con mi madre y un grupo de varsovianos, no ví, ni supe.

Desde el momento que me enteré sobre la invitación, me invadió una



El primer día de nuestra visita en Bietigheim-Bissingen



Reunión con el Alcalde de la Ciudad

sensación de gran expectativa sobre quiénes veré, podremos reconocernos mutuamente después de cincuenta y nueve años, cuántos habremos sobrevivido a un tiempo tan largo. Cuando se hizo realidad el viaje y Halina llegó por mí, esa sensación se convirtió casi en una angustia por recordar las caras y los nombres de quienes estuvieron con nosotras. En la primera parte de mis recuerdos que escribí hace unos años, creí haber volcado todo lo que estaba en mi memoria, pero me da cuenta que no era suficiente para reconocer a mis ex-compañeros del cautiverio, todos mayores que yo. Yo tenía algunas fotos posteriores de Ludwigsburg, de Pforzheim, pero aun así, me daba cuenta que sería imposible reconocernos.

Antes de seguir relatando aquel encuentro, debo contar cómo sucedió mi contacto con Bissingen, para que ellos pudieran encontrarme e invitarme. Mi hija Halina estudió toda la primaria y la secundaria, en el colegio Alexander von Humboldt, luego siguió con el Industrie Kaufman en el Instituto Midendorf. Estando en el cuarto año de secundaria tomó parte en el Intercambio Estudiantil con Alemania y, para verdadero estupor mío, el destino la llevó a la ciudad donde mi madre y yo estuvimos prisioneras. No pude creer lo que vi en el sobre al llegar su primera carta. Yo conocía el nombre Bissingen, pero no sabía siquiera dónde quedaba en el mapa, hasta creí que era cerca de la frontera con Francia, porque fueron los franceses los que nos liberaron.

La familia que le tocó en suerte, la trató muy bien; desde el primer momento la consideraron una hija más. Esto sucedía en 1985, ya en 1988 los señores Ruth y Otto Sembdner con su hija Anette vinieron a visitarnos. Los hospedamos en la casita de Tomás Ramsey donde gozaron de completa

independencia, pasando cada día con nosotros en casa, en la playa, en el Cusco, visitando Lima y alrededores, también en nuestro CEANDE donde la rama de un vetusto eucalipto cayó sobre todo el grupo, golpeando la cabeza de Anette, lo que le causó un corte en el cuero cabelludo. No pudiendo suturarla en la enfermería del lugar, la ambulancia la llevó a Lima, corriendo como loca para que fuera atendida en el HMC.

A partir de aquel año Halina empezó a viajar a Alemania todos los años, tanto así, que sus hermanos la llamaron “La novicia voladora” como la película donde una novicia volaba, impulsada por el viento como un planeador ayudada por su alada toca en la cabeza.

En 1989 Halina viajó becada a Polonia para seguir una carrera en la universidad Jaguielónica de la ciudad de Cracovia. El primer año fue de preparación con el estudio del idioma, que conocía solo hablado, la historia, la geografía de Polonia y con visitas a los sitios históricos. Le gustó todo en Polonia menos el vivir en la residencia estudiantil, le chocó la libertad exagerada en la moral y las costumbres de la juventud hospedada allí. Al término del curso pidió el traslado de su beca al año subsiguiente y viajó a Alemania, a reunirse con la familia Sembdner.



Parados sobre la tumba colectiva.



En el lugar del hospital de la muerte, escuchando al testigo ocular

De regreso a Lima se reincorporó a la Universidad Católica, donde terminó toda su carrera de contadora pública. Trabajando en la Siemens, simultáneamente, hizo maestría en la Universidad San Marcos.

En el 2001 se casó con Rüdiger Walter con quien se conocía desde el año 1992 viviendo actualmente en Alemania, primero en Ludwigsburg y actualmente en Weinheim. Hace poco ellos me han dado la alegría de un precioso nieto, Ricardo José (Richard Josef).

Cuando el periódico de Bitigheim/Bissingen publicó la noticia sobre el proyecto municipal, de reunir a los ex-trabajadores forzosos del régimen nazi en la ciudad, las mujeres de la familia Sembdner, vale decir, Ruth, Anette y Halina se presentaron en el municipio para recordarles que una de aquellas prisioneras estaba en el Perú pidiendo que no olvidaran incluirla en su lista. Gracias a aquella visita se cristalizó la invitación que me llevó a la histórica reunión.

El 2 de julio llegamos a Frankfurt; pasé unos días con Halina y Rüdi en Weinheim, luego viajamos a Ludwigsburg donde residen los suegros de Halina y después a Bitiegheim a casa de Otto y Ruth. Según el programa, todos los invitados se alojaban en el hotel Ofterbach, pero Hali y yo estuvimos todo el tiempo que duró aquel “encuentro”, en casa de la familia Sembdner. Los invitados polacos, rusos y ucranianos arribaron a Bietiegheim/Bissingen el lunes 7 de julio directamente al hotel. El martes 8 de julio, empezó el programa oficial preparado minuciosamente, y nosotras nos integramos al grupo a las diez de la mañana en el Centro Histórico de la ciudad. Todos los días participamos en las actividades conjuntas, retirándonos recién en las noches, después de la cena.

Aquel primer día visitamos parte de la ciudad vieja de Bietigheim/Bissingen, luego entramos a la Municipalidad, donde se realizó el recibimiento oficial con el Sr. Alcalde y los organizadores de nuestra visita. Cada grupo ofreció al burgomaestre un presente de su tierra – si bien yo formaba parte del grupo polaco tuve la precaución de llevar del Perú, un plato de cobre con las líneas de Nazca. Todos los grupos venían con una traductora

de su idioma materno y yo, sin proponérmelo puse en apuros a la traductora de nuestro grupo. Comencé el saludo en polaco, pero cuando mencioné “Lineas de Nazca”, seguí mi presentación en español contando sobre María Reiche, la científica alemana que las descubrió. La traductora, una simpática joven de nombre Agnieszka – o sea Inés –



Visitando placas con miles de nombres en el cementerio de la ciudad.



En el cementerio de Bissingen

Romanoff, se quedó mirándome perpleja mientras el Sr. Alcalde sonriendo me dijo: “español, español” lo que hizo darme cuenta de la equivocación , por lo que repetí todo lo dicho, pero ya en polaco.

Al salir recibimos una bolsa plástica con el logo de la ciudad y recuerdos de Bietigheim/Bissingen, como libros ilustrados, lapiceros, postales y doscientos euros para nuestros gastos personales. Cuánta diferencia entre esta bienvenida y el arribo forzoso y humillante de hace cincuenta y nueve años. Después de la simpática bienvenida fuimos llevados a almorzar en el Gasthause Bären. A las cinco ya estuvimos en el Enzpavillon para el tradicional café alemán con toda clase de bizcochos y tortas. Aquí vinieron algunos familiares de los que fueron empleadores de los trabajadores forzosos; fue el caso de campesinos, dueños de restaurantes y otros propietarios de negocios que los habían empleado durante la guerra. En el Enzpavillon encontré por fin, una pista para poder verme posteriormente con dos personas que compartieron conmigo los años entre 1944-1946. Estuve sentada al lado de una señora que vino acompañando a su madre, ya que cada invitado tenía la posibilidad de traer un acompañante, pues la mayoría éramos personas mayores de sesenta años. Traje algunas

fotografías de los años posteriores a nuestra liberación, porque siendo prisioneros no nos fue posible tomar fotografías, ni siquiera sé, si alguien tenía una cámara fotográfica. Enseñando las fotos a mi vecina oí a la siguiente comensal exclamar con entusiasmo: “son mis hermanas, ellas me enseñaron una igual. Era Bogusia Michalewicz, la hermana menor de Genia y Basia; ella nació durante nuestro cautiverio en la fábrica Grotz. Las fotografías fueron tomadas en Ludwigburg y Pfortzheim durante nuestras reuniones scout, de las que guardo muchos recuerdos felices.

Yo no recordaba la presencia de un bebé entre nosotros, pero como me enteré posteriormente en mi reunión con Genia y Basia en Varsovia, yo no recordaba algunas cosas más. Evidentemente, un niño recuerda lo que más le interesa o, lo que más le impresiona. Como Genia y Basia eran mayores que yo, en dos y cuatro años respectivamente, me han sacado de algunos errores de mi memoria como: que efectivamente acudíamos solo una vez al día al comedor; que para desayunar o cenar recibíamos una dotación semanal de pan y margarina; que en la sopa que nos servían, una vez fría, podíamos parar la cuchara; que las papas venían con cáscara y no pocas veces con gusanos sancochados. No recuerdo ese menú como tampoco, que delante de la fábrica había zanjas – supongo que allí barrían la nieve y allí escurría el agua de la lluvia – en las que correteaban ratas y a nosotras nos obligaban a limpiarlas. En mi memoria no hay este recuerdo que hoy me estremece; solo recuerdo que yo barría la nieve en la fábrica y recogía piedras, y al bondadoso señor que allí mismo me entregaba su merienda.

Las hermanas Michalewicz han seguido el mismo camino que el mío los dos años que estuvimos en Alemania; libres y reunidos con cientos de polacos formando nuestra “Pequeña Polonia”. También me dijo Basia, la mayor de las tres hermanas, que nuestra llegada a la fábrica Grotz fue el 25 de agosto y no el 15 como yo suponía, lo que alarga nuestra “vía dolorosa” desde nuestras casas hasta allí, en diez días. Al comentar sobre el “lager” Basia visiblemente alterada, contó que un día

ella levantó la palanca ante el jefe de la sala de máquinas por llamarle airada y repetidamente la atención en medio de un horario nocturno, su padre fue llamado a la administración para advertirle que si se repetía tal insubordinación, su hija sería enviada al “lager”. Reconozco y agradezco a Dios que fuimos escogidos por los directivos de la fábrica de aquellos días, pues pudimos haber quedado en aquel lugar como miles de nuestros compatriotas, donde estuvo y perdió a su hijo, la hermana de la señora, que trabajaba con un campesino y, a escondidas pasaba papas al “lager”. Ella estaba con nosotros; pero tal vez Bogusia no estaría.

Bogusia estaba con su esposo; mi hija Halina me acompañaba a mí y pronto los cuatro formamos un cuarteto muy unido en todo.

En el mismo Enzpavillon fue servida una cena-buffet y también allí fuimos entrevistadas Halina y yo por un reportero de Bietigheimer Zeitung, quien al día siguiente publicó nuestras fotografías y una breve reseña de nuestro antiguo y actual contacto con aquella ciudad.

Afuera del local un coro de la ciudad nos dedicó canciones populares alemanas, las que aplaudimos con entusiasmo. Luego, mientras el ómnibus contratado especialmente para ese evento llevaba a todos los invitados al hotel, la señora Eisele nos dejó en casa de Otto y Ruth. La señora Eisele era la coordinadora de aquel encuentro entre las autoridades y la población de la ciudad con nosotros, los ex- trabajadores forzados del III Reich. El otro coordinador era el señor Berenson, ambos trabajaban en la biblioteca de la municipalidad y estaban abocados en la preparación de la historia de la ciudad, de la que nosotros éramos parte; parte nada agradable pero necesaria para recordar el pasado, por lo que a ellos les interesaban los recuerdos de cada uno de nosotros. A la Sra. Eisele le entregué una cucharita de plata para azucarero y al Sr. Berenson un pin con la llama y el nombre “Perú”.

El día 9 de julio visitamos el lugar donde había estado el campo de concentración, al que llegaban los trenes de carga para desembarcar a los



En la Gerencia de la Fábrica Grotz

trabajadores “voluntarios” que traían a la fuerza. Era allí donde existían las barracas, y sucedía todo lo que cuento sobre ese lugar en mis recuerdos de “Mi Pequeña Polonia”.

Luego visitamos el lugar donde se ubicaba el “hospital de la muerte”. Depositamos flores junto a una cruz que lucía nuevecita, fueron flores blancas y rojas. Para ello estábamos parados sobre una tumba – jardín, sin nombres, donde yacen las víctimas de aquella barbarie. Un hombre, alguien del lugar, contaba que siendo él muchacho traía agua a aquel “hospital” y veía cómo las carretillas cargadas de cadáveres desnudos eran llevadas cuesta abajo a la tumba colectiva, hoy tumba – jardín que acabábamos de visitar.

Hoy, el lugar del “hospital” es un maizal, no hay señal de las barracas donde ubicaban a las mujeres embarazadas para interrumpir el embarazo o si el niño nacía allí, para llevarlo a la tumba colectiva mientras la madre volvía a trabajar. También allí traían a los tísicos, para que mueran sin contagiar a los sanos que debían trabajar. Sus cadáveres corrían la misma suerte de los infantes.

Tampoco hay señales del aeropuerto militar, que los nazis tenían junto a las barracas con la cruz roja en los techos para ser ubicados desde el aire y respetados como un hospital. Sin embargo, Bogusia y yo apartándonos hacia un pequeño bosquecillo descubrimos algo que debió ser la entrada a un túnel o un refugio antiaéreo. Debajo de gruesas planchas de concreto semicubiertas por ramas y hojas secas de los árboles vecinos, divisamos un fondo negro, muy profundo que nadie supo explicarnos qué era o para qué servía. El esposo de Bogusia nos tomó varias fotografías al lado de nuestro hallazgo, que hoy están delante de mí.

Por fin, supe dónde fue aquel bombardeo nocturno que presenciamos parados en la pista frente a la fábrica en Bissingen y que erróneamente, por los comentarios de los mayores, identifiqué como el de Pforzheim, y así llevé por años en mis recuerdos infantiles. Estaba entre nosotros una joven rusa que vino en representación de su madre imposibilitada de moverse; ella nos refirió los terribles momentos que vivió su madre durante aquel bombardeo; ella quedó arrojada lejos del hospital en una de las primeras explosiones y, solo despertó al amanecer viéndose rodeada de cadáveres y destrucción por todos lados.

Esas visitas me turbaron muchísimo, no podía dejar de sentir rabia y rencor. ¿Entonces, los “cadáveres caminantes” que vi frente a Grotz con trajes a rayas jalando una carreta, eran los pacientes de aquel “hospital”? Nos llevaron a dar vueltas por la parte moderna de la ciudad en un bus con aire acondicionado y bebidas. ¡Qué amables son los descendientes de aquellos verdugos!

El almuerzo se realizó en el restaurante, donde durante su cautiverio trabajó una de las polacas presente entre nosotros. Hasta se puso el mandil y el gorro como aquél que usaba en los tiempos de su cautiverio. Nos atendía sonriente y feliz. No cabe duda que la familia alemana, dueña del “Gasthaus Grüner Baum” en Erlingheim la había tratado muy bien; tan bien que ni las visitas que acabábamos de hacer a los lugares del exterminio de



Visitando la pared donde fueron ejecutados todos mis vecinos varones en 1944.

nuestros compatriotas lograron ensombrecer la alegría que le producía el reencuentro, “su” reencuentro.

A las cinco de la tarde llegamos a Gimnazjum Ellental en Laurentius – Gemaidenhaus. Nos sirvieron el tradicional “Cafe und Kuchen”, café con pasteles, mientras un grupo de cinco estudiantes del último año que en el Gimnazjum equivale a los estudios generales de nuestras universidades. (tienen nueve años de gimnazjum) Los jóvenes se sentaron frente a nosotros para hacernos preguntas; eran muchachos entre 18 y 20 años de edad. Los organizadores nos entregaron una relación con preguntas que los jóvenes iban a plantearnos. Se ubicaron frente al grupo polaco que siempre estábamos juntos; ellos lanzaban la pregunta y la respondía el que quería hacerlo. Allí estábamos: La señora que trabajó en el restaurante que nos invitó, la señora que trabajó con un campesino (bauer) que la trató muy bien, pues le permitía sancochar papas y llevar a los prisioneros del “lager” pasándolas a escondidas debajo de las alambradas de púas; también el señor que trabajó con un jardinero al que recordaba con simpatía, (no se



Als die Mutter sprachlos war...

(wch). Eine nicht alltägliche Geschichte am Rande des Zwangsarbeiter-Besuchs über Krystyna Ciapciak und ihre Tochter Monica Halina Vergara. Beide lebten in Peru. Im Rahmen eines Schüleraustauschs sollte Monica Halina, die eine deutsche Schule in Lima besuchte, 1985 in den Großraum Stuttgart – und wie es der Zufall wollte, kam sie genau nach Bietigheim-Bissingen, zur Familie Sembdner. Als die Mutter in Lima die erste Post bekam, war sie sprachlos. Bietigheim/Bissingen? Dahin war sie doch als Zehnjährige verschleppt worden! Letzte Zweifel waren rasch geklärt,

als ihr die Tochter bestätigte, dass es hier eine große Brücke (Viadukt) und einen Fluss (Enz) gibt. Inzwischen gibt es einen engen deutsch-südamerikanischen Kontakt, zumal die Tochter mit einem Deutschen verheiratet ist und in Weinheim wohnt. Krystyna Ciapciak sieht in der Tatsache, dass sie einen deutschen Schwiegersohn hat und ihre Tochter eine deutsche Schule besuchte, den besten Beweis dafür, dass sie sehr wohl zwischen Nazis und anderen Deutschen zu differenzieren wusste und weiß. „Und verletzt wurde ich von den Nazis“, hieß es. Foto: Helmut Panzerl

Entrevistadas por reportero del Bictigheimer Zeitung

cuándo ni cómo llegaron allí) estaba Bogusia que no podía recordar nada, también otra señora que nació allí cuando su madre trabajaba en una casa alemana; ella y Bogusia no corrieron la suerte de los niños nacidos en el “lager” y los del “hospital de la muerte”; estaba yo que recordaba cada minuto de nuestra estadía en Bissingen y cada día y hora vividos durante la ocupación de Varsovia por los nazis. Hubo preguntas como: ¿cuándo llegó, cuánto tiempo estuvo aquí, se sintió maltratado...? No recuerdo todas las preguntas, pero cuando oí: ¿cómo sintió la ocupación de su país? entendí que era para mí. Siguió un largo silencio, nadie recogía el “dardo”. Me paré, me indicaron que me podía quedar sentada... no lo hice. El joven que hizo la pregunta era el hijo de una polaca que hace algunos años reside en Bietigheim. No sé si el muchacho nació allí pero presumo que sí, pues los padres deben haber salido de Polonia huyendo como muchos durante el estado de emergencia, declarado por el general

Jaruzelski quien tomó el poder y pienso que eso fue el principio del fin de comunismo en Polonia. Eran los años entre 1981 – 1982.

Le planteé al joven un cambio de identidades, lo coloqué en mi lugar con el toque de queda castigado con la muerte, las persecuciones en las calles para atrapar a los trabajadores “voluntarios” para Alemania o para rehenes que serían fusilados en las calles varsovianas, a razón de 100 x 1 si la resistencia polaca ajusticiaba a un nazi; pérdida de nuestras casas y pertenencias; nuestros parientes y amigos y el “vía crucis” de los varsovianos que fuimos traídos a Alemania. Al final, le pregunté qué pensaba que sentiría él, si alguien entraba a su casa a la fuerza a cualquier hora del día o de la noche, matara a su padre, a él y a su madre sacara a la fuerza y prendiera fuego a todo lo que hasta aquel momento fue su hogar. O, qué pensaba de los sufrimientos de una madre que dice a su hijita de diez años mientras son arrastradas fuera de su casa, su ciudad, su patria: “Krysiu, no te canses, no cargues más esta maleta, ellos nos llevan a matar”. Aquella niña era yo, la única que le quedaba de toda su familia, ya que dos hijos varones luchaban en los frentes de la guerra.

El joven no contestó, me contestó su madre del otro extremo del salón: “no se preocupe señora, mi hijo ni siquiera quiso hacer el servicio militar”. Sus palabras no merecían ninguna respuesta, solo le dije: ¿Cree que hablo a su hijo? Hablo y les hablaría a todos los jóvenes del mundo, si pudiera”.

Los muchachos no lograron plantear todas las preguntas propuestas, la hora de la cena estaba próxima y todos enrumbamos a “Besenwirtschaft Muco”, una especie de taberna de los “bauer” (campesinos) decorada rústicamente, hasta diría que aquello fue un establo transformado apropiadamente en taberna. Los potajes servidos allí eran los tradicionales para el lugar y muy grasosos. Felizmente desde el principio Halina pidió una dieta para mí que fue fielmente, respetada en todos nuestros almuerzos y comidas.

El día jueves 10 de julio nos dividimos en grupos para visitar los lugares

de nuestros “trabajos” en Bietigheim/Bissingen, ya sea en fábricas, tiendas, restaurantes, los “bauer”, etc. La señora rusa o ucraniana que me parecía ser la “cocinera” de mis recuerdos, pero no coincidíamos en nuestros relatos, Halina, Bogusia, algunos ucranianos y yo visitamos la fábrica Grotz. Dimos un paseo, reconociendo lugares, tomando fotos, contando y explicando a Bogusia dónde vivíamos, qué había acá o allá, cómo era antes, hasta entramos en lo que era nuestra triste habitación - prisión, hoy una pulcra y cómoda oficina. Nos invitaron a una sala en el segundo piso del edificio principal que no sufrió cambios ni refacciones exteriores desde mi estadía allí, y tomar asiento al lado de una larga mesa con periodistas, fotógrafos y personal del directorio de la fábrica.

No recuerdo nada de aquella reunión, porque estallé en un convulsivo llanto recordando a mi madre, viéndola con los ojos del alma demacrada, con el rostro, los brazos, hasta los párpados llenos de quemaduras. No pude contenerme. Creo que ellos, los directivos, se quejaban que el periódico de B/B los acusaba de no haber indemnizado a sus ex-trabajadores-prisioneros. Ellos, aducían que todo lo que les correspondía pagar ya lo hicieron a la Organización Internacional para Migraciones – Indemnización por Trabajos Forzados.

Durante la entrevista que me hizo el periodista en días pasados, preguntó si yo había recibido alguna indemnización, a lo que contesté que ni mi madre ni yo recibimos compensación alguna; esa era la verdad.

Halina estaba asustada ante mi reacción frente a ese encuentro “amistoso”, solo atinó a pedir un vaso de agua ya que en la mesa no había ni agua ni vasos, nada. Pareciera que lo único que interesaba a los directivos era limpiarse de la acusación, que ellos no tenían ninguna obligación con sus “ex-trabajadores-prisioneros”; ni siquiera por qué ofrecerles un vaso de agua en aquel caluroso día cuando los termómetros marcaban 36 grados centígrados.



Interrogados por los alumnos del Gimnasiun

Parece que el periodista sólo se guió por mi declaración, ya que me enteré posteriormente, que los polacos residentes en Polonia y las demás nacionalidades recibieron la indemnización en sus países. Cuando regresé a Lima me esperaba un cheque por 1600 dólares lo que significaba el 50% de lo que me correspondía; por mi madre no podía recibir nada, porque solo recibían los hijos de los padres que hayan fallecido después de 1999, para lo cual mi madre debía tener más de 100 años. Qué buena indemnización, en total recibía algo más de 3000 dólares, pues el banco de Lima tenía que cobrar el cheque al City Bank de Buffalo, al ponerlo a mi cuenta cobraba el banco, y la Sunat el impuesto correspondiente al ingreso del dinero, luego otra vez al retirarlo yo, mi “gran negocio”. ¿Cuánto costaría todo lo que perdimos: el departamento con todo lo que podría recordarnos nuestra vida anterior a la guerra, posteriormente el humilde cuarto con todo lo que pudo reunir mi madre, trabajando a dos turnos durante la ocupación, las humillaciones y la violencia sufridas, la pérdida de nuestras familias, nuestra ciudad, nuestra patria de la que fuimos arrancadas, quedando juntas sólo nosotras, mamá y yo. Cambio total de nuestras vidas, por los



Rezando en Polaco

frecuentaba el mismo refugio conmigo durante los bombardeos. La señora, pareciera no recordar que entre su hija y yo había distancia insalvable; ella era una niña alemana y yo una polaca prisionera.

Todavía el pequeño bus nos llevó al antiguo cementerio de la ciudad de Bissingen que en el tiempo de mi permanencia allí marcaba el final del pueblo, luego seguían los campos y las fincas de los “bauer”. En mi visita particular que hice en el año 1993 fui a ese cementerio, busqué y encontré varias cruces rotas con nombres ilegibles en total abandono. En esta ocasión fui directo al lugar que ya conocía; encontré cuatro modestas cruces de madera con nombres claros, y el lugar limpio, sembrado de flores. Una de las cruces era de un polaco, las otras, posiblemente de rusos o ucranianos, no había quién los recordara durante esta visita. Yo sólo recordé que un hombre joven de nuestro grupo sufrió fuertes cólicos y fue llevado al hospital. No lo vimos más. ¿Habrá terminado en el “hospital de la muerte”?

diferentes juegos del destino nunca volvimos a Polonia, lo más doloroso para mi madre, tras la pérdida de los dos hijos varones.

TODO ESTO POR LA GUERRA QUE ELLOS DESATARON.

Al salir de la “amistosa” reunión me esperaba la hija de la viejita alemana con la que hice recuerdos de los sucesos vividos en mi anterior visita en el 1993 y dicho sea de paso no nos reconocimos. En ese momento ya éramos dos adultas mayores, no niñas de diez años de aquellos tiempos. Ella vino a verme por la insistencia de su madre quien sostenía que su hija

Ese día almorzamos en el comedor de un hospital de la ciudad de Bietigheim limpio, moderno, que estaba allí para salvar vidas, no para destruirlas. Era un autoservicio, nos servimos y llevamos nuestras fuentes a una mesa cualquiera, siempre los cuatro juntos. Tras una corta charla en ese lugar fuimos una vez más al Enzpvavillon a tomar café y bizcochos. A las siete de la noche acudimos a una cena con las autoridades ediles de la ciudad. Terminé el día muy cansada y deprimida, todo lo que ví y oí en los dos últimos días me abrumaban. Me enteré de lugares y sucesos que yo desconocía cuando vivía en la fábrica Grotz. ¿Por qué sentía que sería yo quien tendría que perdonar toda esa crueldad, por todos los que no estaban presentes allí? Todavía faltaba más.

El viernes 11 de julio asistimos al acto ecuménico en el Laurentiuskirche donde recibimos de recuerdo una cruz de metal dorado, que tiene la forma del signo más (+) y en el reverso lleva escrituras en altorrelieve, en latín. Antes de salir me acerqué a una imagen de la Virgen en el costado izquierdo del altar. No podía asociarla con ninguna advocación que conozco; sin embargo, con solo mirarla inspira confianza, ternura y paz que yo necesitaba tanto en aquellos momentos. La Madre de Dios tiene al Niñito Jesús sentado cómodamente sobre las rodillas de Ella, desnudito, en la manito izquierda sostiene el globo terráqueo y la derecha la tiene levantada en actitud de bendecir; la Madre le rodea cariñosamente con el brazo izquierdo. Le hice la pregunta que más taladraba mi mente en esos días: “¿Dime Madre, cómo perdonar todo lo que he visto en estos días? No soy nadie para juzgar, pero ¿perdonar...?”

Seguidamente, nos dirigimos al cementerio St. Peter a depositar una ofrenda floral con las cintas de nuestros colores nacionales al lado de enormes placas con cientos de nombres grabados en ellas. No creo que allí estén todos los restos, pienso que grabaron los nombres de viejos documentos para rendir homenaje póstumo a todas estas víctimas. Recorríamos los apellidos de placa en placa; cientos, en busca de algún apellido conocido, lo que para mí era imposible de conseguir, pues yo no sabía los apellidos

de mis compañeros del cautiverio, y creo casi con seguridad, que todas estas víctimas eran anteriores a nuestro arribo a la ciudad de Bissingen/Bietigheim. ¿Quiénes eran, cómo murieron, cuándo fue? Yo no imaginaba siquiera que hubiese tantos polacos, rusos y ucranianos presos en esa ciudad. Al enterarme de ello, motivaba en mí, sentimientos muy diferentes a la finalidad que tenía nuestra presencia en la ciudad, en el encuentro de “perdón y fraternidad”.

El almuerzo me levantó un poco el ánimo, pues cantamos canciones polacas en contrapunteo con los ucranianos y los rusos, el canto siempre ejerce sobre mí una influencia muy positiva. Además, el lugar en las afueras de Bietigheim era bello, se respiraba paz. Al salir, tomamos fotos en las afueras del “Gasthaus Schelendorf” que así se llama el restaurante que nos invitó.

Según el programa, la tarde era libre para ir de compras que los “invitados” aprovecharon muy bien, andando por el centro de la ciudad visitando tiendas. Halina y yo pedimos a la sra. Eisele que nos dejara en casa de Anette para pasar un rato con mis nietos postizos Tobías y Alex. Sus padres, Anette y Jürgen me llaman mamá, por consiguiente los niños me dicen “Oma” (abuela) a pesar de tener las dos abuelas alemanas muy cerca. Con la mamá de Jürgen nos encontramos allí mismo preparando la comida para la noche, pues celebraban el cumpleaños de él. Regresamos al hotel Otterbach para la cena-buffet ya bastante tarde, y lógicamente encontramos poco para escoger, pero lo más importante era departir, charlando con el grupo polaco en los jardines del hotel hasta que la llegada de la noche y unos molestos mosquitos, nos hicieron correr a casa de Otto y Ruth.

El día sábado 12 de julio según el programa, teníamos todo el día para nuestra disposición y boletos para circular por la ciudad. Temprano recibimos la oferta de viajar en “nuestro bus” a la ciudad de Stuttgart que todos aprovechamos. Una vez allí, todo el grupo subimos a la antigua torre de agua de la ciudad con una magnífica vista en los cuatro puntos



El grupo polaco en el último día de la visita.

cardinales; tomamos fotos y al acercarse el medio día tuvimos la opción de regresar a Bietigheim en tren o usar el resto del día por nuestra cuenta. Solo nuestro “cuarteto” decidió quedarse, el resto regresó para almorzar en el hotel Otterbach donde se hospedaban.

Paseamos por la Königsstrasse, en español “Camino Real” el que recorrí ya muchas veces desde 1981 que fue la primera vez que viajé con Halina de 12 años, para que conociera la Alemania, que solo conocía por el colegio, para que la viera personalmente y dejara de maravillarse ante todo lo que fuera alemán. Antes, estuvimos en Polonia: en VARSOVIA reconstruida de las ruinas, gracias al esfuerzo y sacrificio de toda la nación polaca, pero conservando la memoria y honrando los lugares de los terribles momentos vividos durante la II Guerra Mundial; en CRACOVIA la antigua ciudad de los reyes de Polonia desde sus albores con el castillo real “Wawel” la imponente catedral llena de historia ambos al pie del Vístula, el río más polaco que ninguno, testigo de todas nuestras leyendas y la historia, el

que nace en nuestros Cárpatos; en su recorrido pasa por Cracovia, por Varsovia y termina en “nasze morze”, nuestro mar, como le llamamos y le cantamos al mar Báltico; en ZAKOPANE, el lugar de los deportes de invierno, el “Morskie oko”, el Ojo del Mar, un lago en las alturas rodeado de nieves eternas, CZESTOCHOWA con el santuario de la Madonna Negra “Matka Boska Czestochowska”; KATOWICE la capital de la región minera e industrial de Polonia; nos faltó la región de los lagos, el mar y otras ciudades históricas lo que dejamos para otra ocasión.

Los cuatro recurrimos la Königsstrasse que es toda peatonal con tiendas y restaurantes en ambas veredas, bancas para descanso, grupos de músicos y cantantes de todo tipo, pintores hasta en el piso, la fuente esférica con banquitas, un hermoso parque a un lado... Seguimos por otras calles, parques, laguna con patitos, una plaza con mercado y la estatua del gran poeta alemán Schiller hasta llegar a una feria donde merendamos, el esposo de Bogusia con su cerveza preferida y yo compré dos corazones de bizcocho de especias y curiosas frases para Alex y Tobías. En la tarde tomamos un S-bahn para Ludwigsburg donde inexplicablemente no quisieron cobrarnos el pasaje. ¿Era tan evidente quiénes éramos? Visitamos el castillo de los Wütenbergen, entramos a tiendas (a mirar), la iglesia en la Plaza del Mercado donde nos alcanzó Rüdiger, mi yerno. Como en la anterior ocasión miré a la bella imagen de la Madre de Dios, y en esta iglesia también le hablé: “¿Madre, aquí te rezan en alemán, pero yo quiero que me digas en polaco cómo librarme de los sentimientos que me embargan?” Todavía compramos un libro con lindas láminas de la región Baden-Württemberg para nuestra simpática intérprete, como obsequio de agradecimiento de todo el grupo polaco que le entregaríamos en la reunión de despedida.

El domingo 13 de julio, fue un día de turismo y despedidas, embarcamos en un barco turístico navegando por el río Neckar hasta Pleidelsheim-Beisigheim; almorzamos en el Schreyerhof y visitamos el monasterio de Maulbronn que en realidad es toda una ciudadela, capaz de automantenerse,

ostenta el galardón de patrimonio cultural del mundo A lo largo de su historia, el monasterio pasó de manos de católicos a protestantes; incluso, de dominicos a franciscanos, una historia bastante confusa pero que dejó huellas muy valiosas donde todavía hay sitios en mantenimiento y refacciones que no nos dejaron ver el antiguo esplendor de la iglesia. Durante la navegación vimos los cuatro castillos en las orillas del río; pasamos por las interesantes esclusas tanto de ida como de regreso. En la ciudad de Neckarsteinach vimos las iglesias la católica y la evangélica una casi frente a la otra y regresamos en el mismo barco. En la tarde se llevó a cabo la despedida oficial en la municipalidad de la ciudad Bietigheim/Bissingen, luego frente a las escalinatas tomamos fotos, intercambiamos direcciones, teléfonos y algunas promesas. La comida fue en la Ciudad Vieja a la que asistieron nuestros amables anfitriones, repartimos abrazos, agradecimientos, algunos presentes, a nuestra traductora entregamos el libro de la región que compramos en Stuttgart y, tras la promesa de vernos con las hermanas Michalewicz en Varsovia volvimos a casa de Otto y Ruth.

Unos días después viajamos con Halina y Rüdiger a Polonia. Nuestra primera parada fue la ciudad de Szczecin donde nos recibió afectuosamente mi gran amigo Tadeusz Koldowski buscándonos en el hotel Neptuno donde se hospedaron Halina con Rüdi Tadeusz ya tenía preparado el almuerzo e insistió que fuéramos a su casa. Yo me hospedaría con mi amiga Zofía Sowa que aún no llegaba de su casita en el campo donde fue a pasar unos días con su nieta Alear. Avanzada la tarde llegó Zofía y nos despedimos de Tadeusz, yendo cada uno a su alojamiento. En los días que siguieron, Halina y Rüdi hacían turismo por su cuenta, y yo con mi amiga Zofía visitamos la parte nueva de la ciudad; también la vieja torre; en la centenaria iglesia asistimos a la misa dominical, paseamos por el bulevar del río Oder...al mediodía siempre nos reuníamos para almorzar juntos en casa de Tadeusz o Basia o Zofía. Las tres noches pasamos en largas tertulias en el balcón de la casa; el viento era tibio y traía un agradable aroma de los parques que se extendían, justo en ese lado del edificio. Allí

le conté de mi confusión ante todo lo que vi y de lo que me enteré durante la reunión de “Perdón y Fraternidad”, organizado por las autoridades de la ciudad, donde fuimos prisioneras mi madre y yo. Zofía me contó algunos recuerdos suyos de los tiempos de la ocupación pero no la sentí perturbada por ello; se trataba de casos aislados y no sangrientos. Mi amiga me regaló un libro que parecía ser muy oportuno: “Cómo Perdonar”.

Nuestro viaje por Polonia seguía a Gdynia, aquí también Hali y Rüdi se hospedaron en el hotel “Marengo” en Rumia donde vive mi amiga Halina Forembaska y yo en la casa de ella, incluso guardamos el carro en su amplio patio que tiene, además de un grande y hermoso jardín con riachuelo en el fondo. Aquí también ellos hacían turismo por su cuenta en las dos ciudades portuarias, Gdynia edificada entre las dos Guerras Mundiales y Gdansk, la más antigua con bellas reliquias arquitectónicas y, muchas tiendas con joyas de ámbar en todas sus variedades. Yo y Halina nos reuníamos con amigas de otros tiempos y los familiares de ella, incluso todos juntos asistimos a un almuerzo familiar en su casa con tradicionales comidas polacas. Proseguimos el viaje a los lagos de Mazuria pasando por Olsztyn, de donde procedía la última carta del abuelo paterno de Rüdi cuando fue a la guerra con el ejército alemán, y de la que nunca volvió. Igual fue el caso de su abuelo materno, tampoco regresó de la guerra. ¡Cuánto daño infligió el nazismo a toda Europa y a su propia gente!

Hojeé el libro durante nuestro viaje de regreso a Alemania, también en el avión de regreso al Perú. Cada capítulo contaba un caso diferente; diferentes situaciones, diferentes épocas, solo eran casos personales y familiares, ninguno se parecía al mío. Casi llegaba al final del libro y seguía tan desorientada como al principio, mas de pronto vi algo que con sólo leer el título sentí que era para mí: “PERDONAR NO QUIERE DECIR OLVIDAR”, fue mi salvación. Comprendí que lo que yo pretendía y exigía de mí no era humano: olvidar una parte de mi vida para no sentir resentimiento o rencor. Se puede perdonar, inclusive orar por los verdugos sin exigirse borrar de la memoria lo visto y lo vivido. Difícil, pero no

imposible aceptar que ya no es rencor lo que siento, no es odio ni deseo de venganza (esto sería mi pecado), solo es un doloroso recuerdo de mi niñez; una época triste de mi vida, que sin embargo, en medio de todo aquello, yo tenía la felicidad de estar siempre al lado de mi Madre, que cientos de niños no la tuvieron.

ADIÓS, queridos nietos míos, espero fervientemente que al leer estos recuerdos comprendan que perdonando se alivia el corazón del que perdona; esto es una opción personal, la sociedad, los tribunales y las naciones juzgan, sobre todo, DIOS. .



*Éste es mi
abrazo
de perdón y
hermandad.*



Familia Vergara Ciapciak



Indice

| | |
|--|----|
| Introducción | 9 |
| Capítulo I | |
| Mi primera Infancia | 11 |
| Mis primeros Recuerdos | 12 |
| Capítulo II | |
| Empezó la Guerra..... | 19 |
| Regreso a casa | |
| Capítulo III | |
| Nuestro nuevo barrio y mis “profesiones” | 25 |
| Capítulo IV | |
| Nuestros colegios y mi hermano Stas” | 35 |
| Capítulo V | |
| Nuestros Familiares | 49 |
| Capítulo VI | |
| Las lecciones mas dolorosas | 71 |
| Lo que Oí..... | 71 |
| Lo que presencié..... | 82 |
| Capítulo VII | |
| Los recuerdos mas felices | 99 |

Capítulo VIII

| | |
|------------------------------|-----|
| Homenaje a mi madre..... | 125 |
| De regreso a la patria | 149 |
| Vuelvo a mis recuerdos..... | 156 |

Capítulo IX

| | |
|-------------------------------------|-----|
| Los últimos días en la Patria | 157 |
|-------------------------------------|-----|

Capítulo X

| | |
|---|-----|
| 1ro de Agosto de 1994 Lima - Perú | 179 |
| Quincuagésimo Aniversario del Levantamiento de Varsovia.. | |

Capítulo XI

| | |
|-------------------------------|-----|
| Prisioneras en Alemania | 185 |
|-------------------------------|-----|

Capítulo XII

| | |
|-------------------|-----|
| La Libertad | 211 |
| Ludwigsburg | 211 |
| Pforzheim | 222 |
| Rosenheim | 236 |
| Altenstadt..... | 237 |

Capítulo XIII

| | |
|----------------------|-----|
| El viaje a Perú..... | 267 |
|----------------------|-----|

Encuentro con el pasado

| | |
|--|-----|
| “Perdonar no quiere decir olvidar” | 285 |
|--|-----|